
LIBRO 6
CLANES DE MULL
LA IRA DE UNA ESPADA ESCOCESA
KEIRA MONTCLAIR



LA IRA DE UNA ESPADA ESCOCESES

KEIRA MONTCLAIR

Tabla de Contenidos

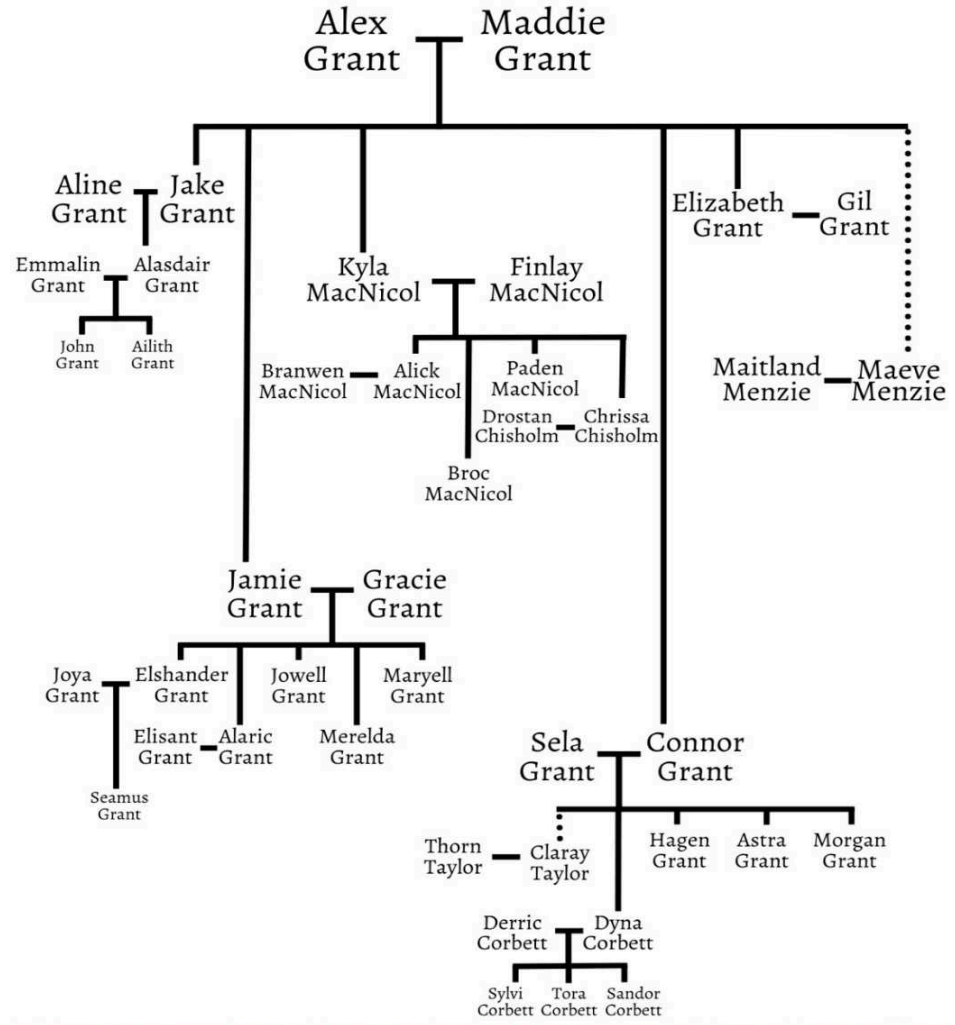
Nota de la Autora
Árbol Genealógico
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Querido Lector
Novelas de Keira Montclair
Sobre la autora

Nota de la Autora:

¡Preparaos para el viaje, amigos! Os prometo que será magnífico.
La novela corta acabó convirtiéndose en una gran novela… y es una muy buena.
Este es el último libro de la serie Clanes de Mull.
Bienvenidos de nuevo al mundo de los Grant.

Alex Grant Family Tree



Capítulo Uno

Isla de Mull, diciembre de 1316

Brynja Nyberg corrió hacia el borde del acantilado, las botas resbalando sobre la hierba empapada por la lluvia mientras seguía con la mirada la barca que rodeaba el saliente. Durante un instante que le heló el corazón, la proa de la embarcación giró hacia la costa… hacia ella.

Su pulso se aceleró.

Pero el viento cambió, golpeó mal la vela y el navío escoró en dirección contraria, ocultándose tras el promontorio rocoso.

Desapareció.

Llegó jadeando al borde del risco, con los mechones salvajes de cabello azotándole la cara. El bastardo seguía cazándola. Ahora estaba segura de ello.

—Que tu barca encalle en las rocas ocultas —gritó en noruego, dejando que la maldición rodara de su lengua con la naturalidad de un suspiro—. ¡Que los cangrejos festinen con tus ojos ahogados y tu alma vague eternamente por las frías profundidades!

—¿Sigues maldiciendo barcas?

Brynja no se volvió. Había oído acercarse a Hildi, porque su prima se movía con la gracia inconsciente de quien había dejado el pasado atrás. Cuánto la envidiaba por eso.

Pero ella no podía.

—Es él —dijo Brynja, aún mirando el agua vacía donde la barca había desaparecido—. El hombre que vino a por Sheona. Lo sé.

Hildi se mantuvo atrás, esperando a que el temperamento de Brynja amainara, pero no lo haría. No ese día. Su sangre noruega exigía lanzar cada maldición de su lengua materna contra los necios, con la esperanza de torcerles la suerte.

—¡Que una golondrina te desangre y defeque sobre el pelo hasta que cada hebra se desprenda de tu cabeza! —bramó hacia el

mar vacío—. ¡Que tu barco se estrelle contra un mar de peces espada que agujerearán tu casco, feo trol!

Miró a su amiga, incapaz de contener una sonrisa a pesar de la cólera. La presencia de Hildi siempre la devolvía del borde del abismo.

—Ya voy. Sé que tienes hambre.

—La tengo —dijo Hildi, con la comisura de la boca ladeada—. Pero jamás dejaré de disfrutar tus insultos en noruego. Tu madre estaría orgullosa.

Las palabras golpearon con más fuerza de la que Hildi pretendía. Sus madres, noruegas abandonadas por los padres escoceses que jamás regresaron, las habían criado juntas en Tiree. Aquella isla había sido un paraíso… hasta que los hombres llegaron y las asesinaron por las cabañas que codiciaban.

Cuatro meses. Solo cuatro meses desde que Brynja había sostenido la mano de su madre mientras la vida se escapaba de su cuerpo, aunque parecían una eternidad.

Brynja jamás había superado el impacto de sostenerla en su último aliento. Aún sentía el peso de aquella mano enfriándose en la suya. Aún escuchaba al hombre que después la cogió por la trenza y dijo: *Sí, sacaremos un buen precio por ti con esas trenzas doradas y esos ojos azules.*

Ella y Hildi habían escapado de la pequeña cabaña más abajo en la isla, donde retenían a los críos. Habían remado en una diminuta barca hasta que unos pescadores las encontraron y las llevaron al convento de Iona.

Su nuevo hogar. Su santuario.

O lo había sido, hasta que aquellos bastardos habían venido a por Sheona hacía apenas una quincena.

Llegaron en mitad de la noche, pero un sueño de Brynja la había despertado, guiándola a la costa antes de que los necios desembarcaran. Había aguardado cuando su barca apareció, negra contra el cielo de peltre. Su primera daga se clavó en el hombro de uno. La segunda encontró la pierna de otro.

Sheona, ahora felizmente casada y viviendo en Mull, le dijo después que Clyde había muerto, el que recibió la daga en el hombro.

El otro seguía vivo.

Y desde entonces, una barca en particular patrullaba cerca de la isla. A veces dos veces al día.

Brynja acudía a la costa cada vez que la veía. Había jurado estar allí cuando el necio osara poner un pie en la arena de Iona otra vez. Le esperaría con la lanza en una mano y la daga en la otra. Esta vez apuntaría al corazón.

Dio media vuelta hacia el convento, con Hildi a su lado.

—Quizá mañana visite a Simone, a ver si ha notado algo.

—Sí, y quisiera visitar a Magni de nuevo —dijo Hildi, mirando las nubes grisáceas que corrían rápidas—. Pero no tenemos mucha comida para compartir.

—Iona siempre tiene algo que compartir. Los monjes nos traen tanto pan que podemos dar algo más. —Ionaland era la zona donde vivían cuatro mujeres que cuidaban de los huérfanos del mundo: niños rescatados de criminales que robaban y vendían críos por monedas.

—La lluvia llegará pronto —comentó Hildi, echándose las trenzas oscuras hacia atrás.

—Mientras no sea como la tormenta en la que Sheona zarpó, podremos manejarlo.

Caminaron en silencio un momento, hasta que Hildi preguntó en voz baja:

—¿De verdad crees que es el mismo hombre?

—Estoy segura.

—Pero ¿por qué volvería? Todos saben que Sheona está casada con Taskill, viviendo en tierras MacVey. Eva se mudó a tierras Rankin. ¿Por qué seguirían buscando?

Brynja le lanzó una mirada.

—No buscan a Sheona.

—¿Entonces a quién?

—A mí, Hildi. Van tras de mí. —Su voz se mantuvo tranquila, como si enunciara un simple hecho—. Casi cada mañana y cada

tarde en la última semana. Buscan algo. A alguien. Le clavé una daga en la pierna y quiere venganza.

Hildi se acercó más, hombro con hombro. Calidez. Lealtad.

—Las hermanas dicen que no debemos buscar venganza por nada.

—Yo no soy una monja, Hildi. —La mano de Brynja se tensó sobre la lanza—. Sabes lo que debo hacer.

Hildi suspiró.

—Lo sé. Pero me preocuparé por ti. Si vas sola, puede que nunca regreses. ¿Y qué haría yo sin ti?

Brynja meditó con cuidado. No tenía intención de abandonar a su amiga y prima, pero prometerlo habría sido en vano.

—Hildi, si alguna vez nos separamos, te deseo toda la felicidad del mundo. No te preocupes por mí. A fin de cuentas, ya tengo dieciocho veranos. Podría marcharme cuando quisiera.

Hildi tenía solo dieciséis, todavía suave donde Brynja ya no lo era. Ella aún dormía sin pesadillas que arrancaban gritos del fondo de las entrañas.

—Lo sé —murmuró Hildi, trenzando tres mechones en uno solo —. Debes hacer lo que dicte tu corazón.

—Sí.

—Pero no hoy.

—Pronto. —Brynja bajó la lanza—. Te digo que ese bastardo desembarcará tarde o temprano, y cuando lo haga…

—Lo matarás.

La certeza en la voz de Hildi debería haberla reconfortado. En cambio, se asentó en su pecho como una piedra.

—Haré lo que deba —respondió Brynja—. Pero ven. Vamos a comer.

Las dos siguieron hacia los muros de piedra del convento en silencio, con recuerdos demasiado potentes como para nombrarlos. La puerta estaba abierta, dándoles la bienvenida. Brynja echó una última mirada sobre el hombro hacia el mar vacío.

—¿Te preguntas a veces —dijo Hildi al caminar— qué estaríamos haciendo si nada hubiera ocurrido? Si aún estuviéramos en Tiree, si nuestras madres siguieran…

—No —cortó Brynja, sin apartar la mirada del camino.

Pero mentía. Se lo preguntaba sin descanso. Se preguntaba qué diría su madre de la mujer en la que se había convertido: dura, vigilante, hambrienta de sangre. ¿La reconocería siquiera?

—No se trata solo del hombre que vino por Sheona —dijo en voz baja—. Debo ir tras los hombres que mataron a nuestras madres. Debo hacerlo, Hildi. No podré vivir conmigo misma si sus asesinos caminan libres por esta tierra, capaces de hacer lo mismo a otros.

—Lo sé.

Lo que Brynja no le dijo fue que los sueños habían vuelto. Sueños que susurraban venganza, sangre, un ajuste de cuentas cercano.

Los sueños eran cada vez más oscuros. Más urgentes.

Algo se acercaba. Algo más grande que la sed de venganza de un solo hombre con una daga en el muslo.

Y Brynja había aprendido a confiar en sus sueños.

Capítulo Dos

Hagen

Hagen Grant dio rienda suelta a Midnight Moon al alcanzar la franja de arena, con sus primos Jowell Grant y Paden MacNicol flanqueándolo. El castillo que se alzaba frente a ellos pertenecía a Tristan MacClane: un punto de descanso conveniente, con la vista despejada del mar y de las islas circundantes.

Y Tristan siempre tenía barcas para los amigos.

—Perdonad, muchachos, pero mi hermana me dijo que ejercitara bien a su caballo, y este es su tramo de playa favorito. —Hagen dejó que el semental eligiera el paso, y Midnight se lanzó a un galope sobre la arena blanda—. Arena como esta jamás la tenemos en Clan Grant.

Era una de las pocas veces que Hagen llevaba el cabello suelto, dejando que el viento y el aire salado se lo azotaran.

—Será mejor que lo cuides bien —le gritó Paden—, o Dyna te tendrá limpiando establos al amanecer.

Hagen rio por encima de su hombro. Dyna adoraba a su caballo, pero él también. Cualquier semental con la línea de sangre del caballo de su abuelo era magnífico de montar. Y Moon era glorioso en la playa, su crin negra ondeando como el manto de un rey.

—El abuelo fue un hombre sabio —comentó Jowell al alcanzarlo, cuando los caballos treparon con facilidad la loma para volver al camino principal.

—Ojalá siguiera aquí —murmuró Paden, lanzando a Hagen una mirada de soslayo—. Estás a punto de ser tan alto como él.

—¿Y por qué sigues creciendo? —preguntó Jowell—. Ni Paden ni yo hemos crecido ni una pulgada en dos años.

—Soy más joven que vosotros dos. —Hagen sonrió. Nada le agradaba más que escuchar que se parecía a su padre y a su abuelo: Connor y el gran Alexander Grant. Aunque preferiría que lo comparasen por su destreza con la espada antes que por su altura. Practicaba cada día, pero aún le quedaba un buen tramo antes de

igualar a su padre. Ese hombre luchaba como si la espada fuera una extensión viva de su brazo.

Un día. Algún día, podría mirar a su padre a los ojos como a un igual.

Tristan MacClane los saludó desde la muralla exterior cuando se acercaron a su castillo.

—Grantham, ¿cómo os va? ¿Entráis para tomar un breve respiro?

Hagen miró a Jowell, que negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

Paden captó el intercambio.

—Quizá a la vuelta, MacClane. Nos dirigimos a Iona, si nos permites coger prestada una de tus embarcaciones medianas.

—Por supuesto. —Tristan se inclinó sobre el muro—. ¿Algún motivo concreto para el viaje? ¿Nadie ha desaparecido?

Hagen negó con la cabeza, recordando la reciente aventura: cuatro MacVey y Rankin desaparecidos.

—No, todos están bien. Somos mensajeros, portadores de buenas nuevas por Yule. Invitamos a todos a un festival en el castillo Duart, las dos primeras noches de Yule. Es costumbre del Clan Grant y pronto lo será también del Clan Grantham. Nos encantaría que vinieras. Sabes que Shealee te estará buscando.

La hermana de Tristan, Merryn, se había casado con Broc, el hermano de Paden, y cuidaban de su sobrina huérfana, Shealee.

—¡Acepto encantado! —Tristan empezó a bajar las escaleras—. Echo de menos ver a mi hermana. Seguidme, meteremos vuestros caballos en el establo y os enseñaré la mejor barca para el viaje.

—Te lo agradecemos.

Poco después, pusieron rumbo a Iona. Tora y Sylvi insistían en que el joven Magni compartiera las fiestas con ellas, y había que extender la invitación como es debido.

Los tres subieron a una barca con tres pares de remos, lo que les permitiría avanzar más rápido.

—Muchas gracias, Tristan —gritó Jowell—. Volveremos en breve.

Seis manos empuñaron los remos, cortando el mar en calma.

Hagen se sentó en la proa, de espaldas a Iona para que sus primos no le vieran la cara. A mitad del trayecto, gritó:

—Puede que sea el más joven, pero ¿por qué soy el remero más fuerte? Estoy remando por el equivalente a vosotros dos, panda de remeros de culo flojo.

—Bésame el culo, llorica de tripas amarillas —respondió Paden desde atrás, con el carácter de su padre, el tío Finlay de Hagen, uno de los mayores bromistas de todo el Clan Grant.

—¿Estás cargando con el patizambo del medio, Paden? —Hagen miró por encima del hombro a Jowell, que siempre ocupaba el centro porque era el remero más fuerte de los tres.

Pero a Hagen le encantaba picar a sus dos primos favoritos.

Jowell arrastró las palabras:

—Deberías recordar que estoy lo bastante cerca como para dejar resbalar el remo y darle un buen sopapo a cualquier patán bocazas delante o detrás de mí, cuando me apetezca.

Jowell era el más serio del trío; Paden, el más ingenioso.

Hagen no sabía qué papel le tocaba a él, pero adoraba a sus primos.

Paden soltó una carcajada y luego chilló con la voz más aguda que pudo:

—Oh, qué miedo, Jowell. ¿Cómo has llegado a ser tan fuerte? ¿Levantando a esa novia tuya, grande como una vaca de las Highlands preñada de gemelos?

Hagen resopló ante el comentario, aún de espaldas a sus primos.

—Y yo podría coger el remo antes de que me golpee y empujarte por el otro lado de la barca. Así sería más fácil remar, ¿no, Paden?

Jowell bufó.

—Una cosa sé de ti, Hagen: nunca has sido un necio. Podría nadar hasta allí más rápido de lo que tú y Paden podéis remar, y sin mí tendríais que remar más, no menos.

Paden y Hagen aullaron y silbaron ante la fanfarronada.

Hagen estaba a punto de lanzar otra pulla, pero ya estaban lo bastante cerca como para que alguien en la orilla pudiera oírlos, y

había una verdad que había aprendido desde que llegó a Mull: las voces viajan lejos sobre el agua.

Al acercarse a la isla, Magni fue el primero en recibirlos. Bajó corriendo por el sendero desde el poblado, agitando los brazos. El pequeño Tenney corría detrás, pero Magni se detuvo cerca del borde y lo alzó en brazos; ambos saludaron mientras la barca se deslizaba por el agua. Magni, de diez veranos, se había mudado allí tras ser rescatado de un secuestro. Desde entonces, sus padres habían adoptado a Tenney, un huérfano de dos.

—¡Saludos, Hagen, Paden y Jowell! ¿Por qué estáis aquí? Hoy tenemos muchos visitantes.

—Sí, sí, sí —repitió Tenney.

Una vez asegurada la barca, Paden cogió al chiquillo y lo subió a sus hombros, cambiando el paso por un trote saltarín. El niño rio, aferrándose al pelo castaño rojizo de Paden para no caerse.

—¿Y quién más está de visita, Magni? —preguntó Hagen mientras amarraba la barca—. Estaremos un rato, si no es molestia.

—Brynja y Hildi están aquí. Trajeron pan, y a mí me encanta el pan. Están charlando con Simone y Artan. —Señaló hacia la zona de tiro con arco.

Hagen miró a Jowell, arqueando una ceja. Con gusto volvería a ver a Brynja. Era una de las muchachas más hermosas que había conocido.

—Hablaremos también con Simone. ¿Nos llevas hasta ellas, Magni?

Jowell resopló.

—Claro, ella es a quien quieres ver, Hagen.

Hagen mantuvo la vista al frente.

—Me dieron instrucciones de asegurarme de que Simone y Artan estuvieran invitados. El tío Logan insistió, si recuerdas.

—¿Invitados a qué? —preguntó Magni.

—A una celebración de Yule. Invitamos a todos a un gran festival los dos primeros días de Yule. Vendrás, ¿verdad, Magni? Trae a Tenney y a tus padres.

Magni se detuvo, alzó la vista hacia las nubes que corrían por el cielo y negó con la cabeza.

—No, lo siento.

—¿Por qué no? —preguntó Jowell—. ¿Estás enfadado con nosotros, muchacho?

—No, solo que no quiero salir de Iona.

Hagen se detuvo y le sujetó los hombros.

—Vamos, Magni. Sabes que te protegeremos, ¿no? ¿Quién podría acercarse a ti con los tres rodeándote?

—Pero una vez me robaron del castillo Duart. —Los mechones castaños del chico se agitaron con el viento, pero el miedo en sus ojos era inconfundible.

—Buen punto. Por eso cerramos esa puerta secreta de los sótanos, y prometo que habrá más guardias. Y Kelvan ya no está.

Habían puesto fin al reinado de terror de aquel bastardo no hacía mucho, pero su recuerdo seguía vivo en la mente del muchacho.

Magni oyó una voz y se zafó de Hagen para correr hacia un grupito que charlaba cerca.

—No puedo culparlo —dijo Jowell—. Yo pensaría lo mismo.

—Lo sé, pero el bastardo está muerto.

—¿Qué más podemos decir para convencerlo?

—Luego —murmuró Hagen, con ganas de acercarse al grupo cuanto antes.

Brynja estaba practicando con sus armas, y había descubierto que su nueva ocupación favorita era verla entrenar.

Sobre todo con esas mallas ceñidas que le había dado Simone.

Hagen casi se quedó clavado en el sitio, tan afectado por la visión ante él. Brynja estaba junto a Simone, disparando a una diana. Primero lanzó la lanza, clavándola justo en el centro; luego cogió el arco, encajó una flecha y volvió a acertar, aunque no exactamente en el centro.

Artan dejó escapar un silbido bajo.

—¡Dos impactos en el blanco, Brynja! Muy bien. Has aprendido rápido el tiro con arco, muchacha.

Hildi estaba a un lado con Simone, observando la destreza de su amiga.

El calor se le subió a Hagen por el cuerpo. La forma en que Brynja se sostenía, el peso equilibrado, los hombros firmes, absolutamente segura. La fuerza de su tensado. La precisión letal de su puntería.

Y, sí, cómo le sentaban esas mallas.

—Esa muchacha sabe disparar —susurró a Jowell.

—Claro, su puntería es lo que te ha puesto duro —arrastró Jowell.

Hagen recogió un terrón y se lo lanzó a su primo, que cacareó de risa.

—Y por si no te has dado cuenta, Hildi también es una belleza. ¿Cuál de vosotros va a por ella? Yo reclamo a Brynja, así que alejaos. Bien lejos.

Jowell dijo:

—He reparado en Hildi, ya que lo mencionas. Es una gran belleza y no tan cabezota como su amiga.

Paden dejó a Tenney para que corriera junto a Magni y se unió a sus primos. Susurró:

—A mí me gustan las dos.

—¡Jowell, me alegra verte! —llamó Artan desde unos pasos más allá—. Hagen, Paden.

La mirada de Hagen volvió a Brynja, obligándose a quedarse detrás de sus primos hasta recobrar el control. Era solo otra muchacha, se repitió. Como cualquier otra.

Excepto que no lo era.

El grupo se saludó, se hicieron las presentaciones necesarias, y Brynja guardó sus armas en un saco.

—No te detengas por nosotros —dijo Hagen.

—He terminado. —La expresión de Brynja no se suavizó—. Volveremos a la abadía.

—No, espera, por favor —llamó Hagen, deteniéndola—. Hemos venido a invitaros a todos al festival de Yule en el castillo Duart. Mucha familia y amigos, abundante comida. Grandes cacerías el día previo. Estáis todos invitados.

Brynja y Hildi se giraron para marcharse.

—Vosotras también —llamó Hagen—. Las dos estáis invitadas.

Brynja se detuvo y se dio la vuelta de golpe.

—Gracias, pero nos quedamos en la abadía. No nos permiten salir de la isla. Es demasiado peligroso.

—Yo te protegeré, muchacha. —La mirada de Hagen se clavó en la suya. El dolor que vio allí lo tomó por sorpresa. ¿Quién la había herido? Dio dos pasos hacia ella—. Sería un honor protegerte.

Ella no sonrió ni cambió su compostura. Juraría que tenía hielo en las venas, y lo que quería saber era quién se lo había puesto. Su respuesta fue breve:

—Gracias, pero nos quedaremos aquí.

Hagen se crispó ante su rápida negativa, por absurda que fuera. Aun así, iba a dejarlo pasar.

—Te digo que deberías venir. Estoy seguro de que lo disfrutarás. —No permitiría que se quedara atrás, escondida en una abadía. No pertenecía a un lugar así.

Brynja dio dos pasos hacia él.

—¿Intentas decirme lo que tengo que hacer?

Hagen reparó en la sonrisa de Simone y en la mano de Artan cubriéndose ahora la cara.

—Digo que cualquiera sería un necio por rechazar una invitación así. Si tienes una buena razón para no hacerlo, dila.

Paden dijo:

—¿Quizá porque eres un culo, Hagen?

Hildi susurró:

—Ha tenido un mal día.

Jowell se acercó a Hildi y preguntó:

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar?

Hildi negó con la cabeza, con la mirada fija en Brynja, que aún no había dicho nada.

La mirada en sus ojos le dijo que aún no había terminado con él, y a Hagen le ardían las ganas de oír la excusa miserable que estaba fabricándose. Se llevó las manos a las caderas.

—¿Y bien? ¿Tu razón?

—Mi razón es que prefiero no perder el tiempo con necios arrogantes que creen que pueden darme órdenes. ¿Eso es lo que te piensas? ¿Que tu posición te da derecho a mandar a las muchachas?

¿También crees que los hombres son mejores que las mujeres? Porque no vas a decirme lo que tengo que hacer.

Hagen miró a Simone y a Artan, dándose cuenta de que había sido demasiado brusco.

—Mis disculpas, muchacha. No tengo derecho a controlarte. No era esa mi intención. Hablé demasiado deprisa. Haz lo que quieras.

¡Por todos los demonios! No podría haber salido peor. Y ahora tendría que encontrar el modo de compensar su grosería. De algún modo, sabía que ella no se lo pondría fácil.

La furia en la mirada de Brynja se fue asentando hasta volverse tan fría como cualquier cosa que él hubiera visto jamás.

Jowell dijo:

—Ignóralo. ¿Cómo podemos ayudar?

Brynja le dio la espalda a Hagen y habló directamente a Jowell.

—Ya que tú y tus amigos estáis aquí, ¿puedo hacer una pregunta?

Hildi se acercó para colocarse a su lado, cruzándose de brazos. Hildi era media cabeza más baja que Brynja y tenía el pelo más oscuro, pero Hagen tenía que darle la razón a Jowell: también era una gran belleza.

—Por supuesto —dijo Paden—. Ayudaremos en lo que podamos.

—¿Patrulláis Mull?

—Todo el tiempo. —Jowell dio un paso al frente, con los ojos brillándole de interés. Jowell siempre había sido un poco más intenso.

—¿Habéis visto a algún extraño indeseado? —preguntó Brynja, cruzándose de brazos—. ¿Alguno nuevo?

Hagen miró a Artan, confuso.

—No. ¿Artan? ¿Simone? ¿Buscáis a alguien en concreto? Clyde está muerto. Era el que fue a por Sheona, ¿no?

—Clyde está muerto —confirmó Simone, cruzándose de brazos —. Y Roger no molestará a nadie más. Está encadenado, por lo que tengo entendido. No hemos visto a nadie en Mull, pero todos hemos notado una barca rondando Iona últimamente. Y no sabemos quiénes son. No podemos acercarnos lo bastante como para

identificar a ninguno de los dos hombres del bote. Son muy cuidadosos. Nadie se acerca a Iona tan a menudo.

—¿Alguna idea de dónde vienen? —preguntó Jowell, apartándose los mechones castaños de la cara—. ¿Adónde van cuando se marchan?

—No lo sabemos —explicó Artan—. Podrían ser de Coll o de Tiree. De Ulva. De tierra firme. También tenemos a Thane y a sus hombres vigilando.

Thane MacQuarie era el jefe del Clan MacQuarie, asentado en el noroeste de Mull.

—¿Alguna idea de quién podría ser? —preguntó Hagen, con las manos apoyadas en las caderas. En su interior empezaba a crecer una furia: tuvo un presentimiento repentino de lo que iban a decir.

Brynja esperó a que los demás negaran conocer la identidad de los necios del bote. Entonces dijo, con una convicción que no pasó inadvertida:

—Es el otro.

—¿Cuál otro? —preguntó Paden.

Hagen se pasó la mano por la cara. Sabía exactamente a qué se refería, pero tuvo que reprimir el impulso de bramar como una banshee.

Simone asintió, cruzándose de brazos.

—El otro que iba tras Sheona. Nadie sabe quién era. Probablemente tengas razón, Brynja.

Hildi bajó la cabeza.

—Me da miedo.

Jowell dio dos pasos hacia Hildi, y algo en ese gesto le dijo mucho a Hagen.

—A mí no me asusta —dijo Brynja, mirando a Hildi—. Ya lo había visto antes. Le clavé mi daga en la parte alta del muslo. Así que todos podéis imaginar qué quiere. O mejor dicho, a quién.

—Venganza —susurró Hagen—. Va a por ti, Brynja.

—No puedo descartar esa idea, Grant —dijo Artan.

Hagen ya sabía a por quién iba a ir él: un bastardo feo con una herida en la pierna.

A ese patán le iban a caer unas cuantas heridas más.

Capítulo Tres

Dugan

Sholto Landrum avanzó con paso firme hacia la cabaña de Tiree, esperando encontrar dentro a su primo. El hombre había estado en tierra firme, cerrando tratos que a Sholto no le gustaban. Oh, sabía bien lo de Kelvan y Glenna de Buchan, cómo habían hecho acuerdos vendiendo críos, y cómo ambos habían muerto por ello.

Así que no entendía por qué su primo, tan necio, quería meterse en lo mismo; pero había ido allí y había oído que la operación de Kelvan estaba disponible para cualquiera con agallas para hacerse cargo. Dugan se había lanzado a la oportunidad, pero, claro, su primo siempre había sido un ciego para ciertas cosas.

Así que Dugan se adueñó de la operación en Tiree, siempre buscando más críos.

Pero luego estaba su amigo Clyde. Aquello era una pieza clave. Sholto conocía a Clyde desde hacía muchos años. De hecho, se empeñaba en venir desde Morvern para visitarlo en Mull de vez en cuando; así que, cuando Clyde le prometió probar a una buena moza, fue con él de buen grado, aunque eso significara remar hasta Iona.

No tenía ni idea de que habría una zorra esperándolos, con dagas en las manos. Tenía el pelo raro y una mirada que casi lo hizo darse la vuelta, pero Clyde insistió en seguir adelante. El necio creyó que podrían vencer a la zorra y que tendrían a dos para atarlas y divertirse.

Solo que aquella zorra extraña los alcanzó a ambos con una daga y estuvo a punto de amputarle la parte más valiosa de su cuerpo. Por suerte, falló, pero él pasó días con fiebre. La verdad era que aún le dolía, aunque hubiese curado.

Tardó diez días en conseguir que su miembro volviera a ponerse duro. Eso le dio más miedo que cualquier otra cosa. Aquella zorra rara pagaría. Se encargaría de ello.

Sholto había planeado desembarcar por la parte de atrás de la isla y caminar hasta el convento donde vivía la zorra. Tenía

paciencia, y había estudiado esa zona porque nunca había nadie. Ella casi le había dejado fuera de combate su amada lanza, y si lo hubiera logrado, ¿qué sería de él? Tendría que pagar por lo que hizo.

Entró en la cabaña, sin sorprenderse al ver a su primo Dugan allí, con una furia en la cara como jamás le había visto.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Dugan.

—¿Por qué demonios no me lo dijiste?

—¿Decirte qué?

Dugan se levantó, estampó el taburete contra el suelo de tierra y se puso a pasear por la cabaña, maldiciendo, golpeando lo que podía.

—¿Por qué. No. Me. Lo. Dijiste?

—No estoy seguro de entenderte.

Dugan era más joven, más grande y más musculoso que él; siempre lo había sido. Pero peor aún: tenía un genio que se desbocaba sin apenas aviso. A menudo le recordaba a un crío buscando la teta de su madre en un día de calor.

Dugan se plantó justo delante, inclinándose para clavarle la mirada en los ojos.

—¿Por qué no me dijiste que había cuatro o cinco nietos de Alexander Grant en Mull? ¡Y uno de sus hijos! ¡Aquí! ¡Justo aquí! Lejos de los mil guardias que deben tener a estas alturas. Lejos de los Ramsay, los Cameron y todos los demás aliados de mierda que tienen.

Sholto, totalmente confundido, se sentó a la mesa y escogió las palabras con cuidado.

—No lo sabía. ¿Por qué te importan los Grant?

Dugan cerró la mano en un puño y lo estampó contra la mesa, haciéndolo dar un respingo.

—¿Que por qué me importan? ¡Porque Alexander Grant fue quien mató a mi abuelo! ¡Por eso!

—¿Él? No lo sabía. Solo sabía que murió en un duelo de espada.

—Alex Grant es la razón por la que mi padre no tuvo hermanos. Mató a mi padre antes de que pudiera casarse y tener críos. —Dugan se sentó, abriendo y cerrando el puño una y otra vez.

—Pero… —Sholto ladeó la cabeza, con ganas de decir que él estaba allí, así que…

—Mi abuelo dejó preñada a la criada, a mi madre. Nunca se casó. Se suponía que debía casarse con una inglesa.

—Sigo sin entender. —Sholto apartó el taburete de la mesa, fuera del alcance de aquel puño.

Dugan se levantó de un salto y volvió a pasearse, murmurando para sí. Sholto intentó entender sus palabras, pero le dio miedo moverse. Quizá era buen momento para escabullirse.

—Podría haber sido el laird de un castillo. Quizá encuentre a su hija o me lleve a su nieta. O no, eso no me ayudaría. Tengo que ir a por sus hijos. No. Sus nietos. O ambos. Hijo y nieto. Los sacaré y los abatiré a todos.

Sholto mantuvo la boca cerrada.

—¿Cuántos guardias tienen en el castillo Duart? —Se rascó los pocos pelos finos que le quedaban.

—No lo sé.

—¡Pues averígualo! Lo necesito para mañana. Voy a moverme con esto. Tengo que saberlo antes de que se marchen. O antes de que traigan más guardias cruzando el agua. Antes de perder esta oportunidad. Antes de que alguien lo haga por mí.

Sholto no dijo nada; se limitó a mirar al hombre en su berrinche constante.

—¿Cómo se llamaba tu padre, entonces?

—Se suponía que mi abuelo debía casarse con una zorra MacDonald, la mujer de Alex. En vez de eso, mató a mi abuelo delante de una multitud en el castillo Grant. Humilló a mi clan, porque mi abuelo murió al filo de la espada de Alex Grant.

—Demonios, no tenía ni idea. Lo siento, Dugan.

—Así que… ¿sabes lo que significa eso?

Sholto negó con la cabeza, temiendo decir lo equivocado.

Dugan lo sujetó por el cuello de la camisa, tirando de él hacia delante.

—Significa que el hijo y los nietos de Alex Grant deben morir al filo de mi espada. Debo vengar su muerte.

—¿Qué quieres que haga?

Dugan lo soltó, dejándolo caer de nuevo sobre el taburete.

—Nada. Solo averigua cuántos guardias tienen. Primero iremos a por esa muchacha que te clavó la daga en la pierna, la secuestraremos, y entonces los Grant vendrán a por ella y los mataré a todos.

—¿Cómo sabes que vendrán?

—Porque así son. Tienen que ayudar a todo el mundo. Así que si robamos a esa muchacha y a la otra que va con ella, la noticia se correrá por esa pareja que vive en Iona y vendrán a por ella.

—¿Y cómo sabrán dónde las escondemos?

—Dejaremos que la noticia corra.

—¿Y luego?

—Luego, cuando los Grant vengan a Tiree, los mataré a todos.

—Vas a necesitar ayuda.

—La conseguiré. Tengo suficiente moneda para contratar a más mercenarios, de esos que solo llevan el mal y la muerte en la cabeza. Ya he comprado cinco veintenas. Solo me faltan otras tres. Traeré honor al nombre de mi abuelo. Ya me he quedado con el trabajo de Kelvan, he encontrado parte de su dinero, y esto me hace más feliz. —Dugan dio una palmada y sonrió—. Por fin voy a tener la oportunidad que siempre he querido.

—¿Y qué es eso?

—Estoy a punto de vengar, por fin, la muerte de mi abuelo, Niles.

Capítulo Cuatro

Brynja

Brynja hizo una leve inclinación de cabeza hacia Hildi para indicarle que ya era hora de regresar al convento. No deseaba permanecer ni un instante más allí donde se encontrara aquel arrogante Grant de cabellos claros, fuera cual fuese su nombre. ¿Jowell? ¿Paden? ¿Hagen? No lo sabía, y ese simple hecho bastaba para irritarla.

Se preciaba de tener una memoria prodigiosa: recordaba cada nombre, cada rostro, cada arma.

Y, sin embargo, cada vez que lo veía, algo se agitaba en su interior. Algo que no comprendía, que no sabía explicar, que no podía preguntar a nadie porque ni siquiera ella misma lograba definirlo.

El guerrero Grant la inquietaba y la enfurecía a partes iguales. Había intentado ordenarles que acudieran a un festival, como si hubiera algo que celebrar en su vida o en la de Hildi. Al menos, había tenido la decencia de disculparse por su grosería.

Tenía que llamarse Hagen. Cuando se conocieron cerca del convento, él le había dicho que su madre era nórdica. Hagen era un nombre nórdico; Paden o Jowell no lo eran. Así que debía de ser él, el nórdico.

—¡Brynja!

Maldijo en silencio antes de detenerse y volverse para encararlo.

—¿Qué quieres?

—Cuéntame más sobre ese hombre. ¿Por qué estás convencida de que te sigue? ¿Hasta qué punto se acerca a ti?

El cabello dorado de Hagen le caía más allá de los hombros, ni liso ni rizado, sino algo indeterminado entre ambos. Sus ojos azules tenían la inquietante capacidad de hurgar en lo más profundo de su vientre y retorcerlo… aunque no de una forma dolorosa.

—Sé quién es porque puedo sentirlo —dijo ella con firmeza—. Su ira. Su odio hacia mí por haberlo herido.

—¿Y con quién va?

Las piernas de Hagen adoptaron una postura que Brynja había visto demasiadas veces en los bastardos que asesinaron a su madre: abiertas, sólidas, llenas de fuerza. Piernas poderosas, si hubiera tenido que apostar. Después apoyó las manos en las caderas, una imagen que se le grabó en la memoria sin que pudiera evitarlo.

—Eso no lo sé.

Él dio dos pasos hacia ella.

—Déjame ayudarte.

—No necesito tu ayuda, Grant. Sé cuidarme sola.

Apretó la lanza con fuerza y sostuvo su mirada para demostrarlo. Jamás permitiría que un hombre como aquel la intimidara.

Algún día se lo demostraría a todos.

—¿Ah, sí? ¿Por eso estás en el convento?

Jowell silbó detrás de él, acercándose a Hildi, que se había apartado discretamente de su amiga.

Paden soltó una carcajada y se alejó en dirección contraria.

—Será mejor que te mantengas lejos de esa lanza, primo. Yo voy a volver con Simone y Artan.

Brynja lanzó la lanza al aire y la atrapó de nuevo, solo para no abofetearlo, mientras apretaba la mandíbula. Él no tenía la menor idea de por qué estaba en el convento ni de cómo había sido su pasado. Había crecido en castillos, se había trasladado de uno a otro y, sin duda, montaba los mejores caballos. ¿Qué sabía él del trato que recibían las mujeres?

Para alguien como él, las muchachas vestían bonitos vestidos y agitaban abanicos para calmarse, si ella tenía que suponerlo. Las mujeres de su clan probablemente pasaban los días sentadas junto al hogar, cosiendo, sin salir jamás del recinto del castillo.

Ella prefería el aire libre.

—No soy asunto tuyo. Déjame en paz.

—Acabo de convertirte en mi asunto.

—Eres insoportable. ¿Nadie te enseñó modales?

Él ocultó una leve sonrisa.

—Sé cómo tratar a una muchacha.

—¿Ah, sí? No lo parece.

Entonces se dio cuenta de lo cerca que estaba. Demasiado cerca. Podía sentir su calor. Estaba caliente… demasiado.

—Quiero ayudarte. Eso es todo. Ni más ni menos.

—Y yo te digo que lo dejes. Regresa al castillo Duart y juega allí a tus juegos.

Entrecerró los ojos, un gesto aprendido para contener las lágrimas.

—Vuelve con tu gran barco, monta tu elegante corcel hasta tu gigantesco castillo y déjame hacer lo que debo hacer. Seguro que tienes asuntos más importantes que atender.

Él avanzó otros dos pasos. Si alargaba la mano, podría rozarle la mejilla.

No se atrevería.

—No estoy jugando, Bryn.

—Mi nombre es Brynja.

—Brynja, te ofrezco mi ayuda. Cogeremos un barco y buscaremos a los dos hombres que estaban rodeando la isla.

—Ya no están. Llegas tarde. Merodean al amanecer y justo después del anochecer.

—Entonces volveré.

—No te molestes. Yo me ocuparé de él. La próxima vez, clavaré mi daga en su corazón.

No le dijo que sabía que su pequeña daga no bastaría para detener al bastardo, solo para ralentizarlo. Tendría que acercarse más para hundirle la lanza donde quería. Y aún no tenía práctica disparando a blancos en movimiento. No dominaba la espada lo suficiente como para causar verdadero daño; por eso entrenaba con Simone para aprender a ser arquera. Eso llevaría tiempo.

Hildi asintió y dio un paso al frente.

—Ella puede hacerlo.

—Estoy seguro de que sí —replicó Hagen—. Pero ¿y su compañero? ¿Y si trae a dos más? ¿Está Hildi entrenada para ayudarte?

Se inclinó hacia delante.

Más cerca aún, pero Brynja no retrocedió.

—Los mataré a los dos —dijo con voz firme, inmóvil como una roca—. Hildi no necesita entrenarse. Yo puedo encargarme de ellos.

—No tienes ayuda en el convento. Claro que Simone y Artan te ayudarían si estuvieras aquí, pero estás en el convento. Estoy aquí para advertirte de que ese bastardo aguardará y te atacará allí. Y si antes llegó por este lado de la isla, la próxima vez vendrá por la parte trasera. ¿Por qué no vienes al castillo Duart hasta que descubramos quién es ese necio? A mi madre le encantaría conocer a dos mujeres nórdicas. Siempre seréis bienvenidas en el clan Grantham.

Hildi soltó una risita.

—No soy una mujer. Solo tengo dieciséis veranos. Ella tiene dieciocho. Y no nos permiten salir. Nunca.

Hagen sonrió.

—Hablaré con la abadesa. Le diré que podéis estar en peligro. Creo que aprobará el viaje. Pasad una semana con nosotros. Descubriréis que la vida puede ser mejor.

—¿Mejor?

—Mejor que en un convento. No perteneces a un convento.

—¿Y dónde pertenezco?

Su mirada se clavó en la de él, cargada de un dolor y una ira tan evidentes que Hagen sintió la imperiosa necesidad de saber más sobre su pasado.

—Perteneces a mí.

—Eso es exactamente lo que esperaba oír de un tonto mimado y arrogante. No pertenezco a nadie más que a mí misma.

Se dio la vuelta y se apresuró hacia su estancia en el convento. No necesitaba pasar ni un instante más en compañía de aquel hombre tan seguro de sí mismo.

—Espera, por favor.

Hagen fue tras ella y le apoyó la mano en el hombro, con cuidado de no sujetarla.

—¡Ay!

Una chispa saltó de su mano en el instante en que su piel entró en contacto con la de ella.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exigió Brynja, girándose bruscamente—. ¿Qué has hecho?

—Nada.

Se frotó los dedos, desconcertado por lo que había sentido.

—Solo te he tocado. No sé a qué te refieres.

—Mentiroso.

Se alejó con paso firme, aunque no se secó el sudor que se había formado entre los pechos hasta estar lo bastante lejos. Había pasado algo cuando la tocó. Una chispa. Un destello de fuego. Algo poderoso.

Algo que jamás había ocurrido antes.

Y no le gustaba.

Capítulo Cinco

Magni

La madre de Magni se acercó a él en la playa, donde jugaba con su hermano. Tenney se incorporó y señaló el agua.

—Baco… gra… baco…

—Sí, eso es un barco, Tenney —dijo Magni—. ¿Ves lo listo que es, mamá?

—Sí, es un muchacho brillante, Magni, y tú también lo eres.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Si no, ¿cómo crees que Tenney está aprendiendo tantas palabras? Eres tú quien se las enseña.

Su madre sonrió y cruzó las manos sobre el regazo mientras se sentaba en un tronco cercano.

—¿Qué pasa, mamá?

Su madre nunca bajaba a la playa. Pasaba el día limpiando la cabaña o preparando el guiso de la noche. A veces ayudaba a Beatris con los otros niños pequeños. Su padre solía ir con Artan a cortar leña para mantenerse calientes durante el invierno, y en ocasiones llevaba a Magni a pescar. Le gustaba pescar.

—¿Necesitas que vaya a pescar con papá?

—No. Necesito que hables conmigo, muchacho.

—¿Sobre qué?

Se volvió hacia ella, temiendo que volviera a hacerle aquellas preguntas difíciles. ¿Dónde estaba su hermana? Lia siempre desaparecía cuando más la necesitaba.

—Sobre ti. Has pasado por algo terrible y esperaba que lo superaras. Sabía que llevaría tiempo, pero sigues pareciendo inquieto, hijo.

—No, estoy bien.

—No creo que lo estés —respondió ella con calma, aún sentada con las manos recogidas con decoro.

—¡Sí que lo estoy!

No pretendía gritar, pero no quería hablar de tonterías como los sentimientos. Ahora estaba a salvo, en una isla con la abadía, los

monjes y las monjas protegiéndolo. Dios no permitiría que nadie volviera a llevárselo de allí. Alguien le había dicho una vez que ni siquiera los villanos harían daño a una monja o a un sacerdote.

—Entonces, ¿por qué no quieres ir a la celebración de Yule? Pensé que todos los niños eran tus amigos. Sylvi, Tora, Sandor y Alana. ¿No echas de menos a Alana? Estoy segura de que ella te echa de menos a ti.

Frunció el ceño. No quería admitir cuánto echaba de menos a sus amigos. Y no iba a llorar por ello. Solo los niños pequeños lloraban. Tenney casi nunca lo hacía ya, solo cuando se caía y se hacía daño.

—Me gusta estar aquí.

Un barco se acercó, captando su atención. Miró hacia el mar para asegurarse de que no fuera nadie peligroso.

—¿Quién es, mamá?

—Tienes mejor vista que yo, Magni. ¿A quién te parece que se parece?

—Creo que es Thane. ¡Qué emoción! Ojalá viniera más a menudo.

Soltó un suspiro de alivio. Había logrado esquivar la conversación con su madre. No quería seguir hablando de ello. Se quedaría allí, en la isla, donde estaba a salvo. Y punto.

—¡Thane! ¡Aquí!

Se giró hacia su madre y le hizo una seña.

—Cuida de Tenney. Yo ayudaré a Thane.

Corrió hacia su querido amigo y aplaudió al ver que Mora estaba con él.

—¡Hola, Mora! Me alegro de que hayas venido.

—Saludos, Magni. Veo que tu hermano está ahí. Y tu madre también. ¿Sigues siendo feliz aquí? Te echo mucho de menos. ¿Tú no nos echas de menos a nosotros? Y deberías ver la barriga de Tamsin. ¿Crees que será niño o niña? Yo espero que sea una niña. Necesitamos más niñas en nuestro castillo.

Thane apoyó el brazo sobre el de su hermana y dijo:

—Saludos, Magni. ¿Podrías pasarme esa cuerda, por favor?

Magni la cogió y se la entregó, y Thane aseguró la embarcación con movimientos firmes.

—¿Por qué estás aquí, Thane?

—Porque te echamos de menos, Magni —respondió Thane al bajar del barco y abrir los brazos.

Magni se lanzó contra él con un grito de alegría.

—Yo también os echo de menos. Papá está ocupado. Ven a ver a mamá, y creo que Simone también está aquí.

Echó a correr por el terreno sin atreverse a mirar a Thane. Lo echaba demasiado de menos. Y a Mora también. Y a Brian. Y a sus padres, y a Alana, y a Tamsin. Si tan solo…

—¡Ven, mamá! —Le cogió la mano y tiró de ella hacia la playa, aunque su madre avanzaba despacio.

—Magni, me duele un poco la espalda. Vienen hacia aquí —dijo ella, llevando las manos a la espalda como solía hacer e inclinándose ligeramente hacia atrás.

Simone llegó a continuación.

—Saludos, MacQuarie. Me alegra veros. ¿Estáis preparados para el invierno?

—Sí. Hemos traído algunas verduras de más para los pequeños. Y Mora ha hecho unas tartas de fruta para alguien especial.

—¡Para mí! ¡Para mí, por favor! Aquí no las hacen.

Había suplicado a Beatris que pidiera a su cocinera que preparara tartas de fruta, pero hasta entonces solo había hecho manzanas asadas.

Cuando encontraron una mesa en la pequeña cabaña, se sentaron, y Mora sacó una tarta de fruta de su saco y la colocó delante de Magni. Él soltó un largo suspiro y aspiró el delicioso aroma.

—Manzana. Me encanta —susurró—. ¿Puedo?

Su madre lo miró con suavidad.

—¿No deberías compartirla, Magni?

Frunció el ceño, pues no lo había pensado, pero respondió:

—Ellos tienen tartas de fruta y nosotros no.

Tenney entró tras él con la mano levantada, pidiendo algo de comer.

—Tenney. Compartiré con Tenney.

Su hermano aún no comía mucho. Podía darle un pequeño bocado… pero solo uno.

Se sentaron mientras Simone y la madre de Magni servían algo de beber a todos: caldo y aguamiel.

—¿Por qué estás aquí, Thane?

Mora miró a su hermano, que le hizo un leve gesto con la cabeza, y entonces dijo:

—Queremos invitarte a ti, a Tenney y a tus padres, Magni. Nos gustaría que vinierais a vivir con nosotros.

Magni casi escupió la tarta de fruta, pero no iba a desperdiciarla. Tragó con dificultad, a punto de atragantarse, y luego gritó:

—¡No, no podemos!

—¿Por qué no? —preguntó Mora.

Magni dejó la tarta sobre la mesa.

—Porque mamá quiere quedarse aquí.

Eso debería bastar para convencerlos.

Su madre le lanzó esa mirada que le indicaba que lo había descubierto.

—Me encantaría ir al castillo MacQuarie. Al menos durante el invierno, Magni. El suelo está muy frío en invierno.

Thane intervino entonces:

—Magni, sois diez viviendo en esta pequeña cabaña y no podéis construir otra antes de que llegue el invierno. En primavera, todos podremos ayudar a levantar una nueva, pero hasta entonces pasaréis todo el invierno apretados aquí. ¿Por qué no vivís con nosotros durante un tiempo? Tenemos varias chimeneas grandes y un buen cocinero. Tú y Tenney podréis tener vuestra propia habitación y no tendréis que dormir en el suelo.

—No me importa dormir en el suelo. No. No voy a ir.

Salió furioso, dando un portazo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. No quería que el gran jefe lo viera llorar. No era un bebé. Solo tenía miedo a veces. Se secó las lágrimas cuando oyó cerrarse la puerta.

—¡Magni, espera, por favor! —gritó Thane.

Lo hizo, pero no levantó la vista hacia el gran terrateniente. A veces le dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba cuando hablaba con alguien tan alto como Thane. Y Connor Grant era aún peor.

Thane se acercó por detrás y lo condujo hasta una roca.

—Siéntate conmigo un momento, por favor.

—Está bien.

Se sentó con el ceño fruncido. Sabía que intentaría convencerlo de mudarse al castillo, pero no quería ir. Allí lo volverían a secuestrar.

Cuando ambos estuvieron sentados, Thane dijo:

—Tamsin te echa mucho de menos. Y Alana también.

—Entonces, ¿por qué no ha venido?

—Porque su barriga es demasiado grande. Tenía miedo de que el barco volcara.

Magni soltó una carcajada y se dio una palmada en la rodilla al imaginarlo.

—¿Volcaría?

Se reiría si ocurriera… aunque luego se sentiría mal.

—No. ¿Crees que permitiría que Tamsin volcara?

—No, porque eres un Highlander honorable. Lo sé. No puedo volver a tu castillo. Mamá no me deja.

Su madre no estaba allí para oír aquella mentira, así que Magni pensó que valía la pena intentarlo.

—Creo que tus padres podrían considerarlo —dijo Thane—. Tu madre parece tener problemas de espalda, y puedo imaginar por qué. ¿Tú también?

Magni sabía la razón. La pequeña cama en la que tenía que dormir. Papá dormía con mamá. Él y Tenney dormían en el suelo, y Tenney se quejaba constantemente de que tenía frío, así que Magni siempre lo abrazaba hasta que se quedaba dormido. A veces, ambos se metían con mamá. Estaban muy apretados.

Pero aun así, no se iría.

—No estoy seguro —mintió de nuevo, con una punzada de culpa al darse cuenta de cuántas mentiras estaba diciendo.

—Creo que estarías más cómodo en la gran cama de la habitación que ahora está vacía. Y tú podrías dormir en la misma

estancia que Alana o con tus padres. Te daría tu propia cama, Magni.

—¿De verdad?

Nunca había tenido una cama solo para él. Siempre dormía con alguien más: Rowan, Sandor o…

—Sí. Y si decides que no puedes venir, al menos espero que vengas a visitarnos en Yule, Magni. Puede que tengamos sorpresas especiales para las fiestas.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué tipo de sorpresas especiales?

—Aún no lo sé. Tendrás que venir para descubrirlo.

Se levantó del tronco y miró fijamente a Thane durante un largo instante. Luego negó con la cabeza.

—No. No podemos ir.

Y echó a correr hacia el convento.

Capítulo Seis

Hagen

Tres días después, tras terminar la comida de la mañana, Hagen caminaba de un lado a otro por el gran salón del castillo Duart.

—¿Por qué, madre? ¿Por qué una muchacha sería tan necia como para no querer mi ayuda? Tú eres nórdica. ¿Son diferentes?

—Hagen, no sé si lo sabes o no —respondió su madre, Sela Grant, con esa paciencia extraña y serena que siempre la caracterizaba—, pero tú también eres nórdico.

—Lo sé, pero ya sabes a qué me refiero.

Había pasado esos días dándole vueltas a cómo convencer a la muchacha para que fuera a Duart, pero después de que se marchara furiosa, llamándolo mimado, había tenido que contener su propio impulso de discutir con ella.

Y, en el fondo, sabía que ella tenía razón.

Él había tenido una vida mucho más fácil que la suya, y deseaba enmendar eso… si podía.

Su padre, Connor Grant —el hijo menor de Alexander y Maddie Grant—, bajó las escaleras en ese momento.

—¿Quién es nórdica?

—Hagen está… intrigado por una muchacha del convento que es nórdica —explicó Sela—. Ella ha rechazado su ayuda.

Su padre arqueó una ceja antes de sentarse junto al fuego, tras intercambiar unas palabras con una criada sobre las gachas.

—¿Te interesa una monja, Hagen? ¿De verdad?

—No, no es monja —replicó Hagen, lanzándole una mirada burlona.

—Todavía no —apuntó su madre—. Puede que tenga intención de hacerse monja si vive en el convento.

—Ponme al día —dijo su padre, clavando la mirada en él.

Hagen se sentó y comenzó a explicarse:

—No es monja, pero vive en el convento. No sé exactamente por qué, aunque supongo que ella y su amiga son huérfanas. Como Beatris y Geva, que viven con los huérfanos, pero ella es mayor.

¿Recuerdas cuando Clyde y otro hombre intentaron atacar a Sheona Rankin?

—Sí.

—Esta muchacha supo que iban a por ella y apuñaló a ambos con una daga: a uno en la pierna y a Clyde en el hombro. Los ahuyentó. Desde entonces hay un barco que lleva días rodeando Iona, y Brynja cree que es el otro hombre, que ha vuelto para vengarse.

—Brynja —repitió su padre—. Es un bonito nombre nórdico. Sobre todo para alguien capaz de herir a dos hombres con una precisión casi letal.

Se recostó en la silla, sonriendo.

—Padre, habla en serio —insistió Hagen—. Dime qué hacer. Ese hombre va tras ella. Simone también ha visto el barco, aunque ahora va acompañado. Aparecen dos veces al día, no están pescando, y Brynja cree que es el mismo hombre que ha venido a vengarse.

—¿Qué necesitas? ¿Más hombres para ir tras él?

Sela sonrió y dijo en voz baja:

—Brynja está rechazando su ayuda, Connor.

Su padre esbozó una sonrisa amplia.

—¿Una mujer nórdica rechazando la ayuda de un escocés bienintencionado? ¿Dónde he oído eso antes?

Inclinó la silla hacia atrás y se balanceó sobre sus piernas, riendo con ganas. Luego volvió a apoyarla en el suelo y miró a su esposa antes de inclinarse para besarla en la mejilla.

—Sabes que es en parte nórdico, no solo escocés.

—Sí —admitió Connor—. Sela, tienes que responderle tú. Yo no puedo explicar por qué las mujeres pueden ser tan tercas. ¿Por qué lo rechazaría?

Sela se enrolló un mechón de pelo que se había escapado de la trenza.

—Se me ocurren varias razones. Primero, puede que no le agrade tu compañía, aunque como apenas os conocéis, dudo que sea eso. Segundo, no quiere molestarte. A las mujeres nos cuesta pedir ayuda, sobre todo a desconocidos. Y tercero… es terca y cree que no la necesita. Esa es mi apuesta. Si es tan diestra con la daga,

debe de ser bastante capaz para su edad. ¿Cuántos años tiene, Hagen?

—Tiene dieciocho años. Su amiga Hildi es dos años más joven.

—¿Hildi es su hermana?

—No lo creo. Brynja es rubia y Hildi es morena.

Su madre inclinó la cabeza, observándolo con atención.

—Piénsalo: un hermano rubio con dos hermanas morenas.

Hagen puso los ojos en blanco.

—Es cierto, pero no se parecen.

Su madre dedicó a su padre una sonrisa ladeada. Maldición, aquellos dos compartían un lenguaje silencioso que él no lograba descifrar.

Hagen volvió a levantarse y reanudó su paseo por la estancia. Cogió una manzana de una cesta y empezó a masticarla.

—Es ella la que usó la daga, hirió a los dos hombres y también maneja una lanza. Tiene la misma destreza con ambas armas y ahora está probando con el arco.

—¿Una lanza? —comentó su padre—. Eso es impresionante.

—Es un arma común entre las muchachas de tierras nórdicas —apuntó su madre.

—¿Y es buena con ella? —preguntó su padre antes de dar el primer sorbo al caldo que Murreal acababa de traerle, asintiendo en señal de agradecimiento.

—Sí, lo es —respondió Hagen—. Ha dado en el blanco a veinte pasos, tanto con la lanza como con una flecha.

Su padre volvió a clavar la mirada en su madre.

—Te has dejado una razón posible, esposa.

—¿Y cuál sería esa, esposo?

Hagen los observó mientras volvían a comunicarse con esas miradas cargadas de significado y sin pronunciar palabra.

Sin apartar los ojos de su mujer, su padre dijo entonces:

—La inquietas.

Hagen frunció el ceño y miró a sus padres, a su madre, que ahora mostraba una leve sonrisa. Por fortuna, su hermana Dyna apareció bajando las escaleras e interrumpió aquel momento.

—Es la última razón, Hagen. Le gustas.

—¿De verdad?

¿Era eso lo que su padre había querido decir con la inquietas? ¿Por qué no lo decía sin rodeos?

Dyna se detuvo de camino a la cocina.

—Sí. Es demasiado terca para admitirlo, así que te rechaza. Eso es lo que ocurre cuando el corazón se involucra. Te hace hacer estupideces. Cosas que no sabes explicar. ¿Por qué si no habría hecho tropezar a Derric y le habría plantado la bota en el pecho, cuando era el único hombre que había conseguido que mi corazón se acelerara?

—¿Era eso, Sela? —preguntó su padre.

Su madre, sin apartar la mirada de los ojos de Connor, susurró:

—Sabes perfectamente lo que era, Connor Grant.

Dyna se encaminó hacia las cocinas.

—Vete ahora, Hagen. Corre mientras puedas. Cuando se ponen así, no querrás presenciar lo peor.

Confundido, Hagen se levantó y siguió a su hermana. Una vez al otro lado de la puerta, le susurró:

—Entonces… ¿qué hago?

Dyna preparó tres cuencos de gachas, cogió la tetera de la sirvienta que llevaba uno para su padre y se puso en marcha.

—No la presiones. Sé persistente. Y usa la cabeza. No puede abatir a dos hombres con una lanza al mismo tiempo, ni detenerlos a ambos solo con dagas. Necesita ayuda. Y bien podrías ser tú. ¿Te gusta?

Le lanzó una mirada burlona, arqueando las cejas.

—No estoy seguro. Me gustaría conocerla mejor, pero no vive aquí. ¿Cómo voy a hacerlo si rechaza todo lo que le ofrezco?

—Déjala estar… y sigue adelante igualmente. Vigila el barco. Ve a tierras MacQuarie y pregunta a Thane qué piensa de ella. Averigua si ha visto alguna embarcación extraña. Habla con Artan, pregúntale si cree que tendrías alguna oportunidad cuando ella no esté cerca. No te rindas si de verdad te importa.

Hagen se volvió hacia la puerta.

—Gracias, Dyna.

—¿Adónde vas?

Se detuvo en el umbral y sonrió.

—A tierras MacQuarie. Voy tras una mujer nórdica.

—Bien —respondió ella—. A mí me gustaría aprender a lanzar una lanza.

Luego salió al pasillo y se sorprendió al comprobar que sus padres ya no estaban allí.

Capítulo Siete

Brynja

La hermana Ada caminaba por la costa detrás de Brynja, que iba de un lado a otro con las manos apoyadas en las caderas y la lanza cerca.

—¿Estás segura de que el barco aparecerá hoy?

Brynja respondió sin volverse, con la atención fija en el mar que se extendía ante ellas.

—Por supuesto. Siempre viene por la mañana. A veces por la noche. Otros días no aparece.

Hildi llegó corriendo hacia ellas.

—Hermana Ada, ¿por qué está aquí esta mañana?

La monja suspiró.

—Porque me preocupáis, las dos.

Brynja se detuvo y se giró hacia ella.

—No hay motivo para preocuparse. Yo nos protegeré a ambas.

—No me preocupa un ataque, muchacha —respondió la hermana Ada—. Me preocupa tu alma. Sé que ese es tu mayor temor, pero confío en que nuestro Señor nos mantendrá a salvo, junto con la ayuda de Simone… y la tuya. Pasas demasiado tiempo aquí fuera, esperando un barco que puede llegar o no. Pero ¿qué ocurre dentro de ti? —Se dio una suave palmada en el centro del pecho—. Eso es lo que me inquieta.

Brynja se volvió, poniendo los ojos en blanco; un gesto que su madre detestaba, pero que expresaba perfectamente lo que sentía sin necesidad de palabras.

—Estoy bien, hermana. Esta mañana se me han escapado los necios. Me quedé dormida. Iremos a ayudar a cortar verduras para la sopa.

Era algo que hacían casi a diario y no le importaba en absoluto. Aquella tarea la ayudaba a manejar sentimientos que no sabía, o no quería, poner en palabras.

—Te lo agradecería. Ayer descuidaste tus tareas y no es la primera vez que sucede. No quiero que te obsesiones tanto con la

venganza que olvides todo lo demás, Brynja.

La hermana cruzó las manos ante sí.

—Dios siempre te observa, muchacha.

Había fallado una vez… ¿pero dos? ¿Y si la rechazaban? ¿Si la expulsaban? El pensamiento le heló la sangre.

—Mis disculpas, hermana. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir.

—Esta vez te perdonaremos, teniendo en cuenta todo lo que has tenido que soportar.

La hermana Ada se dio la vuelta, la túnica agitada por el viento mientras regresaba al recinto sagrado.

—Ven conmigo, entonces. Podemos hablar dentro.

Aquello era lo que más temía. ¿Por qué todos insistían en preocuparse por ella? Todo sería más sencillo si lograba clavar su lanza en el corazón de los dos hombres que asesinaron a su madre y a su tía… y después hundir su daga en el vientre del otro. Entonces la dejarían en paz.

Tenía que hacerlo.

Durante las últimas cuatro lunas, cada noche había soñado con los hombres que atacaron a su madre y a su tía, que saquearon su cabaña y se llevaron a las dos muchachas a otra choza en Tiree.

Allí comprendieron el motivo.

Aquellos bastardos pensaban venderlas a hombres al otro lado del mar.

No entendía del todo por qué, pero había oído las palabras que pronunciaban los necios que las custodiaban.

Amante. Esclava sexual. Juguete.

Odiaba a los hombres. Cada parte de ellos. Mentían, conspiraban, golpeaban. ¿A cuántas otras habrían secuestrado? ¿Cuántas más habrían sido sus víctimas? Y, además, la mayoría de aquellos rufianes olían de forma repugnante. ¿Es que nunca lavaban su ropa en el mar?

—Ven —insistió la hermana Ada.

—Ahora mismo voy. Guardaré mis armas y luego iré.

Se despidió de Hildi con un leve gesto antes de seguir a la monja.

Brynja avanzó con paso pesado hacia la sala de las camas múltiples, pensando en Sheona y en cuánto la echaba de menos. Iona era ahora el hogar que compartía con Hildi, un lugar de días llenos de oraciones, trabajo y preocupaciones.

Muy distinto de aquellos días en los que ayudaban a sus madres con las tareas domésticas y luego pasaban el resto del tiempo nadando o recorriendo la isla de Tiree. Les encantaba observar las aves, subir a las colinas para contemplar el mar o pescar para la cena.

Reían, corrían, vivían sin ataduras.

Por las noches escuchaban a sus madres contar historias de los nórdicos y de las diosas. Freya era su favorita, sobre todo porque también era la de su madre. Cuánto echaba de menos a su madre… sus caricias, su voz suave, sus abrazos cálidos.

En Iona casi nunca se reían, salvo cuando jugaban con los niños de Ionaland, el asentamiento cercano.

Arregló su cama, guardó sus armas y salió, cruzando el patio hasta las cocinas del convento. Era un lugar hermoso, con arcos de piedra y pasillos que aún le resultaban extraños. La abadía no estaba lejos —era la construcción más grande de la isla—, pero no solían acudir allí con frecuencia.

Abrió la puerta y enseguida oyó la voz de Hildi.

—¡Por aquí! Hay que cortar zanahorias.

Brynja se unió a ellas en el banco de trabajo, cogió un cuchillo y comenzó a cortar con su energía habitual.

—Brynja, quizá sería mejor que dejaras de pensar en ese barco. Podría tratarse simplemente de una embarcación pesquera —dijo la hermana Ada—. ¿Has considerado esa posibilidad?

—¿Por qué? Creo que es sensato asegurarnos de que no vienen a atacarnos.

Apretó el cuchillo con más fuerza y cortó una zanahoria con una precisión feroz.

Chop. Chop. Chop.

—Conozco a otras personas que han vivido demasiado tiempo con el odio y la sed de venganza arraigados en su interior —continuó

la hermana—. Me preocupa que eso te consuma y te distraiga. Quizá sería mejor que dedicaras tu tiempo a rezar o a meditar.

Chop. Chop. Chop.

—O podrías unirte al grupo donde se enseña a leer. Esas monjas estudian la Biblia y utilizan su conocimiento para enseñar a otros. ¿Te interesaría algo así?

—No, lo siento.

Chop. Chop.

—Cuéntame cómo es tu vida aquí en el convento. ¿Hildi y tú habéis decidido si alguna desea tomar los votos? Tal vez alguna de vosotras quiera dedicar su vida al servicio de nuestro Señor.

Chop. Chop. Chop.

Hildi intervino:

—Creo que preferiría trabajar en Ionaland cuando sea lo bastante mayor.

—Y esa es una vocación admirable, querida. Quizá el próximo invierno podamos organizarlo —respondió la hermana con una sonrisa—. Me alegra que puedas imaginar ese futuro para ti, Hildi.

Entonces su atención se centró por completo en Brynja.

—¿Y tú, Brynja?

Chop. Chop. Chop. Chop. Chop. Chop. Chop. Chop. Chop.

Brynja dejó caer el cuchillo sobre la mesa con un golpe seco.

—Se lo he dicho muchas veces, hermana. Y lamento que no apruebe quién soy ni la forma en que vivo. Pero solo hay dos cosas en las que pienso. Dos, y nada más.

—¿Ah, sí? —La monja la miró como si no tuviera idea de lo que estaba a punto de decir. Como si no la hubiera escuchado ya otras tantas veces.

Si tenía que repetirlo, lo haría.

—Necesito clavar una hoja en el corazón de los hombres que mataron a mi madre y a mi tía. Y después iré a por el hombre que vino aquí buscando a Sheona, el mismo que habría usado a Hildi y a mí cuando hubiera terminado con ella.

—Por favor, hija, considera dejar todo esto atrás.

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡Porque vendrá a por mí después!

Brynja se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta, dejándola cerrarse de golpe tras ella.

Al menos Hagen no le había dicho que debía cambiar.

Las monjas se lo repetían constantemente. Y no entendían que no podía hacerlo.

La ira por todo lo que les habían arrebatado la dominaba por completo y no la soltaría hasta que consiguiera lo que deseaba.

Lo que su alma necesitaba.

Venganza.

La venganza era su alma ahora.

Capítulo Ocho

Sholto

La herida en el muslo de Sholto latía con cada paso, un recordatorio constante de la zorra nórdica que había hundido allí su daga. Había supurado durante casi una quincena. No la carne —que había sanado a su manera—, sino la humillación.

La rabia.

Cojear hasta la ventana de la cabaña que habían tomado en la costa occidental de Tiree le costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Observó cómo las nubes de tormenta se acumulaban sobre el estrecho. A su espalda, Dugan estaba sentado a la mesa, contando monedas con la devoción de un hombre que no adoraba nada salvo el dinero.

—Otra vez dándole vueltas —dijo Dugan sin alzar la vista—. Cansa.

—Me apuñaló —replicó Sholto, llevándose la mano al muslo, presionando la cicatriz a través de la tela—. Esa bruja de cabellos dorados me hundió una hoja en la pierna y se rio. Luego amenazó con hacerlo otra vez.

—Sí, ya lo has mencionado. Varias veces al día durante casi una luna —respondió Dugan, apilando las monedas con una precisión irritante—. Lo que no has hecho es algo útil al respecto.

Sholto se giró bruscamente, a punto de perder el equilibrio cuando su pierna mala protestó.

—He estado observando. Siguiéndola. Aprendiendo dónde está.

—Observando el convento desde un barco como un necio enamorado. —Dugan alzó por fin la mirada, sus ojos pálidos fríos y calculadores—. Lo único que has conseguido es que te vea. Que sepa que vienes. Eso no es cazar, Sholto. Eso es anunciarte.

—Quiero que tenga miedo. Quiero que pase las noches en vela sabiendo que estoy ahí fuera. Sabiendo que voy a por ella.

Su voz descendió a un tono más oscuro.

—Quiero que sepa lo que le haré cuando por fin tenga mis manos alrededor de ese cuello tan bonito.

La expresión de Dugan no cambió.

—¿Y después de estrangularla y satisfacer tu orgullo herido, qué? Seguirás siendo un mercenario sin tierras, cojo y con fama de perder contra mujeres que pesan la mitad que tú.

Las palabras golpearon como piedras.

Los puños de Sholto se cerraron.

—¡Ten cuidado, Dugan!

—¿O qué? ¿Me darás una patada con la pierna que ya te hirió? —Dugan volvió a sus monedas—. Afronta la verdad, Sholto. Estás obsesionado con una mujer que te humilló. Yo estoy interesado en construir un imperio.

—¿Imperio? —Sholto escupió la palabra—. Eres una espada a sueldo. Igual que yo.

—Por ahora. —Dugan se recostó en la silla, entrelazando los dedos tras la cabeza—. Pero no lo seré por mucho tiempo. Mientras tú cuidabas de tu pierna herida y de tu orgullo magullado, yo he estado reuniendo información. Haciendo contactos. Aprendiendo quién importa y en quién se puede confiar. No pienso dedicarme a traficar con críos para siempre.

Dugan había encontrado aquellas cabañas hacía casi cuatro meses, se deshizo de sus dueños y envió a los niños a otro lugar donde pudiera sacarles moneda. Pero la verdad era que estaba harto de tratar con críos. Y ahora que había encontrado más dinero del que esperaba, sus ambiciones habían crecido.

Tenía un plan.

A pesar de sí mismo, el interés de Sholto se despertó.

—¿Y?

—Y tu pequeña zorra nórdica no estará mucho tiempo en Iona. —La sonrisa de Dugan fue fina y gélida—. Me dicen que pronto estará en el castillo Duart. Con los Grant.

El pulso de Sholto se aceleró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque pago a gente para que sepa cosas. Pescadores. Comerciantes. Una criada en las tierras de MacQuarie, muy amiga de la moneda y muy habladora tras unas jarras de ale. —Hizo un gesto desdeñoso—. Tu premio de cabellos dorados espera hacer compañía

a uno de los Grant más jóvenes. Apostaría a que es uno de los hijos de Connor Grant. Nieto del legendario Alexander Grant.

El nombre no significaba nada para Sholto, salvo otro obstáculo más entre él y Brynja. Pero la expresión de Dugan se había afilado con algo parecido al hambre.

—Los Grant —continuó Dugan, con una intensidad extraña en la voz—. ¿Sabes lo que supondría para la reputación de un hombre matar a un Grant? ¿Lo que significaría en las Lowlands, donde las compañías de mercenarios compiten por los mejores contratos?

—No me importa tu reputación.

—Entonces eres un necio.

Dugan se levantó y comenzó a pasearse hasta la ventana en la que Sholto había estado ensimismado momentos antes.

—Piensa, idiota. El nombre Grant pesa desde aquí hasta Edinburgh y más allá. Son leyenda. Alexander Grant luchó en la batalla de Largs contra los nórdicos. Connor Grant ha mantenido unidas las Highlands a través de guerras y rebeliones; su clan es ahora uno de los más grandes de toda la tierra. Y hay una nueva generación… nietos, todos portando ese bendito nombre.

Se volvió para mirar a Sholto, con los ojos pálidos brillándole.

—¿Y si yo… si nosotros… matáramos a uno de esos preciados herederos? ¿Si golpeáramos en el corazón mismo del legado de los Grant?

Abrió las manos.

—Todas las compañías de mercenarios de Escocia conocerían mi nombre. Dugan, el hombre que abatió a un Grant. Podría exigir cualquier precio. Liderar cualquier fuerza. Construir algo que perdure.

Sholto lo miró fijamente.

—Estás loco. Los Grant te cazarían hasta el fin del mundo.

—Que lo intenten.

La sonrisa de Dugan se ensanchó.

—Para cuando comprendan lo que ha ocurrido, yo estaré en las Lowlands con una compañía de doscientos hombres a mi espalda. Hombres que respetan la fuerza. Hombres que siguen al líder que demuestra ser el más letal.

Se acercó más a Sholto, bajando la voz hasta convertirla casi en una confidencia.

—¿No lo ves? Tu obsesión con esa muchacha es… pequeña. Mezquina. Pero ¿y si la convertimos en parte de algo mayor? ¿Y si la usamos para atraer a un nieto de Grant o al propio Connor Grant, y los matamos junto a ella?

Rio en voz baja.

—Eso no es venganza. Eso es legado.

La mente de Sholto hervía. No le importaban los legados ni las reputaciones. Le importaba la expresión en los ojos de aquella zorra cuando le hundió la daga en el muslo: feroz, sin miedo, victoriosa. Le importaba borrar esa mirada para siempre. Hacerla temblar. Oírla suplicar.

Pero si las ambiciones de Dugan podían ayudarle a llegar hasta ella…

—¿Qué propones? —preguntó despacio.

La sonrisa de Dugan se volvió depredadora.

—Propongo ir a por la muchacha. En cuanto sepan que la tenemos, vendrán a por ella. Vendrá el Grant más joven, y también su padre. No pueden evitarlo. Siempre viajan en grupo. Entonces mataré a los dos y tú te quedarás con la muchacha.

—¿Me lo permitirás?

—Es tuya —respondió Dugan con indiferencia—. Haz con ella lo que quieras. Quédate con ella, mátala, véndela… me da igual. Mi interés está en el nombre Grant. Una vez Connor Grant esté muerto, tendré lo que necesito.

Volvió a la ventana y se quedó mirando el mar, la mente bullendo de ideas. Sholto ya lo había visto así antes.

—Estarán maduros para el ataque y demasiado ocupados lamentándose.

El hombre sonrió y se frotó las manos, con una expresión casi jubilosa bailándole en el rostro.

La mano de Sholto volvió a su muslo, frotando la cicatriz que le dolía con el frío. Su recordatorio permanente de la zorra que lo había vencido.

—¿Cuántos hombres puedes reunir?

Dugan se apartó de la ventana.

—Tal vez tres veintenas con la moneda que encontré. Hombres que no harán preguntas. Hombres que obedecerán cuando empiece a correr la sangre.

Cruzó los brazos.

—Pero necesito tu acuerdo. Y necesito que dejes esta ridícula melancolía y empieces a pensar como un guerrero, no como un amante despreciado.

El insulto le escoció, pero Sholto se lo tragó. Dugan tenía razón en una cosa: vigilar desde barcos no había servido de nada. Si quería a Brynja, tendría que tomarla. Y si tomarla implicaba ayudar a Dugan a matar a algún heredero legendario de los Grant…

Podía vivir con ello.

—¿Cuándo? —preguntó Sholto.

—Pronto. El tiempo está empeorando, y eso juega a nuestro favor. Primero traemos a la muchacha aquí.

La sonrisa de Dugan se volvió astuta.

—Después su amante la seguirá y, si tenemos mucha suerte, quizá consigamos dos Grant por el precio de uno.

Algo frío se movió en el pecho de Sholto. Matar a un joven guerrero en plenitud era una cosa. Pero Connor Grant era una leyenda, un hombre viejo que había luchado en guerras antes de que Sholto naciera.

—Eso es…

—Brillante —interrumpió Dugan, con los ojos encendidos por la ambición—. ¿Te lo imaginas? Dugan, el hombre que mató a Connor Grant. O, como mínimo, el que estuvo allí cuando la vieja leyenda cayó por fin. Mi nombre resonará en cada taberna, en cada campamento de mercenarios, en cada salón de lord desde aquí hasta las Borderlands.

Comenzó a pasearse de nuevo, con la energía chisporroteándole alrededor como un relámpago.

—Cada pequeño lord con una deuda de sangre querrá contratarme. Cada mercader ambicioso pagará por mi protección. Construiré una compañía que rivalice con cualquier otra de Escocia… no, de toda Britania.

Su voz descendió, adquiriendo una cualidad casi reverente.

—¿Comprendes lo que te estoy ofreciendo, Sholto? No solo tu mezquina venganza contra una muchacha. Sino la oportunidad de formar parte de algo que será recordado. La oportunidad de ser importante.

A Sholto no le interesaba ser importante. Quería el olor del miedo, la satisfacción de quebrar algo que había osado herirlo. Pero entendía la ambición lo suficiente como para reconocerla en otros. Y los hombres ambiciosos eran útiles: planeaban, organizaban, hacían que las cosas sucedieran.

—¿De verdad crees que puedes matar a un Grant? —preguntó Sholto.

—Creo que puedo matar a cualquiera si el precio es el adecuado y el plan es sólido.

Dugan se volvió para encararlo por completo.

—Los Grant sangran como cualquier otro. Mueren como cualquier otro. Simplemente tienen más monedas.

Regresó a la mesa y desplegó un tosco mapa en el que había estado trabajando.

—Y cuando estén de luto, pasaremos a tomar su castillo en Mull. El castillo Duart se alza sobre un promontorio. Es una buena posición defensiva, por eso los MacDougall lo eligieron. Pero eso también significa rutas de escape limitadas. Si los atacamos desde tierra con suficientes hombres, podemos encerrarlos. Obligarlos a luchar o a rendirse.

—Lucharán —dijo Sholto con total certeza—. Hombres como esos no se rinden.

Sholto estudió el mapa, pero su mente estaba en otra parte. En trenzas doradas y ojos azules. En el sonido que hacía una hoja al deslizarse entre las costillas. En la expresión de Brynja cuando comprendiera que había perdido.

—La quiero viva —dijo—, al menos al principio.

Dugan alzó la vista, con una expresión calculadora.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—El suficiente para que entienda lo que le costó cruzarse conmigo.

La voz de Sholto era plana, carente de emoción.

—El suficiente para oírla suplicar. Para romper ese espíritu que la hizo creer que podía clavarme una daga en la pierna y marcharse.

—De acuerdo. Solo no permitas que tu… juguete interfiera con el plan mayor.

Dugan enrolló el mapa.

—Empezaré a reunir hombres. Buenos luchadores que no duden en atacar a los Grant.

La mandíbula de Sholto se tensó.

—Cuando esto termine… cuando la tenga… seré el hombre que quebró a la muchacha que creyó que podía herirme. Seré el hombre que le enseñó lo que ocurre cuando te cruzas con la persona equivocada.

—Pequeñas ambiciones para un hombre pequeño.

Pero el tono de Dugan era casi jovial ahora, mientras contaba monedas.

—Aun así, las ambiciones pequeñas son más fáciles de cumplir que las grandes. Puede que incluso tengas éxito.

Trabajaron en silencio durante un tiempo: Dugan calculando, Sholto rumiando. Afuera, la tormenta comenzaba a formarse, nubes oscuras avanzando desde el oeste.

Por fin, Dugan se irguió y cerró el cofre.

—Uno o dos días más antes de capturar a la muchacha. Luego la traeremos aquí. Para entonces ya tendré a los hombres y los suministros. Después esperaremos a que lleguen los Grant. ¿Has averiguado ya cuántos son?

—No. Aún no he podido ir a Craignure. Mañana lo haré.

—Bien. Necesito saber cuántos hombres contratar. Averígualo.

—¿Y si los Grant tienen más hombres de los que pensamos? ¿Y si no podemos separar al nieto o a Connor?

—Entonces nos adaptamos. No he sobrevivido diez años como mercenario siendo inflexible

La sonrisa de Dugan era fría.

—De un modo u otro, tendré mi reputación. Y tú tendrás tu venganza. La única cuestión es cuántos Grant tendrán que morir para que suceda.

Se dirigió a la puerta y se detuvo con la mano sobre el pestillo.

—Ah, y Sholto… deja de patrullar la costa en ese maldito barco. La estás avisando de que vamos a por ella. Deja que crea que está a salvo. Que se relaje en esa falsa seguridad. La sorpresa será mucho más dulce.

Y se fue, dejando a Sholto a solas con sus pensamientos y con la pierna dolorida.

Sholto volvió a la ventana y se quedó mirando la tormenta que se avecinaba. Dos días. En dos días tendría entre sus manos a esa zorra de cabello dorado. Le mostraría lo que les ocurre a las mujeres que creen que pueden defenderse. Que creen ser más fuertes que los hombres que las poseen.

Su mano volvió a su muslo, presionando la cicatriz. Ella lo había marcado. Había dejado su firma en su carne como una marca al fuego.

Pronto le devolvería el favor. Y su marca sería permanente.

Sonrió al imaginar el control absoluto sobre la muchacha. Que Dugan se quedara con sus ambiciones y su imperio. Que persiguiera su preciada reputación.

Sholto tendría algo mejor.

Tendría su miedo.

Y eso valía más que toda la fama de Escocia.

Capítulo Nueve

Brynja

Al día siguiente, Brynja recorrió Ulva, el lugar al que viajaban porque apenas vivía gente en la isla y, sin embargo, albergaba los manzanos más hermosos que había visto jamás. Ella y Hildi habían remado hasta allí con dos monjes de la abadía. Necesitaban una buena provisión de fruta para el invierno y aún quedaban algunas manzanas que no habían caído, incluso con aquel frío, porque los árboles estaban bien protegidos del viento gélido del mar.

Buscaron nueces y cualquier otro alimento que pudiera ayudarlas a sobrevivir durante el largo invierno. Ulva era mucho más grande que Iona, por lo que a menudo seguían la costa de Mull con su embarcación para llegar hasta allí y recolectar comida. Dejaban el bote en el extremo sur; los monjes se dirigían en una dirección con sus sacos, mientras que ella y Hildi tomaban la opuesta.

—¿Qué piensas de Hagen? —preguntó Hildi, ocultando su sonrisa burlona al girar la cabeza de inmediato tras formular la pregunta.

—Lo he visto, Hildi. Sé que te divierte, pero no hay nada de lo que entusiasmarse. Hagen no es distinto de Jowell, Paden, Alaric o Broc para mí. Son del Clan Grantham y todos son iguales.

Brynja vio un árbol con manzanas caídas en el suelo y señaló hacia él; ambas se dirigieron en esa dirección.

—Creo que Hagen piensa que eres especial —dijo Hildi.

—¿Y si Jowell pensara que tú eres especial? ¿Te agradaría?

Hildi frunció el ceño, luego se le iluminó el rostro con una amplia sonrisa.

—Sí. Creo que es mono.

Brynja reprimió el impulso de poner los ojos en blanco y recorrió el entorno con la mirada, siempre alerta, siempre protegiéndolas a ambas.

—A mí no me importa —dijo, encontrando algunas manzanas comestibles y colocándolas en su cesta, que luego metería en el saco cuando estuviera llena.

El sonido de unas voces la puso en alerta. Alzó la mano hacia su amiga.

—Silencio.

Brynja se quedó inmóvil, incapaz de distinguir las voces con claridad, pero sabía que no eran los monjes.

—Voy a pasar por ahí para ver —susurró.

Hildi asintió. Ambas dejaron las cestas en el suelo mientras Brynja avanzaba entre los árboles espesos. Se detuvieron al mismo tiempo, pues la embarcación avanzaba frente a ellas lo bastante cerca como para que pudieran ver a sus ocupantes.

Uno de ellos era el bastardo que había intentado hacer daño a Sheona, pero el otro tenía la cabeza girada. Brynja estaba completamente segura del primero. Asintió hacia Hildi para indicarle que eran los hombres que temían, pero alzó la mano para evitar que hablara. Había una línea de árboles junto a la costa tras la que pudieron ocultarse. Los dos hombres estaban enfrascados en una conversación animada, algo que Brynja esperaba que los mantuviera ajenos a su presencia.

Brynja siguió la barca que transportaba a los dos hombres mientras remaban bordeando la costa. Permaneció oculta entre los árboles, escuchando la conversación. Al parecer, ninguno de los dos sabía lo bien que las voces viajaban sobre el agua.

—¿Cuál es tu plan, Dugan?

—Mañana. Volveremos justo antes del anochecer. La cogeremos desprevenida. La tiraremos al bote y la llevaremos a Tiree. ¿Y qué averiguaste sobre los Grant, Sholto?

—Todavía nada, Dugan. He intentado hacerlo, pero no puedes simplemente presentarte en las puertas del castillo y preguntar.

—Entonces te sugiero que muevas el culo hasta allí en cuanto regresemos. Necesito ese número. No puedo atacar hasta saber cuántos guardias tienen. Incluso si decido esperar en Tiree, necesito suficientes hombres para repelerlos.

—¿Por qué los Grant? Pensaba que Duart era del Clan Grantham.

—Ya te lo dije. Alexander Grant mató a mi abuelo y quiero venganza. Es Grantham, pero el Clan Grant forma parte de Grantham, idiota. ¡Averígualo! Ve a Craignure y pregunta en el

pueblo. Ellos lo sabrán. Te dejaré allí y volveré tras echar un vistazo a Mingary. Y pregunta si Connor, Kyla o Jamie Grant están allí. Quiero tantos herederos de Alexander como pueda.

—¿Connor, Kyle y James?

—No, necio. Pregunta cuántos de sus hijos están allí.

El hombre escupió por el costado de la barca.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo otra vez?

—Niles… Espera. ¿Qué demonios ha sido eso?

Recogieron los remos y redujeron la velocidad, de modo que Brynja hizo un gesto a Hildi para que retrocediera, pero Hildi tropezó y cayó al suelo con un gemido.

—¿Qué diablos? Hay alguien ahí.

—Entre los árboles. Los veo.

—¡Corre, Hildi!

Brynja y Hildi echaron a correr hacia su embarcación, atravesando los árboles tan rápido como pudieron. Hildi dejó caer su cesta y chocó contra un árbol justo antes de que el hombre rugiera hacia ella, riendo mientras avanzaba por el sendero abierto junto a ella y la alcanzaba.

—¡Más rápido! —gritó Brynja, con la mano sobre la daga escondida en el pliegue de sus calzas.

Pero el hombre más bajo apareció junto a Hildi y la cogió del brazo, tirando de ella y colocándola delante de sí, con el cuchillo apoyado en su garganta.

—Sal de ahí, zorra. Tengo a tu amiga y mantendré el cuchillo en su cuello hasta que aparezcas. O puedo matarla primero.

Brynja palideció, oculta entre unos matorrales a unos quince pasos. No llevaba la lanza, pero tenía dos dagas. Si lanzaba una, podía acertarle… o podía herir también a su querida amiga.

—¡Brynja, ayúdame!

El grito de Hildi llegó hasta ella, el temblor de sus piernas visible desde los arbustos.

¿Qué demonios podía hacer? No podía usar sus armas mientras Hildi fuera su escudo.

Brynja salió de entre los arbustos, erguida, negándose a permitir que aquel ogro la intimidara.

—Déjala ir y vendré contigo.

Si lo hacía, y Hildi lograba correr, Brynja podría alcanzarlo con una daga antes de que se acercara demasiado.

El hombre soltó a Hildi, y Brynja avanzó, pero entonces él volvió a sujetar a su prima, riendo.

Hildi gritó, forcejeando, y Brynja corrió hacia ellos con la hoja lista para lanzarla, pero no tenía un blanco claro.

Antes de que pudiera acercarse lo suficiente, él cogió a Hildi del brazo y la lanzó contra un árbol. Hildi chocó con fuerza, la cabeza yéndose hacia atrás antes de caer al suelo. El hombre la pateó, y ella rodó pendiente abajo hasta la playa.

—¡Hildi!

Brynja se lanzó contra él, sacando la daga mientras le cortaba el brazo.

Sorprendido, el hombre maldijo y la cogió de las trenzas.

—Tengo a una de ellas, Dugan.

El bastardo cruel la sujetó del brazo y la arrastró hacia la playa, donde su bote aguardaba.

Era demasiado fuerte para ella.

Brynja estaba a punto de ser capturada, y Hildi no se movía, mientras la sangre le empapaba el cabello.

Capítulo Diez

Hagen

Hagen y sus dos primos se dirigieron hacia el castillo MacQuarie antes de que anocheciera, charlando cuando el sendero les permitía cabalgar uno junto al otro.

Jowell fue el primero en hablar.

—Así que, ¿cuál es exactamente el propósito de esta visita, Hagen?

Directo como siempre, Hagen se detuvo un momento para ordenar sus pensamientos.

Paden no dudó.

—Este es el momento en el que Hagen le pide a Thane que hable con ella a solas y luego le dice que haga que Brynja se enamore de él. Que no puede vivir sin ella…

Hagen redujo la marcha y se dejó caer un poco atrás para seguir a Paden, que se reía por encima del hombro, continuando con sus burlas al más puro estilo MacNicol.

—Te amo, Thane. Haz que ella me ame. Y, por favor, ¿podrías permitirme usar una de tus alcobas después de convencerla de que soy el espadachín más hábil de toda la tierra?

—¡Eres un completo imbécil, Paden!

Su voz volvió a alcanzar un tono agudo.

—Pero te amo tanto, Hagen. Cásate conmigo, por favor. Hazme la muchacha más feliz del mundo. Te seguiré y obedeceré tus órdenes por toda la eternidad.

—Voy a tirarte del caballo y meterte un puñetazo en esa dulce vocecita tuya.

Paden resopló y se detuvo.

—Hablando en serio, ve a por ella, Hagen. Se siente atraída por ti.

—No lo sé. Creo justo lo contrario. La mirada en sus ojos habla más de odio que de atracción.

Jowell esperó a que los otros dos terminaran, como solía hacer, y habló al final.

—Hagen, no sé si Paden estaba presente cuando ocurrió, pero yo sí. Si esa chispa que iluminó el aire cuando tocaste su hombro no es una señal, entonces ¿qué lo es? Ojalá hubiera recibido una señal parecida con Hildi. Sé que aún es un poco joven, pero me siento atraído por ella.

Hagen se incorporó en la silla, frenando a su montura.

—¿Lo viste? ¿Fue realmente una chispa? Porque pensé que tal vez mis ojos me estaban engañando.

—Lo vi. Haz caso a la señal. Pregunta a Thane lo que necesites, pero debes perseguir a la muchacha.

Paden añadió:

—Dejando las bromas aparte, yo también lo vi desde lejos. Debes escuchar a Jowell. Nunca he visto una señal tan clara.

Hagen luchó con las opiniones de sus primos y con el recuerdo de lo ocurrido. Había habido una luz visible, un destello, un brillo, una chispa. Pero no era solo algo que se viera.

Él lo había *sentido*. Una fuerza le recorrió la mano y se asentó en lo más profundo de su vientre. No sabía qué significaba, pero se alegraba de que sus primos lo confirmaran.

No estaba loco, después de todo.

Llegaron a su destino y Bearnard los dejó pasar por las puertas sin hacer preguntas.

—La cena ya ha terminado. Queda algo de potaje.

—Quisiera hablar primero con Thane, si no te importa —dijo Hagen—. Tengo algunas preguntas para él.

El castillo MacQuarie ofrecía una de las mejores vistas de Mull. Desde las almenas se divisaban Coll y Tiree a la derecha, Ulva, Iona y Staffa a la izquierda. El castillo se alzaba casi frente a Duart, al otro lado de la isla.

—Sube a las almenas —dijo Bearnard—. Está allí arriba.

—Yo aceptaré encantado el potaje —dijo Jowell.

Paden siguió a Jowell.

—Lo siento, Hagen. Tengo que comer primero. Avísame si ves algo.

Hagen negó con la cabeza, nada sorprendido de que sus primos no consideraran aquel asunto verdaderamente importante.

Pero ellos no tenían el interés que él tenía.

La imagen de Brynja alejándose de él le carcomía por dentro. Tenía que hacer todo lo posible por ayudarla y, después, convencerla de que iba en serio. De que quizá estaba un poco mimado, sí, pero eso no lo convertía en un necio.

Poco después encontró a Thane inclinado sobre el borde, mirando las olas a lo lejos.

—Hagen, ¿estás solo?

—Sí. Mis primos tienen hambre, pero saben que tenéis una cocinera excelente. Su reputación es conocida en toda la isla.

—Mi madre le ha transmitido todas sus recetas a Agnes, y lo ha hecho tan bien que contratamos a otra para las tareas de la casa. Ahora bien, veo la preocupación en tu rostro, así que dime, por favor, qué es lo que tanto te inquieta.

—Estábamos en Iona cuando Brynja comentó que hay dos hombres que rodean la isla con frecuencia. Cree que vienen de alguna de las otras islas y que la buscan a ella.

Thane se frotó la barbilla.

—¿Específicamente a ella? ¿Por qué?

—Brynja cree que uno de esos hombres es el mismo al que ella hirió cuando iban tras Sheona.

—¡Ah! Eso encaja perfectamente. —Sonrió a Hagen, negando con la cabeza—. Esa muchacha piensa como un guerrero curtido.

Hagen no pudo ocultar su sonrisa.

Thane añadió:

—Pero veo que para ti es algo más que una guerrera.

Hagen no podía negar su interés.

—Me gustaría conocerla mejor, pero me aparta. Querría ver si puedo encontrar una forma de ayudarla. Ella se niega a abandonar la isla, pero me preguntaba si podríamos organizar una patrulla desde tus tierras. Poner fin a esa tortura para la muchacha.

—No es una chiquilla débil esperando a que un hombre la salve, y eso lo sabes.

—Lo sé. Pero eso no significa que no necesite protección. Algo de ayuda.

—Hablas como un Grant. Tu padre te ha enseñado bien. Con gusto te prestaré las embarcaciones que necesites para patrullar. ¿Cuándo dijo que rodeaban Iona?

—Al amanecer, casi todos los días. Al anochecer, algunos. Ella espera a diario.

Thane negó con la cabeza.

—Me recuerda a mi esposa, pobre muchacha. Siempre mirando por encima del hombro. Tú y tus primos sois bienvenidos a quedaros aquí unos días y patrullar por vuestra cuenta con mis barcas.

—Creo que aceptaremos tu oferta con gratitud. He oído que Tamsin lo pasó mal. —Suspiró, ordenando sus ideas antes de formular la pregunta por la que sus primos se burlarían de él si lo oían—. ¿Cómo la convenciste de que estabas interesado? Quiero decir… —Se rascó la cabeza—. Sé cómo cortejar a una muchacha en tierras Grant, pero ¿aquí? ¿Cómo demonios cortejas a alguien centrada en la venganza?

Thane sonrió y se dio la vuelta, apoyando la espalda en las almenas.

—Haces una muy buena pregunta. Hace falta mucha paciencia, y lo único que puedo decir es que cuando, por fin, baje la guardia, te verá… pero solo si has estado ahí para ella desde el principio. Yo nunca perseguí a Tamsin de forma agresiva, y nuestras circunstancias son distintas, pero cuando estuvo lista, casi cayó en mis brazos. Te seré sincero: no tenía mucha experiencia con las muchachas, no como MacVey o Rankin, pero sabía lo que quería, así que me dediqué a apoyarla siempre que necesitara a alguien. Funcionó, por suerte.

Un sonido llamó la atención de Thane y se detuvo, llevando la mirada hacia el agua, donde una barca pequeña entraba en su campo de visión, con rumbo a Ulva.

—Déjame coger mi instrumento para espiar.

Fue hasta el extremo del muro y sacó algo de una caja, alzándolo.

—¿Qué es eso?

—Algo que dejaron los nórdicos en la barca que abandonaron y que yo cogí. Mejora la vista. —Entrecerró los ojos al mirar a través

del artefacto—. Dos hombres. Van directos a Ulva. Toma —dijo, tendiéndole aquel objeto de forma extraña—. Mira tú mismo.

Hagen se lo llevó a los ojos y lo apuntó hacia el mar.

—Ah… esto es impresionante. Dos hombres y no me gusta su pinta. ¿Los conoces?

—No. ¿Cuál es la forma más rápida de llegar a Ulva? ¿Barca desde aquí?

—No. Baja con el caballo por el segundo sendero hasta que veas el pequeño puerto. Es lo más cercano a Ulva. Verás pescadores allí y puedes cruzar en barca por una o dos monedas. El mar está algo bravo para salir desde aquí. Es poca distancia desde el puerto. ¿Tienes monedas?

—Sí. Me voy. Dile a Jowell y a Paden que me sigan.

Thane le apretó el hombro.

—Que Dios te guíe. En ambos empeños.

Hagen encontró su montura y bajó por el sendero, llegando sin dificultad al lugar que Thane le había indicado. Dos hombres custodiaban las barcas, pero en cuanto eligió la que quería y pagó, Jowell y Paden llegaron por detrás.

—Tú y Jowell id —dijo Paden—. Yo vigilaré a los sementales.

Hagen y Jowell subieron a la embarcación y pusieron rumbo a Ulva… justo cuando él oyó un grito. Y era, sin duda, el grito de una muchacha.

—No es Brynja —dijo Jowell—. Ha sido Hildi.

Hagen temió lo que iban a encontrar.

—Me temo que tienes razón. —Miró por encima del hombro y añadió—. La barca que vi con dos hombres está allí, en la orilla. ¿Reconoces al hombre que va en ella?

Jowell escrutó.

—No. Pero está esperando al que baja corriendo por el sendero. Debe ir a por las chicas.

Cuando llegaron a la isla, estaba casi desierta. Hagen saltó al agua y cogió el arma enfundada que había dejado en el fondo para poder remar más rápido.

—Voy por allí.

—No hace falta —dijo Jowell, señalando—. Está arrastrando a Brynja detrás de él. Prepárate y yo me encargo del hombre de la barca. Espero que Hildi no esté aquí también. Iré a buscarla en cuanto me ocupe del de la barca.

En cuanto el hombre de la barca oyó a Hagen saltar y desenvainar la espada, se alejó mar adentro, gritando a su compañero:

—¡Espero que sepas saltar, porque no pienso acercarme más a esas dos espadas!

Jowell y Hagen alcanzaron la orilla. Hagen le dijo a su primo:

—Quédate con la barca. Yo voy a por ella.

Y echó a correr hacia el hombre que arrastraba a Brynja.

—¡Suéltala o muere! —bramó Hagen, directo hacia el necio, que soltó a Brynja empujándola por un terraplén empinado hacia el mar. Y a poca distancia, otro cuerpo yacía cerca del agua, inmóvil.

Hagen dejó caer la espada y corrió.

Capítulo Once

Dyna

Dyna estaba sentada sobre los juncos frente al hogar, la cabeza entre las manos. Sandor corría en círculos, sollozando:

—¡Díо Shakee, ven y pewsígueme!

Luego volvía a girar sobre sí mismo, se caía y rompía a llorar cuando no ocurría nada.

—¡Mamá, yo quieyo dío Shakee!

—¡Tío Jake, por favor! —El chiquillo llevaba media hora con lo mismo, sin éxito. Sandor se había encariñado muchísimo con sus juegos con el fantasma de su tío abuelo, Jake Grant.

Su padre dijo:

—No está aquí, Sandor. Shakee está durmiendo.

—Buen intento, pa.

Sylvi dijo:

—No está durmiendo, mamá. Está ayudando a otra persona.

Dyna asintió, frustrada por todo lo que había sucedido últimamente.

Maitland entró desde la torre con Grant atado a su pecho, y Maeve lo siguió.

—Maitland, quizá le apetezca un poco de manzana.

Pero el pequeño le dio un manotazo y la tiró de la mano. Maitland sujetó la manita del niño y dijo:

—No se pega a mamá, Grant. No. Queremos a mamá.

Grant lloró aún más. Luego pataleó y balbuceó:

—Wia, Wia, Wia.

Dyna miró a Maitland con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios significa esto? Esto no me gusta nada.

Tora se acercó a su madre y le susurró:

—Quiere a Lia.

—Lo sé, cariño. Pero Lia no está aquí.

—Pero viene pwonto. Y también viene su amiga.

Y Tora corrió hacia los bloques, sentándose con su hermana.

Su padre giró bruscamente la cabeza de Tora a Dyna.

—¿Quién es la amiga de Lia? ¿Hay alguien por ahí que se me haya pasado? ¿Hay otro ángel?

—No lo sé, pa. Estos críos no han vuelto a ser los mismos desde el caos de Kelvan y compañía. Es como si, de vez en cuando, todos recordaran lo que fue que los robaran, los metieran en una barca, los encerraran en una cámara oscura, sin darles nada de comer…

Dyna cerró los ojos e hizo una oración breve para que todo volviera a ser como antes del caos.

Sandor soltó un chillido agudo y salió corriendo hacia el extremo opuesto del salón.

—¡Dío Shakie no pue' atwaparme! ¡No pue'!

Se rio y manoteó al aire.

—¡Para, dío Shakie!

Connor dijo:

—¿Jake? ¿Dónde has estado? El chiquillo te ha echado de menos.

Tora corrió y se subió al regazo de su abuelo, sujetándole la cara con una manita.

—Dijo que estaba ocupao ayudando a otra persona.

Luego se bajó de un salto.

—¿A quién, Jake? —gritó Dyna, lanzándole a su padre una mirada de reojo, llena de miedo.

Tora volvió corriendo, trepó otra vez y le dijo a su abuelo:

—Dío Shakie etá ayudando a Hagen.

Y salió disparada otra vez.

—¡Espera, Tora! ¿Ayudando a Hagen con quién? —preguntó Dyna.

Tora miró a su madre, frunció el ceño y volvió junto a su abuelo. Connor se encogió de hombros, pero la pequeña subió otra vez, decidida, hasta su abuelo.

—Dío Shakie ayudando a Hagen y Bria.

Grant se retorció y chilló:

—¡Bwia, Bwia, Bwia!

Aplaudió y se rio.

Derric la miró y preguntó:

—¿Diamond?

Su padre preguntó:
—¿Dyna?
Maitland, por fin, soltó:
—¿Qué está pasando?
Dyna no tenía ni idea.

Capítulo Doce

Brynja

Brynja rodó colina abajo, directa hacia el agua, con las piedras desgarrándole la piel en algunos puntos, pero no podía detenerse. Cerró los ojos, temiendo perder la vista por culpa de una rama o una piedra.

Dos brazos fuertes la atraparon y la alzaron al instante, impidiendo que cayera al mar. Abrió los ojos y se quedó mirando unos ojos azules.

—Te tengo.

Hagen Grant.

Soltó el aire, tan aliviada de verlo, pero enseguida dijo:

—Hildi… Está herida.

Hagen la dejó sobre sus pies y corrió hasta la figura en la orilla, que seguía sin moverse. Se arrodilló junto al cuerpo y la giró.

—¿Es Hildi? ¿Está muerta?

El sonido de los dos hombres riéndose mientras se marchaban en su barca la irritó más que nada.

—¡Os mataré a los dos algún día! —les gritó—. ¡Ya lo veréis!

Reconoció a uno de ellos y, de reojo, alcanzó a ver al otro.

¿Podría ser uno de los hombres que habían matado a su madre? Intentó mirarlo mejor, pero le preocupaba mucho más Hildi. No podía seguirlos, pero sí podía maldecir a esos bastardos.

—¡Que las anguilas más grandes de las profundidades del mar se deslicen por el costado de vuestra embarcación y os estrangulen hasta que se os salgan los ojos de la cabeza!

—Hildi, despierta —dijo Hagen, tocándola con suavidad.

Brynja intentó caminar, pero notó el tobillo débil y casi se cayó.

—Verrugas de erizo.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Estoy bien. Ocúpate de Hildi.

—No despierta. La meteré en la barca y la llevaré de vuelta a Iona. Creo que la tía Brenna está de visita. Si no, Beatris puede ayudarla.

Hagen alzó a Hildi sin esfuerzo y la cargó hasta la barca, entregándosela a Jowell, que la acomodó lo mejor que pudo.

—No tengo pieles ni tartanes de sobra. —Jowell se encogió de hombros.

—No podemos llegar a Iona desde aquí —dijo Brynja, barriendo con la mirada cada rincón, como si esperara que alguien saltara de entre los árboles—. No en esta barquita.

Hagen dijo:

—La llevaremos al castillo MacQuarie, y allí conseguiremos una barca más grande. Es la única forma. Esta no es nuestra barca.

Brynja se sentó junto a Hagen y contempló a su amiga, con las lágrimas asomándole a los ojos.

—Mi querida Hildi…

—Brynja, no puedo remar contigo a mi lado. ¿Puedes sentarte delante, quizá sostener la cabeza de Hildi sobre tu regazo?

—Puedo hacerlo. —Brynja asintió, incapaz de pensar en otra cosa—. Solo sálvala. Por favor.

Partieron, con Brynja acunando la cabeza de Hildi. Aunque no dejó de hablarle, la muchacha no despertó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hagen cuando ya regresaban hacia Mull.

—Vimos a los dos hombres acercarse en una barca, así que me acerqué a escondidas al borde para identificarlos y escuchar lo que decían, pero Hildi tropezó y nos oyeron. Lo siguiente que supe fue que uno de ellos nos perseguía por el bosque. Cuando nos alcanzó, cogió a Hildi y la estampó contra un árbol con fuerza, echándole la cabeza hacia atrás. Luego la empujó colina abajo. Temí que cayera al agua y se ahogara. Los monjes siguen por ahí en algún lugar.

Miró hacia atrás y vio a uno en la orilla, observándolas alejarse. Le hizo un gesto para que supiera que estaba sana.

Hildi no.

Cuando llegaron a Mull y devolvieron la barca, Hagen alzó a Hildi y se la pasó a Paden, que la acomodó delante de él mientras emprendían el camino de vuelta al castillo. Jowell le explicó a Paden lo ocurrido, mientras Brynja cabalgaba con Hagen. Se recostó contra él y susurró:

—¿Crees que morirá?

Hagen dijo:

—No. Es joven, es fuerte. Las heridas en la cabeza necesitan tiempo para curarse. Eso me han dicho.

—¿Cómo volveremos a Iona?

—Thane MacQuarie nos prestará una barca. Dejaré a Paden aquí con los caballos. Jowell puede viajar con nosotros.

—Muchas gracias, Hagen. ¿Por qué estabais en Ulva?

—Porque estaba hablando con Thane cuando vimos pasar esa barca sospechosa. Tenías razón, entonces. Esos hombres te buscan.

Cabalgaban despacio en la oscuridad y, para su sorpresa, la voz de Hildi le llegó cuando se acercaban al castillo MacQuarie.

—Brynja… ¿estás bien?

Se giró hacia el caballo que venía detrás.

—¿Hildi? ¿Eres tú?

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos, Brynja?

—Ese bastardo te lanzó contra un árbol. Hagen llegó y espantó a los dos. ¿Estás bien?

—No… no me encuentro bien.

Se acercaron al castillo y Thane les gritó:

—¿Qué ha pasado?

—Bajadme —dijo Hildi.

Paden la bajó, y ella cayó de rodillas y vomitó sobre unos arbustos. Jowell fue tras ella y la ayudó a levantarse cuando terminó, hablándole en voz baja.

Brynja se apeó del caballo de Hagen y fue hacia Hildi, que abrazó a su amiga y, después, se desmayó. Jowell la atrapó desde atrás.

Thane se unió a ellos y soltó un silbido agudo.

—¡Artan, te necesitamos!

Artan llegó unos instantes después y dijo:

—Tenemos que llevarlas a las dos de vuelta a Ionaland. Traed una de las barcas grandes. Beatris se ocupará de ella.

Thane dijo:

—Enviaré a unos hombres contigo para remar. Tendrás que sujetarla tú, Brynja.

—Puedo hacerlo. ¿Va a morir?

Artan hizo que prepararan la barca y luego el grupo se dirigió a la orilla para embarcar. Artan daba órdenes a voces mientras Brynja iba de Hagen a Jowell y a Paden.

—¿Va a morir? ¿Despertará? Decidme que vivirá, por favor.

Hagen dijo:

—Creo que estará bien, pero puede que no despierte hasta mañana. La luna está brillante, así que podemos cruzar, pero no la despiertes. Necesita dormir. —Miró el agua—. Al menos está en calma. Llegaremos rápido.

La barca grande puso rumbo a Iona, con cuatro hombres remando. Jowell llevaba a Hildi sobre su regazo, mientras Brynja se apoyaba en Hagen. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Angustiada por la herida de su amiga, se aferró al brazo de Hagen como si fuera a salir despedida de la barca.

Cuando llegaron a Iona, Hagen bajó primero y ayudó a Brynja, dejándola en pie a su lado. Brynja observó cómo Jowell y Paden sacaban a Hildi con todo el cuidado posible, aunque ella no despertó.

—¿Qué choza, muchacha? —preguntó Jowell, alzando a Hildi en brazos.

—La pequeña del extremo es de Beatris, y ella es la sanadora.

Fueron hacia allí y llamaron a la puerta con suavidad. Beatris abrió, entreabriendo apenas.

—Beatris… creo que Hildi se está muriendo.

Beatris abrió del todo, apretándose la camisola y ajustándose el cinturón.

—¿Qué ha pasado, Brynja?

—Un hombre malvado la lanzó contra un árbol. Se golpeó de frente y se le echó la cabeza hacia atrás antes de desplomarse. Despertó una vez, lo vomitó todo y luego volvió a dormirse. ¿Puedes curarla?

Beatris dijo:

—Dejadla aquí, por favor. Veo que tiene un chichón en la frente. Seguramente por eso sigue dormida. Tengo que desvestirla y revisar todas sus heridas. Os pediré que salgáis mientras lo hago.

Brynja asintió y le apretó la mano a Hildi antes de salir.

El grupo quedó fuera y Hagen preguntó:

—¿Te escoltamos de vuelta al convento o quieres quedarte aquí?

—Ni una cosa ni la otra.

Él frunció el ceño, pero luego dijo:

—¿Entonces qué?

—Hay algo que debo hacer antes de que Hildi muera.

Se cogió la parte delantera de la túnica como si una tormenta furiosa fuera a arrancársela.

—¿Qué? ¿Podemos ayudar? —preguntó Hagen—. Lo haremos si podemos.

—Hace no mucho vivíamos en Tiree, hasta que unos hombres malvados llegaron para matar a nuestras dos madres, que eran hermanas. Nuestras madres eran nórdicas, y nos dijeron que si alguna vez nos veíamos en una necesidad desesperada, había algo escondido para nosotras. Las instrucciones eran sencillas: cavar detrás de nuestra cabaña, en un lugar concreto, y descubriríamos algo destinado a ayudarnos, pasara lo que pasara. Creo que lo necesitamos ahora, sea lo que sea.

Jowell, con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Y quieres ir ahora, en mitad de la noche, a oscuras?

—Sí. Tenemos remeros. La luna brilla. Tengo que ir ahora. Si Hildi muere, no me lo perdonaré jamás. Además, los hombres crueles se fueron en dirección contraria. Ahora no están allí. Es el momento más seguro. Por favor. Nunca hemos podido ir antes. Sin barca y sin nadie que nos ayudara. Necesitamos una barca mayor que la que tienen los monjes para llegar a Tiree.

Paden dijo:

—No puedo rebatir esa lógica.

—Con una condición —dijo Hagen, cruzándose de brazos.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Tienes que prometer que, si te llevamos a Tiree, visitarás el castillo Duart cuando regresemos. Si puedes salir de la isla para ir a Tiree, puedes salir de la isla para ir al castillo Duart.

Ella lo fulminó con la mirada, sopesando sus palabras.

—Acepto, pero debéis ayudarme a cavar.

—Lo haremos —dijo Hagen—. Y tú irás a Duart en el plazo de siete noches.

Ella lo pensó un instante y luego susurró:

—De acuerdo. Llevadme a Tiree.

Capítulo Trece

Lia

Lia llamó a la puerta, contenta al ver que era Dyna quien abría.

—Dyna, ¿puedo entrar a charlar?

—Por supuesto. Las niñas están deseando verte. Espero que todo esté bien. No traerás malas noticias, ¿verdad, Lia? No hemos visto a Hagen, Jowell ni Paden desde anoche.

—No. Todo está bien. Están ayudando en otro asunto.

—¿Mi hermano? ¿Está cerca?

—Sí. Está con Brynja. No te preocupes por ellos, pero tienen una tarea que hacer antes de que él regrese. Debería estar aquí mañana.

La muchacha de seis veranos, que decía ser un ángel guardián y a la que algunos consideraban un hada verde, pasó junto a Dyna y entró en el gran salón. Los niños jugaban cerca del hogar, y el pequeño Grant la miró y chilló.

—¡Gracias al Señor! —dijo Maitland—. Grant te ha estado llamando, Lia.

Ella fue directa hacia el pequeño, que iba atado al pecho de su padre, mirando hacia fuera para ver a todos. Sus muslos gorditos pataleaban como si persiguiera a dos ciervos, así que Maitland se sentó en un taburete cercano para ponerlo a su altura. Lia cogió ambas manos de Grant entre las suyas, y eso calmó al niño al instante.

—Grant, ¿has estado disgustado por algo?

—Wia, Wia.

Se metió el puño en la boca.

—Ven, siéntate a mi lado. Pesas demasiado para que te sostenga. Me temo que te lanzarías de mi regazo en tres respiraciones.

Maitland dijo:

—Lo haría. No tienes fuerza para él, Lia.

—Es un niño de lo más especial, milord.

Tora, Sylvi y Sandor corrieron hacia ella, ansiosos por darle un abrazo. Sylvi preguntó:

—¿Te quedas con nosotros un tiempo, Lia? ¿Por favor?

Lia tomó una silla cerca del hogar, se cruzó las manos en el regazo y dijo:

—Sabéis que no puedo hacer tal cosa. Pero quiero saber cómo estáis. ¿Habéis estado bien o enfermizos?

—Bien. Estamos todos bien —respondió Sylvi.

Dyna dijo:

—Te diré lo que pienso. Sylvi y Tora han tenido pesadillas terribles. Grant pasa el día gimoteando por Lia y Bria. Y Sandor no deja de pedir al tío Jake, como si solo fuera feliz cuando está cerca. Y si alguno se decepciona, lloran y montan un escándalo durante horas.

—Ay, cielo… Veré si puedo hacer algo al respecto.

—Ojalá lo hicieras. Estoy perdida y no sé cómo ayudar a ninguno.

—Los quieres y debes estar cerca por si te necesitan. Eso no es tan difícil, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa amplia—. Tu amor es, de verdad, todo lo que necesitan.

—Pero no quiero que estén tan perturbados —dijo Dyna.

Lia se sentó en el suelo, sobre una alfombra especial para los niños.

—Venid, sentaos conmigo. Todos.

Hizo un gesto a Sylvi y Tora; Sandor las siguió, mientras Maitland acomodaba a Grant sobre su regazo.

—No caerá desde muy alto, está en el suelo.

Miró a Maeve para ver si lo aprobaba, y ella asintió.

Ocurrió justo lo contrario: Grant se chupó el pulgar y se recostó contra Lia, tan calmado como nunca.

—Bien, esperaba hablar con vosotros. ¿Tenéis pesadillas, muchachas?

Tora asintió. Sylvi frunció el ceño.

—Magni me cuenta cuánto os echa de menos.

—Nosotras también lo echamos de menos —dijo Sylvi—. ¿Podrías traerlo contigo la próxima vez?

—Me encantaría, pero se niega a salir de la isla de Iona. No sé por qué. ¿Qué pensáis vosotras?

Tora asintió.

—Está azustado.

—¿De qué tiene miedo, Tora?

—De los hombwes malos. Ya nos llevaron a todos una vez, y no quiero que vuelva a pasar.

—¿Crees que os encontrarán otra vez?

Sylvi asintió.

—No quiero volver a salir de aquí. Nos robaron cuando íbamos a caballo. ¿Y si vuelven a por nosotras?

—¿Creéis que Magni también tiene miedo de marcharse?

—Sí.

—¿Queréis que vayamos a verlo para que se sienta mejor?

Las dos niñas negaron con la cabeza con furia.

—¿No queréis ir?

—No, no quiewo —dijo Tora, yendo a sentarse en el regazo de su madre.

Lia dijo:

—Eso me entristece.

Maitland preguntó:

—¿Has venido por alguien en concreto, Lia? ¿Hay alguien en peligro? Por favor, que no sean los niños. —Se inclinó y volvió a alzar a Grant.

—He venido por alguien, pero no puedo decir quién. Puedo tranquilizaros y deciros que no es un niño.

—¿Por qué no puedes decírnoslo y ya?

Lia se levantó y se acercó a la puerta.

—Debo irme. He oído que vais a celebrar un festival de Yule. ¿Es cierto?

—Sí, y nos encantaría que te unieras a nosotros, Lia. Como amiga. —Maitland soltó una risita y miró a Dyna y Maeve pidiendo ayuda—. Sobre esa persona a la que estás ayudando…

—Debo irme, pero probablemente os vea a todos pronto.

Y desapareció.

Maitland maldijo.

—¿Y quién es esta vez?

Nadie contestó.

Capítulo Catorce

Hagen

El viaje en barca hasta Tiree fue duro; el mar invernal se revolvía bajo ellos. La luna estaba llena, las nubes habían desaparecido, y no había ninguna embarcación cerca del lugar donde Brynja quería desembarcar.

—Aquí —susurró—. Esta es la bahía de Gott. Nuestras cabañas están por este sendero, pero quedan algo alejadas de la orilla.

Hagen hizo un gesto a Jowell.

—Tú quédate aquí. Paden y yo iremos con Brynja a cavar.

—Entendido. Oiréis mi silbido de pájaro si veo a alguien.

—Paden estará delante de las cabañas. Brynja y yo estaremos detrás. Ahí es donde cavamos, ¿verdad, muchacha?

—Sí. Bajo un árbol, detrás. Mamá me obligaba a repetírselo al menos diez veces por semana.

Echaron a andar, con Brynja entre los dos, por el sendero oscuro.

—Cuéntanos otra vez la historia, muchacha.

Brynja se aclaró la garganta.

—Muy bien. Mamá dijo que guardaba algunas cosas de valor desde hacía mucho, pero quería asegurarse de que jamás se las robaran, sobre todo una en concreto.

—¿Dijo de qué tamaño era? ¿Un collar? ¿Un anillo? ¿Un broche?

—Nunca lo dijo, solo que quería que lo desenterráramos si alguna vez nos íbamos. Pero, claro, los idiotas que la mataron no sabían lo que había aquí, y yo también lo había olvidado. Estaré agradecida si queda algo.

—¿Tienes alguna idea de qué podría ser? ¿Una lanza, quizá? ¿Te enseñó a usar una lanza?

Brynja sonrió; el calor del recuerdo de su madre la primera vez que lanzó una lanza le recorrió el pecho.

—Sí. Era muy buena con la lanza, pero dudo que escondiera una. Quería que los hombres supieran que tenía muchas. De hecho, las usó con unos cuantos necios que intentaron acercarse a ella de

noche. Dejaba una bajo la cama para poder cogerla antes de que su atacante supiera siquiera que ella estaba allí.

—¿De verdad? Suena como una mujer poderosa.

—Lo era. Y mató a dos hombres que intentaron atacarla a escondidas.

—¿Quién le enseñó? —preguntó Hagen.

—Su padre. Se trajo tres lanzas cuando viajó con los nórdicos. Iba a cazar con ellas; su padre también, y se unieron a un grupo que viajaba a las tierras de los escoceses. Les dijeron que había riquezas por todas partes, así que veinte vinieron a las Highlands, sorprendidos de no encontrar riquezas aparte de madera. Su padre murió cuando desembarcaron en Arran. Perdieron a otros cinco por la misma fiebre; luego los escoceses los encontraron y se llevaron a mi madre y a su hermana. Hildi es mi prima. Las retuvieron un tiempo y después las dejaron en Tiree y se marcharon. Mamá decía que se cansaron de ellas, y que nunca había sido tan feliz como aquel día.

—Una relación forzada —dijo Hagen, entornando la mirada mientras contemplaba el mar—. Siento que tuvieras que vivir así, muchacha. Todo niño debería conocer a su padre y a su madre.

—No necesito nada de mi padre. Solo fue un hombre que plantó una semilla, nada más.

—Eso es un poco duro, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—No he visto pruebas de grandes padres. El padre de Sheona la trataba horriblemente. La pobre lloró cuando él se fue.

—Dermot Rankin puede ser difícil. Quiero que vengas al Clan Grantham o al Clan Grant, para que veas cómo viven otros. Estoy deseando la visita que aceptaste hacer si teníamos éxito en este viaje.

Hagen le dio una palmada en el brazo, pero ella apartó el brazo con rapidez, fulminándolo con la mirada.

Señaló hacia delante.

—Esas son nuestras dos cabañas. La nuestra es la primera; la de Hildi, la segunda, así que debería estar bajo el manzano detrás de la choza más cercana.

—¿Tienes una pala para cavar?

—Debería haber dos detrás de las cabañas.

Hagen y Paden revisaron la cabaña, satisfechos al ver que ambas estaban vacías, aunque mostraban señales de visitas recientes. Los hombres probablemente seguían en la barca, tal como Brynja había dicho.

Encontraron las palas y Hagen dijo:

—Empiezo yo, Paden. Tú vigila delante. Si hay que cavar en demasiados sitios, cambiamos un rato.

—Cuando necesites un descanso, dilo y me cambiaré contigo.

El lugar estaba desierto, pero Hagen miró en tres direcciones antes de acercarse al árbol. Brynja ya tenía una pala en las manos y señalaba un punto justo bajo el manzano.

—Ahí.

Él asintió.

—Lo veo. De hecho, la tierra parece blanda. Si no, ¿por qué iba alguien a cavar aquí detrás?

Brynja clavó la pala en la tierra blanda y chocó con algo duro, con un clonc. Miró a Hagen. Él se agachó, apartó la tierra con facilidad y sacó una cajita. La dejó en el suelo.

—Vamos, ábrela, y yo miraré si hay algo más.

Brynja la inclinó para sacudir la tierra de encima, luego abrió el cierre con cuidado y levantó la tapa. Jadeó, cogiéndole el brazo a Hagen.

—Madre mía, mira…

Una sonrisa enorme le cruzó el rostro al ver la cantidad de monedas dentro.

—Son de oro y de plata… ¿Cuánto valen?

Hagen se detuvo y cogió unas cuantas, dejándolas caer entre sus dedos.

—Son monedas antiguas. Probablemente valen una fortuna. Pero lo que me confunde es la tierra blanda.

—¿Qué crees que significa? —preguntó ella, mirando por encima del hombro a la nada.

—Creo que significa que alguien en esa cabaña lo encontró y lo está manteniendo oculto. Quizá saca algunas para comprar

suministros y luego lo vuelve a esconder. Tal vez había otros dentro que no quería que lo vieran. ¿Quiénes son? Los que viste en la isla. ¿Crees que viven aquí? ¿Los mismos hombres que iban en la barca?

—Uno se llama Sholto. Es al que le clavé la daga. Él y su jefe se fueron en la dirección contraria. Y pensé que el otro podría ser el que mató a mi madre y a mi tía. Necesito verle mejor la cara. Apostaría a que los dos viven aquí, y también creo que volverán. Creo que lo cogemos y nos vamos. ¡No, espera! Creo que había más. Mamá dijo que había algo especial. ¿Puedes cavar un poquito más?

—De acuerdo. —Hagen se puso a cavar; la tierra era mucho más dura—. ¿Qué te hace pensar que hay más?

—Porque mi madre siempre decía que había dos cosas para nosotras. Y esta caja es solo una. Siempre hablaba en plural. Cuando las encuentres, no cuando la encuentres. Cuando las veas, no cuando la veas.

—Seguiré cavando.

Hagen cavó un rato, así que Brynja se unió a él.

—Brynja, si no encontramos nada en el próximo cuarto de hora, digo que nos llevemos lo que hemos hallado y nos vayamos. Podrían volver en cualquier momento y no me apetece otra pelea.

—Estoy de acuerdo.

Siguieron cavando y, para su sorpresa, los dos golpearon metal al mismo tiempo. Se miraron.

—¿Qué crees que es? —preguntó Brynja.

—No lo sé, pero es mucho más grande que esa caja. —Apartó la tierra, acercándose a ella—. Brynja… creo que esto es para ti.

—¿Por qué?

Ella se apartó para dejarle sitio, porque el objeto era enorme. Hagen tiró de un lado y lo fue levantando despacio. Cuando sacó la mitad, ella lo ayudó, tirando de la parte de abajo para sacarlo del hueco profundo donde estaba encajado.

Hagen lo alzó… y a Brynja casi se le escapó un grito de emoción.

Era una armadura de oro, bellamente trabajada.

Hecha para una mujer.

Capítulo Quince

Brynja

Brynja estaba deseando enseñarle a Hildi lo que había encontrado. La pechera, moldeada para encajar en el cuerpo de una mujer, era tan hermosa que aún seguía en estado de shock. Y con la ayuda de Hagen se la había acercado al cuerpo… y le quedaba perfecta. Tenía correas para sujetarla, pero era demasiado incómoda para llevarla puesta en la barca, así que decidió transportarla.

Hagen la alzó para llevarla por ella, y dijo:

—Mira, son dos piezas, para separarse a la altura de la cintura.

Así que Brynja cargó con la parte superior y Hagen con la inferior.

Jowell y Paden se quedaron sorprendidos al verla.

—A la tía Gwyneth le encantará —dijo Jowell.

—Y a mi hermana también —dijo Hagen.

—A Dyna le encantará, sí. Y a Eli… si no estuviera embarazada —añadió Paden.

—Eli intentará ponérsela de todas formas. Avisaré a Alaric —añadió Jowell riéndose.

Brynja se aclaró la garganta y dijo:

—Se queda conmigo. Es un regalo de mi madre. Probablemente viene de las tierras nórdicas, de mis antepasados.

Hagen dijo:

—Pero aceptaste venir al castillo Duart si te ayudábamos a encontrar el tesoro. Y lo hicimos, y has encontrado un tesoro de los grandes, así que ahora debes venir a Duart con nosotros.

—¿Me estás dando órdenes otra vez?

Hagen gruñó, pero no dijo nada.

Ella volvió a aclararse la garganta.

—Solo si Hildi está mejor.

Subieron a la barca, colocando con cuidado sus hallazgos en el fondo. Hagen dijo:

—Eso no formaba parte del trato.

Jowell dijo:

—Pero creo que podemos darle un par de días para que Hildi despierte.

Hagen hizo otro gruñido extraño y dijo:

—Ya veremos.

—¿Has gruñido? —preguntó Brynja.

—No —dijo él, apartando la cara.

—Sí. Has gruñido. Has gruñido, sin duda.

Hagen la ignoró, y los demás también. Le daba igual. Estaba tan contenta con lo que había hallado que sabía que Hildi se emocionaría con las monedas. Sus madres siempre les habían prometido que, si querían ir al norte, a las tierras nórdicas, encontrarían la manera.

Ahí estaba. Justo sobre su regazo.

—¿Esto bastará para llevarnos en un barco grande hacia el norte?

Paden dijo:

—Probablemente. No sé qué monedas son. Son distintas.

—Puede ser —dijo Hagen—. Pero quizá no baste para lo que necesitáis, porque si decidís ir, deberíais llevar guardias como escolta. Dos mujeres solas en un barco lleno de hombres no sería una buena idea.

—Siempre piensas que va a pasar lo peor.

—En este caso pasará. ¿Te sentirías segura en un barco con cuarenta hombres?

Ella frunció el ceño; no lo había pensado demasiado, pero él tenía razón.

—No lo sé.

Llegaron poco después, y Magni corrió a ayudarles a desembarcar.

—¿Qué es esa cosa? Parece una especie de monstruo. —Señaló la armadura en el fondo de la barca.

—No. Es una armadura hecha para proteger mi cuerpo. —Brynja la sacó con cuidado.

Magni se quedó mirando las copas del pecho que sobresalían.

—Sí… no le valdría a Hagen, ¿a que no?

—No. Es para Hildi o para mí. Mamá la enterró para nosotras y la encontramos con la ayuda de Hagen. ¿Cómo está Hildi?

Magni no respondió; en vez de eso, echó a correr de vuelta hacia las cabañas.

—¡Tenney, quédate por aquí!

Al niño le encantaba jugar a perseguirse, y se reía hasta que Magni lo atrapaba.

—¿Por qué estáis despiertos los dos? ¿No es hora de que Tenney se vaya a la cama? —preguntó Hagen.

—Nos quedamos despiertos por si volvíais.

Brynja se detuvo, recordando sus modales.

—Hagen, Jowell, Paden… no puedo agradeceros lo suficiente que me hayáis llevado a Tiree. Hildi y yo siempre hemos deseado ir, pero nunca tuvimos escolta. Os pagaré a cada uno una moneda por llevarme.

—No hace falta —dijo Jowell—. Nos alegró ayudar. Solo recuerda el acuerdo que hiciste.

Ella se sonrojó, porque sabía que esa parte sería difícil.

Hagen dijo:

—Esperaremos a que recojas tus cosas y a que revises a Hildi.

Brynja asintió, sabiendo perfectamente que no pensaba ir con ellos. Solo había aceptado para convencerlos de que la llevaran a Tiree. Era lo único en su vida que necesitaba ver cumplido. Ya estaba hecho, y se disculparía, pero no iba a ir al castillo Duart. Había demasiada gente allí, y jamás dejaría Iona. Bueno… a menos que fuera rumbo a las tierras nórdicas.

Entró en la cabaña de Beatris intentando no hacer ruido, aunque Beatris estaba sentada a la mesa. Hildi dormía profundamente.

—¿Está mejor, Beatris? ¿Ya despertó?

Beatris se sobresaltó al verla entrar, pero contestó:

—No, muchacha. Sigue durmiendo, y el chichón de la cabeza no ha bajado mucho. No sé qué más hacer por ella.

—¿Puedo dormir aquí con ella?

—Sí.

—Hemos encontrado un poco de tesoro. ¿Dónde sería un lugar seguro para esconderlo?

—Tengo el sitio perfecto. Mi padre insistió en que construyéramos un escondite dentro de la cabaña cuando los hombres nos la levantaron.

Sacó un arcón y retiró dos piedras grandes.

—Ponlo aquí. Nadie lo tocará jamás.

Brynja metió la caja llena de monedas en el escondite, luego lo cerró y empujó el arcón delante.

—Debo decirles a los Grant que se vuelvan a casa, y luego regreso.

Beatris preguntó:

—¿No prometiste ir con ellos si te llevaban a Tiree?

—Sí… pero solo si Hildi estaba mejor.

—Ah, claro. No oí esa parte.

—Vuelvo enseguida.

Beatris no la oyó porque Brynja nunca lo había dicho antes. Pero lo diría ahora.

Fue directa hacia Hagen y dijo:

—Hildi no está mejor. Aún no ha despertado, así que no puedo dejarla.

Hagen dijo:

—Si no ha despertado, este es el momento perfecto para ir. Ni lo notará. Muchos, con un golpe en la cabeza, duermen unos días. Te tendremos de vuelta en dos días. Magni le dirá adónde fuiste.

—Lo siento, Hagen, pero no voy a ir.

Hagen se plantó con las manos en las caderas.

—Nunca pensaste ir, ¿verdad?

—Puede que sí… pero desde luego no con Hildi aún enferma.

Jowell dijo:

—Te esperamos en la barca, Hagen.

Él y Paden desaparecieron rumbo a la orilla.

—Me mentiste.

A Brynja no le gustó ese comentario, aunque fuera cierto, pero a estas alturas ya debería estar acostumbrada a su carácter autoritario. No fue intencional, solo una mentirilla.

—No, solo olvidé mencionar que necesitaba que Hildi estuviera mejor antes de poder irme.

—¿Y si estuviera mejor ahora mismo, te irías?

Ahora ya solo la estaba fastidiando, así que más valía decir la verdad. Si lo hacía, quizá él se iría y no volvería nunca. La vida sería mucho más fácil en la abadía si desaparecía. Inclinó la cabeza a un lado y apretó los labios.

—No… probablemente no.

—¿Por qué? ¿Tienes algo contra mí? ¿O es que te doy miedo?

¡Demonios! ¿Cómo había adivinado la verdad? Pero ella se condenaría antes de admitirlo. Él la asustaba porque le hacía sentir cosas raras por dentro.

—No te tengo miedo.

Otra mentira.

—Entonces, ¿por qué no vienes al castillo Duart?

—Ya te lo dije.

—No, me dijiste una mentira. La verdad es que nunca vendrás. ¿Por qué? Al menos me debes eso.

—No te debo nada.

—Arriesgamos la vida siguiéndote a Ulva. Y luego a Tiree. Y no aprecias nada. Me llamaste mimado y tonto, pero… ¿cómo estás actuando tú ahora?

Brynja no supo qué responder a eso, así que recurrió a lo único que dominaba.

—Que una víbora venenosa se cuele por tus muros esta noche y te muerda los dedos de los pies hasta arrancártelos.

Él resopló.

—Maldiciones nórdicas. No puedo creer que recurras a eso en vez de decir la verdad.

—Que un sapo lleno de pus se te meta en los calzones y se muera.

Hagen negó con la cabeza y dio dos pasos hacia ella.

—Me temes… pero no por la razón que otros sospecharían. Te asusta lo que yo te hago sentir.

—Que la cagada de ochenta pájaros te caiga en la cabeza en el camino de regreso.

Brynja quiso retroceder, porque él estaba demasiado cerca. El calor de Hagen le subía su temperatura, y sentía el sudor entre los

pechos, un cosquilleo extraño entre las piernas, el corazón golpeándole con fuerza. No era solo que le diera miedo. Ir a Tiree le había devuelto demasiados recuerdos: el asesinato de su madre, el rapto de ella y de su amiga, la sensación de estar a merced de hombres malvados… ahora todo eso estaba fresco en su mente.

Hagen se acercó lo suficiente como para que, si ella alargaba la mano, pudiera coger la de él. Pero entonces cambió de táctica, y eso la inquietó más que nada. Era como si pudiera leerle la mente.

—¿Quién te hizo daño? —susurró.

Ella negó con la cabeza, peleando contra las lágrimas: de agotamiento, de emoción, de miedo a perder a su amiga.

—Que un perro sarnoso, embarrado de estiércol, vaya a buscar a tu madre.

—¿Quién? Dame un nombre y me aseguraré de que nunca tengas que temerle otra vez.

Las yemas de los dedos de Hagen le rozaron la línea de la mandíbula, con una caricia suave como el pelaje de una ardilla roja.

—Mi padre, para empezar. Estuve allí cuando por fin volvió a Tiree y le preguntó a mi madre si yo era un niño o una niña.

—¿Y?

Las palabras le salieron en un grito que no pretendía.

—Y dijo que no quería saber nada de una niña.

—¿Y si hubieras sido niño?

Esta vez fue casi un chillido.

—¡Me habría llevado con él! Dejando a mi madre sin nadie después de haberme criado sola. Bastardo egoísta. Me alegré de que se fuera. Y no habría ido con él de todos modos.

—Estoy seguro de que eso fue doloroso para ti, pero hay más, ¿verdad? ¿Quién era?

Brynja pensó en negárselo, pero ¿para qué? Nunca tendría ocasión de contárselo a nadie más. Nadie más se preocuparía por lo que le pasó. Ahora que su madre había muerto, la única que la quería era Hildi… si es que volvía a despertar.

—No puedo decírtelo —susurró—. No sé su nombre.

—¿Cómo te hizo daño?

—Me tocó. Cuando nos llevaron de Tiree a Ulva, el hombre que nos secuestró me pasó la mano por todo el cuerpo. Yo luché, pero me pegó, y luego golpeó a Hildi. Lo odio.

—Ah… así que buscas venganza, ¿no, muchacha?

Brynja asintió.

—Ten cuidado. He oído que la venganza puede pudrirte por dentro. No te culpo por quererla. Yo haría lo mismo. Si algún día decides que quieres ayuda, estaré encantado de ayudarte. De verdad siento todo lo que has tenido que soportar. Más de lo que deberías.

La voz de Brynja salió baja.

—Odio a todos los hombres.

—No, no los odias… pero puedo esperar a que lo entiendas. Te estaré esperando. Cuando estés lista.

Hagen se inclinó, le alzó la barbilla con los dedos y rozó sus labios con los de él.

Brynja estuvo a punto de apartarse, pero por algún motivo desconocido… le gustó.

Quizá porque, por más que quisiera luchar contra ello, le gustaba ese hombre. Ese hombre que le recordaba a su madre y a la madre de Hildi. Ese hombre que había hecho todo lo posible por ayudarla.

Ayudarla, no herirla.

No le dijo que no la querían. No le mandó callar. No le dijo que, por ser una niña, no valía nada, que no tenía valor.

Sus labios eran suaves y cálidos, tanto que Brynja tiró de él para otro beso, y Hagen gruñó, rodeándola con los brazos y pegándola a su cuerpo mientras inclinaba la boca sobre la de ella. Brynja entreabrió los labios, y la lengua de Hagen encontró la suya. Pero eso la asustó. Lo empujó.

—Has vuelto a gruñir.

Él soltó una risa baja.

—Sí… por una buena razón.

Luego bajó la cabeza y le susurró al oído:

—Te estaré esperando. Cuando estés lista para aceptarme en tu vida, ahí estaré.

Brynja se giró y se dirigió hacia la cabaña. No le dijo que creía que el hombre que la tocó era el otro de la barca, pero no estaba segura, así que se lo guardó dentro. Bien escondido de todos, porque se vengaría por lo que le hizo a ella y a Hildi.

Pero, sobre todo, se negó a dejar que Hagen viera sus lágrimas, porque eran señal de debilidad.

Ella no era débil.

Capítulo Dieciséis

Lia

A la mañana siguiente, Lia salió del bosque caminando, buscando a dos personas. Este encargo sería muy distinto para ella. Normalmente era la protectora de los niños, pero esta vez no.

Esta vez era la protectora de un hombre mayor, unido a muchos de los niños que le habían asignado cuidar. Pero tenía que arreglarlo todo de la manera correcta o el universo acabaría hecho un desastre. Cerró los ojos y tarareó, llamando a cierta persona que siempre podía oírla, invocándola a su lado.

Un poco después, Simone apareció entre los árboles junto con Artan.

—Buen día, Lia. No esperaba verte aquí.

—Buen día a los dos. Me alegra que estéis aquí. Podría necesitar vuestra ayuda con algo.

A Lia le gustaba saber que podía enviarle un mensaje a Simone… y que Simone lo aceptara sin darse cuenta. Era algo que los ángeles guardianes usaban a menudo. Le llegaba a Simone como un impulso repentino de ir a algún sitio, y Simone era de las que siempre seguían su intuición.

Ojalá más personas hicieran lo mismo.

Artan dijo:

—Hace un buen día, Lia. Simone dijo que tenía que venir aquí, aunque no pudo decirme por qué. Creo que tengo una idea de qué la empujó a venir. ¿Tú lo sabes?

Lia sonrió.

—Puede ser. Necesito ayuda con algo, aunque creo que Simone podrá ayudar más que tú, Artan… pero me alegra que hayas venido.

Simone cerró los ojos y susurró:

—Lia, por favor… que no sea mi padre otra vez. No lo soportaría.

—No, no es tu padre. Es alguien a quien visité hace mucho, aunque aún no me ha reconocido.

—¿Quién? Dímelo, por favor. —La cara de Simone se iluminó de emoción.

—No puedo decírtelo. Pero estoy segura de que podrás deducir quién es mi objetivo. Por ahora, necesito que convenzas a Brynja de ir al castillo Duart.

—¿Ella es tu objetivo?

—No… no directamente. Pero es una parte importante de lo que debe ocurrir, y ahora mismo está siendo un poco terca.

—¿Y cómo define "terca" un ángel? —preguntó Artan.

—Está ignorando todas las corazonadas que le envío. Brynja debe ir a Duart. Le conviene, pero se niega a escuchar. No quiero que la secuestren, así que espero que la convenzáis de ir con vosotros.

Simone pensó un momento, y preguntó:

—¿Hildi tiene que ir con nosotros?

—Sí. Tenéis que llevar a Hildi con Brenna, la sanadora. Ella sabrá cómo curarla. Temo que pueda tener secuelas por la herida si se queda aquí.

—Lo haremos —dijo Simone.

Lia dijo:

—Os lo agradezco a los dos.

A veces, la gente en la Tierra era desesperadamente densa.

Capítulo Diecisiete

Connor

Connor estaba sentado en un taburete en las almenas, con un vaso de hidromiel en la mano. No podía evitar pensar en su padre cada vez que subía allí. ¡Cuánto le gustaba ese lugar!

A Alex Grant le encantaban las almenas… y también aquel rincón especial en las tierras Grant donde talaba árboles para desahogar la ira. Connor nunca tuvo el temperamento de su padre. Jake, Kyla y Alasdair sí, pero él y Jamie se libraron de aquello. Por eso Alasdair mantenía ahora ese sitio abierto para cualquiera que lo necesitara.

Cómo echaba Connor de menos a sus padres… y, sin embargo, los encontraba en tantos lugares. Veía a su madre en la manera en que Kyla cuidaba de todos en el clan, en Elizabeth cada vez que leía historias a los niños. Su hijo menor, Morgan, era la viva imagen de

su padre, y actuaba como él también. Tanto, que a veces a Connor le perseguía la sensación de estar viendo el fantasma de su padre delante de él. Hagen también se parecía mucho a Alexander Grant, porque tenía esa fiereza silenciosa que su padre tenía. Algo que a Morgan le faltaba. La fuerza de Hagen estaba en sus palabras y en sus actos; la fuerza de Morgan estaba en su espada.

Echaba de menos las tierras Grant, pero también amaba Mull. Contemplar el mar era un placer que nunca había tenido desde el castillo Grant. Allí tenían un lago que mirar… pero nunca el mar. Y aquella vista era magnífica. El Estrecho de Mull y Ben Buie eran sus paisajes favoritos. Las montañas y las colinas, el agua, los bosques. Mull era un lugar hermoso para vivir. Si lograra traer al resto de sus hijos allí, se sentiría completo.

Para su sorpresa, Dyna salió al patio con sus tres niños. Sylvi corrió por delante, mientras Sandor balanceaba su espada de juguete… pero ¿Tora?

Se detuvo justo debajo de él, como si supiera exactamente dónde estaría. Giró sobre sí misma y lo miró directo.

—¡Abwelo!

—Buenos días, dulce Tora. ¿Qué ocurre?

—¡Baja, abwelo! ¡Te necesito!

Dyna alzó la vista y se encogió de hombros.

—Ahora mismo voy, Dyna.

No le gustaba nada, pero no iba a ignorar a su nieta cuando sabía que ella veía lo que venía. Dejó el taburete en su sitio, cogió la hidromiel y bajó las escaleras hasta salir al exterior.

Tora corrió hacia él con los brazos en alto.

—Awiba, abwelo.

Connor se sentó en un banco cercano y abrió los brazos.

—Ven conmigo, pequeñina.

Tora trepó, soltó una risita y luego se puso seria. Le cogió la cara con las manos y dijo:

—Tienes que aiudar a Bwia.

—¿Bwia?

—Bwia. La Bwia de Hagen. Tienes que aiudarla. Viene después.

Y le empujó el pecho, como siempre hacía.

—Abajo.

Hagen había vuelto de Iona la noche anterior, pero no había dicho mucho. Era tarde cuando Connor lo oyó entrar, y el muchacho parecía agotado. Connor le había hecho un gesto cuando lo vio subir las escaleras, con Jowell y Paden detrás.

Tenía que buscarlo esa mañana.

Algo pasaba.

Dyna se acercó después de que Tora se fuera y le susurró:

—¿Y ahora qué, pa?

—Algo sobre la Bria de Hagen. ¿La conoces?

—No, pero he oído hablar de ella. La de las lanzas. Nórdica, creo. Brynja.

—Tu hija dice que tengo que ayudarla. —Connor miró alrededor, buscando a su hijo—. Voy a ir a encontrarlo es hora de levantarse.

Regresó al gran salón, complacido de ver a Hagen comiendo un cuenco de gachas, el único allí en ese momento.

—¿Llegaste tarde, hijo?

—Sí. Estuvimos en Iona, ayudando a Brynja y a Hildi, pero Hildi se lastimó y Brynja se negó a venir aquí.

—Desde el principio, Hagen. Lo último que supe es que ibas hacia las tierras MacQuarie.

—Cuando llegamos, le contamos a Thane todo lo que sabíamos, y mientras estábamos en sus almenas, él vio a dos hombres dirigiéndose a Ulva. Fuimos tras ellos y, efectivamente, esos bastardos fueron a por Brynja y Hildi, que estaban en Ulva recogiendo manzanas. El bastardo cogió a Hildi, la usó de escudo contra Brynja, luego la estampó contra un árbol y ella aún no despierta. Llevamos a Hildi con Beatris, y después Brynja nos pidió que la lleváramos a Tiree, donde encontramos el lugar donde vivía su madre y la ayudamos a sacar algo enterrado detrás de la cabaña: un escondite de monedas. Era de su madre, pero la tierra estaba removida, así que creemos que uno de los hombres encontró las monedas y las mantuvo ocultas. Nos lo llevamos con nosotros, así que ahora quizá la persigan por coger lo que le pertenece. Y se negó a venir a Duart, aunque prometió que si la llevábamos a Tiree lo haría.

Connor asintió, y dijo:

—Empieza desde el principio. Todo.

Hagen suspiró, pero repitió todo, rellenando los detalles que faltaban.

—¿Ahora lo entiendes?

—Más o menos. ¿Qué es esa muchacha para ti? ¿Es por ella por quien preguntaste? ¿La que te interesa? Al menos eso creías. ¿Lo tienes más claro ahora?

La mirada de Hagen saltó por cinco puntos del salón.

—Sí. Espero hacerla mi esposa, pa.

—¿Por una o dos veces que la has visto?

—¿Cuántas veces viste a mamá antes de saberlo?

—No es lo mismo.

—¿Cuántas veces vio abuelo a la abuela antes de saberlo?

—Tampoco es lo mismo.

—¿El tío Brodie y la tía Celestina?

Connor soltó una maldición.

—Bien. Ya hiciste tu punto. Dices que se niega a venir aquí. Tora tuvo uno de sus momentos hace un rato.

—¿Y?

—Y dijo que tengo que ayudar a Bria. "La Bria de Hagen", fueron sus palabras exactas.

—Mierda. No me gusta nada, pero te llevaré allá por si acaso. Esos hombres podrían ir a por ella.

—No hace falta. Tora dijo que ella viene aquí más tarde.

Hagen frunció el ceño.

—Dejó claro que no tenía interés en venir. Algo tendría que hacerle cambiar de idea.

—O alguien.

—¿En quién estás pensando?

Logan bajó por la escalera.

—Simone la traerá aquí más tarde. Avelina ya me lo dijo.

—¿Viene aquí? ¿De verdad?

—¡Eso sí que te alegró el día, Hagen! Estás embobado, ¿eh?

Logan lucía esa famosa sonrisa torcida.

—Supongo que sí. Y me alegra que venga.

Connor lo observó con cuidado.

—¿Por qué quieres que venga aquí, Hagen? Eso no lo has dicho jamás de ninguna muchacha.

Su padre sabía que había mucho más en esa historia, así que decidió tantear sin ser directo.

Hagen suspiró y se apartó de la mesa.

—Porque… su padre es un escocés que dejó embarazada a su madre y la abandonó. El bastardo volvió cuando ella ya era mayor y le preguntó a su madre si el niño era varón o hembra. Brynja oyó la conversación cuando su propio padre dijo que, como era una niña, no quería saber nada de ella. Y se fue otra vez.

Logan silbó.

—Oh, Señor bendito… por favor, déjame encontrar a ese bastardo.

—Y cuando llegaron los hombres y mataron a su madre, la secuestraron, empezaron a manosearla, ella intentó detener a uno, así que él le pegó. ¡Le pegó! A ella. Odia a los hombres, pa. Y no sé cómo convencerla de que hay hombres buenos en el mundo… salvo trayéndola aquí.

Su padre y su tío se cruzaron una mirada. El tío Logan caminó de un lado a otro un instante, pero Connor se quedó sentado.

—Intenté convencerla, pero se negó. Dijo que no podía dejar a Hildi.

Logan alzó la vista hacia las vigas.

—Sabes qué viene ahora, ¿verdad, Grant?

—Lo sé, pero quiero oír tus ideas, Ramsay.

—Si Simone no la trae, iré yo a por Hildi.

Connor sonrió. Las grandes mentes llegaban a la misma conclusión rápido.

Hagen dijo:

—No. Ve por Brynja. Oblígala a venir. Tiene que venir aquí.

Connor y Logan soltaron una carcajada.

—No, hijo. Si haces eso, te odiará.

—Me odiará si traigo a Hildi aquí.

Otra vez, esa mirada entre ambos.

—¿Qué?

Connor dijo:

—Si traes a Hildi aquí, Brynja te seguirá.

Logan añadió:

—Insistirá.

Negó con la cabeza.

—Aún tenemos cosas que enseñarte, muchacho. Pero eso les pasa a los hombres embobados. La mujer correcta te retuerce por dentro de cien maneras.

Connor no dijo lo que pensaba. Le alegraba que su hijo estuviera embobado.

Pero no le alegraba que Brynja estuviera en la mente de Tora.

Eso no podía ser buena señal.

Capítulo Dieciocho

Brynja

Brynja iba en la barca con la cabeza de Hildi sobre su regazo. Artan, Simone y uno de los guardias de Thane remaban llevándolas hacia las tierras MacQuarie.

—¿Lady Brenna puede curarla? No puedo perder a mi mejor amiga, Simmy.

—Si puede curarse, lady Brenna encontrará la forma. Es la mejor de toda la tierra.

Cuando llegaron a las tierras MacQuarie, Thane le dijo a Artan:

—Si aún no despierta, coge la barca grande y cuatro hombres más, baja por el Estrecho de Mull directo a Craignure. Desde allí puedes usar un carro para llevarla a Duart.

Cambiaron de barca; Hildi pasó de unas manos a otras y a otras… pero no despertó.

Ya en la barca nueva, Brynja hizo todo lo posible por no llorar, porque la palidez de Hildi le partía el alma como nada en ese momento. ¿Cómo podía seguir dormida después de haber dormido toda la noche?

Oh, sabía que Hagen tendría algo que decir sobre que viniera con Simone, después de haberlo rechazado. Pero tendría que soportarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Hildi no mejoraba, y Simone había sido firme en llevarla con otra sanadora.

Beatris había estado completamente de acuerdo.

Tardaron más de lo previsto en llegar al castillo Duart, pero el clima era bueno y era mediodía, así que Brynja se sintió aliviada.

Lo que no esperaba era lo espectacular que era el castillo: majestuoso sobre un promontorio, con torres, almenas y murallas que lo hacían parecer capaz de tocar el cielo. Dominaba el Estrecho de Mull y el mar, una rareza verdadera.

Simone debió de sorprenderla mirando mientras subían la colina, montando una yegua cada una.

—Bastante regio, ¿no te parece, Brynja?

—Nunca había visto algo así.

A Brynja le inquietaba montar su propia bestia, porque apenas había cabalgado, solo los ponis pequeños del convento. Simone le sujetaba las riendas cuando necesitaba ayuda, y Brynja se lo agradecía. Pero aquel castillo… no se parecía a nada que hubiera visto.

Al acercarse por el sendero costero, la fortaleza pasó de ser una silueta oscura contra el cielo a convertirse en una masa imponente de muros envejecidos, con su torre cuadrada alzándose desafiante sobre el Estrecho de Mull, rodeada por una gruesa muralla. Abajo, el agua gris verdosa se arremolinaba contra rocas negras, y las gaviotas chillaban en el viento cargado de sal. El castillo parecía brotar del peñasco, como si hubiera vigilado aquellas aguas desde el principio del tiempo, con sus piedras marcadas por años de tormentas duras y guerras de clanes.

—Es monstruoso —susurró Brynja—. ¿Cuántos viven aquí?

—Cambia cada día por los Grant y los Ramsay. Es su forma de ir y venir de las Highlands. Lo construyeron los MacDougall, pero el rey Robert se lo quitó y se lo regaló a los Ramsay, y se reunieron con sus aliados para elegir a los jefes. Hay dos lairds: Maitland Menzie y Dyna Grant.

—¿Una mujer es jefa?

Brynja no podía estar más sorprendida.

—Sí. Y los dos a cargo de las fuerzas de combate son marido y mujer: Alaric y Eli Grant, que es mi sobrina. Él entrena a los espadachines, y ella entrena a los arqueros.

Brynja no dijo nada, deseando que Hildi pudiera oír aquello. ¿Se quedaría tan asombrada como ella al saber que las muchachas formaban parte de los combatientes?

—El castillo se ve tan alto…

—La casa torre tiene cuatro plantas y el torreón principal se eleva tres alturas. Los Grant saben organizar bien las estancias: colocan tres o cuatro camas en cada alcoba, algunas destinadas solo a los niños. Tienen dos establos, uno para los caballos y otro edificio donde duerme la mayoría de los guardias.

—Tengo muchas ganas de ver el interior. Debe de ser precioso.

Simone asintió, apretándole una de las manos.

—Hay dos hogares solo en el gran salón. Montones de mesas, bancos, tapices y diversas armas colgadas de las paredes. Ya lo verás, pero creo que te impresionará aún más cuando veas el patio y lo que hay dentro de la muralla.

Brynja ladeó la cabeza, intrigada por el comentario.

—¿Por qué?

—Después de los últimos ataques, trasladaron el campo de tiro con arco al interior. Es más pequeño que el del exterior, pero Alaric no permitiría que su esposa practicara fuera de los muros. Hay una pequeña zona para que los guardias entrenen, pero las lizas principales están fuera de la muralla. Ya lo verás.

Una vez llegaron a las puertas y entraron en el recinto, mientras entregaban sus monturas a los mozos de cuadra, Simone dijo:

—Artan llevará a Hildi con Brenna. Me gustaría que vinieras conmigo. Dejemos que Brenna examine bien a Hildi antes de reunirnos con ella. ¿Te parece bien?

—¿Por qué no puedo ir con Hildi?

—Irás, pero a los sanadores les gusta ver al enfermo a solas al principio. Quiero enseñarte el castillo para que sepas orientarte. Y hay algunas personas especiales a las que me gustaría presentarte primero.

Brynja se detuvo dentro de la muralla del enorme castillo, alzando la vista hacia las almenas y las ventanas del torreón de piedra. Sin duda era un lugar magnífico, dominando el mar. Justo dentro de las puertas había un hombre alto, de cabello oscuro salpicado de canas. Era más alto que cualquiera y se acercó a ellas.

—Simone —dijo—. ¿Es ella la muchacha de la que tanto he oído hablar?

—Ella es Brynja Nyberg —respondió Simone—. Ella y su amiga viven en el convento, pero fueron atacadas en Ulva por asaltantes desconocidos. Hagen y sus primos estaban allí. Hildi sigue sin encontrarse bien, así que la hemos traído para que la vea Brenna. Brynja, este es el antiguo jefe del Clan Grant, Connor Grant. Y también el padre de Hagen.

—Saludos, milord —dijo ella, sin saber qué otra cosa sería apropiada. Nunca había visto tantos hombres juntos salvo en la

abadía, con todos los monjes. Pero los monjes no hablaban, así que aquello era muy distinto.

Había hombres por todas partes.

—Bienvenida al castillo Duart. Si puedo ayudarte en algo, Brynja, dímelo, por favor.

—Muchas gracias —respondió, retorciendo la túnica con demasiada fuerza. Estar tan cerca de hombres que no eran monjes la ponía un poco incómoda, y dio dos pasos atrás. ¿Y si alguno intentaba tocarla de manera inapropiada? ¿Debería preguntar a Simone qué hacer en una situación así?

—Os dejo con la visita —dijo Connor, volviendo al torreón, casi como si hubiera percibido su estado.

—Ven —dijo Simone—, te enseñaré el campo de prácticas de tiro con arco. Algunos lo llaman las dianas.

Brynja se acercó al pequeño campo, con Simone tras ella. Cuanto más se aproximaba, mayor era su asombro. Nunca había visto nada semejante en todos sus días en Tiree o en Iona. Nada podía haberla sorprendido más.

No era el castillo ni el torreón lo que captaba su atención, sino las personas. Aquel era el mundo con el que siempre había soñado, un mundo que creía que solo existía en la tierra de los nórdicos. Sin duda, allí ocurría algo especial.

A un lado del torreón había dos muchachas, una pelirroja y otra de cabello castaño, ambas vestidas con calzas ceñidas, disparando flechas a tres blancos distintos. Tiraban tan rápido que a Brynja se le escapó un jadeo.

Lo que la dejó aún más atónita fue la mujer mayor, con una sola pierna, que parecía estar instruyéndolas. Llevaba un extraño artilugio en la pierna, y un hombre se situaba tras ella, sujetándola y enderezándola cuando empezaba a perder el equilibrio.

La mujer mayor dijo:

—Merryn, obsérvame un momento. Fíjate en el movimiento de mis manos. Coloco las flechas así para poder cogerlas más deprisa.

Disparó cinco flechas sacadas de su carcaj con tal rapidez que Brynja se llevó la mano a la boca para ocultar su asombro.

Luego la pobre mujer se tambaleó sobre su extraño artilugio, y el hombre de detrás la sostuvo, enderezándola al mismo tiempo que ella bramaba:

—¡Logan!

—Te tengo, amor —dijo él. Luego gritó por encima del hombro —. ¡Dyna! ¡Te necesitamos!

Simone susurró:

—Son mis padres adoptivos, Logan y Gwyneth Ramsay. Te los presentaré luego, pero antes quiero que veas exactamente lo que podrías tener si te mudaras aquí con ellos. Te prometo que te aceptarán. Me salvaron a mí y a muchos otros de ese mismo tipo de hombres malvados que mataron a tu madre, Brynja. Te ayudaremos.

La muchacha pelirroja volvió a disparar.

—¿Así está mejor? Me parece mejor.

Simone inclinó la cabeza hacia las arqueras.

—Esa es Merryn, casada con Broc Grant. Está aprendiendo, como tú, y perdió a su hermana y a sus padres a manos de unos bastardos crueles. Observa y decide quién te parece la mejor. Y la otra es mi sobrina, Eli, casada con Alaric Grant. Es una muchacha de armas tomar.

Gwyneth dijo:

—Inténtalo otra vez, Eli. Has sido un poco lenta.

Eli obedeció y acertó en el centro de la diana cuatro veces, pero falló la quinta.

Logan silbó.

—Buen trabajo, pero ¿qué pasó con la última, nieta?

La puerta del torreón se abrió y salió una mujer de cabello casi blanco, apresurándose a coger un arco y un carcaj con diez flechas, su risita contenida estallando.

—Mamá se queda con las muchachas. Ahora me toca a mí, por favor. —Alargó la última palabra todo lo que pudo.

Logan miró a la rubia y dijo con sorna:

—Necesitas practicar como Gwynie, y lo sabes, Dyna.

Brynja contuvo la respiración. Miró por encima del hombro a Simone, que asintió y susurró:

—Sí. La hermana de Hagen y, en mi opinión, la mejor. Observo sus movimientos con muchísimo cuidado. Es tan grácil como poderosa, algo que no se ve a menudo.

Brynja tuvo que recomponerse, porque no podía creer que pudiera tener la oportunidad de aprender de aquellas mujeres. Mujeres fuertes y poderosas, a las que se les permitía ser ellas mismas y no se las obligaba a llevar faldas ni a ser delicadas y refinadas. Ningún hombre estaba cerca gritándoles órdenes, salvo el que ayudaba a su esposa a supervisar el entrenamiento.

Dyna se colocó mientras las demás se apartaban. Disparó todas las flechas, haciendo dos pausas, y todas dieron en el centro. Gwyneth rio y aplaudió.

—¡Buen trabajo, Dyna!

Dyna soltó un gruñido poco femenino mientras corría hacia la diana.

—Fallé con esta.

Eli gritó:

—¡Por el infierno, no, bruja maldita! ¡Las clavaste todas!

Brynja giró la cabeza hacia Simone. ¿De verdad había oído aquella maldición delante de su propio abuelo?

—¿De verdad? —susurró.

—A papá no le importa cómo maldiga mientras acierte en la diana.

Dyna recogió sus flechas y volvió a colocarse cuando la puerta del torreón se abrió y una mujer apareció en el umbral, esperando a que dos muchachas jóvenes se reunieran con ella.

La mujer más regia que Brynja había visto jamás salió al exterior, con un largo manto azul oscuro ondeando tras ella y el cabello casi blanco trenzado de una forma tan singular que Brynja quedó fascinada. Sujetaba de la mano a dos niñas pequeñas, ambas con arcos y flechas en miniatura. La mujer alta y majestuosa se dirigió al campo de tiro con las dos niñas, sonriendo con brillo.

—Observad cómo dispara vuestra mamá, pequeñas.

Brynja retrocedió hacia la sombra de un árbol cercano, sin querer ser vista. ¿Era ella?

¿Era aquella la mujer conocida como la Reina de Hielo? ¿Aquella de la que ella y Hildi habían oído hablar e idolatrado durante años? ¿La que había ayudado a salvar a cientos de muchachas y niños enfrentándose a los hombres crueles de la tierra? ¿La que detuvo un envío de muchachas escondidas en cajas para ser llevadas por mar y vendidas como si fueran baratijas? Decían que se había unido a un grupo de hombres conocido como la Banda de los Primos para detener al grupo más atroz que hubiera existido.

Simone susurró:

—Sí, esa es Sela Seton Grant, nórdica conocida como la Reina de Hielo, que atrapó al hombre que ningún escocés pudo atrapar, según dice el abuelo. Se casó con Connor Grant, a quien ya conociste. Son los padres de Dyna —inclinó la cabeza hacia el campo de tiro—, y también de Hagen, Astra y Morgan. Es la razón por la que Dyna no solo es poderosa, sino también grácil: la fuerza de un Grant con la gracia y el empuje de una nórdica.

Luego Simone miró a Brynja y le inclinó la cabeza.

—Dyna es exactamente como tú, mitad escocesa, mitad nórdica.

Brynja no pudo evitar que las lágrimas le corrieran por las mejillas al ver a su inspiración, a la mujer que la había impulsado a querer ser más. Más que una esposa, más que una madre, una mujer con su propia fuerza y carácter.

Una mujer que importaba.

—¿Puedo ver a Hildi ahora? —Se secó las lágrimas, apartando la mirada para no volver a emocionarse.

—Claro. Entraremos. Tenemos que encontrar algo de comer, me muero de hambre.

Simone la condujo por el patio y subieron los escalones hasta el torreón. En cuanto cruzaron el umbral, todo el lugar se quedó en silencio. Aún era la comida del mediodía para algunos, pero los chillidos de un niño pequeño se impusieron a todo.

—¡Bwia, Bwia, Bwia!

Simone la llevó hasta un hombre con un niño atado al pecho, pataleando como si corriera cuesta abajo.

—Maitland, ella es Brynja. Brynja, él es uno de los jefes del castillo Duart junto con Dyna, Maitland Menzie. ¿Qué está diciendo?

El pequeño estiró los brazos hacia ella, y Brynja no supo qué hacer.

—Bienvenida, Brynja —dijo Maitland, inclinando la cabeza—. Él es mi hijo, Grant, y creo que lleva mucho tiempo esperándote. Parece conocerte.

—¿Esperándome a mí? —No podía estar más sorprendida.

—Bwia, Bwia… —El niño alargó la mano, y Brynja levantó la suya, apoyando el dedo en la palma del pequeño, que lo cogió con fuerza. Sonrió y susurró—: Bwia.

—Te conoce. —El ceño de Maitland se frunció—. ¿Pero cómo?

—No lo sé. Nunca he estado aquí antes. —Brynja miró la manecita que aferraba su dedo.

—Creo que no te dejará marchar jamás.

Simone dijo:

—Háblale, Brynja. Dile por qué estás aquí.

Ella inclinó la cabeza y dijo:

—Saludos, Grant. Tengo que ir a ver a la sanadora para asegurarme de que mi amiga está bien. Espero que ya se haya curado. La echo de menos.

Grant se calmó y le hizo un gesto con la mano; luego se llevó el pulgar a la boca cuando soltó su dedo.

La puerta se abrió y entraron tres hombres; uno de ellos fue directamente hacia ella. Hagen se acercó mientras Jowell y Paden iban a por comida al aparador.

—Has llegado, Brynja. Bienvenida al castillo Duart. He de admitir que me sorprende verte aquí. ¿Has venido con Simone?

—Sí —respondió, mordiéndose una uña—. Hildi no ha mejorado. Simone dijo que Brenna podría curarla, que aún estaba aquí de visita. No sabía cuándo se marcharía Brenna, así que vinimos enseguida.

—Me encantaría enseñarte el castillo —dijo él.

Dyna apareció volando con una carcajada.

—Veo que tenemos invitados, Maitland. ¿Te quedas esta noche, muchacha?

—Me quedaré, si no os importa. Pero puedo dormir con Hildi en la alcoba de la sanadora.

—De ninguna manera. Te buscaré una alcoba que puedas compartir con Hildi cuando mejore. Hagen, ¿nos presentas, por favor? ¿O debo adivinar su nombre?

—Brynja, ella es mi hermana, Dyna Corbett, jefa del clan Grantham. Dyna, esta es Brynja, de Iona.

Grant sacó el pulgar de la boca de repente y volvió a patalear, estirando los brazos hacia ella.

—¡Bwia, Bwia, Bwia!

Dyna se acercó al pequeño, sacándolo del arnés del pecho de su padre.

—¿Quieres ver a Brynja, Grant?

—Bwia, Bwia.

—¿Te gustan los niños, Brynja? ¿Te gustaría cogerlo? Parece que le agradas.

—He estado muchas veces en Ionaland y siempre hay niños. Me encantaría cogerlo.

Puso las manos bajo los brazos del pequeño y lo levantó, acomodándolo en su cadera. Grant apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Dyna susurró:

—¡Oh, cielos!

Miró a Maitland. Él dijo:

—Estoy asombrado. Te adora, Brynja. Debes de ser especial.

Brynja aspiró el dulce aroma del niño y sonrió, pero de pronto se quedó paralizada.

—¿Quién es esa muchacha? —La madre de Hagen se dirigía directamente hacia ellos.

Brynja entró en pánico, devolvió a Grant a Maitland y corrió hacia la única otra puerta además de la por la que entraban las sirvientas. Rezó para que fuera la alcoba de sanación.

Aún no podía enfrentarse a la Reina de Hielo.

Capítulo Diecinueve

Hagen

—Mamá, la espantaste. No hagas eso. Te dije que estaba aterrorizada de venir aquí.

—¿Por qué? Somos amables.

Simone dijo:

—Brynja vivió una vida muy protegida hasta hace unos meses. —Su voz se ensombreció—. Ella y Hildi vivían en una isla con sus madres, una al lado de la otra, en dos cabañas pequeñas en Tiree. Y entonces llegaron unos hombres. Mataron a las dos mujeres delante de las niñas.

Hizo una pausa para dejar que aquello calara.

—Se llevaron a Brynja y a Hildi a otra cabaña donde retenían a niños robados. Iban a meter a las niñas en un barco y enviarlas lejos, Dios sabe adónde. Eso es todo lo que Brynja sabe, porque Hildi y ella escaparon en una barquita. Las encontraron unos pescadores y las llevaron a la abadía. Desde entonces han estado en el convento.

Su madre dijo:

—Hagen, no nos contaste todo eso.

—No lo sabía todo. Supe más cuando fuimos a las tierras MacQuarie, y se lo conté a papá. Ahora mismo, ella quiere vengarse del hombre que la persigue… el que iba con Clyde, el que quiere matarla. Se llama Sholto. Y también quiere encontrar al hombre que mató a su madre y a su tía.

—Entonces las niñas son primas. Pobres criaturas —dijo su madre—. Rezo para que Hildi sane pronto.

—Mamá, es más fuerte de lo que crees.

—Claro que lo es. Es mitad nórdica. —Su madre arqueó una ceja.

Dyna dijo:

—Lo que yo quiero saber es por qué Grant parece conocerla.

Maitland negó con la cabeza. Grant señaló la alcoba de sanación y dijo:

—Bwia.

—Lo sé. Bria está ocupada, Grant. Volverá.

Dyna le plantó la cara delante a Grant y preguntó:

—¿Cómo la conoces, Grant? —Y le hizo cosquillas en la barriguita regordeta hasta que él se rio—. ¿Bwia? ¿Cómo la conoces?

Grant volvió a señalar la puerta y repitió:

—Bwia.

Dyna se incorporó y cruzó los brazos.

—No sé qué puede ser, pero hay algo entre esos dos. Me muero por saber qué es.

—¿Quizá ella también es vidente? —preguntó su madre.

—¿O un ángel? —sugirió Dyna.

—No, no es un ángel —dijo Simone—. Brynja no tiene nada de sobrenatural como Lia.

A Hagen no le gustó ese comentario. Defendería a la muchacha ante cualquier mínimo desprecio.

—No puedes estar segura de eso.

Simone alargó las palabras:

—¿Vivió Brynja bajo una hoja hasta que Hildi la encontró?

Hagen puso los ojos en blanco y soltó una carcajada.

—Buen punto. Vidente, entonces.

—Quizá. Tendremos que esperar y ver —dijo su madre.

—Yo creo —dijo Dyna—. Creo que tiene otro poder, pero es demasiado joven y aún no lo ha desarrollado. Todavía no se sabe qué es. —Y le movió el pie a Grant—. Igual que tú, pequeñín.

El grupo, al unísono, giró la cabeza para mirar la puerta.

El padre de Hagen se acercó y dijo:

—Ah… quiero saber exactamente qué provocó eso.

Su madre dijo:

—Hagen, cuéntale lo de Grant y Bria. Yo voy a ver a Brynja.

Simone la detuvo y dijo:

—Sela, tienes que saber que, como hija de una nórdica, ella ha oído hablar mucho de la Reina de Hielo…

—¿De veras? —La sorpresa en el rostro de su madre era como nada que él hubiera visto antes.

—Sí. Y te idolatra. Por eso salió corriendo. Te vio venir y no estaba preparada para conocerte todavía. Venir al castillo con tanta gente, ver el campo de tiro con arco… ha sido demasiado para ella, todo de golpe.

—¡Mamá! —dijo Hagen—. Y anoche estuvo despierta hasta tarde con nosotros en Tiree.

Su madre alzó una ceja, pero él alcanzó a ver el brillo en sus ojos y esa pequeña sonrisa suya.

Simone le tocó el brazo.

—No, deja que tu madre vaya. Es una forma magnífica de que conozca a Brynja, y siendo nórdica, creo que será buena para las dos niñas. Y además… yo diría que todos vamos a ver mucho más a Brynja y a Hildi.

—Es cierto —dijo Dyna, asintiendo con énfasis y mirando a Grant —. Sobre todo a Brynja. Quiero decir… a Bwia.

Hagen se quedó mirando la puerta, aún dubitativo.

—Con Brynja es difícil hablar. Tiene murallas por todas partes para protegerse de todo el mundo.

Dyna le apretó el hombro a su hermano.

—Piensa en el pasado de nuestra madre y compáralo con el de Brynja.

Maldición… su hermana tenía razón.

Capítulo Veinte

Brynja

Brynja se sentó en un taburete junto a la cama donde yacía Hildi y alzó la vista hacia Brenna.

—¿Ya está curada, milady?

—Tú debes de ser Brynja. No, aún no está curada, pero creo que mejorará. Y, por favor, llámame Brenna.

—¿Cómo lo sabe, lady Brenna? —Se frotó las manos con tanta fuerza que tuvo que parar al cabo de unos instantes.

—Te lo mostraré. Así sabrás qué hacer si vuelve a pasar. —Le levantó un párpado a Hildi y lo mantuvo abierto—. ¿Ves la parte central del ojo, la negra?

—Sí.

—Si estuviera realmente mal, esa parte estaría enorme. No lo está. Eso es buena señal. Y aquí tienes otra. Mira cuando le pellizco el brazo. —Brenna pellizcó y Hildi retiró el brazo de golpe—. ¿Lo viste? La gente cuyo cerebro está muy enfermo no siente dolor. Ella sí.

—¿Eso es bueno?

—Sí. Eso es muy bueno. Todavía tiene un buen chichón en la frente, pero parece estar bajando. Cuando se reduzca, creo que despertará. Y tendrá muchísima hambre. De hecho, quizá vaya a buscarle un caldo. ¿Sabes dónde están las cocinas?

Brynja negó con la cabeza.

—Pero puedo encontrarlas.

La puerta se abrió y entró la Reina de Hielo.

Brenna le apoyó la mano en el antebrazo, impidiéndole ir hacia la puerta.

—No, iré yo. Sela se quedará contigo. Sela, ¿ya has conocido a Brynja?

Brenna presentó a las dos, y Brynja se puso de pie, retrocediendo.

Sela dijo:

—Me quedaré con las dos, Brenna. Tú ve. Tenía ganas de conocer a Brynja.

Brenna se marchó. Brynja se quedó de pie, reculando hasta chocar con la pared, las manos pegadas a la piedra. No sabía qué hacer. ¿Sería Sela amable, como Hagen y Dyna? ¿O fría, como su título parecía insinuar?

Sela se sentó y dio unas palmaditas al taburete.

—No muerdo. Siéntate, por favor, Brynja.

Ella hizo lo que la mujer le pidió, sin apartar los ojos de aquel rostro hermoso mientras se acercaba con cautela para tomar asiento junto a Sela.

Sela dijo:

—Simone me dijo que has oído hablar de la Reina de Hielo. ¿Es cierto?

Brynja asintió, tragando saliva.

—Mi mamá hablaba de usted a menudo.

—Sabes que no me entusiasma ese título, pero me gustaría contarte una historia. ¿Te importa?

Brynja negó con la cabeza.

—Yo era muy fría cuando conocí a Connor Grant. ¿Sabes por qué? ¿Eso formaba parte de lo que oíste de tu madre?

Brynja negó, deseosa de oír la respuesta. Escucharía cualquier cosa que esa mujer quisiera decir, sobre todo si era algo que no conocía de la Reina.

—Los hombres malvados me mantuvieron lejos a mi hija, que tenía tres veranos. Amenazaron con hacerle daño si yo no hacía lo que me pedían. Connor me siguió cuando me conoció, y yo temí que mi hija pagara por sus acciones. Pero, por suerte, no fue así. Sin embargo, Connor y yo sí fuimos castigados.

Brynja, desconcertada, no había oído esa parte antes.

—¿Castigados? ¿Los dos?

—Aquellos hombres, que serían unos cincuenta, golpearon a Connor y luego me golpearon a mí, dejándonos a los dos para morir en el bosque. Si no hubiera sido por los amigos de Connor, que salieron a buscarlo, los dos estaríamos muertos. No habría Dyna ni Hagen, ni Morgan, ni Astra. Pero sobrevivimos. Me llevaron al castillo

Grant, y conocí a la madre de Connor, la mujer más bondadosa que he conocido. Maddie Grant me enseñó a amar, a confiar… —Se detuvo para aclararse la garganta; las lágrimas le brillaban en los ojos—. A creer a Connor cuando me dijo que me protegería de los bastardos que mataban por dinero y por diversión.

Brynja, totalmente atrapada, no podía hablar: tenía la extraña sensación de que la vida de Sela se parecía mucho a la suya.

—Verás —continuó, secándose los ojos—, unos hombres mataron a mis padres delante de mí, y luego me tomaron como su juguete. Tuve a mi hija, Claray, pero me obligaron a obedecerlos durante tres años. Hasta que conocí a Connor.

Sela se levantó y caminó por la alcoba; su voz resonó en las paredes.

—¿Y sabes que la madre de Connor, la mujer conocida como Maddie, era la mujer en la que más deseaba convertirme? No era arquera ni reina, pero era una mujer que amaba a los niños y se entregaba a protegerlos. ¿Has oído la historia del día en que mi hija fue salvada del hombre conocido como Hord, el hombre araña?

Brynja negó con la cabeza. Odiaba tanto las arañas que la piel se le erizaba solo con oírlas mencionar.

—Fue uno de los días más gloriosos que he vivido. Yo cabalgaba delante de Connor en su magnífico semental. Tras nosotros venían al menos cien guardias Grant; Maddie cabalgaba con su esposo, Alex. Le había dicho a Alex que no se iría sin mi hija. No podía creer que hiciera lo que nadie más había logrado: sacar a mi niña de las manos de aquellos hombres malvados. Pero nos acercamos al castillo, y salieron unos cincuenta de esos bastardos, todos con espadas, listos para luchar. Alex exigió que le devolvieran a mi hija, y ellos se rieron, diciendo que no tenían ninguna niña pequeña.

Sela soltó una pequeña risa, inclinó la cabeza un instante y luego se irguió sonriendo, con las lágrimas deslizándose ya por sus mejillas.

—¿Sabes qué dijo esa mujer diminuta? Frente a todos aquellos seres crueles y malvados, dijo: «Me traes a esa niña, o haré que mi marido te sujete mientras yo te clavo mi aguja justo en medio del ojo».

Brynja susurró:

—¿De verdad? ¿Dijo eso? ¿Pero por qué iban a temer a una mujer con tantos hombres?

—No fue su tamaño, sino sus palabras y la manera en que las dijo. Habló con una convicción como jamás había oído. Cualquiera que escuchara a Madeline Grant hablar de mi hija sabía que no dudaría en dar la vida por mi niña. Y, necios como eran, fueron testigos del fuego en sus ojos. Yo misma vi esa mirada, y me asustó.

—¿Y solo tenía agujas? ¿Ni espada ni dagas?

—Sí. Amenazó a esos bastardos con dos agujas. Después de oírla, y añado, después de mirar al marido que tenía detrás, un guerrero poderoso dispuesto a hacer lo que su esposa le pidiera, los villanos se cruzaron miradas y luego señalaron a un hombre, que sacó a mi hija. —Sela inclinó la cabeza otra vez y la alzó, limpiándose las lágrimas—. Aquella mujer corrió a por mi niña justo cuando estalló la batalla, espadas y bramidos por todas partes. Pero mi pequeña ya estaba a salvo en los brazos de Maddie, un lugar que se convirtió en uno de sus favoritos. Y te cuento esto por dos razones.

—¿Por qué? —preguntó Brynja, con las manos temblándole.

Sela se acercó y se sentó frente a ella, envolviendo las manos de Brynja entre las suyas.

—Te lo digo para que sepas que el Clan Grant y el Clan Grantham son los lugares más seguros en los que podrías estar. Confía en lo que te digan. Mi esposo, mi hijo, mi hija y yo te protegeremos de esos bastardos.

—¿Y la otra razón?

Sela alzó la mano y apartó los mechones sueltos de su rostro, luego le sostuvo la mejilla.

—Nunca dudes de tu valor como mujer. Aquella mujer dominó a más de un centenar de guerreros y hombres con sus palabras y dos agujas. No necesitas los músculos ni el tamaño de un hombre para ser poderosa. Usa tus palabras, tu mente y la fuerza que llevas dentro. Ese es tu poder, muchacha. —Luego se llevó la mano al pecho—. Y aquí. La fuerza de Maddie Grant estaba en su corazón.

Sela se inclinó hacia delante con una sonrisa y susurró:

—Y nunca olvides tu herencia nórdica.

Brynja se derrumbó en los brazos de Sela y lloró desconsoladamente.

Por su madre, por su tía, por su querida amiga Hildi.

Y por sí misma. Había encontrado a su gente y su lugar.

Capítulo Veintiuno

Hagen

Al día siguiente, Hagen pasó la mayor parte del tiempo patrullando, buscando indicios de los hombres que habían atacado a Hildi y a Brynja. No encontró rastro alguno. Fue a las tierras MacQuarie y habló con Thane, y tampoco vio nada.

Brynja pasó el día al lado de Hildi, pero Hildi aún no había despertado. Brenna le dijo en voz baja que, cuanto más tardara en despertar, peores serían sus posibilidades de recuperarse.

No podía imaginar una vida como la que había vivido Brynja. Había visto morir a su madre y a su tía, había sido secuestrada, escapó a un convento y allí vivió.

Sola, salvo por Hildi.

Oh, había hecho amistades: Sheona, Simone, Magni y Beatris, pero no tenía familia, solo a Hildi.

Una sola prima.

Hagen se sentó junto al hogar, dándole vueltas a ese pensamiento.

Jowell entró y se sentó a su lado.

—¿En qué piensas? Puedo ver el vapor salirte de las orejas.

—En los primos. ¿Cuántos primos crees que tenemos?

Los ojos de Jowell se abrieron mientras se reía.

—Más de los que puedo contar.

—Voy a intentarlo. Tú, Alaric, Paden, Eli, Alick, Eli, Alasdair, Merelda…

—Maryell, Broc, Chrissa, y luego están los Ramsay, a quienes consideramos primos: Ysenda, Errol, Thea, y luego Brin… Podría seguir y seguir. ¿A dónde quieres llegar?

—Brynja solo tiene una: Hildi. Su madre ha muerto, su tía ha muerto, y ya está. Vive en un convento. ¿Qué demonios sería tener solo a una persona en tu familia?

Jowell inclinó la cabeza, pensativo, juntando los dedos delante de él.

—Pregúntale a tu madre cómo fue. ¿No tenía solo a Claray cuando conoció a tu padre?

Hagen frunció el ceño.

—Tienes razón. No lo había pensado. A ella le mataron a los dos padres. ¡Mierda! Qué vida tan terrible.

Jowell lo miró fijamente.

—Vas a tener cuidado con ella, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

Su voz bajó, afilándose.

—No es un premio que ganar, Hagen. No es un reto ni una distracción. Es una mujer a la que han roto y que se ha recompuesto con saliva y rabia. Y se merece a alguien que vea eso. Que entienda lo que le costó volver a confiar en alguien. No juegues con sus sentimientos.

Hagen se obligó a respirar. A pensar antes de responder. Porque Jowell no estaba equivocado al ser protector. Si acaso, Hagen lo respetó más por ello.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. Empiezo a entender por qué el abuelo era conocido por proteger a las mujeres.

—Totalmente cierto. Y ahora que eso está claro, me voy a la cama. Paden ya está allí. —Los tres compartían una alcoba con tres camas, ya que había mucha gente viviendo o de visita en Duart en ese momento.

—Voy a ver a Brynja y luego subiré.

Hagen se dirigió a la alcoba de sanación, abriendo la puerta despacio por si ocurría algo que requiriera privacidad, aunque había visto a Brenna marcharse antes.

—¿Brynja?

Ella estaba sentada junto a Hildi, con la expresión más triste que había visto jamás en un rostro: una mirada de soledad y derrota.

—Brynja, ¿puedo pasar?

—Sí, por favor.

—¿Cómo está? —preguntó, entrando y cerrando la puerta tras él.

—No hay cambios. Sigue durmiendo.

—Probablemente dormirá toda la noche, ¿no crees?

La mirada de Brynja fue hacia su amiga, y alargó la mano para apartarle unos mechones rebeldes del rostro.

—Supongo que sí.

—¿Darías un paseo corto conmigo? Quisiera enseñarte algo.

Suspiró y se levantó.

—Me vendrá bien estirar las piernas.

Él le sostuvo la puerta y salieron al Gran Salón.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A un lugar especial que quiero compartir contigo —señaló la escalera.

Ella frunció el ceño.

—No a tu alcoba. Tus primos están allí.

—No —rio—. Mi padre me mataría antes y luego mi madre. A las almenas. Son espectaculares aquí, por el Estrecho de Mull. —La condujo por la primera escalera y luego por el pasillo hasta una puerta al final—. ¿Puedo coger tu mano? Es una escalera oscura.

Ella asintió, así que él cogió su mano y la guió escaleras arriba, empujando la pesada puerta y sosteniéndola para ella. Una brisa ligera lo recibió de inmediato y sonrió.

—Este lugar te hace feliz —dijo ella.

—El olor del mar. Es muy distinto a nuestro castillo en las Highlands. Por eso nos quedamos. Hay algo en el agua. —La condujo por las almenas hasta que se asomaron al Estrecho de Mull.

—Hace frío. Debería haber traído mi manto.

—Si me lo permites, te colocaré delante de mí y así estarás protegida del viento.

Para su sorpresa, ella aceptó y se situó frente a él. Él la rodeó con los brazos, procurando no apretarla demasiado. No quería asustarla.

—Te contaré una historia. A mi abuelo siempre le encantaron las almenas. Era donde pasaba gran parte de su tiempo libre. Pero también subía aquí cuando tenía que decidir planes de batalla o quién estaría al mando de ciertas cosas. Le gustaban tanto que fue una de las últimas cosas que hizo antes de morir. Mi padre lo subía en brazos a las almenas, donde tenían una silla para él. Le encantaba el viento en el cabello, pero su parte favorita era la vista.

Juraba que podía ver hasta el borde mismo de la tierra de los escoceses, aunque lo dudo.

Ella recorrió la extensión de un lado a otro, una visión que jamás había visto.

—Es hermoso. Nunca he visto nada igual, Hagen. Gracias por traerme aquí. Cuéntame más de tu abuelo. ¿Cómo conoció a tu abuela?

—Estaba de patrulla, algo que le encantaba hacer. Siempre quería saber quiénes eran sus vecinos. Estaba a cierta distancia con uno de mis tíos cuando se detuvo en una casa señorial, pero el dueño no fue amable. Entraron, decidieron pasar la noche, y él dice que se sintió impulsado a abrir puertas en mitad de la noche. Dice que se topó con la mujer más hermosa que había visto jamás en una alcoba, profundamente dormida, y supo que nunca podría dejarla.

—¿Por qué no? Estaba dormida.

—Había sido golpeada brutalmente. Se marchó porque su doncella lo echó a escobazos, pero no pudo dejarla. A él y a su hermano los expulsó el dueño, pero volvieron a colarse más tarde y lo sorprendieron azotándola, así que se la llevó.

—¿Y se casaron de inmediato? —preguntó ella.

Hagen rio.

—No. Ella no confiaba en él, ni en ningún hombre. Era callada, reservada y temía a los hombres. El abuelo decía que tardó una eternidad en convencerla de que nunca le haría daño.

—Y tu padre encontró a Sela, también retenida contra su voluntad. Y se casaron.

—Eso también le llevó tiempo. Ella se quedó en una abadía porque no creía merecer casarse con Connor Grant. Pero él la convenció.

—Ahora es tan feliz.

—Oh, nada hace más feliz a mi madre que los nietos. No deja de insinuarme a Astra y a mí que necesita más. Morgan aún es demasiado joven.

—¿Cuántos veranos tienes?

—Veintidós. ¿Y tú?

—Dieciocho. Suficiente para dejar el convento, pero no tengo adónde ir. —Miró el paisaje y preguntó—. ¿Has estado en todos esos lugares de ahí fuera, Hagen Grant?

—No. He visitado muchos, pero no todos. ¿Y tú?

Ella sonrió.

—Ninguno. Es mi primera vez en Mull. Solo he estado en Tiree e Iona.

Él se apartó un poco y la giró para mirarla. Cogiéndole el rostro entre las manos, dijo:

—Brynja, te llevaré adonde quieras ir. Pero ¿puedo besarte antes?

Ella sonrió y asintió.

Sus labios se unieron a los de ella, despacio y con cautela al principio, sin querer asustarla. Para él estaba claro que no había estado antes con un hombre. Todo en ella era vacilación. Su lengua rozó la de ella y ella se abrió, dándole acceso al dulce refugio interior. Él la provocó y tentó hasta que la curiosidad pudo más que ella, midiéndose con él hasta que jadeaba con una necesidad que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Una necesidad de conocerla más, de saborearla, de hacerla suya.

Ella lo sorprendió al inclinarse hacia él, encajando sus curvas contra su cuerpo como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello y él profundizó el beso, gruñendo con una necesidad tan feroz que temió lo que pudiera hacer.

Puso fin al beso y ella susurró:

—Has vuelto a gruñir.

Él rio y besó su frente.

—Toda tu culpa, muchacha. Me inspiras.

Se abrió una puerta a la vuelta de la esquina y él se apartó lo suficiente para ver a su primo. Paden sostenía la puerta abierta y dijo:

—Hildi ha despertado. La tía Brenna me ha despertado a mí.

Brynja lanzó un chillido y bajó corriendo la escalera, con Hagen justo detrás.

—¡Gracias, Paden! Vuelve a la cama.
Brenna ya los esperaba al pie de la escalera.
Cómo rezó para que su prima estuviera curada.

Capítulo Veintidós

Brynja

Brynja irrumpió por la puerta de la alcoba de sanación.

—¿Hildi?

Brenna hizo un gesto con la mano para que bajara la voz o se calmara, o algo así. ¿No estaba despierta? ¿Qué significaba eso?

Hagen entró tras ella, con la mano apoyada en la suave curva de su espalda, animándola a avanzar.

—¿Está despierta? —susurró ella.

—¿Brynja? —la llamó una voz áspera.

Brenna asintió y señaló un taburete, así que Brynja se sentó, cogiendo la mano de Hildi.

—Hildi, ¿cómo te sientes?

—¿Dónde estamos, Brynja? ¿Y quién es esta amable señora?

—Es una sanadora. Estamos en el castillo Duart. Simone pensó que debías venir a ver a Brenna porque es una de las mejores, y yo tenía tanto miedo de que no despertaras nunca. ¿Estás bien?

Hildi gimió y cerró los ojos.

—La cabeza. —Se llevó la mano a un lado del rostro—. Me duele.

Brenna dijo:

—Recibiste un golpe terrible en la cabeza, Hildi. Te dolerá un tiempo, pero se pasará. Puedo darte algo para aliviar el dolor.

Brynja preguntó:

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—Solo algo de beber. Me duele demasiado la garganta para comer.

—Tengo un caldo caliente para ella. Le ayudará a la garganta. A ver si puedes hacer que lo beba, Brynja.

—No puedo levantar la cabeza —dijo Hildi.

—Aquí, te ayudo. —Brynja puso la mano detrás de su cuello y la ayudó a incorporarse, acercándole luego la taza a los labios. Hildi dio dos sorbos antes de que la cabeza volviera a caer.

—Por favor, ¿harás que se me pase este dolor de cabeza?

Brenna dijo:

—Te daré la pócima, pero te dejará muy, muy somnolienta.

—Bien, porque estoy cansada.

Brenna se marchó y Hildi susurró a su amiga:

—¿Dónde estamos? ¿Y quién es ella?

—Ya te lo he dicho… —La mano de Hagen se posó en el hombro de Brynja, indicándole que no la corrigiera. Ella alzó la vista hacia él y él negó con la cabeza.

Brenna regresó y dijo:

—Le daré la pócima. —Le dio a Hildi la mezcla que había preparado—. Esto debería aliviar el dolor de cabeza. ¿Te duele algo más?

Hildi tragó y dijo:

—No, solo la cabeza. Es terrible. —Luego se giró de lado y cerró los ojos.

Brynja no podía creer que su amiga se hubiera apartado de ella. Miró a Brenna en busca de ayuda, pero la sanadora le hizo señas hacia la puerta, con Hagen siguiéndolas. Rodeó con un brazo los hombros de Brynja.

—No te preocupes por nada de lo que haya hecho. Ha estado dormida varios días. Tiene que ponerse al día con todo, y su cuerpo aún se está curando. Las mejores señales que esperaba eran que despertara, te reconociera y pidiera algo de beber, y ha hecho las tres cosas. Estará bien, Brynja. Solo tienes que darle tiempo. Tardará un poco en sanar.

—Gracias, lady Brenna. Creo que me iré a la cama. —Brenna asintió a Hagen, que la acompañó fuera.

Cuando se quedaron solos en el salón, Brynja miró a Hagen y dijo:

—Me había olvidado, pero oí a esos hombres hablar de hombres Grant. Supongo que debería decírselo a Connor, ¿no?

—Sí, se lo diremos a primera hora de la mañana.

—Tendré que esforzarme por recordar sus palabras. Estaba tan preocupada por Hildi que se me borró por completo de la mente.

—Concéntrate en dormir un poco. Mañana lo recordarás, y hablaremos con mi padre.

Ella asintió y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Solo hay una cosa que deseo hacer ahora.

—Dímelo y te ayudaré, muchacha.

—Quiero matar al bastardo que le hizo eso a Hildi. Quiero venganza contra él y contra los hombres que mataron a nuestras madres. ¿Me ayudarás?

—Lo haré, pero tienes que prometerme que no irás sola.

No estaba segura de poder prometerlo, pero asintió aceptando.

De una forma u otra, esos hombres estaban muertos.

Y ella vestiría la armadura de su madre.

Capítulo Veintitrés

Brynja

A la mañana siguiente, Brynja estaba en el borde del patio de entrenamiento, observando a Hagen trabajar con una yegua castaña. El caballo era joven, aún estaba aprendiendo y, claramente, estaba poniendo a prueba los límites de la paciencia de su cuidador. Hagen murmuró algo demasiado bajo para que Brynja pudiera oírlo, y las orejas de la yegua se giraron hacia él, pasando de una postura desafiante a otra curiosa.

—Confía en ti —dijo Brynja.

Hagen miró por encima del hombro, con una sonrisa asomando en la comisura de los labios.

—Aún no. Pero estamos llegando a ello. —Pasó una mano por el cuello de la yegua—. ¿Quieres probar?

Brynja dudó. Sabía montar; las monjas mantenían algunos ponis para los viajes al convento, pero eran animales tranquilos y ancianos, conformes con avanzar despacio por la costa. Aquella yegua era distinta. Joven. Poderosa. Una montura de guerrero.

—No se me dará muy bien.

—Entonces aprenderás. —Hagen acercó la yegua, con las riendas flojas en la mano—. Además, si vas a quedarte en las tierras de los Grant, necesitas una montura adecuada. No podemos permitir que te quedes a pie cuando haya problemas.

La lógica del argumento le resultó convincente. No había tenido ocasión de destacar montando a caballo ni en el convento ni en Tiree. Aprender a montar bien significaba una habilidad más, una forma más de controlar su propio destino.

—De acuerdo.

La sonrisa de Hagen se ensanchó.

—Bien. Primero tienes que entenderla. —Le entregó las riendas a Brynja—. ¿Qué notas?

Brynja estudió a la yegua.

—Las orejas no paran de moverse. Está escuchando.

—Sí. Está atenta a todo: a ti, a mí, a ese chico junto al establo, al viento entre los árboles. Los caballos son animales de presa. Siempre están alerta ante el peligro.

Algo se tensó en su pecho. Entendía perfectamente eso. Estar siempre alerta, nunca del todo tranquila.

—¿Y cómo consigues que confíe en ti?

Hagen se acercó más, lo suficiente como para que ella sintiera el calor de su cuerpo a su espalda.

—Le demuestras que no eres una amenaza. Que estás calmada. Que percibes lo que necesita. —Su mano cubrió la de ella en las riendas, ajustándole el agarre—. Demasiado fuerte y pensará que tienes miedo. Demasiado flojo y creerá que no prestas atención. Así.

Sus dedos estaban cálidos contra los de ella, curtidos por el manejo de la espada. A Brynja se le cortó la respiración. Se obligó a concentrarse en la yegua, no en cómo la voz de Hagen había bajado, volviéndose más íntima.

—Ahora acaricia su cuello. Deja que aprenda tu olor, tu contacto.

Brynja alargó la mano libre. El pelaje de la yegua estaba cálido y suave, los músculos moviéndose bajo la piel.

—Es preciosa.

—Sí. —La voz de Hagen tenía un matiz extraño. Cuando Brynja miró atrás, no estaba mirando al caballo.

Le ardieron las mejillas y volvió la atención a la yegua con determinación.

—¿Cómo se llama?

—Aún no tiene nombre. Es demasiado nueva. Mi padre acaba de traer algunas más desde Oban. No les gusta el barco, así que intento tranquilizarla, que se acostumbre a su nuevo mundo. —Hagen dio un paso atrás, dándole espacio—. Podrías ponerle nombre, si quieres.

—¿Yo?

—¿Por qué no? Tú serás quien la monte.

La certeza casual en su voz —que ella se quedaría, que necesitaría un caballo propio— debería haberla irritado. En cambio, le pareció un regalo. Como si le ofreciera una oportunidad que nunca se había atrevido a imaginar.

—Freya —dijo Brynja en voz baja—. Freya es una diosa en la lengua de mi madre. Tiene un porte regio cuando la luz se refleja en su pelaje.

—Freya. —Hagen probó la palabra; su acento la hacía sonar distinta, pero no menos hermosa—. Le queda bien.

Las orejas de la yegua se giraron hacia Brynja al oír su nuevo nombre, como si lo aprobara.

—Ahora —dijo Hagen, volviendo a ponerse serio—, vamos a subirte a la silla. Ven aquí.

Condujo a Freya hasta el bloque de montar. Brynja subió, de pronto consciente de lo alta que parecía la espalda del caballo desde ese ángulo.

—Pon el pie en el estribo. Sí, eso es. Ahora pasa la otra pierna. Te tengo.

Sus manos la estabilizaron mientras montaba, una en la cintura y otra en el codo. El contacto fue breve pero seguro, y entonces ya estaba sentada, mirándolo desde una altura desconocida.

—¿Qué tal se siente? —preguntó él.

—Extraño, porque estoy muy lejos del suelo. Poderosa. —Freya se movió bajo ella y Brynja apretó las riendas.

—Tranquila. —La mano de Hagen volvió a cubrir la suya, aflojándole el agarre—. Recuerda, ella siente todo lo que tú haces. Si estás tensa, ella lo estará. Respira.

Brynja inhaló despacio y luego soltó el aire. Las orejas de Freya se movieron hacia atrás, escuchándola.

—Mejor —dijo Hagen—. Ahora caminaremos. Solo alrededor del patio al principio. Presiona con las piernas, con suavidad, y avanzará.

Brynja hizo lo que le indicó. Freya empezó a caminar con paso fácil, Hagen acompañándolas al lado, con una mano apoyada ligeramente en el hombro de la yegua.

—Bien. Mantén la espalda recta, los hombros relajados. Lo estás haciendo muy bien.

Dieron vueltas por el patio y, con cada giro, Brynja se sentía más segura, más en sintonía con los movimientos de la yegua. Era como

aprender un nuevo idioma: señales sutiles y respuestas, una conversación sin palabras.

—¿Quieres probar el trote? —preguntó Hagen tras varias vueltas.

Brynja asintió, con los nervios iniciales sustituidos por algo cercano a la emoción.

—Presiona un poco más con las piernas. Acelerará. Y tendrás que acompasar el movimiento, subir y bajar con su ritmo. Requiere práctica, así que no te preocupes si al principio te resulta torpe.

Brynja presionó con las piernas. El paso de Freya pasó a un trote irregular y Brynja empezó a rebotar incómodamente en la silla.

—Intenta encontrar su ritmo —la animó Hagen, corriendo a su lado—. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Eso es, casi lo tienes.

Tras una vuelta completa más, Brynja encontró el compás y, de pronto, todo encajó. Subía y bajaba con el paso de Freya, el rebote convirtiéndose en algo casi elegante.

—¡Eso es! —La sonrisa de Hagen era contagiosa—. Ahora la controlas tú sola.

Una carcajada brotó del pecho de Brynja, sorprendiéndola por su ligereza. ¿Cuándo había sido la última vez que había reído así? No la risa amarga y colérica a la que se había acostumbrado, sino una alegría genuina. Aquello era distinto de montar un poni o de montar con Hagen. Era una relación entre ella y Freya.

Tras algunas vueltas más, Hagen le indicó que redujera la marcha. Freya avanzó al paso y luego se detuvo. El corazón de Brynja latía con fuerza, las mejillas encendidas por el esfuerzo y el placer.

—Muy bien —dijo Hagen, alargando la mano para ayudarla a desmontar.

Sus manos abarcaron su cintura mientras ella pasaba la pierna y se deslizaba hacia abajo. Por un instante quedó apoyada contra él, lo bastante cerca como para ver las motas plateadas en sus ojos azules, lo bastante cerca como para sentir su aliento en la frente.

Ninguno se movió.

Entonces Freya empujó el hombro de Hagen con el hocico, rompiendo el momento. Él dio un paso atrás, retirando las manos,

con un leve rubor subiéndole a las mejillas.

—Ahora viene la parte importante —dijo, con la voz un poco áspera—. El cuidado del caballo. Ven conmigo.

Condujo a Freya hacia el establo, con Brynja siguiéndolo. El interior era oscuro y fresco, con olor a heno y cuero y al aroma cálido y polvoriento de los caballos. Hagen llevó a Freya a uno de los pesebres del fondo y comenzó a quitarle la silla.

—Cuida siempre de tu caballo antes que de ti —dijo—. Te ha dado su fuerza y su confianza. Le debes cuidados a cambio.

Trabajaron juntos, Hagen mostrándole cómo cepillar a Freya, revisar sus patas en busca de calor o hinchazón, darle agua fresca y grano. El movimiento repetitivo era calmante, casi meditativo. Freya permanecía tranquila, con los ojos medio cerrados, satisfecha.

—Mi abuelo solía decir —comentó Hagen al cabo de un rato— que se puede conocer el carácter de un hombre por cómo trata a su caballo.

—¿Y eso qué dice de ti?

Él levantó la vista, encontrándose con la suya al otro lado del lomo de Freya.

—Espero que diga que soy alguien digno de confianza.

El peso de esas palabras se posó entre ambos. No hablaba solo de caballos, y los dos lo sabían.

—Lo eres —dijo Brynja en voz baja—. Digno de confianza.

Algo cambió en su expresión, quizá alivio, quizá esperanza. Alargó la mano por encima del lomo de Freya y encontró la de ella sobre la cruz, su pulgar rozándole los nudillos en un gesto que podría haber sido accidental, pero no lo fue.

Entonces ocurrió algo extraño. Un calor la inundó, distinto a todo lo anterior. Había sentido reacciones parecidas ante la cercanía de Hagen, su contacto, pero aquello era casi de otro mundo.

—¿Hagen? —susurró, mirándolo al rostro para ver si él también lo había notado.

Él tragó saliva, con la mirada siguiendo su mano cuando volvió a tocar la de ella. En cuanto se rozaron, sucedió lo mismo.

Calor, ardor, algo que pasó de su mano a la de ella en un instante, un destello de luz iluminando el pequeño espacio.

—¿Has sentido eso? —preguntó él.

Ella asintió, temerosa de hablar.

—Yo también lo vi. Igual que la primera vez.

Lo hizo de nuevo, esta vez aferrándole la mano y sosteniéndola, y una intensidad los atravesó a ambos, obligándolos a dar un paso atrás, rompiendo el vínculo.

—Hagen, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé. —Su mirada permaneció fija en la de ella mientras volvía a alargar la mano, pero esta vez no ocurrió nada—. Nunca he sentido algo así.

Esta vez fue un simple roce. Hagen se encogió de hombros.

—Debe de haber algo raro en el aire. Tal vez se acerque una tormenta.

Ella aceptó la explicación porque no tenía ninguna otra para aquella rareza.

Terminaron de atender a Freya en un silencio cómodo y luego salieron al sol de la tarde. Los músculos de Brynja le dolían agradablemente por la monta, y sus manos olían a caballo y a cuero. Se sentía… asentada. Presente en su cuerpo de una forma que no había sentido desde antes de aquel terrible día en Tiree.

—Muchas gracias —dijo mientras regresaban hacia la torre—. Por la lección. Por… —Hizo un gesto vago, incapaz de expresar todo lo que había significado la tarde.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por tratarme como si fuera capaz. Como si fuera algo más que… —dejó la frase en el aire.

—¿Algo más que qué?

—Una muchacha rota —dijo en voz baja.

Hagen se detuvo. Dio un paso hacia ella, con expresión seria.

—Brynja. No estás rota. Eres una superviviente. Hay una diferencia.

—No siempre se siente así.

—Lo sé. —Su mano se alzó, dudando cerca de su rostro, y luego volvió a caer a su costado, como si se hubiera arrepentido del gesto —. Pero yo te veo tal como eres, Brynja. No tu pasado. No tus cicatrices. No tus pérdidas. A ti. Y lo que veo es a alguien fuerte.

Alguien valiente. Alguien que monta por primera vez a un caballo desconocido y se ríe.

A ella se le cerró la garganta con una emoción inesperada.

—Hacía mucho que no reía así.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no pase tanto tiempo antes de la próxima vez. —Su sonrisa era suave—. Mañana trabajaremos el galope. Y luego, si te parece bien, sacaremos a Freya por los senderos. Hay un camino junto a la costa que está precioso en esta época del año.

—Eso me gustaría —dijo Brynja. Y lo decía de verdad.

Caminaron juntos de vuelta a la torre mientras el sol comenzaba a descender hacia el mar del oeste. El cuerpo de Brynja le dolía en lugares desconocidos, pero su corazón se sentía más ligero de lo que recordaba desde hacía mucho tiempo.

Quizá la confianza no era algo que se concedía de golpe. Quizá era algo que se aprendía, como montar a caballo: paso a paso, con cuidado, hasta que de pronto te encontrabas avanzando con seguridad.

Y quizá Hagen Grant era exactamente el maestro que necesitaba.

Capítulo Veinticuatro

Magni

Magni estaba de pie frente a su cabaña, observando otra vez a su hermano pequeño, pero esta vez estaba frustrado.

—Tenney, deja de ir a ese montón de estiércol de caballo. Te dije que lo dejaras en paz.

El niño estaba fascinado por aquel bulto que parecía tierra, pero Magni sabía, por el olor, que lo había dejado el caballo de Simone cuando había llegado hacía poco. Ella estaba dentro charlando con su madre y con Lia en ese momento, pero él bien podría necesitar ayuda con el muchacho.

—Tenney, huele mal. No puedes jugar con eso.

Tenney rio y soltó una carcajada, pero salió corriendo de Magni como si todo fuera un juego. Al final, a Magni se le ocurrió algo.

—Ya te arreglaré yo.

Lo persiguió, lo atrapó como si fuera un saco de verduras y lo llevó hasta el caballo. Magni subió a la piedra de montar y luego colocó al niño sobre el semental de Simone, que estaba ocupado masticando hierba.

Tenney cayó sobre la silla, y el caballo alzó la cabeza para mirar a Magni, que le dio una palmada.

—Solo quiere dar una vueltecita. Simone volverá pronto.

El animal lo ignoró y volvió a su tentempié.

Tenney, mientras tanto, estaba pasando el mejor rato de su vida. Sentado en la silla, se sujetaba al frente para mantener el equilibrio y rebotaba arriba y abajo como si de verdad estuviera cabalgando por la playa. Reía, chillaba y armaba tal alboroto que hizo sonreír a Magni.

—Ojalá pudiera olvidarlo todo y volver a divertirme —suspiró, pensando en todos los miedos a los que todavía se aferraba, los mismos que su madre le decía que tenía que dejar atrás.

Miedo al secuestro, a las habitaciones malolientes y a los sótanos, a los hombres crueles que te golpeaban sin motivo. A los

barcos viejos que podían llevarte a una tierra desconocida y dejarte completamente solo.

A los barcos que podían dejarte en la orilla de Mull, donde corrías con la esperanza de encontrar a alguien. Y lo había hecho. A su hermana, que no era su hermana de sangre, pero lo amaba y lo protegía. Lia.

Pero luego los hombres crueles podían dejarlo en otro lugar, donde no conocía a nadie. Ojalá Thane viviera allí con él, porque lo protegería cuando Lia no estuviera. Y Connor Grant también podría vivir allí, porque era el hombre más grande que había visto nunca. Y cuando blandía su espada, Magni se asustaba.

Pero Broc y Alaric también daban miedo. Sus espadas eran más grandes que la de Thane. Y la esposa de Lennox, Meg, también podría vivir allí. Ella lo protegió una vez con un hacha. Golpeó a un hombre justo en la frente y él cayó al suelo y ya no se movió.

Tal vez podría convencer a su abuelo para que se mudara allí. Logan no era realmente su abuelo, pero lo había adoptado. ¿Podría convencerlo de vivir allí una luna? Y luego Thane la siguiente luna. Y después Lennox y Meg. Y luego Connor. Y luego Alasdair y John. Ellos tenían aquella gran espada azul.

Y luego estaban los arqueros. Simone ya vivía allí, así que necesitaba otro. ¿Vendría Eli a quedarse una luna con Alaric? ¿O Gwyneth con Logan para protegerlo? ¿O Dyna? Sí. Dyna podría venir con Tora, Sylvi y Sandor, y ellos le dirían si venía gente mala. Todos eran videntes. O Dyna lo era, y Tora también. Y quizá Sylvi. Pero Sandor podía hablar con los muertos. ¿O solo con algunos muertos?

—Magni —llamó su madre—. ¿Podrías llevarme la bolsa, por favor?

Magni bajó a Tenney del caballo y lo llevó hasta su madre.

—¿Dónde quieres la bolsa, mamá?

—En el bote, por favor.

Cuando estaba a punto de obedecer, algo lo detuvo. Miró la bolsa y luego a su madre.

—¿Adónde vas, mamá?

—He decidido ir a quedarme con Thane por un tiempo. Y tu padre me ayudará a llegar. ¿Quieres venir conmigo?

Dio dos pasos atrás. Negó con la cabeza antes siquiera de gritar su respuesta.

—¡No! No me voy de aquí nunca. Y tú no puedes dejarme otra vez.

Simone salió detrás de su madre y dijo:

—Vamos, Magni. Oí eso. Sabes que Thane te protegerá. Tu madre lo está pasando muy mal con la espalda, y creo que si durmiera en una buena cama por la noche se curaría. Y no tendría tantas tareas en el castillo MacQuarie. Aquí ayuda con todos los niños y eso la está agotando. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—¿A tierras MacQuarie? No, nunca. Me quedo aquí. Mamá, no puedes irte. Por favor.

Su madre se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Magni, quiero que vengas con nosotros. No te estoy abandonando. Perteneces conmigo, así que ven, por favor. Tu padre me llevará, pero volverá.

—Pero no puedes dejarme.

—Hijo, si no curo mi espalda, no podré caminar mucho tiempo más. Brenna me dio algo para ponerme todos los días, pero tengo que averiguar exactamente qué me pasa. Ven conmigo.

—No.

Se detuvo a pensar un momento. No quería que su madre dejara de caminar. Necesitaba curarse. Tal vez en uno o dos días podría volver, y mientras su padre regresara, podría estar bien.

—¿Volverás cuando estés mejor?

—Si eso deseas, lo haré. Pero papá viene conmigo. Volverá por ti si insistes en quedarte aquí.

Quería llorar, pero ya era demasiado grande para eso.

—Quiero que vuelvas en cuanto estés mejor.

—De acuerdo. Si eso te tranquiliza, lo haré.

—Y papá.

—Está bien. Haré que vuelva contigo en cuanto yo esté instalada.

—Lia se quedará conmigo. —Miró alrededor porque no la había visto en un rato—. ¿Lia?

Lia salió de la casa y caminó directamente hacia él.

—Magni, me voy con tu mamá. Nos necesita.

—No, tú tampoco puedes irte, Lia. Eres mi hermana.

—Lo sé, pero hay algo que debo hacer en la isla. Prometo volver.

Magni sintió que su mundo se desmoronaba. Miró por encima del hombro, por si alguien lo estaba esperando. O quizá alguien se escondía entre los árboles esperando que todos se fueran. ¿O había un bote acercándose? ¿Uno con diez hombres que lo cogerían a él y a Tenney y se los llevarían?

Lia se acercó y cogió sus manos entre las suyas.

—Magni, no dejaré que nadie te haga daño. Te dije que te protegería. Pero si te sientes tan incómodo aquí, ven con nosotros. A Thane y a Tamsin les encantará verte, y también a Mora y a Brian.

Las lágrimas le inundaron las mejillas y no pudo detenerlas, así que abrazó a Lia, esperando que nadie viera su llanto. No era un bebé, no sabía por qué lloraba.

—Por favor, no te vayas, Lia.

Simone salió y cogió a Magni de la mano.

—Despídete de tu mamá. Tu padre la va a llevar y volverá. Tenemos que llevarla a salvo con Thane. Luego Artan y yo regresaremos. Tu padre probablemente volverá en uno o dos días, cuando tu madre esté instalada. Lia tiene otros lugares a los que debe ir.

—Pero lo prometiste, Lia.

—Prometí que siempre te protegería, Magni, y cumpliré esa promesa.

—Pero antes no lo hiciste. Me robaron.

—Y te salvaron cada vez.

—Pero no quiero que vuelva a pasar nunca. No me gusta que me roben.

Simone hizo una seña para que su madre y su padre se acercaran al bote.

—Magni, ven a sentarte conmigo un momento.

—Está bien. ¿Te quedarás conmigo, Simone?

—No, pero volveré pronto. Seguiré viviendo en nuestra cabaña y vendré todos los días mientras Lia no esté. Te lo prometo.

—¿Pero por qué todos me dejan? ¿Ya no me quieren?

Cuatro voces respondieron al unísono:

—¡Claro que te queremos!

Sus lágrimas se transformaron en sollozos que no podía controlar. Sus pesadillas empeoraban, y odiaba despertarse en mitad de la noche asustado, pero entonces se metía en la cama con su madre y todo estaba bien.

Ahora no podría hacerlo.

—Magni, la espalda de tu madre le duele muchísimo. Brenna vino a verla y dijo que si no encontraba un mejor lugar para dormir, quizá no podría caminar en unas lunas. No querrías que eso pasara, ¿verdad? Tu madre no podría abrazarte desde la cama si tuviera que estar tumbada todo el tiempo.

—No —dijo con un sollozo—, no quiero que mamá esté tan mal. Pero ¿por qué no puede curarse aquí?

—Porque necesita una cama firme como la de Thane. Va a ir allí por un tiempo. Y no tienes que estar solo. Puedes irte con ellos ahora mismo. Tú y Tenney podéis subir al bote.

—Pero Tenney tampoco quiere irse.

Simone arqueó una ceja.

—¿Ah, no? ¿Estás seguro?

Magni soltó un gran suspiro.

—No, pero yo no quiero irme, y no quiero que Tenney se vaya. Tengo demasiado miedo. Dios está aquí, en Iona.

Lia se inclinó y besó su mejilla.

—Dios está en todas partes, niño. Ya te lo he dicho antes, pero prometo volver. Cuida de Tenney. Tenemos que irnos ahora.

Simone le dio un fuerte abrazo.

—Artan y yo volveremos antes de que anochezca. Te lo prometo.

—¿Te quedarás aquí conmigo?

Su padre gritó:

—¡Volveré mañana, hijo! Beatris, Geva y Emma están aquí también, Magni. Henry volverá pronto.

—¿Os gustaría a ti y Tenney dormir esta noche en nuestra cabaña? —preguntó Simone.

—Está bien.

Simone se despidió con la mano y se dirigió al bote.

El mayor miedo de Magni se había hecho realidad.
Estaba completamente solo.

Capítulo Veinticinco

Drew

Drew Menzie se dirigió a la taberna. Era tarde por la noche y la pobre Lina había sufrido otro de sus terribles dolores de cabeza.

Del tipo que le decía que algo malo estaba a punto de suceder.

Lo único que se le ocurrió fue salir de los muros del castillo Duart y averiguar qué más estaba ocurriendo en la isla de Mull.

Porque algo se estaba gestando, sin duda. Todos podían sentirlo.

Connor iría a ver a los MacVey y a los Rankin. Dyna iría a ver a los MacQuarie y a los MacLean. Pero Drew sabía cuál era el mejor lugar para obtener información del trasfondo del mundo: la taberna local.

Entró en la taberna de Craignure, sin sorprenderse de verla casi llena. Tomó un asiento vacío en la barra, pidió una bebida y lanzó una moneda al hombre mientras iba construyendo su historia en la mente.

—¿De dónde eres? —preguntó el hombre detrás de la barra.

—Acabo de cruzar en el ferry esta noche. Oí que había alguien pagando buen dinero por guerreros. ¿Sabes a quién podría ver por eso?

—Puede que sí —dijo, asintiendo hacia un hombre apoyado en la pared.

Drew se quedó donde estaba, esperando a ver si el hombre se acercaba. Tenía el pelo castaño desaliñado y una barba que parecía reciente. No era alto, pero tenía los hombros anchos y llevaba una espada corta envainada.

Y caminaba con un pavoneo que intentaba impresionar a todo el mundo.

No impresionó a Drew.

Cuando por fin se acercó, Drew le contó la misma historia.

—¿Eres tú el que está contratando?

—Sí, pero todavía no te necesitamos. En una semana, más o menos. Estamos reuniendo fuerzas ahora.

—¿Contra quién?

—No necesitas saberlo. Solo tienes que presentarte y luchar. Trae una buena espada.

—¿Dónde?

—Aún no lo sé. Puedes volver aquí en dos días y te diré dónde reunirnos.

—Me parece bien. Me encanta una buena batalla —dijo Drew. Notó que el hombre tenía una cicatriz en la mejilla derecha, no reciente. También tenía arañazos recientes, como si hubiera caído en un matorral de ortigas—. ¿Cómo te llamas? Para saber a quién preguntar.

—No necesitas saberlo. Pregunta al tabernero por la fuerza. Él sabrá.

Drew dio un trago a su ale, esperando que dijera algo más. El hombre no se movió, bebiendo también. Al final, el hombre de la cicatriz preguntó:

—¿Sabes mucho de los Grant?

—No mucho. Un poco.

—¿Cuántos guardias hay en Duart? ¿Y cuántos Grant luchadores?

Drew se encogió de hombros.

—Oí a alguien en el ferry decir que era un Grant. Se estaba jactando delante de todos de la fuerza que tenían. Y que había algunos Grant aquí.

—¿Los hijos de Alex están aquí?

—Solo uno. Quizá algunos nietos.

—¿Cuántos en total?

—Dijo que tenían cuatro decenas, y que otras dos decenas llegarían en una semana. No sé si decía la verdad o solo presumía. No conocía al hombre.

El hombre se dio la vuelta para marcharse, pero el tabernero dijo:

—Tienes que pagar, Sholto.

Drew ocultó su sonrisa. Ahora ya sabía el nombre del hombre y, cuando este se alejó, reparó en algo más.

Sholto caminaba cojeando, y cuando se detenía se llevaba la mano al muslo.

Probablemente se frotaba el mismo lugar donde Brynja le había clavado la daga.

Capítulo Veintiséis

Connor

Al día siguiente, Connor estaba sentado en la sala privada junto a Drew, Alaric y Maitland. Drew había compartido lo que había averiguado en la taberna la noche anterior. Parecía que estaban a punto de ser atacados de nuevo. Pero, ¿por qué?

—Necesito saber qué buscan —dijo Connor—. ¿Te dio alguna pista sobre eso, Drew?

—No, nada. Solo que ocurrirá dentro de una semana.

Un golpe en la puerta los interrumpió. Connor dijo:

—Adelante.

Hagen entró, con alguien detrás a quien Connor no alcanzaba a ver.

—¿Qué ocurre, Hagen? Estamos ocupados.

—Brynja tiene información para ti. Oyó hablar a los dos hombres cuando estaban en el bote.

Connor asintió.

—Por favor, acompáñala a pasar.

Hagen la hizo entrar y los cuatro hombres se pusieron de pie. Por la expresión de sorpresa en el rostro de Brynja, Hagen supo que nunca la habían tratado así antes. La expresión en el rostro de su padre indicaba que pensaba lo mismo.

Brynja se sonrojó y dijo:

—Buenos días a todos.

Hagen añadió:

—Ya conoces a mi padre y a Maitland. Este es Drew Menzie, abuelo de Grant, esposo de Avelina y padre de Maitland, y este es Alaric, otro primo, marido de Eli.

—¿Cómo está Hildi, muchacha? —preguntó Connor, esperando a que ella se sentara antes de volver a ocupar su asiento.

—Despertó anoche y también esta mañana. Está mejorando poco a poco.

Hagen la condujo hasta una silla frente al escritorio de su padre. Aunque técnicamente era la silla de Maitland o de Dyna, ambos

permitían que Connor se sentara tras el escritorio cuando participaba en la conversación, en respeto a su antiguo cargo.

Dyna asomó la cabeza por la puerta.

—Perdón, Sandor está siendo un pequeño demonio esta mañana. ¿Me he perdido algo?

—No. Brynja tiene algo que contarnos. Adelante, muchacha —dijo Connor, haciendo pasar a Dyna.

Dyna tomó asiento y asintió a Brynja, que comenzó a hablar.

—Cuando estábamos en Ulva, oí a los dos hombres hablando antes de que nos vieran. Uno quería saber cuántos guardias tienen los Grant.

—¿Oíste sus nombres? —preguntó Maitland.

Ella pensó un momento, ladeando la cabeza.

—Sí. Sholto y… ¿Dugald? No, Dugan, eso es, Dugan.

Connor miró a Drew.

—¿Es ese el nombre que te dieron anoche?

—Sí. Se llama Sholto. Pelo castaño largo, barba castaña corta. Un palmo más bajo que yo, pero de hombros anchos. Una cicatriz en una mejilla.

—Sí, el mismo. Es el hombre al que herí con mi daga.

Drew sonrió y le guiñó un ojo.

—Y aún le estás causando dolor, muchacha. Cojeaba anoche y se frotaba el interior del muslo. Bien hecho.

—No hay muchos con puntería así —dijo Connor—. Espero que te sientas orgullosa de ello.

Ella se sonrojó, pero no dijo nada y acercó su silla un poco más a la de Hagen. Connor se preguntó si su hijo era consciente de lo revelador que era ese gesto. Probablemente no, pero él sí.

—Sigamos —dijo Connor—. ¿Sabes por qué quería saber cuántos guardias tenemos?

De repente se sintió tan atento a la muchacha que tuvo que serenarse. Tenía la extraña intuición de que nada podría prepararlo para lo que estaba a punto de revelar.

—Le dijo a Sholto que, aunque no atacaran, aunque se quedaran en Tiree, necesitaba saber cuántos hombres traeríais.

—¿Dijo algo más que recuerdes? ¿Cualquier cosa? —preguntó Connor.

Ella asintió, tragando saliva.

—Preguntó si alguno de los herederos de Alexander Grant estaba aquí. Dijo su nombre y preguntó por Kyle y James, creo.

Miró a Hagen, que abrió los ojos de par en par y se volvió hacia su padre.

Connor levantó la mano para detener a Dyna, que ya se estaba levantando de la silla.

—¿Pudo haber dicho Kyla y Jamie?

—Sí. Uno dijo Kyle y James, el otro dijo Kyla y Jamie. Quería saber si alguno de vosotros estaba aquí y si había nietos.

—¡Ese bastardo! —dijo Dyna, paseándose por la sala—. ¿Por qué? ¿Dijo por qué te quería a ti, Connor? ¿Y qué hay de las nietas? Yo estoy aquí esperando.

Alzó el puño como si fuera a golpear a alguien.

Brynja palideció, así que Connor hizo un gesto para que Dyna volviera a sentarse. Necesitaban la información con la mayor precisión posible. Brynja estaba agotada y en un entorno extraño.

—Demos a Brynja el tiempo que necesita para recordar todo —dijo Connor.

Dyna se sentó y murmuró:

—Mis disculpas, Brynja. Tómate tu tiempo.

Connor volvió a centrar su atención en la muchacha, notando el temblor evidente de sus manos.

—¿Dijo algo más que pudiera ser importante? ¿Por qué estaba interesado en los Grant? ¿O en mí?

Brynja se aclaró la garganta.

—Dugan dijo que Alexander Grant mató a su padre.

—Por todos los infiernos —murmuró Maitland—. Eso podrían ser cien hombres distintos, Connor.

—Podría ser otro Buchan —dijo Drew.

—O un MacNiven —añadió Dyna.

—Brynja —preguntó Connor—, ¿dijo quién era su padre? ¿Un conde, un barón, un jarl, algo así?

Ella negó con la cabeza y miró a Hagen, sentado a su lado. Connor oyó a su hijo susurrarle:

—Lo hiciste muy bien. No te preocupes.

Luego Hagen le apretó la mano. Connor observó ambos rostros y notó algo que no estaba allí antes. Sin duda había una relación entre ellos, y era más que una simple amistad.

Su hijo se estaba enamorando de Brynja. Y ella le correspondía.

Connor no se sorprendió. Era hermosa de una forma distinta. No había ni un solo hueso delicado en su cuerpo. La constitución de la muchacha era más dura que la piel de un viejo ciervo, y tenía un carácter feroz. Le recordaba a Eli Ramsay, la esposa de Alaric. No iba a dejar que nadie la arrollara con mentiras. Apostaría a que había repartido algún puñetazo antes, aunque su destreza con la daga ya era bien conocida.

Solo tenía que acostumbrarse a una familia Grant salvaje, pero cariñosa.

Y estaba seguro de que lo haría.

La charla continuó mientras intentaban adivinar quién podía ser Dugan, con risas aquí y allá al recordar las batallas del padre de Connor. Pero por el rabillo del ojo, Connor captó el cambio en el semblante de Brynja, cómo su expresión se transformaba junto con el resto de su cuerpo.

—¡Ya lo recuerdo! —dijo, levantándose de golpe. Miró a cada uno de los presentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Connor, con una voz más baja de lo habitual, mientras la sala quedaba en silencio.

Dyna se levantó y se aferró al respaldo de la silla.

—Sholto le preguntó quién era su abuelo. No dijo el nombre completo, solo el nombre de pila. Dijo que su abuelo se llamaba Niles.

Todos se quedaron inmóviles. Dyna luchaba por no salir corriendo por la puerta. Connor sintió cómo la tensión se disparaba ante la sola idea de que pudiera tratarse de quien todos estaban pensando.

De quien todos temían.

Brynja miró los rostros conmocionados.

—¿He dicho algo mal?

—No, muchacha. Lo estás haciendo de maravilla —dijo Hagen, apretándole de nuevo la mano.

Entonces Connor preguntó:

—¿Oíste el nombre Niles Comming?

—No, solo Niles. Alexander Grant mató a su abuelo, Niles. Quiere venganza.

—Dios mío del cielo —susurró Dyna.

—Connor —dijo Drew—, no dejes que esto cambie cómo gestionas nada. No debería afectar a nada.

—Eso no es posible, padre —respondió Maitland, mirando a su padre con una ceja alzada.

Brynja miró a Hagen.

—¿Quién es Niles?

Connor dijo con voz grave:

—Niles es el hombre que violó a mi madre. Y sí, mi padre lo mató por ello. Merecía algo peor.

Capítulo Veintisiete

Brynja

Brynja encontró a Hagen en las lizas, practicando formas con la espada con una intensidad concentrada que hablaba más de ira que de entrenamiento. Sus movimientos eran duros, agresivos; cada golpe contra el poste de práctica era más fuerte de lo necesario.

—Te romperás la muñeca si sigues golpeando así —le gritó.

Hagen se detuvo a mitad del movimiento, el pecho agitado. El sudor le empapaba el pelo a pesar del frío de diciembre.

—Tal vez quiera romper algo.

Ella cruzó el patio hacia él, fijándose en cómo sus nudillos blancos se aferraban a la empuñadura de la espada.

—¿Qué ha pasado?

—Todo esto de que el nieto de Niles Comming quiera atacar a mi clan. Veo lo que le hace a mi padre, la reacción de mi madre… y Dyna está alterada. Me alegra que Astra y Morgan sigan en el Clan Grant. Ellos también se alterarían, y Astra ya ha pasado por demasiado.

Brynja entendía esa rabia. Vivía en su pecho también, ardiente y constante.

—Entonces ve a por él. ¿Por qué esperar?

—No es tan sencillo.

—Sí lo es —dijo ella, endureciendo la voz—. Hizo el mal. Debe pagar.

Hagen la miró, algo cambiando en su expresión.

—Hablas con mucha certeza.

—La tengo —respondió, sosteniéndole la mirada—. La justicia no espera a la conveniencia ni a la política. O crees en ella o no.

—¿Eso es lo que lo llamas? ¿Justicia? —Su tono se volvió más frío—. ¿O es venganza?

Brynja se tensó.

—¿Hay diferencia?

—Sí, la hay —respondió Hagen, sacando la espada del suelo y limpiando la hoja con cuidado deliberado—. La justicia trata de

reparar las cosas. La venganza trata de hacerte sentir mejor.

El calor le ardió en el pecho.

—¿Así que cuando cazo a los hombres que asesinaron a mi madre, solo intento sentirme mejor?

—No he dicho eso.

—Sí lo has dicho. —Dio un paso hacia él, la ira vibrándole en las venas—. Has dicho que la venganza es egoísta. Pues yo quiero a esos hombres muertos, Hagen. Quiero la sangre de esos bastardos en mis manos. ¿Es egoísta? Sí, quizá lo sea. Pero también es justo.

—¿Justo para quién? —Se volvió completamente hacia ella, con la mandíbula tensa—. ¿Para ti? ¿O para tu madre? Porque está muerta, Brynja. Matar a sus asesinos no la traerá de vuelta.

Las palabras la golpearon como un puñetazo.

—¿Cómo te atreves?

—¿A atreverme a qué? ¿A decirte la verdad? —dijo alzando la voz para igualar la de ella—. ¿Crees que no lo entiendo? ¿Que no paso noches enteras imaginando lo que haría a los hombres que dañaron a mi familia? Los Buchan, los Comming… tantos han atacado a mi clan a lo largo de los años. Pero querer algo y que sea correcto no es lo mismo.

—¿Entonces los dejarías libres? ¿Les permitirías vivir mientras muere gente buena?

—No he dicho eso tampoco.

—Entonces ¿qué estás diciendo? —exigió Brynja—. Porque suena como si estuvieras diciendo que mi búsqueda de justicia…

—Venganza.

—… es de algún modo algo malo. Como si yo debiera perdonar, olvidar y seguir adelante como una buena y dócil muchacha.

—¡Eso no es lo que estoy diciendo! —El grito de Hagen resonó por el patio vacío—. ¡Estoy diciendo que estoy aterrorizado de que te mates persiguiendo fantasmas! Aún no sabes quiénes son los hombres culpables. ¿A cuántos tendrás que matar para averiguar quién asesinó a tu madre y a tu tía?

El silencio cayó entre ellos, afilado y repentino.

La respiración de Brynja salió áspera.

—El asesino de mi madre es un fantasma, pero Sholto no es un fantasma. Él hirió a Hildi.

—Cierto, pero bien podría serlo. Llevas semanas vigilando el horizonte. Cada barco que pasa, cada extraño que llega al puerto, crees que es él. Estás viviendo tu vida esperando otro enfrentamiento que quizá nunca llegue. —Dio un paso hacia ella, con el rostro desnudo—. ¿Y si llega? ¿Qué, entonces? ¿Lo enfrentas? ¿Lo matas? ¿Y después qué, Brynja? ¿Se llena el hueco en tu pecho? ¿Se detienen las pesadillas?

—No lo sé —dijo ella, con la voz temblorosa—. Pero tengo que intentarlo. Tengo que hacerlo. —Se interrumpió, con los puños apretados—. No lo entiendes.

—¿Que no? —Su risa fue amarga—. ¿Ahora sé de un hombre que desea matarme a mí y a mi padre? ¿Cómo no voy a ir tras Dugan? ¿Crees que no lo imagino cada maldito día?

—Entonces ¿por qué no lo haces? —La pregunta salió más cortante de lo que ella había pretendido.

Hagen se quedó muy quieto. Cuando volvió a hablar, su voz era baja, peligrosa.

—Porque sé la diferencia entre justicia y venganza. Porque sé que matarlo no traerá a nadie de vuelta. Y porque… —Se detuvo, con la mandíbula trabajando.

—¿Porque qué?

—Porque me da miedo en qué me convertiré si lo hago. —La admisión pareció arrancada de lo más profundo—. Me da miedo que me guste. Me da miedo que la rabia se sienta bien. ¿Y entonces qué? ¿Dónde se detiene?

Brynja lo miró fijamente.

—Así que no haces nada.

—Sí que hago algo. Protejo a la gente que amo. Me aseguro de que no vuelva a ocurrir. Peleo cuando pelear es necesario. —Le sostuvo la mirada—. Pero no persigo venganza disfrazada de justicia.

Las palabras escocieron más de lo que deberían.

—Crees que eso es lo que estoy haciendo.

—¿No lo es? —Dio otro paso hacia ella—. Brynja, entiendo la necesidad. De verdad. Pero te estoy viendo consumirte con esta

necesidad de venganza, y estoy aterrorizado por lo que pasará si la consigues. Más aterrorizado aún por lo que pasará si no.

—Estás aquí diciéndome que no persiga la venganza mientras tú revientas un poste de práctica hasta hacerlo astillas porque no puedes llegar al hombre que quieres matar. Dices que te da miedo en qué te convertirás, pero lo quieres tanto como yo. Solo que te da demasiado miedo admitirlo.

El color subió por las mejillas de Hagen.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Tú quieres tu venganza. La rabia dentro de ti apenas está contenida. Solo la vistes con palabras nobles sobre protección y justicia. Pero en el fondo… lo quieres muerto tanto como yo quiero muerto a Sholto. La única diferencia es que tú no te lo permites.

Las manos de Hagen se cerraron a los lados.

—Quizá porque temo que nada sea suficiente. ¿Estarás satisfecha si está muerto? Si encuentras al hombre que asesinó a tu madre y le metes una lanza en el pecho, ¿será suficiente?

—No lo sé, pero desde luego no me gusta la alternativa. —La voz de Brynja se quebró—. ¿Se supone que debo dejarlos vivir? ¿Dejar que Sholto y los demás anden libres? Asesinaron a mi madre, Hagen. Me habrían vendido como ganado. ¿Y me estás diciendo que yo debería… qué? ¿Perdonarlos?

—No. —Cerró la distancia entre ellos, feroz—. No te estoy diciendo que los perdones. Te estoy diciendo que la venganza no te sanará. No te dará paz. Y me aterra que, cuando por fin la consigas, te des cuenta de eso demasiado tarde.

—No te toca decidir qué me sanará.

—¡Y a ti no te toca tirar tu vida por un quizá! —Su voz subió otra vez—. Porque eso es lo que estás haciendo, Brynja. Estás tan centrada en matar a Sholto que no estás viviendo tu propia vida. Estás existiendo en este espacio diminuto, esperando a que venga para que tú… ¿qué? ¿Mueras intentando matarlo? Porque eso es lo que puede pasar. No va a venir solo. Traerá hombres. Y aunque ganes, aunque mates al último de ellos, ¿qué te costará?

—Cueste lo que cueste, valdrá la pena.

—¿Incluso tu vida?

—Incluso mi vida.

—¡Pues para mí no vale la pena! —Las palabras le estallaron—. Tu vida vale más que la venganza, Brynja. Vale más que la muerte de Sholto. —Se interrumpió, pasándose una mano por el pelo, frustrado—. Tú vales más que eso.

Las lágrimas ardieron detrás de los ojos de Brynja, pero se negó a dejarlas caer.

—Esa no es tu decisión.

—Lo sé. —Su voz se suavizó, y de algún modo eso lo empeoró —. Lo sé. Pero te estoy pidiendo que pienses qué es lo que realmente persigues. ¿Es justicia? ¿O es solo dolor por dolor? Porque una de esas cosas quizá te dé satisfacción por un momento. La otra te perseguirá para siempre.

—No lo entiendes —dijo otra vez, pero esta vez su voz fue apenas un susurro.

—Entonces ayúdame a entender. —Extendió la mano hacia ella, quedándose a un palmo de su hombro sin llegar a tocarla—. Dime qué crees que pasará cuando Sholto muera. Cuando muera el asesino de tu madre. Dime cómo termina.

Brynja cerró los ojos. Lo había imaginado mil veces: su hoja deslizándose entre las costillas de Sholto, el sobresalto en sus ojos, la forma en que caería. O el fantasma que la acechaba cada noche. Se había imaginado de pie sobre su cuerpo y sintiendo… ¿qué? ¿Alivio? ¿Victoria? ¿Justicia?

—No lo sé —admitió al fin—. No sé qué pasa después. Solo sé que no puedo seguir adelante hasta que esté muerto. No puedo dormir, no puedo descansar, no puedo… —La voz se le rompió—. No puedo ser libre hasta que desaparezca.

—¿Y si te equivocas? —La mano de Hagen por fin se posó en su hombro, cálida y firme—. ¿Y si matarlo no te libera? ¿Y si solo cambia una jaula por otra?

—Entonces al menos lo habré intentado. —Abrió los ojos, encontrando su mirada—. Al menos lo sabré.

Él la estudió un largo momento, con el rostro ilegible. Luego suspiró y dejó caer la mano.

—¿Y nosotros?

La pregunta quedó colgada entre ellos, pesada de significado.

—¿Nosotros? —repitió ella.

—Si vas tras él, *cuando* vayas tras él, voy contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—No puedo pedirte eso.

—No me lo estás pidiendo. Te lo estoy diciendo. —Su mandíbula se endureció de esa forma obstinada que ella estaba empezando a conocer—. Si tú entras en peligro, yo entro contigo. Eso es esto. Eso somos.

—Aunque creas que me equivoco.

—Aunque crea que te equivocas. —Una sombra de sonrisa le rozó los labios—. Amar no significa estar de acuerdo con todo lo que hace alguien. A veces significa permanecer a su lado incluso cuando crees que está cometiendo un error. Porque prefieres estar allí para atraparlo antes que dejarlo caer solo.

A ella se le cortó el aliento.

—¿Amar?

El color se le subió por el cuello.

—Sí. Amar —Le sostuvo la mirada—. ¿Creías que era otra cosa?

—Yo… —No sabía qué había creído—. Estamos discutiendo.

—Sí, lo estamos. Y probablemente discutiremos otra vez. Pero eso no cambia lo que siento. —Dio un paso más, alzó la mano y le sostuvo la mejilla—. Te amo, Brynja. Toda tú. Incluso las partes empeñadas en la venganza. Incluso las partes que me asustan. Solo… no quiero perderte por esto.

Las lágrimas por fin se desbordaron, calientes contra sus mejillas frías.

—Yo tampoco quiero perderme. Pero no sé cómo soltarlo. No sé cómo simplemente… dejar de querer lo que quiero.

—No te estoy pidiendo que lo sueltes. —Su pulgar le apartó las lágrimas—. Solo te estoy pidiendo que pienses si la venganza es realmente lo que quieres. O si quizá lo que de verdad quieres es que deje de doler.

Las palabras golpearon algo profundo dentro de ella, una verdad que había estado evitando. Porque él tenía razón, ¿no? Ella no quería a Sholto muerto porque eso le devolviera a su madre. Lo

quería muerto porque estaba rota por dentro, y no sabía cómo detener el dolor.

—¿Y si te equivocas? —preguntó en voz baja—. ¿Y si me dices que no busque venganza cuando tú harías exactamente lo mismo en mi lugar?

Hagen guardó silencio un largo momento. Luego dijo:

—Tienes razón. No sé la respuesta. Porque si alguien te hiciera daño, no dudaría. Los cazaría hasta el fin del mundo, y no me detendría hasta que estuvieran muertos. Así que quizá no tenga ningún derecho a decirte que no hagas lo mismo.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque puedo verte con más claridad de la que me veo a mí mismo. Porque puedo ver lo que te está costando, aunque tú no puedas. Y porque… —Inhaló con un temblor—. Porque a veces el amor significa decirle a alguien una verdad difícil, incluso cuando sabes que no quiere oírla.

Brynja apoyó la frente en su pecho, aferrándose a su túnica.

—Estoy tan cansada, Hagen. Cansada de estar enfadada todo el tiempo. Cansada de vigilar el horizonte. Cansada de esperar a que venga. Pero no sé cómo parar.

Sus brazos la rodearon, sólidos y seguros.

—Quizá no tengas que parar. Quizá solo tengas que decidir que la venganza no es todo lo que eres. Que no es lo único que te define.

—¿Qué más hay? —La pregunta salió amortiguada contra su pecho.

—Todo. —Su voz fue feroz—. Estás tú aprendiendo a montar. Estás tú riéndote a medianoche en las almenas. Estás tú siendo feroz, valiente y obstinada. Estás tú aquí, dejándome verte llorar. Estamos tú y yo, y cualquier futuro que podamos construir juntos. —Se apartó lo justo para mirarla—. Hay mucho más que la venganza, Brynja. Si te permites verlo.

Ella quería creerle. Quería creer que podía haber una vida más allá de esa necesidad que lo devoraba todo: la muerte de Sholto. Pero la rabia era tan familiar, tan parte de ella… ¿cómo se suelta algo que te ha mantenido con vida?

—No sé si puedo —susurró.

—Entonces no lo hagas. Aún no. —Le besó la frente—. Solo… prométeme que lo pensarás. Prométeme que, cuando llegue el momento, te preguntarás si la venganza es realmente lo que necesitas. O si quizá necesitas algo completamente distinto.

Brynja se apartó para mirarlo. Sus ojos estaban inquietos, su expresión abierta y vulnerable de una forma que le presionó el pecho. Él la amaba. Ese hombre complicado y testarudo la amaba. Y le estaba pidiendo que pensara. No que renunciara a su búsqueda, no que perdonara, no que olvidara. Solo que pensara.

—Lo pensaré —dijo al fin—. No puedo prometer más que eso.

—Es suficiente. —La atrajo de nuevo, y se quedaron allí, bajo el viento frío, abrazados.

Brynja logró una pequeña sonrisa.

—Quizá estamos rotos de la misma manera. Y quizá eso esté bien.

Él susurró:

—Si lo trabajamos juntos, puede que lo hagamos bien.

Juntos.

Una palabra de la que Brynja sabía poco, pero que estaba dispuesta a aprender.

Capítulo Veintiocho

Connor

El grupo estaba junto a las puertas al día siguiente, preparando el viaje a Tiree.

—Pa —dijo Dyna—, sigo pensando que necesitas más guardias para que vayan contigo.

—Dyna —dijo Connor—, llevo a los mejores espadachines que tenemos. Hagen, Broc y Alaric. Te dejo a Maitland, Jowell y Paden. Y los tres pueden pasar al arco con Merryn si hace falta. Brynja puede lanzar sus dagas o cambiar a un arco. Ha practicado lo suficiente como para enviar flechas que los asusten.

—¡Debería ir contigo, pa! —gritó ella, con las lágrimas corriéndole por la cara—. Tengo este presentimiento, pero no puedo ver con claridad.

Sela dijo:

—Precisamente por eso te quedas aquí, Dyna. No voy a perder a mi esposo y a dos de mis hijos de una vez. Tu padre y yo lo acordamos hace años. No más de dos a la vez.

Connor se acercó a su hija mayor y le besó la mejilla.

—Tienes que quedarte aquí con mamá. Y tus hijos te necesitan. No voy a arriesgarme a que mis nietos pierdan a su madre. Además, esto es solo una patrulla. Quiero ver cuántos son y qué tan hábiles. Volveremos tarde mañana. Espero cruzar más tarde esta noche. Pasaremos la noche con los MacQuarie y luego regresaremos. Prometo que no atacaremos.

Dyna corrió a los establos y salió con varias manzanas, yendo de un caballo a otro. Se detuvo ante Midnight Moon y le susurró a su caballo favorito:

—Llevas a mi padre. Tráemelo de vuelta como Midnight trajo a mi abuelo.

Partieron a pleno sol, con el tiempo gris pero llevadero. El viaje a tierras MacQuarie fue tranquilo, con poca conversación. Hagen cabalgaba con Brynja recogida delante de él, algo que a él le gustaba.

—Al menos sé que estaré calentita —dijo ella—. Eres como el hogar más cálido en el día más frío del invierno, Hagen.

Merryn lo oyó y se rio.

—Debe ir en la sangre. ¡Broc es igual!

Alaric iba abriendo camino.

—Connor, si Eli no cargara con un niño dentro, estaría aquí. La está matando tener que quedarse atrás. Pero con Brenna y Logan allí, no puede escaparse.

—¿Cómo estaba Hildi esta mañana, muchacha? —preguntó Hagen.

—Mejor. Parecía más despierta, pero la cabeza aún le duele una barbaridad. Se lo pregunté a Brenna, y dijo que mientras tuviera ese chichón, seguiría doliéndole. El chichón era definitivamente más pequeño. Y Hildi estaba comiendo gachas cuando me fui. Tora y Sylvi andaban ocupadas jugando a ser sanadoras con ella, algo que a Hildi le pareció entrañable. Le encantan los niños, como a mí.

—Dyna dijo que los niños también están mejorando. Tuvieron pesadillas durante mucho tiempo después de que los robaran. Espero que no recuerden lo que les hicieron. No como el pobre Magni. Él siempre lo recordará.

Ya estaban casi en tierras MacQuarie cuando Alaric frenó a su caballo. Coronaron la loma, bajando hacia la costa, hacia el frente del castillo, cuando una figurita pequeña estaba plantada en el camino.

—No, no, no —dijo Alaric—. ¿Qué hacemos? ¿Volvemos?

Connor preguntó:

—Alaric. ¿Cuál es el problema?

—Ella es el problema. —Se volvió hacia todos y señaló más adelante en el sendero—. Lia está aquí. Eso es malo. Sabéis que es malo.

Broc dijo:

—¡No, Lia! ¡Vete!

Connor dijo:

—Yo no lo considero malo. ¿Hemos perdido a alguien cuando Lia anda cerca?

—No, pero sabes que si ella está aquí, se avecinan problemas —dijo Broc—. Lo hemos visto suficientes veces, tío Connor. Quizá deberíamos darnos la vuelta.

Connor detuvo su caballo y dijo:

—No permitiré que un Comming me ahuyente. Si alguien desea volver atrás, que lo haga. Yo iré al frente.

Se dirigió directo hacia la pequeña muchacha que los esperaba delante de la muralla exterior.

—Saludos, Grantham. Y veo que traes contigo a muchos Grant. Bienvenidos todos.

Merryn preguntó:

—¿Qué va a pasar, Lia?

Lia dijo:

—No sé qué quieres decir, Merryn. Solo estoy de visita con los MacQuarie. Quisiera hablar con todos vosotros sobre Yule. Magni sigue muy atribulado, y quiero encontrar la manera de convencerlo de mudarse al castillo de Thane. Pensé que podríais ayudarme.

—Con gusto —dijo Connor.

Broc susurró detrás de él:

—Bien. Es por Magni, no por nosotros.

Una voz les llegó desde lo alto de la muralla.

—Entrad, Grant. Acabamos de terminar la comida de la tarde y aún queda estofado y pan.

—¿Suficiente para Broc? Ya sabes cuánto come —dijo Merryn con una risa.

—¡De sobra! Entrad por las puertas y os veré en los establos.

Thane y Artan los saludaron como habían prometido, cerca de los establos. Lia sonrió y saludó a todos.

—Me alegrará veros a todos en el gran salón. Quiero planear un evento para los niños en Yule.

Connor dijo:

—Si hacéis un viaje al castillo Duart, conoceréis nuestro Festival de Yuletide. Está planeado para las dos primeras noches de Yule. Esperamos que tú y Magni vengáis. Todos en Mull están invitados. —Se detuvo y añadió—. E Iona, por supuesto.

—Muchas gracias, jefe Grant. Haremos lo posible por convencer a Magni de venir. Creo que planearemos uno aquí también. Magni no desea salir de Iona, pero espero que podamos traerlo. Su madre está aquí sanando de un dolor de espalda.

Connor se apartó del grupo, dejando a los jóvenes charlar con Thane y Artan.

—Lia, ¿puedo hablar contigo en privado?

—Por supuesto.

—¿Qué puedes decirme del grupo en Tiree? ¿Están operando la atrocidad anterior de Kelvan? ¿Están robando y enviando niños?

Lia dijo:

—Ese es su plan. Aún no ha ocurrido. Ha habido un par de grupos que han intentado hacerse con el trabajo de Kelvan, pero todos han fracasado. Uno de los grupos se llevó a Brynja y a Hildi. Este es un grupo nuevo, pero uno o dos son los mismos. ¿Vais hacia allá?

—Sí, busco información sobre el hombre que afirma ser el nieto de Niles Comming. ¿Sabes quién es?

—No, no lo sé. Puedo buscar esa información, pero creo que tú lo sabrás tan pronto como yo. Soy la protectora de los niños, así que me enfoco en eso. Y te diré que ahora mismo no hay pequeños en Tiree. Ninguno retenido contra su voluntad. Esperan reiniciar la operación.

Connor asintió, cruzándose de brazos. Aún le costaba escuchar a una muchacha de seis veranos como si tuviera treinta. Sin embargo, sí notaba que su mirada era la de una mujer vieja y sabia. De eso estaba seguro.

—¿Vendrás con nosotros?

Él estaba bien sin ella, pero oyó la aprensión en las voces de Alaric y de Broc.

—No, no esta vez. No hay niños que os necesiten, así que debo quedarme aquí.

—¿Sabes dónde se está reuniendo el nuevo grupo?

—Hagen y Brynja te lo mostrarán. Han estado allí. Es su hogar. Está al otro lado de la isla. Si desembarcas en este lado de Tiree y la

cruzas, pasarás por la misma cabaña donde Broc encontró antes a los niños. Está vacía.

—¿No nos convendría desembarcar del otro lado? Estaríamos más cerca de ellos.

Lia negó con la cabeza.

—No, podréis sorprenderlos mejor desde este lado. Y el mar del otro lado es mucho más bravo. Tendréis que navegar deprisa desde allí.

Connor frunció el ceño ante ese último comentario, preguntándose qué quería decir exactamente, pero Lia corrió escaleras arriba hacia la fortaleza con un saludo.

Sabía que no obtendría más información de ella.

Ahora estaba solo.

Capítulo Veintinueve

Hagen

Hagen condujo a Brynja por el sendero hacia el bote en el que irían a Tiree.

Brynja dijo:

—Nunca he estado en un barco tan grande.

—Thane dijo que los nórdicos lo dejaron escondido entre los matorrales. Cuando Artan lo encontró, descubrieron el agujero que tenía, lo remendaron con madera nueva y ha sido una belleza para ellos. Se necesitan seis remeros para que se mueva.

—¿Y están abajo? —preguntó Brynja, asomándose al fondo del bote.

—Sí. Thane hace que sus hombres remen. A Bearnard le encanta; dice que aman el aire del mar. Espera a ver lo rápido que se mueve —dijo Hagen, guiándola hasta uno de los asientos construidos a lo largo del interior del bote.

El barco se meció con suavidad bajo ellos mientras los hombres de Thane se acomodaban en posición bajo cubierta. La bruma salada flotaba en el aire, mezclándose con el olor a madera recién cortada de los pinos que talaban cerca para el invierno.

—¿Dónde debemos desembarcar, Brynja? —preguntó Artan—. Voy con vosotros.

—La Bahía Gott —respondió ella—. Es lo más cercano. Y luego es poca distancia hasta nuestras cabañas.

Una vez que pusieron rumbo a Tiree, Connor reunió al grupo y dio instrucciones.

—Espero que esto sea un viaje rápido, porque nuestro objetivo es saber más sobre Dugan y sus planes. Somos seis. Quiero que Broc y Merryn regresen a la cabaña donde antes encontrasteis a los niños. Quiero asegurarme de que no haya ninguno que necesite ser rescatado. Si os superan en número, volved solo con la información y los recuperaremos cuando estemos juntos otra vez. Alaric, Hagen y Brynja vendrán conmigo. Necesito vuestra guía porque no tengo idea de dónde está esa choza.

La mano de Connor descansaba sobre la empuñadura de su espada mientras hablaba, sus ojos recorriendo cada rostro, asegurándose de que entendían.

—Supongo que ahora mismo tienen guardias con ellos. ¿Dijiste que eran dos chozas juntas?

—Sí. Dos chozas y un pequeño cobertizo detrás, para almacenamiento en frío.

—¿Qué tan lejos del agua? ¿O de una bahía desde la cual botar una barca?

—Un paseo corto. Vivíamos arriba, en una colina pequeña, para protegernos del mar. Era un trayecto breve hasta la playa.

—¿Hay forma de acercarse a las cabañas sin ser vistos?

—Sí, hay una cresta de un lado. La playa tiene muchas formaciones rocosas, pero eso sería por el otro lado de las chozas desde aquí. Nosotros bajaremos por una cresta y hay un bosquecillo donde esconderse.

Al acercarse, Tiree se anunció con el trueno del oleaje contra arrecifes ocultos, el rocío blanco saltando hacia el cielo donde el mar se alzaba y chocaba contra las rocas sumergidas. Luego la isla emergió de la bruma marina, tan baja y plana que parecía apenas elevarse sobre las olas, como si una buena tormenta pudiera borrarla por completo.

Pero lo que le faltaba en altura, a Tiree le sobraba en luz. Las playas de arena de concha brillaban casi blancas, extendiéndose en largos arcos alrededor del borde de la isla.

Connor dijo:

—Nunca dejaré de asombrarme por la belleza de las islas alrededor de Mull.

Desembarcaron poco después, y Broc y Merryn se encaminaron hacia las cabañas que ya conocían.

Su padre dijo:

—Regresad en menos de una hora. Planeamos volver para entonces.

Un grupo de pescadores se reunió no muy lejos, charlando, así que su padre se acercó.

—Saludos. ¿Habéis notado a un grupo nuevo de isleños, de los que no os gusta ver en vuestra isla?

—¿Quién pregunta? —preguntó un hombre, las arrugas de su rostro delatando años de faenas de pesca, los surcos profundos incapaces de ocultar lo afilado de sus ojos marrones.

—Connor Grant, hijo de Alexander Grant, Clan Grant del Valle de Dulnain de las Highlands.

Un hombre silbó, y un tercero dijo:

—Estás lejos del Valle de Dulnain, pero eres tan grande como dice tu reputación, Grant.

—Estoy visitando familia en Mull. Me han dicho que alguien en esta isla planea un ataque contra mis aliados de clan en el castillo Duart.

Al oír el castillo Duart, un hombre asintió a otro y sonrieron.

—Los bastardos creen que robarán a algunos de nuestros niños, pero no lo harán. Los hemos estado vigilando.

El más viejo, el primero con el que hablaron, le hizo un gesto con la cabeza a su padre.

—Estuviste aquí antes. Echaste a Kelvan de nuestra isla. Te recuerdo.

—Lo estuve.

—Bienvenido de nuevo.

Los hombros de Connor se relajaron un poco, aunque su mano nunca se alejaba demasiado del arma. El pescador señaló hacia el otro lado de la isla.

—Seguid ese camino. Los patanes están contratando mercenarios y trayéndolos aquí. No nos gusta.

Otro dio un paso al frente y preguntó:

—¿Brynja? ¿Eres tú?

Ella avanzó, asintió, y luego corrió a abrazar a uno de los hombres.

—¡Ay, muchacha! Nos alegra ver que te encuentras bien. ¿Dónde está Hildi?

—Hallamos el camino a Iona. Hemos vivido allí. Pero quiero deshacerme de la escoria en nuestros antiguos hogares.

—Ve, muchacha. Son hombres malvados. Os seguiremos a distancia, por si necesitáis ayuda.

Artan dijo:

—Nos quedaremos atrás, pero silbad e iremos corriendo.

Connor asintió y los cuatro cruzaron la isla.

Cuando estuvieron cerca, Brynja les hizo un gesto para que guardaran silencio, llevándolos hacia una cresta para cubrirse.

Se escondieron y escucharon, pegados al suelo contra la cresta rocosa. El viento les traía voces: risas ásperas y el traqueteo de armas moviéndose. El corazón de Hagen martillaba en el pecho mientras contaba a los que hablaban. Calculó que eran cuatro hombres y levantó cuatro dedos hacia su padre, que asintió con la mandíbula tensa. Luego Hagen captó otra voz, más grave, desde más lejos. Levantó cinco dedos.

Una voz les llegó y Brynja dijo:

—Ese es Dugan.

La voz estaba más cerca que las otras.

—¿Cuatro veintenas? Creo que mintió. Creo que solo tienen dos veintenas. He preguntado, y no creo que los Grantham sean tan fuertes.

—Eso fue lo que dijo. Y dos veintenas más en camino.

—Pasará mucho tiempo antes de que puedan traer dos veintenas aquí. ¿Crees que tienen una flota de barcos nórdicos para los hombres y sus monturas? Yo digo que vayamos ahora.

—¿Cuál es tu prisa? Pensé que ibas por los niños primero.

—No, todavía no tenemos a nadie que los cuide.

—No necesitamos a nadie que cuide a las jóvenes muchachas.

—Yo las cuidaré.

Sonó una bofetada. Hagen sintió que el cuerpo de su padre se volvía rígido a su lado. El aire entre ambos crepitó con una rabia apenas contenida.

Hagen vio la furia en los ojos de su padre: un brillo asesino que solo había visto unas cuantas veces en su vida. Negó con la cabeza hacia él, y su mano se cerró sobre el antebrazo de su padre a modo de advertencia, porque ese era su miedo.

—Pa, contrólate —susurró Hagen, urgente, desesperado. Su mente estaba llena de venganza por lo que el abuelo de ese hombre le hizo a su madre, la amada Madeline Grant. La respiración de Connor se había vuelto superficial, los músculos tensos como un resorte a punto de romperse—. Él tampoco es Niles. Concéntrate.

Cierto. Hagen recordaba lo suficiente a su abuelo Alexander como para saber que habría querido ver a ese hombre muerto sin pensarlo, sin titubeo ni misericordia. Esto era venganza, no distinta de la venganza que Brynja guardaba para los hombres que mataron a su madre. La comprensión le cayó encima como hielo.

¿Eran iguales? ¿Acaso la venganza era alguna vez justa, o siempre nublaba el juicio?

Dugan resopló.

—Tú cuidarás a las muchachas. ¿Como a las que cuidaste en Iona? Ella te ganó a ti, tú nunca la ganaste a ella.

Un tercer hombre dijo:

—Deberías haber visto a las dos que vivían aquí con sus madres. Casi probamos un poco de ellas.

Dugan dijo:

—No podéis arruinar la mercancía. Y se les escaparon a los dos que vigilaban la cabaña.

—Y ahora no tenemos a nadie que vigile a los niños. No tenías que haberlas matado, Dugan.

Hagen miró a Brynja, cuyo rostro se había puesto rojo. Lo había oído. Esos eran los hombres que mataron a su madre y a su tía. Le apretó la mano, y su padre negó con la cabeza hacia ella.

Dugan soltó una risita.

—No puedo esperar a ver la cara de Connor Grant cuando le hunda mi espada en el vientre. Pero primero le diré cómo mi abuelo disfrutaba desgarrando a su madre.

Y entonces su padre hizo exactamente lo que Hagen no quería que hiciera.

Y lo que había jurado no hacer.

Connor Grant se alzó desde su escondite, su enorme cuerpo desplegándose hasta alcanzar toda su altura. El movimiento fue deliberado, controlado: la calma antes de la tormenta.

—A ver si crees que puedes hacerlo ahora, Comming.

La voz de su padre resonó en el espacio entre ellos, fría como acero de invierno.

Y todo sucedió de golpe.

Brynja asomó la cabeza, sus movimientos fluidos y entrenados. Dos dagas volaron de sus manos en rápida sucesión, destellos de plata bajo la luz de la tarde. La primera golpeó al tercer hombre en la garganta: emitió un sonido húmedo, gorgoteante, mientras se llevaba las manos al cuello y caía. La segunda hoja se enterró en el vientre del cuarto hombre. Miró hacia abajo, incrédulo, envolvió con ambas manos la empuñadura y la arrancó. La sangre estalló de la herida, salpicando la tierra en un arco oscuro. Se tambaleó hacia atrás, apretándose inútilmente el abdomen contra el torrente.

Y la batalla comenzó en serio.

Dugan se lanzó contra Connor como un toro enloquecido, con la espada ya desenvainada y reluciente. Hagen se movió por instinto para proteger a su padre; su propia hoja ya estaba saliendo de la vaina, pero su padre le gritó con una voz capaz de sacudir montañas:

—¡Ni se te ocurra ponerte delante de mí!

La orden detuvo a Hagen a medio paso. Su padre quería esa pelea. La necesitaba.

Sholto cogió una espada caída y corrió hacia Brynja, el odio en los ojos. Ella soltó dos flechas en rápida sucesión: la primera silbó junto a su oreja, tan cerca que le abrió una línea fina de sangre. La segunda se clavó en el marco de madera de la puerta detrás de él. Sholto frenó en seco, luego giró y se zambulló de vuelta en la choza, desapareciendo en su interior sombrío.

Hubo movimiento a sus espaldas. Dos hombres más salieron cargando desde los árboles: mercenarios por el aspecto, con las armas ya desenvainadas y los rostros torcidos por la rabia de la batalla. De pronto estaban superados, rodeados.

Alaric se movió para interceptar a un atacante, y su espada se encontró con la hoja del hombre en una lluvia de chispas. El choque de metal contra metal retumbó por toda la ladera. Hagen giró para

encarar al otro espadachín, una mole enorme con el rostro lleno de cicatrices y unos ojos muertos.

Detrás de él, Dugan fue tras su padre con una furia implacable. Connor luchaba como un hombre poseído. No, como un hombre que llevaba treinta años esperando este momento. El sonido de sus espadas chocando era ensordecedor, un trueno rítmico que cualquiera en la isla habría podido oír. Los movimientos de su padre eran poderosos, brutales; cada golpe llevaba el peso de décadas de duelo.

El oponente de Hagen se le vino encima con un tajo desde arriba que habría partido su cuerpo desde la coronilla hasta la mandíbula. Hagen alzó su hoja y atrapó el golpe, sintiendo el impacto sacudirle los brazos. El mercenario era fuerte, pero imprudente. Hagen se ladeó, dejando que el impulso del hombre lo llevara hacia delante, y lo cortó a lo largo del brazo de la espada. La hoja mordió hondo el músculo y el hombre gritó; su arma repiqueteó contra las piedras. Se apretó el brazo destrozado y salió corriendo ladera abajo, dejando un rastro de sangre tras de sí.

Pero Sholto había vuelto a salir de la choza y seguía yendo directo hacia Brynja.

Ella lo vio venir y llevó la mano al cinturón, sacando otra daga. La hoja voló certera y se hundió en su hombro. Sholto rugió de dolor y furia.

—¡Zorra, te voy a matar!

Siguió avanzando, arrancándose la daga y tirándola a un lado, con la sangre corriéndole por el brazo.

Hagen se volvió para ir tras él, las piernas ya moviéndose, pero dos hombres más aparecieron de pronto por el costado de la cabaña. No supo a cuál bastardo lanzarse primero, la mente a toda velocidad calculando el peligro. ¿Brynja o su padre?

Entonces, de repente, el aire cantó con flechas.

Cuatro astas volaron por encima de sus cabezas en perfecta formación y encontraron su blanco en los dos nuevos atacantes. Uno recibió una flecha en el ojo y cayó como una piedra. El otro se tragó dos en el pecho y se tambaleó hacia atrás, la boca abierta en un grito silencioso, antes de desplomarse.

Merryn y Broc habían llegado, y Artan con ellos, los arcos aún alzados y listos.

Pero entonces ocurrió lo peor, y el mundo de Hagen se le volteó sobre su eje.

Otro hombre —uno al que no habían visto, al que no habían contado— atacó a Connor por un costado. Su padre giró, atrapó el golpe con su hoja y empujó al hombre hacia atrás con una eficacia brutal. El atacante tropezó y cayó.

Pero ese segundo de distracción fue todo lo que Dugan necesitaba.

El bastardo maldito se lanzó hacia delante; la punta de su espada encontró el hueco en la defensa de Connor. La hoja se deslizó bajo sus costillas, atravesando cuero, tartán y carne. Por un latido, todo se detuvo. Los ojos de Connor se abrieron de par en par, no de dolor, sino de la terrible comprensión de lo que acababa de ocurrir.

Dugan retorció la hoja y la sacó, el acero cubierto de sangre oscura.

Su padre se desplomó en el suelo, con ambas manos apretando la herida del costado, tratando de mantener la vida dentro de su cuerpo.

—¡Pa! —La palabra se desgarró de la garganta de Hagen, cruda y llena de agonía.

Hagen fue tras Dugan con asesinato en el corazón, pero para entonces Alaric ya se había lanzado tras él, mientras Broc y Merryn habían ahuyentado al resto. Los mercenarios que quedaban miraron a sus compañeros caídos y a los refuerzos recién llegados, y se quebraron. Se dispersaron, corriendo hacia la playa en retirada total.

Dugan corrió con ellos, y su voz regresó ladera arriba, triunfal y burlona.

—¡Abuelo, la venganza es nuestra! ¡He matado a Connor Grant!

Las palabras resonaron por Tiree como una maldición.

Su padre yacía en el suelo, con ambas manos apretadas contra el costado. La sangre se filtraba entre sus dedos, demasiada sangre, extendiéndose oscura sobre su tartán.

—¡Pa!

Hagen cayó de rodillas a su lado, con las manos temblorosas mientras arrancaba un pedazo de su tartán. Hizo un bulto con la tela y lo presionó con fuerza contra la herida, pero sintió el calor empapándolo de inmediato, sintió la vida de su padre escapándose bajo sus palmas.

La mano de su padre se disparó y le cogió la muñeca, el agarre aún fuerte pese a todo.

—Demasiado tarde.

La voz de Connor era un rasposo hilo, espesa de dolor. Su rostro se había puesto gris, los labios tomando un tinte azulado.

—Dile a mamá que lo siento. Y a tus hermanas y a tu hermano. Creí que lo tenía. Mis emociones me dominaron…

Sus ojos se cerraron, y Hagen sintió el pánico arañándole la garganta.

—¡Pa!

Apretó más fuerte, desesperado, sin importarle el dolor que le causaba.

Entonces su mente se despejó, encajando en la frialdad del mando que había aprendido del mismo hombre que ahora se le moría.

—¡Broc y Merryn, id por ayuda! ¡Pedid a los pescadores que encuentren a un sanador, al mejor que tengan! ¡Deprisa!

Su voz se quebró en la última palabra.

—Alaric, ve a tomar el bote de vuelta y trae ayuda. Necesitamos a Brenna, necesitamos…

—No —interrumpió Alaric, cayendo de rodillas al otro lado de Connor. Su rostro estaba pálido, devastado—. Primero tenemos que subirlo al bote. No podemos dejarlo aquí.

Los ojos de su padre aletearon y se abrieron de nuevo, enfocándose en Hagen con esfuerzo. Le cogió la mano con dedos resbaladizos de sangre.

—No llegaré.

Las palabras fueron apenas un susurro, pero golpearon a Hagen como un golpe físico.

Broc y Merryn ya estaban corriendo.

—¡Encontraremos a un sanador!

Artan se puso de pie, el rostro severo.

—Iré por más hombres del bote. Harán falta al menos cuatro hombres para cargarlo con seguridad. Nos vemos en el bote, Broc.

Hagen asintió, incapaz de hablar con el nudo que tenía en la garganta.

—Id. No le queda mucho tiempo.

Se volvió hacia Alaric.

—Asegúrate de que los que están en el suelo estén muertos. No necesitamos a nadie acercándose a escondidas mientras estamos vulnerables. Cúbrenos la espalda.

Alaric dudó, claramente sin querer dejar el lado de Connor, pero el deber ganó. Asintió y se alejó, revisando a cada hombre caído con cuidado metódico.

Y entonces quedaron solos: Hagen, su padre moribundo y Brynja.

Hagen miró a Brynja, y ella debió ver la devastación en sus ojos.

—No sé qué hacer.

La admisión le supo a fracaso, a traición.

Los ojos de su padre se abrieron otra vez, y por un instante el viejo Connor Grant estaba allí: el maestro, el guerrero, el hombre que había entrenado a Hagen desde que pudo sostener una espada de madera.

—Aprieta fuerte. Las enseñanzas de Brenna. Detén la hemorragia.

Cada palabra le costaba, pero su voz era clara.

Hagen colocó ambas manos sobre la herida de su padre y presionó con toda su fuerza. En el corazón, sabía que no iba a funcionar. La herida era demasiado ancha, demasiado profunda; podía sentir los bordes de carne desgarrada bajo la tela empapada de sangre. Era una herida mortal, y ambos lo sabían.

Su padre bramó de dolor cuando Hagen presionó, la espalda arqueándose, la mano arañando el suelo.

—Pa, lo siento, pero no puedes morir conmigo. Aún no me he casado. Quiero que mis hijos tengan un abuelo como el que yo tuve, como tú fuiste para mí. Me enseñaste todo. No puedes irte ahora. No puedes morir.

Las palabras se le desbordaron, desesperadas, suplicantes.

—Fui un necio, Hagen.

La voz de su padre se hacía más débil, más delgada.

—Dejé que mis emociones me controlaran. No debí…

Sus ojos volvieron a cerrarse.

—¡Pa!

Hagen lo sacudió con suavidad, aterrado de que si cerraba los ojos esta vez, no los volvería a abrir.

Brynja se arrodilló a su lado, las manos flotando inútiles sobre el cuerpo de Connor.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? Tiene que haber algo. Dime qué hago.

Su voz estaba espesa de angustia: ese hombre se moría por su venganza, por su necesidad de volver a Tiree.

—Alaric volverá pronto —dijo Hagen, obligándose a pensar, a planear, aun cuando el corazón se le partía—. Y podemos subirlo al bote. Tal vez traigan el bote hasta esta bahía y lo metamos rápido. Tenemos que llevarlo con Brenna más deprisa.

Pero incluso mientras lo decía, veía la verdad. El color de su padre no era bueno: un gris ceniza donde debía haber rubor. Su respiración se había vuelto superficial y rápida, cada bocanada un silbido laborioso. La sangre seguía filtrándose entre los dedos de Hagen pese a la presión, encharcándose oscura bajo el cuerpo de su padre.

Las lágrimas le corrían a Hagen por las mejillas, calientes y sin control.

—No, pa. Eres invencible. Nadie puede hacerte daño. Eres el guerrero más fuerte que he conocido… el guerrero más fuerte que jamás vivió.

Una vocecita lo sobresaltó por detrás, pero la oyó clara como el agua.

—Tu padre se está muriendo, Hagen.

Capítulo Treinta

Dyna

Dyna caminaba hacia el hogar donde los niños jugaban con sus cachorritos de tela, con su madre cerca. Un dolor agudo le atrapó el vientre, tan fuerte que se le doblaron las rodillas. Luego le golpeó un dolor de cabeza como ningún otro.

—¡Pa!

Se desplomó en el suelo.

Tora empezó a correr en círculos.

—Abwelo. Abwelo. Necesito a abwelo. ¿Dónde etá abwelo?

Su madre corrió hacia Tora y le gritó a Derric, arriba en las escaleras:

—¡Derric, ayuda a Dyna! ¡Algo va mal!

La puerta se abrió de golpe y Logan entró.

—¿Qué demonios está pasando? Deberíais ver las formaciones de nubes allá afuera, algo extraño.

Su mirada barrió el salón.

—¿Qué demonios? Esto no puede ser bueno.

Gwyneth, en una silla junto al hogar, dijo:

—Siéntate y cállate, Logan. *Está* pasando algo, y no tienes que empeorarlo.

Sylvi se sentó en el suelo y lloró:

—Abwelo. Un hombwe malo apuñaló a abwelo. Que alguien lo salve. Ayudad a abwelo. Ayudadlo.

Se recostó completamente y lloró y pateó los pies.

—¡Abwelo!

Avelina entró desde las cocinas.

—Dyna, mi cabeza. ¿Drew? ¿Dónde estás? Encuentra mi poción.

Se dejó caer en una silla.

Maitland y Maeve entraron con Grant amarrado al pecho de Maitland, ahora llorando y pateando con furia.

—Bwia, Wia, Bwia, Wia.

Maeve estiró los brazos hacia Grant.

—Ven, ayuda a tu madre. Yo lo tomo, Maitland.

Lo cargó en la cadera para que pudiera ver el salón, y el shock cubrió su rostro mientras miraba el caos desplegándose frente a ella.

—¿Qué está pasando?

—Wia, Wia, Bwia —las manitas del pequeño Grant estaban cerradas en puños apretados—. ¡Wia!

Derric corrió hacia Dyna.

—Diamond, ¿estás bien? ¿Es una corazonada o es real? ¿Qué está pasando? Los niños están gritando por tu padre. ¿Ves algo?

Dyna se giró y quedó boca arriba, sujetándose la cabeza.

—Algo está mal. Pa está herido. Lo siento aquí, en el vientre. ¡Ay, pa! Ojalá no sea demasiado grave. Estoy segura de que lo traerán de vuelta tan rápido como sea posible.

Brenna entró, levantó a Sylvi —que sollozaba en el suelo— y fue directa hacia Dyna.

—¿Qué pasa? Es Connor, ¿verdad? ¿Qué tan mal?

Sylvi rompió en sollozos.

—Abwelo etá herido. Abwelo. Lia, aiudalo.

Dyna miró a Sylvi y preguntó:

—¿Lia está allá, Sylvi? Tora, ¿Lia está con abuelo?

Tora se zafó de su abuela, que parecía a punto de desmayarse, y corrió hacia su madre. Se inclinó, le cogió las mejillas con ambas manos y dijo:

—Lia y Bwia están ahí. Intentan salvarlo.

Su madre empezó a caminar de un lado a otro, con un gesto enfermo en el rostro.

Entonces Tora corrió hacia su abuela y dijo:

—Awiba. Abwelo etá herido. Lia etá ahí tamben.

Su madre se dejó caer en una silla.

—Dyna, ¿esto es real? ¿Tu padre se está muriendo? ¡Oh, mis cielos, no! Por favor di que no es cierto. No puedo vivir sin él.

Dyna no sabía qué pensar. Derric la levantó y la sentó en una silla junto al hogar, acurrucándola.

—Tómate tu tiempo, Diamond. Haz lo que debas. Nosotros cuidamos a los niños.

Sandor comenzó a correr en círculo, riéndose con furia.

—Bata, dío Shakee. Bata!

Dyna oyó eso y tuvo que averiguar la verdad, obligándose a ponerse de pie e ignorando el dolor que le martillaba la cabeza.

—¡Jake! Tío Jake. ¿Qué le está pasando a tu hermano? No puedes llevártelo todavía. ¿Me oyes, Jake?

Sandor corrió y se detuvo frente a ella.

—Dío Shakee dice abwelo herido.

Dyna giró sobre sí misma, mirando las vigas.

—¡Detente ahora mismo, Jake, y escúchame! ¿Me estás oyendo? Tú. No. Puedes. Llevarte. A. Mi. Padre. ¡Todavía no! ¿Me oyes? ¡Es demasiado joven! Déjalo en paz. Haz algo para salvarlo, Jake. Ve allá. No te necesitamos aquí. ¡Tienes que ayudar a tu hermano! Aline, abuelo, abuela, ¡todavía no! ¡No podéis llevároslo aún!

Sandor siguió a su madre y se pegó a su pierna.

—Dío Shakee lo intenta.

Luego se sentó. De inmediato soltó una risita, después se detuvo y dijo:

—Awex dice que vienen. Awex twae a abwelo aquí.

Sylvi dejó de llorar y dijo:

—Lia está con él ahora. No te preocupes, mamá.

Tora le sostuvo las mejillas a su abuela y dijo:

—Abwelo necesita a Brenna. Ya vienen a casa ahora.

Dyna dijo:

—Empiecen a decir sus oraciones.

Capítulo Treinta y Uno

Lia

Hagen se volvió de golpe cuando Lia se acercó.

—Haz algo, Lia. Se está muriendo.

Lia caminó con calma hasta quedar detrás de Brynja, que ahora estaba arrodillada enfrente, del otro lado de su padre. Le puso una mano en el hombro.

—No puedo sanarlo. No tengo la capacidad para eso.

Aquello fue demasiado para él. Gritó:

—¡Tú siempre sanas a la gente! Los salvas. Nos dices adónde ir. Te aseguras de que nadie muera. ¡Haz algo! No puedo perder a mi padre. Ayúdame, Lia.

Hagen alzó la vista al cielo, las manos resbalosas con la sangre de su padre.

—Ayúdanos, por favor, Dios. Que alguien lo ayude. ¡No puede morir aquí!

Su padre siempre había sido uno de los líderes del clan, él y el tío Jamie, los dos a quienes todos admiraban. Ahora eran Alasdair, Alick y Els quienes lideraban. Pensó en sus tías, Kyla, Maeve y Elizabeth, que adoraban a su hermanito.

Hagen se limpió con rabia las lágrimas de las mejillas. Los ojos de su padre estaban cerrados, el color pálido. Se veía derrotado. Débil. Más débil a cada instante.

A su padre le encantaba guiar a Clan Grant en la batalla, montando a uno de los Midnights, llevando un estandarte, bramando el grito de guerra de los Grant cuando regresaban a casa tras una victoria.

Esto no era una victoria. Era una de las peores pérdidas de todas.

—Lia, ayúdame, por favor —su voz le salió en un susurro.

Lia dijo:

—Tú puedes salvarlo, Hagen. No me necesitas.

—¿Cómo? Dímelo. Moveré toda esta isla si hace falta, solo dime qué hacer. Haría cualquier cosa por mi padre. Por favor.

Lia se inclinó y dijo:

—Pon ambas manos sobre su herida.

—¿Qué? Ya hice eso antes. Intenté detener la sangre, pero es una herida demasiado grande.

—Hazlo, Hagen —susurró Brynja, clavando su mirada en la de él —. Haz lo que Lia dijo. Confía en ella. Yo confío.

Él hizo lo que ella decía, confiando en el hada con todo su ser. No sabía qué más hacer.

—Debéis creer el uno en el otro para que esto funcione —dijo Lia, pasando la mirada del rostro de él al de ella.

—¿Qué? —Brynja miró por encima del hombro, tan confundida como él—. No entiendo.

—Vosotros dos sois un poder especial juntos. A solas, ninguno puede arreglarlo. Juntos, sí. —Lia apretó el hombro de Brynja—. Pon tus manos sobre las de Hagen y míralo a los ojos.

Brynja obedeció, con lágrimas corriéndole ya por las mejillas.

—Hagen, no lo entiendo.

—Yo tampoco, solo haz lo que ella dice, Bry.

Lia continuó:

—Debéis estar calmados y creer en vuestro poder juntos. Si lo hacéis, vuestras manos juntas lo sanarán.

Brynja colocó sus manos encima de las de Hagen y lo miró a los ojos.

Algo intenso ocurrió.

Una oleada de poder pasó por sus manos hacia las de él y hacia el vientre de su padre, una fuerza tan fuerte que ambas manos temblaron.

—¡Mantened vuestras manos unidas! ¡No os suelten! —gritó Lia.

Alaric llegó por detrás y susurró:

—Santos cielos.

Lia gritó:

—¡No los interrumpas, Alaric!

Sin apartarse de la mirada de Brynja, Hagen vio algo allí que no había visto antes. Una calma, una confianza que él no tenía, pero ella sí. Brynja le sonrió, enviándole un mensaje más poderoso que cualquier palabra, y nubes negras llenaron el cielo justo antes de

que un rayo cayera y golpeara detrás de su padre, sacudiendo el suelo bajo ellos y haciendo rodar el trueno alrededor.

Lia gritó por encima del estruendo de la tormenta:

—Esa es una señal de lo poderoso que es el espíritu de tu padre. ¡Seguid! Está funcionando. Lo estáis haciendo.

Hagen mantuvo las manos sobre su padre, con las manos de Brynja todavía sobre las suyas, rezando para que funcionara. Le hormigueaban las manos y temblaban, y soltó un gran rugido por algo que no entendía, pero entonces bajó la vista a su padre… y sus ojos estaban abiertos.

—Ya podéis soltar, los dos —dijo Lia—. Bien hecho. —Abrazó a Brynja por detrás—. Recordad esto: juntos tenéis un poder como ningún otro. No habéis olvidarlo.

Su padre preguntó:

—¿Qué demonios me hicisteis vosotros dos? Vi ese rayo, y vuestras manos. El rugido del trueno. Algo me atravesó desde vuestras manos, algo tan potente e intenso como ese rayo que cayó detrás de mí.

Miró su herida: había sangre por todas partes, pero la piel, aunque no estaba del todo curada, había quedado unida.

Alaric preguntó:

—¿Qué demonios fue eso? Ese rayo parecía que te había pegado. Y salió de la nada. Ni lluvia, ni nada. Solo un rayo y el trueno. Y vosotros dos. Lo que hicisteis. Lo que ella dijo…

Hagen dijo:

—Silencio. No podemos con eso ahora. Olvidadlo hasta que llevemos a mi padre a casa. No quiero que los demás lo sepan. Decid solo que Lia ayudó, por ahora.

Alaric asintió.

—De acuerdo. Lo llevamos a casa. Vamos. Los hombres están todos muertos excepto Dugan y el otro.

Brynja maldijo.

—Sholto. Me encargaré de él después.

Lia señaló hacia el bote.

—No podéis esperar. Llevad a Connor a casa. Jefe Grant, su trabajo no ha terminado todavía. Le queda mucho tiempo.

Artan se acercó con otros dos hombres.

—Podemos levantarlo. Es un hombre grande.

Luego miró a Connor y dijo:

—¿Qué demonios? ¿Qué pasó? Ese trueno fue el más grande que he oído.

—No sé qué fue, pero sanó a pa. Lia. Fue Lia.

Hagen no se atrevió a mencionar sus manos y las de Brynja, que juntas habían sanado a su padre. Sonaba tan loco como cualquier cosa que hubiera oído. Hablaría de ello después. Ahora quería sacar a su padre de allí cuanto antes.

—Tenemos que llevarlo con Brenna. Lia dijo que nos apresuremos.

Merryn y Broc los siguieron.

—Ayudaremos a cargarlo.

Su padre se incorporó.

—No hace falta. Puedo caminar. Despacio, pero puedo caminar si me ayudan a levantarme.

Hagen y Alaric pusieron a su padre de pie, y su padre dijo:

—No te ofendas, Alaric, pero quiero a Brynja de un lado y a Hagen del otro.

—Entendido, tío.

Alaric se apartó y Brynja ocupó su lugar.

Regresaron al bote, todos en silencio.

Hagen miró por encima del hombro.

—¿A dónde se fue?

Broc preguntó:

—¿Quién?

—Lia. Estaba aquí con nosotros.

Broc dijo:

—Yo nunca la vi.

—Se fue —susurró Brynja—. Bajó por la playa.

—¿Pa? ¿Te sientes sanado por dentro?

—Sí. Me siento muy débil, pero el dolor casi se fue. No puedo con un caballo yo solo, pero puedo montar. Nunca he visto nada igual.

Artan dijo:

—Sangraste peor que cualquiera que haya visto. Eso debilita a cualquiera. ¿Cómo sanaste tan rápido?

Alaric dijo:

—Yo mismo no lo puedo creer, pero lo vi con mis propios ojos. Eso fue un golpe mortal, sin duda. Deberías estar muerto, tío Connor.

Su padre lo miró y dijo:

—Fue el rayo; Lia y el rayo.

Era como si su padre hubiera oído todo lo que ella dijo, pero les estaba diciendo que lo mantuvieran en secreto. Asintió hacia Hagen y le apretó el hombro.

Hagen estaba más confundido que nunca, pero tenía a su amado padre caminando a su lado. Él y Brynja habían sanado a su padre, con la ayuda de Lia.

Pero nadie les creería.

¿Y qué clase de poder tenían en verdad él y Brynja? La miró de reojo y le guiñó un ojo.

Brynja sonrió.

Hagen estaba enamorado. Ya no le cabía duda. Estaban hechos el uno para el otro.

Capítulo Treinta y Dos

Connor

Connor había cabalgado delante de Alaric, y él lo había sostenido firme. De hecho, durmió parte del camino. Era de noche, no el mejor momento para viajar, pero conocían el trayecto bastante bien.

La batalla lo había humillado. Había hecho exactamente lo que su padre le había advertido que jamás hiciera. Había dejado que las emociones lo dominaran. Su padre le había dicho una vez que un error así podía ser mortal.

Casi muere.

¿Y cómo iba a explicar lo que había ocurrido?

Había tenido que cambiar su postura porque otro necio se le había tirado encima por un costado, y entonces Dugan aprovechó la oportunidad, apuntando a su vientre. El dolor había sido lo peor que había sentido en toda su vida, y la sangre…

¡Hubo tanta sangre!

Sintió el líquido caliente cubriéndole la mano, colocada allí para intentar detener la hemorragia, aunque había fallado porque no tenía fuerza en la mano.

Recordaba el desespero de Hagen, y cómo Brynja se había quedado a su lado. Y entonces vio a Lia.

Y a otros dos.

Vio a su padre y a su madre. Apartó eso de su mente hasta que tuviera a alguien como Sela o la tía Brenna con quien hablar. Había sido tan real.

Pero luego abrió los ojos y vio las manos de Hagen y Brynja sobre su vientre, a Lia detrás de Brynja hablando, y una fuerza extraña lo atravesó al mismo tiempo que un rayo cayó justo sobre él.

Pensó que lo había alcanzado, pero aun así vivió.

¿Cómo? ¿Cómo se curó tan rápido?

Había cosas en esta isla que nunca tenían sentido, pero estaba demasiado cansado para pensar en ello.

Llegaron entre vítores desde las almenas, Dyna chillando, Sela sollozando.

Tora había gritado:

—¡Abwelo viene! Mira abwela.

Aunque era tarde, los niños seguían despiertos. No podían dormir, algo en su interior les decía que necesitaban ver a su abuelo.

Hagen, su primogénito, de quien estaba tan orgulloso, apartó a todos a empujones y gritó:

—¡Necesita a la tía Brenna! Alaric lo explicará. Brynja y yo lo llevaremos adentro.

Y la multitud se abrió, dándoles el espacio que necesitaban. Connor logró desmontar con solo una rodilla fallándole, y Hagen lo atrapó con facilidad. El muchacho era más fuerte de lo que habría imaginado. Pero, maldita sea, ahora era un poco más alto que él.

Su padre estaría orgulloso.

Sela sollozó y se inclinó, y Hagen permitió que su madre le besara la mejilla. Luego dijo:

—Síguenos adentro, mamá. No podemos detenernos.

Connor le susurró a Hagen cuando se acercaban al castillo:

—No puedo subir los escalones.

Pero su hijo lo alzó y lo cargó escaleras arriba sin siquiera gruñir.

De inmediato recordó el día en que tuvo que hacer lo mismo con su padre cuando regresó de la batalla con Buchan. Cuando su madre había improvisado una cama para su padre en los establos de Clan Cameron, como si hubiera sabido que volvería debilitado.

—Lo recuerdo, pa.

Podía ver a su madre y a su padre como si hubiera ocurrido hacía dos días.

—¿Qué? —preguntó Hagen.

—Nada.

Maldita sea, ahora hablaba con fantasmas. Su mente le jugaba malas pasadas.

Maitland abrió la puerta y caminó junto a él.

—Si pesa demasiado, Hagen, puedo ayudar, y Alaric está justo detrás de ti. No intentes bajarlo tú solo. Te ayudaremos.

—¡Bienvenido a casa, Grant! Me alegra verte aquí —gritó Logan.

Maitland abrió la puerta de la alcoba de sanación, y la tía Brenna señaló la cama.

—Te he estado esperando, Connor. Iba a regresar a casa, pero algo me dijo que me quedara un rato más. Me alegra haberlo hecho.

Hagen se movió para acostar a su padre en la cama.

—Maitland, coge el otro lado. No puedo maniobrarlo.

—Es demasiado alto, yo tengo este lado —dijo Maitland, y entre ambos lo bajaron a la cama.

Maeve se coló y le besó la mejilla.

—Te amo, Connor.

Connor le cogió la mano.

—Quédate, Maeve. Necesito hablar contigo y con Sela y Brenna.

La tía Brenna dijo:

—No hasta que escuche sobre la herida. Fuera todos excepto Maeve, Sela y Hagen. Si estabas allí, Hagen.

—Lo estaba.

La gente salió arrastrando los pies, pero al último momento Connor gritó:

—Quédate, Brynja.

La tía Brenna arqueó una ceja, interrogante, y Sela lo miró con los ojos muy abiertos. Él alzó una mano para pedirles que esperaran.

Maeve y Sela se quedaron atrás, la tía Brenna en un taburete junto a él, ya haciendo lo que había visto a ella y a la tía Jennie hacer tantas veces: mirar y tocar y palpar y volver a mirar.

Cuando la puerta se cerró, dijo:

—Os diré lo que pasó.

La tía Brenna le puso una mano en el pecho y dijo:

—No, estarás en silencio hasta que yo te diga que puedes hablar. Hagen y Brynja lo explicarán.

La puerta se abrió y Logan asomó la cabeza.

—Cuidado, puede ser una bruja de mal genio cuando se lo propone.

La tía Brenna dijo:

—A menos que quieras que me asegure de que termines en un jergón junto a él, cerrarás la puerta, Logan.

La puerta se azotó. Connor atrapó la mueca de satisfacción de la tía Brenna.

Su amada tía le dijo a Hagen:

—Dime exactamente qué pasó. No dejes nada fuera.

Connor dijo:

—Yo puedo…

—Connor, calla. No te lo diré otra vez —dijo su tía.

Sela dijo:

—Connor, haz lo que ella dice. Estás demasiado débil.

Así que cedió. Posó los ojos en Hagen, que se sentó en un taburete dentro de su campo de visión, y escuchó.

—Estábamos detrás de una loma, y pa oyó a Dugan, y sí, era Dugan Comming, decir que iba a matarlo si alguna vez lo veía. Intenté detener a pa, pero él salió, y la batalla comenzó. Así de rápido. Sus hombres, como diez o algo así, estaban por todas partes. Solo estábamos Brynja y yo y Alaric. Broc y Merryn se habían ido a buscar niños. Y otro atacó a pa por el lado opuesto. Pa lo derribó, pero Dugan le alcanzó el vientre cuando estaba acabando con el otro. Pa cayó al suelo y había sangre por todas partes…

—Hagen, veo la sangre, en él, en Brynja, y vuestras túnicas y tartanes están empapados, pero no hay herida. —La tía Brenna lo miró y dijo—. ¿Dónde, Connor? ¿Dónde te apuñalaron?

Connor levantó la mano para señalar el lugar, y vio a su tía levantarle la túnica, buscando una herida abierta, pero no había ninguna.

—Solo veo una cicatriz que parece un rayo.

Sela miró por encima del hombro de la tía Brenna. Hagen palideció y apretó la mano de Brynja.

—¿Dónde, Connor? Señala la herida.

Él lo hizo y luego dijo:

—Sanó. Lia estaba allí.

Sela soltó un jadeo y Maeve se dejó caer en un taburete.

—¿Lia te sanó? Pero hay tanta sangre. —La tía Brenna miró a Hagen y Brynja—. ¿Toda esa sangre en ti y en Brynja es sangre de Connor? ¿Ninguno de vosotros está herido? ¿Alguien más tiene una herida? ¿Alaric? ¿Broc?

—Es toda de pa. —Hagen asintió, Brynja asintió.

La tía Brenna lo miró de nuevo.

—Eso es imposible.

Connor cogió la mano de Brenna y dijo:

—Escúchame. Y todos estáis jurados a guardar secreto. Lia le dijo a Hagen que pusiera sus manos sobre mí, luego le dijo a Brynja que pusiera sus manos sobre las de Hagen. Y ese calor me atravesó justo antes de que el rayo cayera sobre mi cabeza. El dolor desapareció.

Los tres se quedaron atónitos, y entonces él dijo:

—Hagen, tú y Brynja podéis iros. Id a comer algo.

Los dos se fueron tomados de la mano.

—Volveré, pa.

—Os agradezco a ambos —dijo Connor—. Y solo le hemos dicho a todos que Lia me sanó. Eso es todo.

Cuando ya no estaban, miró a Maeve y a su esposa y dijo:

—Vi a mamá y a pa.

—¿Qué? —preguntó Maeve, inclinándose hacia adelante.

La tía Brenna dijo:

—No es inusual que la gente moribunda haya visto a seres queridos. Es común. Probablemente fue un sueño.

Connor le apretó la mano a la tía Brenna y dijo:

—No. Pa me dijo que olvidara a Dugan. Que aún no me llevarían, que debía ayudar a reunir al grupo que trabajaría con Lia.

—¿Lia? ¿Pa conoce a Lia? —preguntó Maeve.

—Dijo que Hagen y Brynja están unidos, que tendrán poderes especiales, junto con Grant y John. Y otros también, pero me desperté. Eran tan reales. Pa me gritó por dejar que mis emociones me manejaran. Me dijo que olvidara a Dugan. Dijo que estaban ocurriendo cosas peores.

Las mejillas de Connor se humedecieron con lágrimas que ni siquiera supo que habían caído.

La tía Brenna le dio unas palmaditas en la mano y dijo:

—Connor, suena a que pasaste por una prueba terrible, pero estás pálido y débil, y necesitas descanso. Voy a tratarte como si tuvieras una herida enorme por la que perdiste toda esa sangre. Tal

vez Lia te puso unas puntadas extrañas. No lo sé. Estás herido y harás lo que te diga. Quiero que bebas primero. Maeve, ¿le traes un poco de caldo, por favor? Bebe el caldo y luego duerme. Tu cuerpo, aunque ya no haya sangre, ha pasado por una prueba. Si quieres sanar para hacer lo que mi hermano quiere que hagas, entonces te quedarás aquí y harás lo que yo diga.

Connor sonrió y susurró:

—Él dijo eso también. Y mamá. Dijo que escuchara a la tía Brenna, así que prometo hacer lo que me digas. Voy a cerrar los ojos ahora. Cuando Maeve traiga el caldo, despiértame. Lo beberé. Por favor no digáis nada de lo que dije. Se lo diré a Kyla y a Jamie cuando los vea.

Cerró los ojos y roncó suavemente antes de que la tía Brenna pudiera cubrirlo con un tartán. Maeve salió por el caldo, y Sela la miró.

—No sé qué creer, pero estoy agradecida. Él, Hagen y Brynja están cubiertos de sangre.

—Voy a decir que Lia lo hizo. No sé lo otro, pero por ahora todos sabemos que Lia tiene poderes especiales. Estoy agradecida, igual que tú, Sela. Si no fuera por Lia, nunca habría llegado aquí. Habría muerto en un bote.

La tía Brenna se levantó para ir por agua en una palangana y lavar la sangre de su sobrino; Sela se quedó sentada en el taburete y apoyó la mejilla en el pecho de su esposo.

Capítulo Treinta y Tres

Brynja

Brynja se incorporó de golpe en la cama, conmocionada por lo que acababa de ver.

El castillo Duart estaba bajo un ataque. Había hombres por todas partes y, justo delante, estaban Sholto y Dugan, este último gritando el nombre de Connor Grant.

Saltó de la cama, pasándose la mano por la frente para secarse el sudor. Hildi dormía en el lecho contiguo, profundamente, como si no hubiera pasado nada. Estaba casi de vuelta a ser la de siempre, algo que la complacía mucho.

Pero no había pasado nada. *Ha sido un sueño.*

Paseó de un lado a otro un momento, sin querer despertar a Hildi, pero necesitaba hacer algo. No había manera posible de volver a tumbarse y conciliar el sueño con una pesadilla tan horrible aún fresca en la mente.

Brynja cogió una manta, se puso las calzas de lana y abrió la puerta con todo el cuidado del mundo. Cuánto necesitaba a Hagen… pero no podía llamar a su puerta y despertarlo, y menos aún sabiendo que compartía la estancia con sus dos primos.

Estaba a punto de bajar las escaleras hacia el gran salón cuando la puerta al final del pasillo captó su atención, como si la llamara. Eso era. Necesitaba subir.

Así que subió hasta las almenas, sujetando la puerta cuando el viento la empujó para evitar que se cerrara de golpe. La cerró en silencio y se volvió, sorprendida al ver a Hagen sentado allí, en un taburete.

Él sonrió de inmediato y abrió los brazos, y ella se lanzó contra su pecho, dejándose colmar por los besos suaves que él fue depositando en su rostro y en su cuello, arropándola con su calor.

—Muchacha, ¿por qué estás aquí?

—Pesadillas —respondió ella, apoyando la cabeza en su hombro mientras él la acomodaba sobre su regazo.

—¿Sobre qué?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? Quizá debería preguntarte qué piensas de las palabras de Lia, antes de hablar de mi pesadilla.

—De acuerdo. ¿Te refieres a lo que dijo, que juntos somos un poder especial? ¿Y que por separado no somos nada?

Ella alzó la vista hacia él.

—A la parte de ser un poder especial juntos. ¿Has oído hablar de algo así antes?

—No, nunca. Y ya sabes que tengo primos que son videntes y otras cosas extrañas. Pero sus dones son independientes. Ninguno está ligado a otra persona. ¿Tú la crees?

Ella suspiró.

—Creo todo lo que dice esa pequeña. Lia es única. Sabe cosas, predice cosas. Desaparece y nadie sabe cómo cruza el agua algunas veces. Dicen que es un ángel guardián, y yo lo creo.

—Ángel guardián y protectora de los niños. Son dos títulos impresionantes.

—Ya ha salvado a muchos niños.

—Y a mi padre, con tu ayuda.

Durante un rato no dijeron nada, contemplando la tierra, el mar y las nubes. La brisa por fin había amainado y la noche estaba en calma, con una hermosa luna creciente protegiéndolos desde lo alto.

—El agua —dijo ella en voz baja—. ¿Qué produce ese sonido?

—Peces saltando. Suena como si estuvieran de fiesta —dijo él con una risita—. ¿Qué piensas de que estemos juntos para siempre?

Ella alzó la cabeza para mirarlo a los ojos, apartándole hacia atrás un mechón de su cabello indómito.

—Tu pelo es taaan largo.

—Lo es. Casi no lo toco, solo lo lavo.

Ella le cogió una mejilla y besó la otra, rozando sus labios contra la barba corta con una risita.

—Me gusta la idea de que estemos juntos para siempre. Me das consuelo y, al mismo tiempo, me emocionas. Me animas, pero también me valoras. La mayoría solo ve a una muchacha tonta con trenzas extrañas. Eso es lo que más amo de ti.

Él arqueó una ceja, con una media sonrisa en el rostro.

—¿Qué?

—Me ves tal como soy, no como algo que no soy.

—Te amo por quien eres, Brynja Nyberg. La mitad nórdica y la mitad escocesa. ¿Cuál de las dos mitades dijo que me ama?

Ella soltó una risita como una pequeña niña.

—Las dos mitades te aman. Somos perfectos juntos, ¿no crees?

—Eso creo. Y sin duda te ganaste a mi padre usando tus manos con él.

Ella le dio un golpe juguetón en el brazo.

—¿Necesitaba ganármelo?

—No, ya le agradabas. Ahora, sobre esa pesadilla.

—La habría desechado, pero después de que Lia nos dijera que somos especiales, me hace dudar.

—Dímela, entonces, y lo decidimos juntos. Creo que eso es lo mejor.

Ella respiró hondo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Estaba cerca de una batalla, y era enorme, hombres muriendo por todas partes. Y solo reconocía a unos pocos.

—¿Quiénes?

—Sholto y Dugan. Venían a por Connor. Tu padre salió y volvió a luchar con Dugan. Fue entonces cuando empecé a llorar, pero luego Sholto le gritó a Dugan. Le dijo que iba a Iona por los niños.

Hagen no dijo nada; cerró los ojos, la besó lentamente, sus labios calentando los de ella, atrapando el labio inferior antes de apartarse.

—Temía que eso fuera lo que ibas a decir.

—¿Cómo lo sabías?

—Tuve la misma pesadilla.

Capítulo Treinta y Cuatro

Sholto

A la mañana siguiente, los dos hombres estaban sentados en la cabaña, ambos sosteniéndose la cabeza por toda la ale que habían bebido.

Sholto dijo:

—No está muerto, te lo digo yo. Que le hayas clavado la espada en el vientre no significa que esté muerto. Su cuerpo no estaba allí cuando regresamos.

—Está muerto, necio. Eso fue un golpe mortal. —Dugan se levantó y golpeó la pared con el puño, maldiciendo después—. Se lo llevaron para enterrarlo en su tierra.

—Entonces ¿por qué lo vi caminando cuando regresé?

—¿Qué? —Dugan se acercó y lo sujetó del hombro, haciéndolo girar con brusquedad—. ¿Se fue caminando?

—Sí. Iban a mitad de camino hacia la Bahía Gott. Había dos con él, y esa niña pequeña y fastidiosa también estaba allí. Pero ella se fue por la playa. ¿Por qué una niña tan joven anda sola?

—Olvídala. ¿Quién lo ayudó?

—El hombre del pelo largo y esa otra zorra. La de Iona que me golpeó con la daga. ¿Por qué estaba con ellos? Eso es lo que quiero saber, aunque explica por qué no he visto a la zorra en Iona últimamente. Voy a matar a esa zorra. Si hubiera tenido más hombres, habría ido tras ella.

Dugan volcó el taburete de una patada y luego lo enderezó para sentarse y sujetarse la cabeza.

—No puedo seguir hoy, pero tenemos que ir a por los Grantham. Tengo que matarlo. Al menos debe de estar debilitado.

—Lo estaba. No caminaba sin ayuda. Pero sabes que hay un problema.

—Lo sé. Varios problemas. No tenemos suficientes hombres. Mataron o espantaron a la mayoría de los nuestros. Y el próximo grupo no llegará hasta dentro de dos días. Y alguien encontró mi alijo.

—¿Qué alijo?

—El que encontré enterrado atrás. He estado usando eso para contratar a los mercenarios. ¿Lo cogiste tú? —Le dio una bofetada fuerte a Sholto.

—¡No! Si lo hubiera hecho, estaría lejos de ti como el demonio. ¿Qué te pasa? —Se frotó la mejilla y se apartó de Dugan.

—Tendremos que esperar. Por suerte, guardé suficiente de esa moneda conmigo. Pero iremos al castillo Duart en dos días. Lo llamaré a las puertas para que pelee conmigo. Uno a uno.

—Bien, porque yo no te ayudaré. Voy a por la zorra y luego voy a por los niños.

—Los niños pueden esperar para después.

—No, el primer barco llega en tres días. Voy a por ellos, pero no hasta que mate primero a esa zorra. Luego me dirigiré a Iona. Tú ocúpate de tu necia venganza por tu abuelo. A mí eso no me importa en absoluto.

—Pues a mí sí. Y vamos a ir. Y tú vienes conmigo. ¿Entendido?

—Entendido.

Sholto iría al castillo Duart, pero iba tras la muchacha. Al diablo con los Grant.

Capítulo Treinta y Cinco

Brynja

Al día siguiente, Brynja encontró a Hildi en el gran salón, sentada junto al hogar con una labor de bordado en el regazo. Su prima se veía ahora más fuerte que en días anteriores: el tono gris había desaparecido de su piel, y la quietud terrible había sido reemplazada por una vitalidad serena. Estaba sanando. Despacio, pero sanando.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Brynja.

Hildi alzó la vista, y su expresión se suavizó.

—Por favor. He estado esperando que vinieras. Apenas hemos tenido ocasión de hablar, con todo lo que he dormido. Pero por fin me siento como antes.

—Estoy tan feliz, Hildi. Te he extrañado tanto.

Brynja se acomodó en la silla a su lado, observando la seguridad con la que sus manos manejaban la aguja sobre un par de calzas, firmes y confiadas. Su vieja amiga había regresado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Brynja, aunque la respuesta era evidente en el rostro de Hildi.

—Mejor, más fuerte. —Hildi dejó el bordado a un lado—. Los dolores de cabeza casi han desaparecido. Puedo caminar sin marearme. Lia dice que estoy sanando bien.

—Me alegra. —Y así era. Aun así, la culpa por la herida de Hildi pesaba con fuerza en su pecho. Si Brynja no hubiera herido a Sholto, si no hubieran viajado a Ulva, si hubiera podido lanzar su daga para detenerlo, Sholto nunca habría arrojado a Hildi contra aquel árbol.

—Basta —dijo Hildi con suavidad.

—¿Basta de qué?

—De culparte. Lo veo en tus ojos. —Hildi se inclinó y cogió la mano de Brynja—. Lo que me pasó no fue tu culpa. Fue de Sholto. Igual que lo que le ocurrió a tu madre no fue tu culpa. Fue de Dugan. ¿Sí? ¿Crees que fue él?

La garganta de Brynja se tensó.

—Sí. Dugan mató a nuestras madres, y eso es una cosa. Pero si no hubiera golpeado a Sholto aquella noche, quizá esto nunca te habría pasado.

—¿Si no te hubieras qué? ¿Defendido? ¿Negarte a ser una víctima? Si esos dos hombres hubieran encontrado a Sheona, habrían buscado a otra muchacha también. Estoy segura de que nos habrían tomado a las tres de nuestra alcoba. —El apretón de Hildi fue firme—. Brynja, no puedes pasar la vida asumiendo la responsabilidad del mal que otros eligen hacer. Eso no es culpa. Eso es darles poder sobre ti incluso cuando no están.

Las palabras golpearon algo muy profundo. Brynja nunca lo había pensado así: que su culpa era otra forma del control de Sholto.

—Te he estado observando —continuó Hildi, con la voz suave pero firme—. Estos últimos días en Duart. Te he visto aprender a montar. Entrenar con todos en tiro con arco y a caballo. Reír con Hagen Grant.

El calor le subió por el cuello a Brynja.

—No es lo que crees. No tengo ningún tipo de relación con Hagen.

—Sí la tienes. —Sonrió Hildi, con una expresión que lo sabía todo—. Y me alegro. Te mereces la felicidad, Brynja. Te mereces sanar.

—No sé si puedo. —La confesión apenas fue un susurro—. Sanar, quiero decir. No sé si sé cómo hacerlo.

—Yo tampoco lo sabía. —Hildi se volvió hacia la ventana, con la mirada distante—. Cuando desperté después de Ulva, al principio no recordaba lo que había pasado. Luego todo regresó. Recordé las manos de Sholto sobre mí, su daga pinchándome el cuello, volando por el aire, el árbol, el dolor. Y estaba tan enfadada, Brynja. Tan enfadada con él por hacerme daño. Contigo por traerlo a nuestras vidas. Con Dios por permitir que sucediera.

A Brynja le dolió el pecho.

—Hildi, lo siento tanto…

—Déjame terminar —dijo Hildi con suavidad, pero con firmeza—. Estaba furiosa. Y esa ira me mantuvo viva al principio. Me dio algo a

lo que aferrarme cuando el dolor era insoportable. Pero luego… luego empecé a sanar. Y tuve que decidir qué hacer con toda esa rabia.

Se volvió de nuevo hacia Brynja.

—Podría haber dejado que me consumiera. Podría haber pasado cada momento despierta pensando en Sholto, odiándolo, planeando venganza. Pero allí, tumbada en esa cama, apenas era capaz de moverme y lo único que podía pensar era que casi había muerto. Y si hubiera muerto, ¿qué habría sido mi vida? ¿Solo miedo, ira y dolor?

Las lágrimas punzaron los ojos de Brynja.

—¿Qué hiciste?

—Elegí dejarlo ir —dijo Hildi con voz serena—. No perdonar. Nunca lo perdonaré por lo que hizo. Pero elegí no permitirle robarme más vida de la que ya me había quitado. Elegí centrarme en sanar. En las personas que me amaban. En construir algo nuevo en lugar de quedarme anclada en lo que estaba roto.

—Quiero a Sholto muerto —dijo Brynja sin rodeos—. Quiero ver cómo la luz se apaga en sus ojos. Quiero que sepa que fui yo quien lo mató.

—De acuerdo. ¿Y después? —La mirada de Hildi era firme—. Después de que esté muerto y tu venganza se haya cumplido, ¿qué? ¿Cómo será tu vida entonces?

Brynja abrió la boca y luego la cerró. Había pasado semanas imaginando la muerte de Sholto. Pero nunca había imaginado lo que vendría después. Era como si su vida se detuviera en el instante de su muerte, como si no hubiera nada más allá de ese único punto de venganza.

—No lo sé —admitió.

—Entonces quizá eso sea lo que necesitas averiguar —dijo Hildi con suavidad—. Porque la venganza puede satisfacerte por un momento. Pero los momentos terminan, Brynja. Y después te queda el resto de tu vida. La pregunta es: ¿quién quieres ser en esa vida?

Brynja apartó la mano y se acercó a la puerta para mirar el tiempo. Afuera, el cielo se oscurecía, las nubes de tormenta se acumulaban.

—No sé ser otra cosa que la mujer que quiere muertos a los hombres que mataron a nuestras madres. Eso es lo que he sido durante más de tres lunas. Eso es lo que me ha mantenido con vida.

—Lo sé. —Hildi se levantó con más lentitud, haciendo una leve mueca cuando su cuerpo protestó—. Pero eres más que eso, Brynja. Lo he visto estas últimas semanas. Eres la mujer que aprendió a montar a caballo aunque estaba aterrada. Eres la mujer que hace sonreír a Hagen Grant. Eres la mujer que me llevaba caldo cuando me estaba recuperando y se sentaba conmigo cuando no podía dormir.

Brynja se unió a su amiga junto al hogar, tan agradecida de verla en pie, fuerte.

—Prima, no eres solo venganza. También eres coraje, bondad y fortaleza. También eres capaz de amar, aunque te dé miedo.

—No tengo miedo al amor, Hildi.

—Sí lo tienes —dijo Hildi con un tono suave pero inamovible—. Estás aterrada. Porque el amor significa vulnerabilidad. Significa permitir que alguien se acerque lo suficiente como para hacerte daño. Y ya te han hecho tanto daño…

Las lágrimas se derramaron, ardientes, sobre las mejillas frías de Brynja.

—No puedo. No puedo dejar que entre. ¿Y si pasa algo? ¿Y si lo pierdo a él también?

—Puede que lo pierdas. —La honestidad de Hildi fue dura, pero necesaria—. La vida no viene con garantías. Yo podría tener otro accidente mañana. Tú podrías perder a Hagen. Podríamos morir todos en nuestro sueño. Ese es el precio de estar vivos. Todos morimos, al final.

Se volvió para mirarla de frente.

—Pero la cuestión no es si perderemos a las personas que amamos. La cuestión es si somos lo bastante valientes como para amarlas de todos modos. Si la alegría de tenerlas merece el dolor de poder perderlas.

—No sé si soy tan valiente —susurró Brynja.

—Lo eres. —Hildi secó las lágrimas de Brynja con el pulgar—. Eres la persona más valiente que conozco. Sobreviviste a cosas que

me habrían destrozado. Seguiste adelante cuando cualquiera se habría rendido. Si puedes hacer eso, puedes hacer esto.

—¿Y si la venganza es lo único que me queda? ¿Y si mato a Sholto y luego no hay nada dentro de mí? ¿Y si me quedo… vacía?

—Entonces te llenas de nuevo. —La voz de Hildi sonaba feroz—. De amor y risas y momentos ordinarios. De paseos matutinos y manzanas asadas con miel y discusiones sobre nada. De la sonrisa de Hagen y el carácter áspero de Jowell y las risitas de Grant. Te llenas de vida, Brynja. Porque estás viva. Y eso es lo que hacen los vivos.

Brynja apoyó la frente en el hombro de Hildi, mientras los brazos de su prima la rodeaban.

—Estoy tan cansada de estar enfadada todo el tiempo…

—Lo sé, lo sé. —Hildi la estrechó—. Pero la ira no tiene por qué ser todo lo que eres. Puede ser una parte de ti, pero no toda la historia.

Se quedaron así mientras la tormenta comenzaba afuera, la lluvia repiqueteando contra la piedra del patio. Al final, Brynja se apartó, secándose el rostro.

—¿Y si viene a por mí? —preguntó—. Sholto. ¿Y si me encuentra aquí?

—Entonces te enfrentarás a él —dijo Hildi con firmeza—. Pero no lo harás sola. Tendrás a Hagen. A Jowell. A Paden. A Maitland y a todos sus guerreros. Tendrás un ejército a tu espalda en lugar de solo tu rabia.

Cogió el rostro de Brynja entre las manos.

—Pero prométeme algo. Prométeme que cuando llegue el momento, no tirarás por la borda tu oportunidad de ser feliz solo para satisfacer tu necesidad de venganza. Prométeme que pensarás en lo que viene después. En quién quieres ser.

—Yo… —Brynja luchó por encontrar las palabras—. No puedo prometer que no iré a por él si tengo la oportunidad.

—No te pido que prometas eso. Te pido que prometas que pensarás en lo que estás eligiendo. Que te preguntes si la venganza es realmente lo que necesitas, o si lo que necesitas de verdad es liberarte de él. Dejar de permitirle controlar tu vida.

Brynja sostuvo la mirada de su prima, tan parecida a la de su madre, tan llena de amor y preocupación.

—Prometo que lo pensaré.

—Eso es todo lo que te pido. —Hildi la atrajo a otro abrazo—. Porque te quiero, Brynja. Y quiero que tengas la oportunidad que yo casi no tuve: la oportunidad de elegir la vida. De elegir la alegría. De elegir el amor, incluso cuando da miedo.

—Yo también te quiero —susurró Brynja—. Y me alegra tanto que estés sanando.

—A mí también. —Hildi se apartó, sonriendo entre sus propias lágrimas—. Aunque admitiré que verte entrenar con dagas y arcos me da dolor de cabeza. Eres terriblemente buena con la violencia.

A pesar de todo, Brynja rio.

—Años de rabia acumulada tienen que ir a alguna parte.

—Bueno, quizá podrías canalizar parte de esa energía en ser feliz —dijo Hildi con picardía—. Hagen Grant es muy apuesto. Y la forma en que te mira me hace reír.

—¡Hildi!

—¿Qué? Estoy herida, no ciega —dijo sonriendo—. Además, alguien tiene que señalar lo evidente, ya que tú te empeñas tanto en ignorarlo.

—No estoy ignorando a Hagen. —Brynja empezó a decir algo más, pero se detuvo. Porque sí lo estaba ignorando. Ignorando cómo se le aceleraba el corazón cuando Hagen sonreía. Ignorando lo segura que se sentía cuando él estaba cerca. Ignorando el hecho de que, por primera vez en meses, podía imaginar un futuro que no giraba solo en torno a la venganza.

—¿Ves? —La sonrisa de Hildi lo decía todo—. Ya estás pensando en ello. Bien. Sigue pensando. Y cuando estés lista, cuando seas lo bastante valiente, permítete tenerlo.

—¿Y si nunca estoy lista? ¿Y si nunca soy lo bastante valiente?

—Entonces finge —dijo Hildi con fiereza—. Finge ser valiente hasta que el fingimiento se vuelva real. Eso hice yo. Cada día me despertaba y elegía levantarme incluso cuando la cabeza me estallaba. Elegía caminar incluso cuando me mareaba. Elegía vivir

incluso cuando morir parecía más fácil. Y, con el tiempo, elegir se volvió más sencillo. El fingimiento se convirtió en verdad.

Apretó las manos de Brynja una vez más.

—Eres más fuerte de lo que crees. Más valiente de lo que sabes. Y te mereces la felicidad, aunque todavía no lo creas.

—Gracias —dijo Brynja en voz baja—. Por esto. Por comprenderme.

—Siempre. —Hildi sonrió—. Para eso está la familia. —Miró a su alrededor, a las pocas personas que charlaban en el salón—. Es una grande, pero es un clan que ama con intensidad y es leal hasta el núcleo. Hemos encontrado un buen lugar, Brynja.

—Este lugar es especial, sin duda.

—Y ahora tengo una pregunta para ti.

—Lo que quieras.

Hildi bajó la voz hasta un susurro.

—¿Jowell tiene novia?

Brynja casi chilló de alegría, pero logró contenerse, llevándose la mano a la boca.

—No, pero lo adoro. Seríais perfectos juntos. Él es el serio, perfecto para ti, Hildi. Paden es demasiado alocado. También lo quiero, pero tiene otra personalidad. Jowell es una roca.

—Aún no estoy lista. Todavía estoy sanando, pero quizá algún día.

Volvieron a sus sillas junto al hogar, escuchando cómo la tormenta rugía afuera. Pero dentro del salón había calor. Había esperanza. Y por primera vez en mucho tiempo, Brynja se permitió imaginar lo que podría venir después de la venganza.

Una vida. No solo sobrevivir, sino una vida de verdad. Con Hagen y risas y momentos cotidianos. Con paseos al amanecer y conversaciones tranquilas y la sanación lenta de viejas heridas.

Daba miedo. Pero quizá merecía la pena sentir ese miedo.

Afuera, la tormenta continuaba. Y en algún lugar, al otro lado de esas aguas oscuras, Sholto seguía vivo, seguía planeando, seguía esperando.

Pero por ahora, en este momento, Brynja eligió centrarse en el calor y la esperanza. En la recuperación de Hildi, en la sonrisa de

Hagen y en la posibilidad de algo más.

La tormenta llegaría a su debido tiempo. Pero no tendría que afrontarla sola.

Capítulo Treinta y Seis

Brynja

Brynja despertó en la oscuridad, con el corazón desbocado y el grito atrapado tras los dientes.

No otra vez.

Permaneció rígida en la cama desconocida, contando las respiraciones como le había enseñado la hermana Ada. Cuatro al inhalar. Cuatro sosteniendo. Cuatro al exhalar. El sueño se le aferraba: sangre sobre la piedra, la mano de su madre enfriándose entre las suyas, voces ásperas hablando de trenzas doradas y de la moneda que valdrían.

La luz de la luna se filtraba a través de la piel que cubría la ventana de su alcoba en el castillo Duart. Llevaba ya más de una semana allí y aún le costaba creer el lujo de tener su propia habitación, su propia cama, muros de piedra que mantenían al mundo a raya.

Excepto que los muros no podían mantener a raya los recuerdos.

Apartó las mantas y buscó sus botas. El sueño no regresaría ahora, nunca lo hacía después de las pesadillas. Mejor caminar, moverse, recordarle a su cuerpo que estaba allí, viva, a salvo.

A salvo. Qué palabra tan extraña. También había creído estar a salvo en el convento, hasta que los hombres llegaron de noche a por Sheona.

Y una barca con dos hombres patrullaba la isla constantemente, buscando algo.

O a alguien.

Brynja se echó el manto sobre los hombros y se ciñó la daga a la cintura. El peso le resultó familiar, reconfortante. Abrió la puerta con cuidado, agradecida de que las bisagras no chirriaran, y se deslizó al corredor. No quería despertar a Hildi, ahora que por fin dormía de nuevo en una alcoba de verdad.

El castillo estaba en silencio a esas horas; la mayoría de sus habitantes dormían desde hacía tiempo. Bajó las escaleras, pasó

junto al gran salón con el fuego amortiguado y salió al patio. El aire fresco quizá le despejara la cabeza.

Estaba a medio camino del patio cuando lo vio.

Hagen estaba sentado en un banco cerca del establo, con las riendas de Freya en la mano. La yegua permanecía a su lado, ya ensillada, el pelaje brillando plateado a la luz de la luna.

Brynja se detuvo. Él aún no la había visto; su atención estaba en el caballo, murmurando algo demasiado bajo para que ella lo oyera. ¿Qué hacía allí a esas horas?

Entonces alzó la vista, como si hubiera sentido su presencia. No hubo sorpresa en su rostro. Simplemente dijo:

—¿Tampoco podías dormir?

—No. —Se acercó, confundida—. ¿Por qué está Freya ensillada?

—Pensé que quizá la necesitarías. —Se levantó y le tendió las riendas—. Has estado inquieta estas últimas noches. Te oigo caminar por los pasillos.

El calor le subió por el cuello.

—Intenté ser silenciosa. No quería despertarte.

—No me despertaste. Además, no son tus pasos lo que oigo. Es algo muy dentro de mí lo que siento. Sé cuándo estás intranquila. Yo tampoco duermo bien. —Sonrió de lado, con un gesto casi tímido—. Creo que Lia tiene razón: tenemos algún tipo de conexión.

Cogió las riendas, aún desconcertada.

—Pero, ¿por qué Freya?

—Porque a veces los muros se sienten como jaulas —dijo en voz baja—. Y pensé que quizá querrías correr.

Algo se le abrió en el pecho. Él lo entendía.

Lo entendía.

—También ensillé a Midnight Star —continuó Hagen, señalando donde su propio caballo esperaba entre las sombras—. Pa dijo que lo sacara a dar un paseo. Eso es… si quieres compañía. O puedo quedarme aquí, si prefieres ir sola.

La oferta quedó suspendida entre ambos. Sin presión. Sin expectativas. Solo… comprensión.

—Ven conmigo —se oyó decir.

Su sonrisa valió la vulnerabilidad de la confesión.

Montaron y salieron por las puertas del castillo; los guardias les hicieron un gesto para que pasaran, sin preguntar. Hagen debía de haberlos avisado, se dio cuenta Brynja. Había planeado aquello. No solo esa noche, sino otras también, manteniendo su yegua lista por si necesitaba escapar.

El camino que eligió se alejaba de la aldea, hacia los acantilados que dominaban el mar. La luna lo bañaba todo en tonos de plata. La vista era magnífica: las colinas ondulantes, la cinta oscura del agua, el perfil distante de otras islas.

Cabalgaban en silencio, pero no era incómodo. El ritmo de los cascos, el aire fresco de la noche, el vasto cielo abierto sobre ellos… todo ello fue aflojando poco a poco el nudo que Brynja llevaba en el pecho.

Al llegar al borde del acantilado, Hagen desmontó y caminó hasta el mismo borde, mirando el agua. Brynja se unió a él, dejando que Freya pastara cerca.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí. —Inhaló profundamente el aire salado—. ¿Cómo lo supiste?

—¿Que necesitabas correr? —Guardó silencio un momento—. Por Derric, el esposo de Dyna. Volvió de la guerra distinto. Luchó con el rey Robert durante unos años. No podía soportar estar mucho tiempo bajo techo después. Salía a cabalgar de noche, solo para sentir que podía respirar. Le llevó mucho tiempo encontrar la paz de nuevo.

—¿La encontró? ¿La paz?

—Sí, pero no olvidando lo que pasó, ni porque alguien le dijera que lo dejara atrás. La encontró con la ayuda de Dyna, y tener tres hijos le mantiene la mente ocupada, dice.

A Brynja se le cerró la garganta.

—Las hermanas solían decirme que necesitaba perdonar. Encontrar la paz a través de la oración y la absolución.

—¿Y eso te ayudó?

—No. —La confesión se sintió como un sacrilegio, pero también como un alivio—. Solo me hacía sentir que estaba fracasando en sanar. Como si hubiera algo mal en mí porque no podía simplemente… superarlo.

Hagen se volvió hacia ella por completo.

—No hay nada mal en ti, Brynja. Lo que te ocurrió fue maldad. Asesinaron a tu madre delante de ti. Te arrastraron, casi te vendieron. Eso no es algo que se supere sin más. Es algo que se carga.

—¿Pero durante cuánto tiempo? —La pregunta salió antes de que pudiera detenerla—. ¿Cuánto tiempo tengo que seguir cargándolo? ¿Cuándo puedo simplemente… ser libre?

—No lo sé. —Su honestidad la sorprendió. La mayoría habría ofrecido frases vacías—. Puede que nunca del todo. Puede que no funcione así. Pero creo… —Dio un paso más cerca—, creo que la libertad no tiene que ver con olvidar o perdonar ni nada de eso. Tiene que ver con elegir qué haces con lo que cargas.

—¿Como salir a cabalgar en mitad de la noche cuando los muros se acercan demasiado?

—Sí. Como eso. —Su sonrisa era suave—. O como aprender a confiar en alguien nuevo, incluso cuando da miedo. Como quedarte en el castillo Duart aunque podrías huir de vuelta a Iona. Como permitirte imaginar un futuro distinto a tu pasado.

El viento subió desde el agua, enredándose en las trenzas de Brynja.

—¿Eso crees que estoy haciendo? ¿Imaginando un futuro distinto?

—Eso espero. —Su voz bajó—. Porque yo también me descubro imaginando uno. Uno en el que estás tú.

El corazón de Brynja tropezó.

—Hagen…

—No te estoy pidiendo que seas algo que no eres —dijo deprisa —. No te pido que estés curada ni completa ni nada de esas cosas que dice la gente. Solo te pido… que quizá puedas verte quedándote. Aquí. Conmigo. Tal como eres.

Tal como eres. No como una versión idealizada de sí misma. No cuando hubiera superado el trauma o vengado a su madre o aprendido a dormir toda la noche. Sino tal como era, con pesadillas y rabia incluidas.

—Mantienes a Freya ensillada para mí —dijo, con la voz espesa —. ¿Cada noche?

—Cada noche desde que le diste su nombre. Después de la primera vez que te oí caminar, le pedí al maestro de cuadras que la mantuviera lista. Por si acaso la necesitabas. —Casi parecía avergonzado—. Sé lo que es sentirse atrapado. Pensé… pensé que tener una salida podría ayudarte a sentirte menos enjaulada. Aunque nunca la usaras.

—Pero vienes conmigo.

—Solo si tú quieres. —Su expresión era abierta, sincera—. Si prefieres cabalgar sola, me quedaré atrás, aunque admitiré que probablemente enviaría guardias detrás de ti por seguridad. Esto no va de mí, Brynja. Va de que tengas lo que necesitas.

Algo dentro de ella se movió, como una puerta cerrada que por fin se abría. Toda su vida, la gente había querido algo de ella: los hombres que mataron a su madre habían querido su cuerpo para venderlo; las hermanas habían querido que fuera piadosa y perdonadora; incluso Hildi a veces quería que fuera la prima fuerte que siempre sabía qué hacer.

Pero Hagen solo quería que fuera ella misma. Con piezas rotas y aristas afiladas incluidas.

—Te quiero conmigo —dijo—. Esta noche. Y mañana por la noche, si los sueños regresan. Y la noche siguiente.

—Entonces estaré allí —confirmó simplemente. Seguro.

Brynja dio un paso más cerca, lo bastante para ver cómo la luz de la luna atrapaba sus ojos y los volvía plateados.

—No intentas arreglarme.

—No estás rota.

—Sí, lo estoy. Un poco. —Alzó la mano, rozándole la mandíbula —. Pero no te importa.

—No me importa. —Su mano cubrió la de ella, cálida y firme—. Todos estamos rotos en algún lugar, Brynja. Cualquiera que haya vivido algo duro. La cuestión no es si estás rota. Es si eres lo bastante valiente como para seguir viviendo de todos modos.

—¿Y crees que lo soy?

—Lo sé. —Giró la cabeza y besó la palma de su mano—. Subiste a una barca después de ver a tu amiga atacada y dada por muerta. Viniste a una fortaleza extraña llena de guerreros. Aprendiste a montar un caballo de guerra. Te despiertas cada mañana y eliges seguir adelante incluso cuando las pesadillas te hacen querer esconderte. Eso no es estar rota, Brynja. Es lo más valiente que he visto en mi vida.

Las lágrimas le picaban en los ojos. Parpadeó con fuerza, pero una escapó y recorrió su mejilla.

Hagen la atrapó con el pulgar, con suavidad.

—Y si necesitas salir a cabalgar a medianoche cada noche el resto de tu vida, yo ensillaré tu caballo. Si necesitas mantener una daga bajo la almohada, yo la afilaré por ti. Si necesitas maldecir a los hombres en nórdico e imaginar destinos terribles para ellos, aprenderé las palabras para ayudarte.

Una risa le brotó de la garganta, húmeda pero real.

—¿Harías eso?

—Sí. —Su sonrisa estaba torcida ahora—. Puede que no sea muy bueno con la pronunciación, pero lo intentaré.

Ella lo besó entonces, poniéndose de puntillas, los puños cerrados en su túnica. Él soltó un sonido sorprendido contra su boca y, enseguida, sus brazos la rodearon, atrayéndola hacia sí.

El beso sabía a sal y a viento y a promesa. Era aceptación y comprensión y algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Cuando por fin se separaron, ambos respirando con fuerza, Hagen apoyó la frente contra la de ella.

—Quédate —susurró—. No porque estés curada ni porque hayas resuelto tu pasado ni nada de eso. Quédate porque quieres. Porque quizá podamos estar rotos juntos y aun así construir algo bueno.

Brynja cerró los ojos, respirándolo, cuero y caballo y algo únicamente Hagen. Detrás de ellos, el mar se estrellaba contra las rocas, eterno e inmutable. Sobre sus cabezas, las estrellas encendían el cielo de invierno.

Había creído que la seguridad significaba muros y armas y mantener a todos a distancia. Pero quizá significaba esto también: alguien que veía tus cicatrices y no apartaba la mirada. Alguien que

mantenía tu caballo ensillado por si necesitabas correr, y que corría contigo cuando se lo pedías.

—Sí —dijo, abriendo los ojos para encontrarse con los de él—. Me quedaré.

La sonrisa de Hagen fue como un amanecer, lento y transformador.

—Esperaba que dijeras eso.

Se quedaron así un largo momento, envueltos el uno en el otro, con el viento azotándolos alrededor. Luego Hagen besó su sien y dio un paso atrás.

—¿Quieres regresar cabalgando? ¿O quedarnos aquí un rato más?

Brynja lo pensó. El agarre de la pesadilla se había aflojado, reemplazado por una calidez extraña y frágil en el pecho. Pero la noche era hermosa y aún no estaba lista para volver a los muros de piedra.

—Quedarnos —decidió—. Solo un poco más.

Así que se sentaron al borde del acantilado, hombro con hombro, siguiendo la ruta de la luna sobre el agua. Freya y Midnight Star pastaban cerca, pacíficas y pacientes.

—Dime algo —dijo Brynja al cabo de un rato—. Algo cierto.

Hagen guardó silencio un momento.

—Al principio me dio miedo hablarte. Cuando llegaste a Duart. Te veías tan fiera, tan… intocable. Pensé que me verías por dentro. Que verías que solo soy un guerrero de tercera generación intentando estar a la altura de la leyenda de un abuelo, con una hermana que ya es jefa de un clan.

—Eres más que eso —dijo Brynja con firmeza.

—¿Lo soy? —Sonrió con amargura—. A veces no lo sé. Todos ven a Alexander Grant cuando me miran. Todos esperan que sea tan poderoso con un arma como mi padre y mi abuelo… —Se interrumpió, negando con la cabeza—. Perdón. No pediste esto.

—Sí que lo pedí. —Le dio un golpecito con el hombro—. Algo cierto, dije.

—Muy bien, entonces. —Tomó aire—. Me aterra no ser nunca tan bueno como mi padre. O como mi abuelo. Que falle de algún

modo y todos se den cuenta de que no soy el guerrero que creían.

Brynja se volvió hacia él por completo.

—Hagen Grant, ensillas un caballo cada noche para una mujer con pesadillas. Le enseñas a montar sin hacerla sentir débil. No intentas arreglarla ni cambiarla ni convertirla en algo que no es. Solo… la ves. Y la aceptas. —Le cogió la mano, entrelazando los dedos—. Eso es lo que hace a un buen hombre. No lo bien que blande una espada.

Él apretó su mano.

—Tú también me ves.

—Sí. Te veo. Aunque antes hayas sido mandón. Y a veces me gruñas.

Ambos soltaron una risita, y él puso los ojos en blanco.

—Toma cada gruñido como un cumplido, muchacha. Está hecho para eso.

Se quedaron en un silencio cómodo mientras la luna avanzaba por el cielo oscuro. Al final, el frío empezó a colarse bajo sus capas, y se levantaron a regañadientes, montando sus caballos para volver a Duart.

Al aproximarse a las puertas del castillo, Brynja sintió algo que no había experimentado en cuatro meses: una sensación de regreso al hogar. No por los muros de piedra ni por la cama caliente que la esperaba, sino por el hombre que cabalgaba a su lado. El hombre que entendía que la seguridad no era arreglar lo que estaba roto, sino aceptarlo y seguir adelante de todos modos.

Al día siguiente, lo sabía, Dugan podía aparecer fuera de sus puertas. Lo había sentido en sus sueños, había visto destellos de él cabalgando con furia a través del paisaje invernal. Cualquier noticia que trajera lo cambiaría todo. Pondría en marcha hechos que ya no podrían detenerse.

Pero esta noche, tenía esto. Este momento de paz, difícil de ganar y precioso. Este hombre que mantenía su caballo ensillado y no intentaba curarla, que simplemente la amaba tal como era.

Tendría que bastar. Porque mañana, todo podía cambiar.

Mañana, podía haber un ataque.

Capítulo Treinta y Siete

Brynja

Dos días después, Brynja llamó suavemente a la puerta de la alcoba, con un cuenco de estofado de venado equilibrado en una mano. Sela le había pedido que lo llevara porque Connor por fin estaba comiendo de nuevo, y necesitaba mantener sus fuerzas.

—Adelante —llamó la voz de Connor, más fuerte de lo que ella esperaba.

Brynja empujó la puerta. Connor estaba incorporado entre almohadas, aún pálido pero ya sin aquel tono gris, tocado por la muerte, de hacía unos días. La herida de su costado había sanado, gracias a Lia, según contaban. A Brynja todavía le costaba creer que habían sido sus manos entrelazadas con las de Hagen las que habían curado aquella herida espantosa.

—Sela dice que tiene que comer —dijo Brynja, acercándose para dejar el cuenco en la mesa junto a la cama. El viejo guerrero tenía una apariencia opuesta a la de Hagen: cabello oscuro salpicado de hebras grises, pero los ojos azules eran los mismos, calculadores y siempre alerta. El pelo le caía hasta los hombros, como a la mayoría de los hombres del clan, en lugar de como el de Hagen, que le caía mucho más abajo de los hombros.

Le venía bien a Hagen. Brynja pensó en su padre como en un viejo guerrero, pero parecía solo un poco mayor de lo que había sido su madre. Vieja no era una palabra que jamás usaría para describir a Sela.

—Mi esposa es una tirana. —Pero la sonrisa de Connor era cariñosa—. Gracias, muchacha. ¿Te sientas conmigo un momento? ¿O tienes otro sitio adonde ir?

Brynja vaciló. Había esperado dejar el cuenco e irse. No se sentía cómoda con la intimidad fácil de la familia Grant, no estaba segura de dónde encajaba entre ellos. Pero los ojos de Connor eran amables, y había algo en su expresión que hacía que negarse pareciera una grosería.

—Puedo quedarme —dijo, acomodándose en la silla junto a la cama.

Connor cogió el estofado, moviéndose con cuidado.

—Estabas allí, en Tiree. Cuando me hirieron.

—Sí. —Lo observó probar el estofado—. Luchó bien.

—Me apuñalaron. Eso no es luchar bien. —Se le torció la boca—. Pero estoy vivo, así que supongo que pudo haber sido peor.

—Mucho peor —dijo Brynja en voz baja. Había visto la herida, había visto lo cerca que estuvo de morir, había sentido su sangre en las manos. Un dedo más a la izquierda y la hoja habría encontrado algo vital.

Connor la estudió por encima del borde del cuenco.

—Sholto escapó. ¿Qué se siente?

—No lo sé —admitió—. Distinto a lo que esperaba. Estoy enfadada, pero eran demasiados para nosotros. No creo que pudiera haberlo hecho mejor, así que estoy molesta, pero confío en que tendré otra oportunidad. Aún le clavaré mi hoja en el cuello algún día.

Connor asintió lentamente, sin sorpresa.

—Yo apostaría a que lo harás. La venganza tiene la costumbre de quedarse contigo.

—Suena a que habla por experiencia.

—Así es. —Dejó el cuenco a un lado; su expresión se volvió distante—. He matado a hombres por venganza, muchacha. Más de los que me gusta contar. Algunos lo merecían. Otros… bueno. La batalla nos convierte en monstruos a todos, si la dejamos.

Brynja se inclinó hacia delante.

—¿Ayudó? ¿Matarlos?

—A veces. Por un momento. —Le sostuvo la mirada—. Y luego el momento pasaba, y yo seguía teniendo lo que fuera que había perdido. Seguía con ese hueco en el pecho donde alguien solía estar.

—Pero siguió haciéndolo. Siguió luchando.

—Sí. Porque a veces la venganza no va de llenar huecos. Va de asegurarse de que los bastardos que te hirieron no puedan herir a nadie más. Va de trazar una línea y decir: hasta aquí y no más. —Se

acomodó entre las almohadas, haciendo una mueca leve—. Pero hay una diferencia entre la venganza necesaria y el veneno.

—¿Cuál es la diferencia?

—De una puedes alejarte cuando se ha hecho. La otra te consume hasta que no queda nada. —Hizo una pausa—. ¿Cuál es Sholto para ti?

Brynja abrió la boca para responder, luego la cerró. Había creído saberlo. Había pasado días convencida de que matar a Sholto era necesario, de que era justicia, de que la liberaría. Y ahora sabía que Dugan era el hombre que había matado a su madre. Ese hecho la perseguiría para siempre si él seguía con sus actos villanos.

—No lo sé —dijo por fin—. Supongo que no lo sabré hasta ver cómo la luz se le apaga en los ojos. Hagen cree que la venganza siempre está mal.

Connor resopló.

—Mi hijo es joven e idealista. Ya aprenderá.

—¿Aprender qué?

—Que el mundo no es blanco y negro. Que a veces tienes que hacer cosas oscuras para proteger a la gente que amas. Que la venganza no siempre está mal; solo es complicada. —La miró con firmeza—. Tienes derecho a matar a Dugan, muchacha. Asesinó a tu madre. Te habría vendido a ti y a tu prima. La justicia no vendrá de ningún magistrado ni de ningún lord, así que tú te convertiste en justicia. No hay vergüenza en eso, y no hay nadie en esta tierra que diga que estás equivocada.

Algo en el pecho de Brynja se aflojó. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba oír eso de alguien en quien confiaba: que su elección era comprensible, incluso justificable. No errónea. No vergonzosa. Solo… complicada.

—¿Pero? —lo instó, porque oía la palabra no dicha en su tono.

—Pero entonces tendrás que decidir quién eres después de la venganza. —La expresión de Connor se volvió seria—. Has pasado cuatro lunas siendo la muchacha que mataría a Dugan. Luego conociste a Sholto y has tenido que lidiar con su crueldad. Cuando los dos por fin estén muertos, ¿qué harás con tu vida?

La pregunta golpeó más fuerte de lo que debía. Porque no lo sabía. Toda su identidad desde aquel día en Tiree había estado envuelta en su necesidad de venganza. Había moldeado cada decisión, cada pensamiento, cada pesadilla. Sin ese propósito devorador, ¿quién era ella?

—Aún no estoy segura —susurró ella, pensando en cómo le había respondido a Hildi y a Hagen.

—Entonces eso es lo que tienes que determinar. —Él alargó la mano y cubrió la de ella. Su apretón era débil, pero cálido—. No eres solo venganza, Brynja. También eres la mujer que aprendió a montar un caballo de guerra. Que sabe usar una lanza y una daga y ahora está aprendiendo arquería. Que hace sonreír a mi hijo de formas que no he visto en años. Que me trajo estofado cuando podría estar en cualquier otro sitio. Eso también eres tú.

Las lágrimas le picaron en los ojos.

—¿Y si eso no basta?

—Es más que suficiente. —Su voz era firme—. Pero tienes que creerlo. Tienes que elegir ser más que lo que te hicieron.

—No sé cómo. —Le salió en un susurro tan bajo que se preguntó si él la habría oído.

—Un día a la vez. Una elección a la vez. —Le apretó la mano—. Te despiertas por la mañana y eliges no dejar que el pasado defina tu presente. Eliges construir algo en vez de solo destruir. Eliges el amor por encima del odio, incluso cuando odiar se siente más fácil.

—¿Eso fue lo que usted hizo?

—Con el tiempo. Después de un periodo largo y oscuro en el que no lo hice. —Su sonrisa fue triste—. He cometido muchos errores, muchacha. Herí a gente que amaba porque estaba demasiado consumido por mi propio dolor como para ver el suyo. Me tomó más de lo que debía aprender que la venganza no es lo mismo que sanar. Que puedes cobrar tu venganza y seguir roto.

—Pero usted ya no está roto.

—No. Porque elegí construir una vida en lugar de solo destruir a mis enemigos. Elegí a Sela. Elegí a mis hijos y mis nietos. Elegí ser más que mi rabia. —La miró a los ojos—. Y eso es lo que te estoy diciendo que hagas. No que olvides lo que pasó. No que perdones a

Sholto o a Dugan; de todas formas no vivirán mucho más. Pero que elijas lo que viene después. Que elijas la vida que quieres en lugar de solo reaccionar a la vida que te tocó.

Brynja se quedó con eso un largo momento. Afuera, tras la ventana, podía oír los sonidos del castillo: voces llamándose, caballos relinchando, el choque de metal contra metal en las lizas. La vida seguía, ajena a su lucha interna.

—Hagen quiere que me quede —dijo en voz baja—. Aquí. Con él. Construir una vida juntos.

—¿Y qué quieres tú?

—Quiero… —hizo una pausa, buscando la verdad—. Quiero dejar de tener miedo. Quiero dormir toda la noche sin pesadillas. Quiero despertar y no llevarme la mano a un arma de inmediato. Quiero sentirme a salvo. Y deseo volver a ser feliz.

—¿Y crees que quedarte con Hagen te dará eso?

—Quizá. No lo sé. —Bajó la vista a sus manos entrelazadas—. Me mantiene a Freya ensillada por la noche. Por si necesito correr. No intenta arreglarme ni hacer que sea algo que no soy. Solo… me acepta.

La expresión de Connor se ablandó.

—Eso es amor, muchacha. Amor de verdad. No del que cantan los bardos, sino del que aparece cada día y hace el trabajo. Del que ensilla caballos y te sostiene cuando despiertas gritando y no te pide que seas nada más que lo que eres.

—No sé si puedo ser lo que él necesita.

—¿Y qué necesita?

—Alguien entera. Alguien que no esté rota por su pasado.

—Brynja. —La voz de Connor se volvió severa—. Escúchame. Todos estamos rotos. Cada uno de nosotros. Yo estoy roto por las guerras que he peleado y la gente que he perdido. Sela está rota por lo que le hicieron antes de que nos conociéramos. Mi esposa aún tiene pesadillas a veces. Hagen está roto por el peso de expectativas que nunca termina de cumplir. Estar roto no es el problema. El problema es creer que tienes que ser perfecta para merecer amor.

—Pero…

—Sin peros. Si Hagen hubiera querido a alguien perfecta, habría elegido a otra. Te eligió a ti. Con pesadillas y todo. Con rabia y todo. Con pasado y todo. —Le apretó la mano otra vez—. No lo insultes decidiendo por él lo que puede soportar.

A ella se le escapó una risa húmeda.

—Es muy directo.

—Soy mayor y casi me muero. No tengo tiempo para palabras bonitas. —Pero su sonrisa era amable—. Además, a ti te hace falta que alguien sea directo contigo. Has vivido con dolor demasiado tiempo, inventándote historias sobre lo que mereces y lo que no. Hora de dejar de pensar y empezar a vivir.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. Una elección a la vez. Hoy eliges quedarte en vez de correr. Mañana eliges permitirte ser feliz, aunque parezca peligroso. Pasado mañana eliges confiar en que Hagen dice la verdad cuando te dice que te ama. —La expresión de Connor se volvió seria—. Y, con el tiempo, si sigues eligiendo, mirarás atrás y te darás cuenta de que has construido una vida. No la vida que pensabas tener. No la vida sin dolor. Pero una vida que vale la pena vivir de todos modos.

Brynja se quedó con sus palabras, sintiendo cómo esa verdad se le asentaba en los huesos. Sholto estaría muerto. El asesino de su madre también estaría muerto. Ella se encargaría de ello. La venganza que había perseguido durante meses se cumpliría. Se lo había jurado a sí misma y lo cumpliría.

¿Pero después qué?

No la niña que vio morir a su madre.

No la mujer consumida por la venganza.

Sino quizá la mujer que aprendió a montar y a reír y a amar a pesar de todo. La mujer que guardaba una daga bajo la almohada, pero no dejaba que eso fuera todo lo que era. La mujer que había estado rota y eligió construir algo nuevo con los pedazos.

—Mis gracias a usted, mi lord —dijo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Por sermonearte después de que me trajeras estofado? —A Connor le brillaron los ojos—. De nada. Vuelve mañana con más comida y te sermoneo otra vez.

A pesar de todo, Brynja sonrió.

—Lo consideraré.

—Bien. —Soltó su mano y volvió a coger el estofado—. Ahora ve a buscar a mi hijo y dile que te quedas. Saca al pobre muchacho de su miseria. Lleva días por ahí cabizbajo como un cachorro al que le dieron una patada.

—¿Lo ha estado?

—Lo ha estado. Créeme, sé cómo se ven los hombres Grant cuando están enamorados y aterrados. —La expresión de Connor se volvió cómplice—. Yo me veía igual cuando conocí a Sela. Como si me hubieran dado un mazazo en la cabeza y ya no pudiera recordar mi propio nombre.

Brynja se levantó, alisándose la túnica.

—Lo pensaré.

—No lo pienses demasiado. La vida es corta. Acabo de aprender esa lección otra vez, y de manera bastante dolorosa. —Señaló su costado herido—. No esperes a una espada en las tripas para darte cuenta de lo que importa.

—Palabras sabias de un hombre que casi muere.

—La mejor sabiduría suele venir después de estar a un paso de la muerte. Te hace enfocarte en lo importante. —Se recostó contra las almohadas—. Ahora ve. Deja que un viejo descanse.

Brynja se dirigió a la puerta, pero se detuvo.

—¿Connor?

—¿Sí?

—¿Alguna vez lo lamenta? ¿La venganza que tomó? ¿Los hombres que mató?

Él guardó silencio un largo momento.

—A algunos, sí. A los que no necesitaban morir. A los que maté por rabia y no por necesidad. —Le sostuvo la mirada—. Pero a los que hirieron a la gente que amaba… a los que habrían seguido hiriendo si yo lo permitía… de esos no me arrepiento. Los mataría otra vez si hiciera falta.

—Entonces la venganza no siempre está mal.

—No, pero tampoco siempre está bien. Es como todo en la vida: complicado. Desordenado. A veces necesario. A veces veneno. El

truco es saber con cuál estás tratando. —Sonrió apenas—. Y tú, muchacha… tú estás tratando con la necesaria. Así que deja de dudar de ti misma y empieza a vivir.

Brynja asintió, sintiendo que algo se acomodaba en su pecho. No era paz, exactamente. Pero quizá el inicio de ella.

—Lo veré mañana —dijo.

—¿Con más estofado?

—O gachas —acordó ella.

Salió al pasillo, cerrando la puerta con suavidad tras de sí. El castillo zumbaba con vida de tarde a su alrededor y, por primera vez desde Tiree, sintió que tal vez de verdad podía ser parte de ello. No solo una invitada. No solo una visitante esperando marcharse.

Sino alguien que pertenecía al castillo Duart.

Fue a buscar a Hagen.

Capítulo Treinta y Ocho

Hagen

Habían pasado tres días desde que regresaron de Tiree. Hagen volvió a despertar en mitad de la noche, empapado en sudor, con la misma pesadilla que las dos noches anteriores.

Había un ataque en el catillo Duart y su padre caía, pero esta vez no volvía a levantarse.

Hagen regresó de las lizas, ya con medio día ido, tras una sesión brutal de práctica con Alaric y Broc, preguntándose qué hacer con su sueño persistente. Era del mismo tipo que estaba sufriendo Brynja, aunque el de ella era mucho más vívido cuando se trataba de los niños en Iona. El suyo se centraba en su padre.

Alaric se le acercó por detrás y dijo:

—Te estás matando. No te preocupes. Tengo una sensación extraña de que pronto habrá más Grants aquí. Maitland mandó aviso a Jamie y a Kyla de que Connor había sido herido. Apuesto a que estarán aquí pronto. Y Alasdair también, diría yo.

—No, Kyla quizá.

—Usó la palabra Comming. —Alaric alzó una ceja, y una sonrisa ladeada empezó a extenderse por su rostro.

—¡Oh, mierda! Eso lo cambia todo. Estarán todos aquí. Tía Kyla, tío Jamie, Alasdair. Solo Alick y Els se quedarán atrás.

Se detuvo al pasar junto al blanco de arquería dentro de las puertas. Brynja, Eli y Merryn estaban allí con Dyna practicando. Maldita sea, pero cada día le tomaba más cariño a la muchacha, si es que eso era posible.

—¿Vas a casarte con ella? —preguntó Alaric.

—Sí. En cuanto todo esto se calme. Pero está teniendo las mismas pesadillas que yo. Eso me preocupa más.

Alaric se quedó un momento mirando a las mujeres disparar.

—Nunca voy a superar aquel día, viéndote a ti y a Brynja con Lia diciéndoos qué hacer. Hablando de ese poder especial que tenéis vosotros dos, pero solo si estáis juntos. Y el rayo. Maldición, si yo

fuera tú, me habría casado con ella en cuanto volvieras. No puedes discutir con los Cielos.

—No le has dicho a nadie lo que viste, ¿verdad?

—No. Si dijera algo, pensarían que estoy loco. Yo solo digo que fue Lia. Depende de ti mencionar lo otro. ¿Cómo está tu padre esta mañana?

—Está afuera con Midnight Star, cepillándolo. Tía Brenna no le permite entrar en las lizas todavía, pero tiene que mantenerse ocupado. Le gusta la paz de los establos.

Alaric miró hacia las puertas.

—¿Sacaron algunos caballos a correr?

—No, salieron dos patrullas, pero eso fue hace rato. ¿Por qué?

—Escucha. Oigo caballos y se están acercando. —Alaric ladeó la cabeza; ambos escucharon.

—¿Quién está en la puerta?

—Jowell y Paden.

Los caballos se detuvieron y Hagen oyó la voz:

—¡Vengo por Connor Grant!

Alaric lo miró.

—No puede ser Dugan, ¿o sí?

Hagen dijo:

—Suena como él. No sería tan loco como para venir aquí, ¿verdad?

—No lo van a dejar entrar.

Hagen echó a correr hacia las puertas, mirando por encima del hombro.

—Jowell y Paden nunca vieron a Dugan en Tiree. ¡Podrían dejarlo entrar!

Su padre oyó a Dugan. Lo supo porque el viejo guerrero estaba ensillando su caballo.

La sangre de Hagen se heló. Tenía que detener esto antes de que escalara. Montó su caballo y les gritó a los mozos de cuadra:

—¡Ensillad más y dejadlos listos para salir!

Antes de poder cabalgar, gritó hacia atrás a Alaric:

—¡Saca a todos del salón y asegúrate de que los niños estén dentro!

Alaric corrió hacia la fortaleza gritando por ayuda, y Eli se le unió. Logan, Maitland, Drew y el resto de sus guardias ya se estaban montando.

Dyna subió como un rayo las escaleras hacia la muralla cortina, con el carcaj lleno en la mano y el arco al hombro, y Merryn y Brynja la siguieron. Su hermana sería una ayuda segura en lo alto de la pared.

Hagen salió por la puerta primero, bajando por el sendero para encontrarse con el necio.

—Aquí estoy, Comming. ¿Quieres a un Grant? Enfréntate a mí.

Los ojos de Dugan se encendieron con una alegría maliciosa.

—¿El cachorro cree que ya es un guerrero? Te voy a rajar como hice con tu padre.

—Mi padre vive, así que vuelve a pensar en ese poder detrás de tu hoja. Verás que no soy tan fácil de tumbar.

Dugan alzó la espada y se le tiró encima.

La batalla empezó.

Hagen recibió el primer golpe de Dugan, el choque del acero resonando por la ladera. El hombre era fuerte, pero Hagen había entrenado con los mejores: su padre, sus tíos, hombres que habían peleado en incontables batallas. Desvió y paró, con movimientos fluidos y seguros.

Detrás, oyó el retumbar de cascos cuando los guardias Grantham irrumpieron por la puerta. El grupo combatió un poco más abajo del camino, y los Grantham tenían unos treinta hombres listos, mientras que Dugan tenía alrededor de una veintena que se le unía más arriba. Maitland había mandado una veintena de patrulla y habían ido a distintas zonas. ¿Cómo los habían pasado por alto?

Hagen presionó la ventaja contra Dugan, obligándolo a retroceder. Por un instante pensó que podría terminar rápido… hasta que tres de los hombres de Dugan se separaron del combate principal y cargaron contra él.

Una flecha silbó junto a la oreja de Hagen y se clavó en el hombro del atacante que iba delante, haciéndolo girar en la montura. Una segunda flecha dio en el muslo de otro hombre. Tenía que ser Brynja. Su puntería era tan mortal como siempre. El tercero

dudó, mirando hacia la muralla cortina donde ya había más flechas encajadas, y ese momento de distracción fue todo lo que Hagen necesitó.

Hizo girar su caballo y se trabó con el atacante más cercano. Su trabajo con la espada fue limpio, eficiente. Un hombre cayó. Luego otro. Pero el tercero —el que tenía la flecha de Brynja en el muslo— se rehízo y se coló más allá de su guardia, con la hoja apuntando al costado expuesto de Hagen.

Un corcel negro irrumpió en la refriega.

—¡Aléjate de mi hijo! —La voz de Connor retumbó, y su espada desvió el golpe destinado a Hagen.

—¡Pa! ¿Qué haces? ¡No deberías estar aquí!

Su padre no dijo nada; colocó a Midnight Star entre Hagen y la amenaza inmediata. Pero Hagen lo vio al instante: la forma en que su padre cuidaba un lado, el leve tirón en sus movimientos, la mandíbula apretada que decía que estaba peleando a través del dolor.

Dugan centró su atención en Connor con un deleite salvaje.

—Sabía que no podrías mantenerte alejado, Grant. ¿Vienes a que termine lo que empecé?

La respuesta de Connor fue firme, aunque Hagen notó cómo su padre apretaba la empuñadura más de lo habitual, compensando.

—Déjalo, Comming. Tu pleito es conmigo.

—¡No, pa! —Hagen intentó intervenir, pero otros dos hombres de Dugan se le tiraron encima, obligándolo a defenderse.

En medio del caos del combate, Hagen mantuvo a su padre en el rabillo del ojo. Las paradas de Connor eran fuertes, su técnica tan sólida como siempre, pero su resistencia flaqueaba. Cada golpe salía una fracción más lento de lo debido. Su respiración era trabajosa, prueba de que no estaba del todo curado.

Hagen despachó a un atacante y luego al otro, y se abrió paso hacia su padre.

—Déjalo, Comming. Soy su hijo, maldito bastardo. A ver si puedes bajarme la espada.

Dugan se volvió hacia Hagen, cruzaron varios intercambios rápidos, y entonces el enclenque hizo una jugada ruin: pivotó de

golpe e intentó cortar a Connor cuando su guardia estaba baja.

Su padre respondió con una finta, fingiendo estar más herido de lo que estaba y casi cayéndose del caballo, atrayendo a Dugan.

Al menos, Hagen rezó para que estuviera fingiendo.

—Dugan, voy por ti.

Pero Dugan fue a por Connor, concentrado por completo en rematar al guerrero mayor, dándole a Hagen la apertura perfecta. Lo hirió en el flanco: un golpe de muerte, sin duda. El hombre se giró para fulminar a Hagen, con el shock en la cara, y el padre de Hagen le dio un empujón con el plano de la espada, tirándolo del caballo.

Connor se tambaleó en la silla, el rostro pálido bajo la mugre y el sudor.

—Pa, vuelve adentro. Yo me encargo de esto. —Más hombres se le fueron encima a Hagen justo cuando diez caballos Grantham salieron desde dentro de las puertas. Una de sus patrullas de cinco hombres llegaba por la izquierda, cerrando el paso a los hombres de Dugan.

La batalla aún no había terminado, pero su padre echó atrás su caballo, una mano presionándose un instante el costado herido.

Connor Grant había recuperado su honor, no buscando gloria, sino protegiendo a su hijo.

Y Hagen Grant se había ganado su reputación luchando junto a su padre como un igual.

Capítulo Treinta y Nueve

Brynja

Brynja oyó el alboroto y detuvo a Merryn y a Dyna.

—Algo está pasando.

Las tres terminaron la práctica para escuchar.

Brynja sintió un mal presentimiento, hondo en el vientre. Estaba pasando otra vez, pero esta vez era tal como en su pesadilla. Los Grants y los Granthams estaban bajo ataque.

Dyna gritó:

—¡Coge todas las flechas que puedas!

Brynja hizo lo mismo y subió corriendo por la escalera detrás de ella, encajando la flecha y disparando hacia el grupo en cuanto llegó arriba y tomó su posición.

Merryn venía justo detrás con Eli. Pobre Eli, con el vientre enorme a la vista, lanzó tantas flechas que Brynja se quedó pasmada. La puntería de Dyna y Eli era cosa de ver. Supo exactamente a quién tenía que observar para mejorar sus habilidades, pero no era el momento. Ella también disparó, alcanzando de vez en cuando una pierna o un hombro, pero sacudiendo la confianza de sus atacantes.

El estómago se le hundió cuando vio a Hagen meterse en la refriega, haciendo todo lo posible por proteger a su padre. En un momento, dos hombres se le fueron encima a Hagen y ella les disparó, esperando atrapar a uno. Y cuando su padre hizo una jugada que los sorprendió a todos —Hagen derribando a Dugan con un golpe de muerte y su padre tirándolo al suelo—, un grito de júbilo se alzó del grupo, Logan Ramsay vociferando:

—¡No podéis con las espadas de los Grants, hombres! ¡Corred mientras aún tengáis los dos brazos!

Y muchos corrieron cuando Dugan cayó.

Incluido Sholto. Se fue en dirección opuesta a la que ella esperaba. Venían desde el lado de MacVey, pero él se encaminó hacia el castillo MacLean. Y en ese instante Brynja supo lo que tenía

que hacer, porque la pesadilla estaba ocurriendo tal como la había visto.

Sholto iba rumbo a Iona y a los niños.

—Dyna, dile a Hagen que tuve que ir tras Sholto. Va por los niños a Iona. Voy con Tristan. ¡Tengo que ir tras él!

Dyna dijo:

—Ve. Iremos detrás.

Brynja encontró a Freya ya ensillada y esperando, agradecida de haber pasado parte de los últimos días practicando con Hagen. Ya había montado lo suficiente como para tener confianza de ir sola.

Se abrió paso alrededor de los hombres que aún peleaban y partió hacia las tierras MacLean. Hagen le gritó:

—¡Ve! ¡Iré detrás de ti!

Cómo rezó para que así fuera. La oscuridad caía rápido y ella no deseaba estar sola contra cuatro necios. Necesitaría ayuda para tumbar al bastardo. Vio que tres de sus hombres lo seguían, así que había al menos cuatro con los que tendría que lidiar. No podía, no iba a permitir que ese bastardo se llevara a ninguno de esos niños inocentes.

Rezaba para que Artan y Simone estuvieran en Iona para ayudarla.

Se le hizo eterno recorrer el camino hasta el lugar de Tristan MacClane, y cuando llegó, vio un barco que ya se dirigía a Iona, con seis hombres, si no se equivocaba. Había otro que acababa de hacerse a la mar un poco más abajo por la costa. ¿Tenía Sholto dos botes llenos de hombres? Rezó con todas sus fuerzas que no, pero iban directos hacia el barco de Sholto.

Tristan estaba en la costa, mirando los dos botes, y luego se giró en cuanto oyó que ella se acercaba. Se le acercó.

—¿Vienen más? Iré contigo, porque alguien tiene que detener a esos patanes. Salí cuando los oí hablar de los niños, pero se fueron tan rápido que no pude hacer nada. No los conozco… ¿tú sí?

—Conozco a uno —dijo ella, jadeando para recuperar el aliento —. Sholto, el que golpeé con mi daga cuando intentó ir tras Sheona. Es un bastardo baboso. Va por los niños en Iona. ¿Tienes un bote

que pueda tomar? ¿Algún hombre que pueda ir conmigo? Yo no puedo remar sola.

—Llevaremos este —dijo él, señalando un bote—. Vamos a prepararlo. Puedo traer a dos hombres más para que vayan con nosotros.

—¡No hace falta! —llegó un grito desde lo alto de la cresta.

Brynja se giró, el corazón dándole un salto de alegría al ver a Hagen aparecer por la loma y bajar hacia la orilla, con Logan, Maitland, Dyna y Alaric detrás. Cómo adoraba a ese hombre, y cuán bendecida se sentía por haberlo encontrado.

Chilló y aplaudió, pero enseguida ayudó a Tristan a mover el bote, cargando su carcaj en la embarcación mientras Tristan daba órdenes a sus hombres para que cuidaran de los caballos.

Hagen la besó rápido y luego entregó su caballo.

Tristan dijo:

—Menzie, no esperaba verte, pero me alegra.

Maitland soltó un gruñido fuerte.

—No me gustan los hombres débiles que se meten con niños inocentes. ¡Muevan ese bote! Bastardos sin corazón.

Los seis subieron con Tristan y pusieron rumbo a Iona.

Hagen señaló bastante más adelante.

—¿Ese es el bote de Sholto?

Brynja asintió y señaló el segundo bote.

—Sí, creo que trae cinco o quizá seis con él. Y viene otro bote más. También tienen que ser sus hombres.

Tristan dijo:

—Vi ese bote más abajo por la orilla antes. Había dos hombres pescando, así que no pensé nada. Ese fue el bote que lo siguió.

Brynja preguntó:

—¿A dónde demonios va?

Mirando por encima del hombro mientras remaba, Hagen dijo:

—Van a desembarcar en otro sitio. ¿Por qué?

Logan dijo:

—Porque esos trolls sin espina le tienen miedo a Simone y a Artan. Creo que son ellos, de pie cerca de la orilla, ¿o no? Veo a alguien, pero no alcanzo a distinguir quién. Está oscureciendo.

Alaric asomó la cabeza por encima del hombro y dijo:

—Esa es Simone. Y Artan no está lejos de ella. Ven que vienen los botes y están protegiendo a los niños, como debe ser. ¿Cuántos pequeños viven ahí ahora, Brynja?

—Nueve con Tenney y Magni.

Logan dijo:

—Le hice saber que había un grupo nuevo causando problemas, así que ha estado alerta. Van a acercarse por la playa de la punta, pensando colarse, porque la reputación de Simone con el arco la precede. Está disparando flechas ahora mismo. Creo que oigo ese sonido dulce sobre el agua. Espero que Magni esté dormido.

—Pero, ¿dónde van a desembarcar? No hay buen lugar tan abajo. Es demasiado rocoso. —Tristan miró atrás mientras remaba—. Esto no me gusta.

—Yo sé a dónde van —dijo Brynja—. Hay un punto del lado opuesto donde la playa es plana y no hay tantas rocas. Hay un sendero directo hasta las cabañas. El marido de Geva suele pescar en esa costa.

—No bajéis el ritmo —dijo Logan—. Quizá podamos ganarles si vienen por el otro lado. El bote acaba de desaparecer rodeando la punta.

Maitland miró por encima del hombro.

—Y el otro grupo de sapos malnacidos está esperando a ver qué hacemos. Apostaría a que desembarcan más abajo.

Brynja estuvo a punto de llorar, rezando para que Magni no estuviera despierto.

Hagen la miró y le guiñó un ojo.

—Los atraparemos. Puedes contar con eso, Bry.

Estaban cerca de la orilla cuando lo único que Brynja temía se hizo realidad.

Magni gritó tan fuerte que el eco cruzó el agua y a ella se le erizó la piel.

Capítulo Cuarenta

Magni

—¿Pero por qué estás aquí ahora, Simone? Ya está oscuro. Por lo general te vas a casa antes de que anochezca. —Miró hacia su muchacha favorita. Bueno, aparte de Brynja y Hildi. Y Sylvi. Y Tora también. Y su madre. Y…

—Solo estamos disfrutando de la noche. El agua está tranquila y no hay brisa. Es precioso, Magni. Ve a jugar con tu hermano.

—Se fue a la cama. ¿Crees que mi mamá volverá pronto?

—No estoy seguro —dijo Artan—. Su espalda está mucho mejor durmiendo en esa cama que durmiendo en el suelo aquí. El próximo verano le construiremos una cama mejor, pero ahora es difícil.

Simone le hizo a su marido un gesto extraño, ladeando la cabeza hacia el mar, y entonces Artan dijo:

—Magni, dejé mi caña de pescar favorita detrás de la cabaña de Beatris. ¿Me la traes, por favor?

—Claro. Sé cuál es. —Y salió disparado a buscar la caña de Artan.

Magni esperaba que su abuelo volviera para otra visita en la mañana. Se sintió mal por haberle dicho que no el otro día. Había venido a invitarlo al Yuletide en el castillo Duart, pero Magni se negó.

Su abuelo casi se enojó con él. Magni lo vio en sus ojos. Nunca alzó la voz, pero tenía una manera que a veces le hacía querer salir corriendo y esconderse.

—¡Maldita sea, Magni! —Pero luego se calmó y le preguntó en voz baja—. ¿Por qué no? ¿Sabías que los Grants dan un regalo a cada niño en su festival de Yuletide? Era la manera de Maddie Grant.

—¿Un regalo? ¿Solo para mí? —Imaginó un bote grande para jugar en la orilla. O una espada más grande que la que tenía, una más afilada que la suya de madera. O quizá le darían un caballo de madera o dos para jugar. O un caballo de tela nuevo para llevar a la cama. Casi había desgastado el que tenía, el que su mama le hizo hace mucho. Algunas noches le costaba mucho conciliar el sueño.

—Magni, ¿qué dices? ¿Vendré a por ti para Yule?

¿Dejar Iona? Absolutamente no.

—No, me quedaré aquí para Yule.

Entonces vio cómo se apretaban los puños de abuelo, pero él susurró:

—¿Por qué no, muchacho? Te prometo que te mantendré a salvo.

Tuvo que pensar con fuerza. Y entonces se le ocurrió.

—Porque Lia no está aquí. Está ayudando a alguien más, así que no puedo irme. Ella no sabría dónde estoy. No puedo dejar sola a mi hermana para Yule.

—¿Pero cómo estaría sola si no está aquí? —había preguntado su listo abuelo.

Magni frunció el ceño, girándose, y se sorprendió al ver a su padre detrás de él.

—Hijo, quiero ir al castillo Duart con tu madre. Los dos queremos que nos visites allí.

Y entonces Thane lo invitó a Yule.

Y Connor Grant.

Y Simone.

Se detuvo detrás de la cabaña para mirar las estrellas. Alguien más se lo había pedido también. ¿Quién fue?

¡Lennox! El jefe MacVey lo había invitado también.

Y el jefe Rankin dijo que irían.

Y luego Dyna vino a invitarlo también. Trajo a Sylvi con ella, y Sylvi le había suplicado que fuera. Recordó cómo ella le cogió la mano y dijo:

—Por favor, Magni. Te extrañamos. Sandor y Tora te extrañan. Y Rowan estará allí. Y Alana y Shealee también.

No pudo evitar sonreír por eso. Sí, tenía muchos amigos.

Pero no podía irse. Dios solo lo protegería si estaba cerca de la abadía. Alguien se lo había dicho una vez. Que los monjes lo protegerían para siempre.

—Tengo que quedarme cerca de los monjes, abuelo.

Y su abuelo había preguntado:

—¿Cuándo fue la última vez que viste a un monje aquí protegiéndote?

Era un hombre sabio.

Pero a todos les había respondido igual. No se iría de Iona.

Nunca.

Había estado solo y asustado antes, y no quería que eso volviera jamás. Nunca olvidaría cuando lo robaron aquellos hombres malvados que le mintieron, le dijeron que habían matado a sus padres, y se lo llevaron en un bote y lo dejaron en Ulva. Él escapó y llegó a Mull, pero allí quedó, solo, en la isla de Mull, hasta que encontró a su querida hermana Lia escondida bajo los frondes. Ella era de verdad el hada del bosque, el hada del prado verde, pero le prometió que lo protegería y que se quedaría con él para siempre.

Magni cogió la caña de pescar de Artan y luego se giró porque oyó algo. Había un bote detrás de él, en el lugar donde Henry siempre iba a pescar. No donde estaban Simone y Artan.

Nunca había botes por ahí detrás.

Se deslizó por el sendero para ver si estaba equivocado, acercándose, más y más, hasta que vio el bote. ¿Quién era? Dio unos pasos más, notando que el bote iba lleno de hombres, y escuchó.

—¡Coged a tantos niños como podáis!

Los ojos se le abrieron de par en par.

Soltó la caña de pescar.

Lanzó un grito que se oyó en toda la isla.

—¡Lia! ¡Ayúdame! —Y corrió de vuelta hacia la cabaña y hacia Artan y Simone.

Aún gritando.

Sollozando.

Rogándole a su querida hermana que lo ayudara.

—¡Me voy contigo, Thane! ¡O abuelo!

Ojalá pudiera correr más rápido.

—Alguien ayúdeme, por favor.

Dobló la esquina de la cabaña todavía gritando, esperando ver hombres malos por todas partes.

En vez de eso, vio más botes. Uno pequeño y tres grandes.

¿Había hombres malos por todas partes? Tenía que encontrar a Simone.

Pero entonces los vio: su abuelo y Brynja corrieron directo hacia él.

—¡Abuelo! ¡Brynja! ¡Salvadme! —No pudo detener el grito que le estalló del cuerpo, ni los sollozos que le siguieron.

Brynja lo sujetó por los hombros y dijo:

—Estamos aquí, Magni. ¿Dónde están? Dínoslo.

Él señaló detrás de sí, mascullando:

—El lugar de pesca de Henry.

Ella salió disparada más rápido de lo que él jamás la había visto correr.

Su abuelo lo sacudió y dijo:

—Por el amor de Dios, deja de gritar, Magni. Estamos aquí. Te protegeremos. Ahora: ¿quiénes y dónde? ¿Cuántos viste?

Magni cerró la boca, jadeando.

—En la costa detrás de nosotros. Justo por el sendero. Seis u ocho. No pude contarlos. Iba corriendo demasiado. —Y entonces le echó los brazos al cuello a su abuelo.

Logan ladró unas órdenes a todos los que bajaban de los botes y luego lo apartó a un lado, tirándolo hacia él.

—Te dije que te protegeríamos.

Y lo hicieron.

Él se quedó a un lado, aferrado a la mano de su abuelo, y lloró como un niño pequeño mientras los veía pasar frente a él: algunos le saludaban con la mano, otros seguían de largo.

Algunos decían:

—¡Te protegeremos, Magni!

Él no podía detener las lágrimas.

Artan, Simone, Dyna, Hagen, Tristan, Alaric, Eli, Jowell, Paden, Maitland, Broc, Merryn, y algunos a los que no conocía.

Llegaban y llegaban y llegaban.

Todos por él.

El último fue Thane, que fue directo hacia él.

Magni alzó la vista y le preguntó:

—¿Todavía puedo irme a vivir contigo, Thane?

—Claro, muchacho. Siempre eres bienvenido. Puedes venir a casa conmigo en un ratito, si te apetece.

Magni le rodeó la cintura con los brazos y dijo:

—Me voy contigo.

Logan dijo:

—Y vienes a nuestro Festival de Yule. Sin discusiones.

Y él levantó la vista hacia ese hombre al que adoraba y dijo:

—De acuerdo.

Y no importaba si le daban un regalo o no. Él necesitaba estar dentro de un castillo grande.

A salvo.

Algún día, él también sería un gran guerrero Ramsay.

Capítulo Cuarenta y Uno

Brynja

Brynja corrió más allá de las casas, pero luego tomó un desvío y se movió hacia uno de sus escondites. Miró por encima del hombro: Sholto y sus hombres seguían a cierta distancia y avanzaban despacio. Ahí estaba. La armadura de su madre. La había escondido allí por si alguna vez la necesitaba. Se puso la armadura pesada, atándose los cordones detrás de la espalda para sujetarla en su sitio. Luego recogió sus armas.

Una lanza y tres dagas.

Se encaminó hacia Sholto y se plantó frente a él, a cierta distancia, asegurándose de que pudiera verla. Gritó:

—¿Te acuerdas de mí?

Los ojos de Sholto se abrieron de par en par.

—¡Voy a matarte, perra! —Hizo un gesto a los otros hombres—. Coged a los niños y yo os alcanzo aquí.

Brynja salió corriendo. Se dirigió hacia la zona de bosque denso, una que ella conocía bien, pero él no, menos aún en la oscuridad. Se internó un trecho y luego se escondió entre unos matorrales, escuchando al hombre lanzar amenazas vacías.

—Te voy a apuñalar justo entre las piernas también. Y luego te cortaré las tetas. A ver cómo se siente.

Él se acercó al área cargada de maleza y aminoró el paso.

—Sal. Podemos hablar de esto. —Ella lo oyó desenvainar el arma, su brazo apartando ramas mientras se metía entre los árboles.

Cómo deseaba salir y perseguirlo, pero había aprendido de Hagen. Paciencia. La mano se le tensó sobre el arma mientras inspiraba hondo para obligarse a concentrarse.

Esperó el instante justo, salió de golpe y dijo:

—Aquí estoy.

Luego alzó la lanza con toda la fuerza que tenía, clavándola en la zona justo debajo de sus costillas. El arma se hundió profundo.

Por reflejo, él lanzó un tajo con la espada e intentó apuñalarla en el pecho, pero chocó con metal.

La armadura de su madre la protegió.

Los ojos del hombre se cerraron cuando se desplomó al suelo, exhalando su último aliento, sin volver a hacerle daño a otro niño jamás.

Ella susurró en la lengua de su madre:

—Que todos los demonios que quepan en tu bote suban desde el infierno para arrastrarte al fondo, maldito pedazo de escoria.

Y dejó que las lágrimas corrieran, pero luego se dijo que tenía que ir a ayudar a Magni y a los pequeños. Al salir del bosque, vio a Hagen corriendo hacia ella.

—¿Estás bien?

—Sí, míralo tú mismo. —Señaló el cuerpo muerto de Sholto a cierta distancia detrás de ella.

Él miró el cuerpo y dijo:

—Brynja, bien hecho. La lanza… qué arma tan mortal. ¿Cómo…? —Se detuvo al ver sus lágrimas y, en su lugar, volvió a ella y la rodeó con los brazos—. Eres una guerrera del demonio, y me honraría tenerte a mi lado en cualquier batalla.

—Hacemos un equipo fantástico, Hagen. Tú mataste al hombre que mató a mi madre y a mi tía. No quise decir nada cuando tu padre estaba tan enfermo, pero cuando vi a Dugan en Tiree, lo reconocí. Es él. Un asesino y un abusador. Muchas, muchas gracias a ti y a tu padre.

Él se inclinó hacia ella, le besó las lágrimas y susurró:

—Por fin los dos podemos soltar nuestra venganza.

—Sí. —Dejó que las lágrimas siguieran cayendo y preguntó—. ¿Magni?

—Magni está hecho un mar de lágrimas en brazos de Thane, preguntando si todavía puede vivir con él. Está bien. —Luego forcejeó un poco con ella y añadió, alargando la voz—. Tengo que admitir que abrazarte sin la armadura es mucho más agradable.

Ella soltó una risilla, y él la cogió de la mano justo cuando dos barcos enormes más llegaban a la orilla cerca de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó ella—. Esos barcos son enormes.

—Idea de mi tío cuando oyó que mi padre había sido herido. Contrató la galera más grande que pudo encontrar, sobre todo

porque oyó que era un Comming. Vienen listos para una gran batalla. Uno de sus barcos desembarcó del otro lado y ayudó a encargarse de los otros seis hombres que había allí. Otro barco de Dugan desembarcó, y se ocuparon de ellos rápido. Ven, conoce a mi tío.

La cogió de la mano y corrieron hacia el barco.

—¡Tío Jamie, bienvenido! Creo que por ahora lo tenemos todo bajo control, pero podemos revisar.

—¡Maldición, yo venía listo para batalla! ¿Mi hermano, Hagen? ¿Cómo está? En cuanto estuvimos cerca de Craignure, Drew ya estaba allí esperándonos, nos mandó para acá a salvar a unos niño. Se subió al barco de Alasdair para mostrar el camino. Tenéis demasiadas islas.

—Pa está bien, aunque un poco debil. Se topó con Dugan Commings y acabó con su amenaza temprano esta tarde. Te perdiste la batalla por poco.

Otros diez hombres llegaron detrás de él, y el tío Jamie les hizo un gesto con la mano.

—Id a mirar si necesitan ayuda del otro lado de las cabañas.

—Tío Jamie, ella es mi prometida, Brynja Nyberg.

Jamie hizo una pequeña reverencia y dijo:

—El placer es mío, milady. No hay nada que amemos más que una guerrera nórdica fuerte. Me encantaría ver tu armadura más tarde, si no te molesta. Veo que ya te protegió bien.

Brynja miró hacia abajo, al abollón en su armadura. Hagen se agachó para verlo, los ojos abriéndosele de par en par.

—¿Qué demonios pasó?

Ella se encogió de hombros.

—Sholto. Lo intentó y falló.

Capítulo Cuarenta y Dos

Connor

Con toda la familia que había llegado, y Yule a solo unos días, decidieron comenzar el festival de Yuletide con la boda de Hagen y Brynja. A partir de ahí, se irían directo a una gran celebración de tres días.

Jamie, Gracie y Kyla llegaron con varios Grants más, todos preocupados por Connor. Dos barcos de guardias regresaron a casa, y dejaron uno para los miembros de la familia.

Gracie juró que se quedaría hasta que Eli tuviera su bebé.

Connor disfrutó de pasar tiempo con su hermano y su hermana. La noche anterior se habían sentado en las almenas, y él les contó su experiencia de cómo casi había muerto y había visto a sus padres. Kyla sollozó durante toda la historia.

Guardó el secreto del verdadero don de Hagen y Brynja, temiendo que nadie les creyera. Conforme a su auténtica naturaleza, Hagen se negó a esperar para casarse con Brynja, así que organizaron la boda, con Kyla y Sela disfrutando hasta el último detalle de los preparativos. Habían tenido una gran cacería, exitosa, con Sloan, Thane y Lennox con ellos; Merryn atrapó su primer faisán, mientras que Dyna cazó dos y Eli uno. Habría abundancia de empanadas de cordero y venado, incluso un gran trozo de jabalí que Jamie trajo, y los cocineros MacVey y Rankin ayudaron con pan extra.

Sería una celebración maravillosa.

La boda comenzó en el gran salón abarrotado, con tantos invitados que algunos tuvieron que quedarse de pie. Connor se sentó a un lado de la pareja mientras el sacerdote parloteaba. Hagen y Brynja, con las manos entrelazadas, permanecían juntos, listos para decir sus votos.

Su mirada volvió con cariño a su hijo, embobado y prendado, pero también llevando con orgullo la espada de su padre. Connor se la había entregado antes, delante de sus hermanos, sorprendido no

por sus propias lágrimas, sino por las de Sela y las de Hagen. Kyla y Maeve lloraron a mares, pero eso sí se lo esperaba.

Oh, Connor aún pelearía, pero no necesitaba la espada más poderosa. La mejor arma debía estar con el espadachín más fuerte, y Hagen había demostrado su valía. Todos los primos de Hagen lo habían notado en cuanto llegaron: palmaditas en la espalda y burlas a montones.

Sela se sentaba junto a él, tan hermosa como el día en que la conoció en Inverness, un poco llorosa, pero sonriendo. Kyla estaba sentada al otro lado, Jamie al otro lado de Sela, y la tía Brenna se sentaba delante de ellos, insistiendo en que quizá todo aquello era demasiado para Connor. Se negaba a apartarse de su lado, junto con unos cuantos regaños por haberse puesto a pelear antes de que ella se lo permitiera.

La voz del sacerdote se elevaba por el salón mientras un grupo de músicos tocaba sus cuerdas, pero Connor tenía la vista fija en un punto.

Había una luz extraña en la alcoba de la sanadora. La habitación estaba vacía y la puerta permanecía abierta, con la tía Brenna sentada no muy lejos de la puerta de su recámara.

Connor no podía apartar los ojos de aquella lucecita dentro, y al final lo atrajo. Nadie más parecía notarla, salvo él; quizá Sela y Kyla podrían si se giraran, pero ninguna podía quitar los ojos de la pareja.

Apretó la mano de Sela, se inclinó y dijo:

—Necesito algo de beber para calmarme. Vuelvo enseguida.

Esperó que eso bastara. Le había dicho que la batalla lo había debilitado otra vez, y sin duda lo había hecho, pero Comming ya estaba muerto. Entró en la alcoba del sanador, llevándose a la tía Brenna con él, con la esperanza de que cubriera su ausencia si alguien más la notaba. Kyla lo siguió, susurrándole a su hermano:

—¿Qué ocurre?

Pero también quería que sus hermanos vieran lo que le llamaba la atención, junto con la tía Brenna. Si él estaba en lo cierto, significaría tanto para Kyla y Jamie como significaría para la tía Brenna volver a ver a su hermano.

Estaba oscuro; no había luz dentro salvo la que brillaba en el centro. Connor le hizo una seña a Jamie para que lo siguiera. Sostuvo la puerta hasta que Jamie y Maeve entraron detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Jamie.

—Nada, solo un presentimiento. Acercaos. Quiero que veáis algo.

Cuando Connor cerró la puerta, aparecieron frente a ellos: sus padres, centelleando con una gloria inimaginable.

Alexander y Madeline Grant.

Kyla susurró:

—¿Mama? ¿Pa?

Maeve soltó un jadeo, y las lágrimas le inundaron las mejillas.

La tía Brenna dijo:

—¡Oh, Alex! Te extraño tanto. —Luego miró a Maddie y dijo—. Y a ti, mi querida hermana.

No eran hermanas de sangre, pero la tía Brenna siempre había dicho que Maddie era lo más cercano a una hermana que podía existir.

Connor arrastró una silla, se sentó y asintió a ambos.

—Mi gracias por venir otra vez, una vez más. Supe que erais vosotros cuando vi la luz, pa. Y quise traer conmigo a Jamie, Maeve y Kyla.

—Connor —dijo su madre—. Estamos aquí para ver a Hagen casarse y tú te lo estás perdiendo.

—Es la parte musical, mama. No te preocupes. Y prometo estar ahí para sus votos. Mis gracias por haberme salvado en Tiree.

Su padre dio un paso adelante, tan cerca que casi podría tocarlo, pero había tal transparencia en él que Connor supo que no debía estirar la mano. El cabello de su padre era oscuro como la noche; el Alex Grant envejecido, de pelo canoso, se había ido, reemplazado por el feroz jefe Highlander que todos recordaban tan bien.

—Hagen y Brynja te salvaron la primera vez, Connor. Tuviste suerte. Y tú y Hagen lo hicisteis muy bien la segunda vez, usando la cabeza en vez de las emociones. Bien hecho. Te encargaste de

Dugan, Connor. No temas. Sanarás —dijo su padre—. No es tu hora todavía; aún tienes mucho por hacer. Lia te lo dirá más tarde.

Ese comentario sorprendió a Connor.

—¿Conocéis a Lia?

Su madre le regaló esa sonrisa como si lo estuviera viendo atiborrarse con sus panes dulces de fiesta.

—Claro que conocemos a Lia. Ya lo verás.

Su padre dijo:

—No dejes que la muchacha te engañe. Dentro de esa hada vive un alma vieja y sabia.

Su madre entrelazó las manos frente al pecho.

—Estamos tan orgullosos de todos vosotros, por la forma en que habéis criado a vuestros hijos. Y Brenna, nuestras gracias por cuidar siempre tan bien de nuestro clan.

Su padre añadió:

—Y mis gracias por llevar al clan al poder que tiene. Y lo más importante para mí: un clan con el honor del que cualquier escocés estaría orgulloso. Tengo una última pregunta, Connor. ¿Ya has aceptado la verdad sobre tu hijo?

Connor sonrió, con las lágrimas llenándole la vista. Sabía lo que su padre preguntaba, refiriéndose a esas habilidades especiales, pero también lo conocía lo suficiente como para saber que ese don debía guardarse en secreto. Así que respondió de una manera que entretendría a sus hermanos.

—Sí, Hagen me superó, pa. Ahora él tiene la espada más fuerte.

Su padre estalló en una carcajada sonora, ese dulce sonido trayéndoles tantos recuerdos a todos que Kyla soltó un chillido bajo.

Una cabeza asomó detrás de Alex y Maddie.

Jake sonrió.

—Él es mejor que tú, Connor. Igual que Alasdair me venció a mí hace mucho. Saludos a todos. Feliz Yule, especialmente a mi gemelo.

Jamie dijo:

—Se te extraña más de lo que imaginas, Jake. Maldición… tanto.

No era frecuente ver a Jamie llorar, pero dejó caer unas lágrimas, y Connor derramó unas cuantas con él.

Maddie Grant alzó la mano en un saludo.

—Nos vamos. Nuestro tiempo siempre es corto. Volved allá afuera con todos. Os amamos. Que Dios os acompañe, a todos.

Su luz se desvaneció y la tía Brenna se inclinó y lo abrazó. Ninguno dijo una sola palabra antes de volver a la ceremonia. Kyla se limpió las lágrimas y se inclinó a besar las mejillas de sus dos hermanos, luego abrazó a la tía Brenna. Maeve se enjuagó las lágrimas que parecían no acabarse nunca; los demás la abrazaron.

No necesitaban palabras; tenían el corazón lleno.

Capítulo Cuarenta y Tres

Logan

El festival comenzó justo después de la boda con mesas y mesas de comida. Empanadas de faisán, jabalí y cordero, estofado de venado, tartas de fruta, pan y manzanas horneadas llenaban las mesas. El salón estaba decorado con ramas verdes, piñas y cintas, y toda la gente de Mull estaba allí.

Logan se sentó cerca del hogar, con Gwyneth a su lado.

—¿Te sientes mal de que no estemos en Clan Ramsay, Gwynie?

—No, tenemos suficientes amigos aquí. Pero sí, sí extraño a nuestros hijos y a nuestro clan. Vemos a Simone bastante seguido, y Eli está aquí, además de que tu invitado especial, al que adoro, está afuera. Siempre es bueno verlo otra vez. Este fue un año especial. Mira cuántas bodas.

—Demasiadas para contarlas —dijo él.

—No estoy segura de quién creo que sea el más feliz. ¿Tú quién crees?

Logan resopló.

—Lennox y Meg, porque él siempre le está mirando el culo, Gwynie. ¿Lo has notado? Y Sloan no podría estar más feliz de estar casado y de tener a su hermana casada y a su padre…

—Rut y Dermot se ven muy felices. Oí que Lennox y Taskill estaban encantados cuando Rut se mudó a vivir con Dermot.

Logan se rio.

—Pero luego Rut se fue a casa. Cada vez que pelean, ella se va a casa, eso dice Lennox.

Gwynie dijo:

—Yo sé quién creo que es el más feliz: Thane y Tamsin. Su historia es la mejor de todas. Él es tan feliz con ella, y encontró a sus padres otra vez. Además, atraparon a esos bastardos crueles que abandonaron a esos niños en la orilla. ¡Qué historia tan terrible fue esa!

—La historia de Merryn también es algo. Broc la adora. —Logan cogió la mano de su esposa y besó sus dedos—. Solo le doy gracias

al Señor de que Connor haya salido adelante.

La puerta se abrió y alguien le hizo una seña a Logan.

—Es hora, Gwynie. Regreso en un momento.

—Ve, grandote blandengue.

Logan asintió a Dyna, que hizo que Maitland silbara para pedir silencio. Dyna y Maitland se colocaron frente a la multitud y llamaron a todos los niños al frente, sentándolos delante de todos. La gente se hizo a un lado para dejar espacio. Subieron Alana con Magni, Shealee con Sylvi, Tora y Sandor, Rowan con Tenney, y Maeve cargando a Grant.

Logan dijo:

—Después de todo lo que habéis pasado este año, os merecéis unos regalos especiales por Yule. Dyna, Sela y Gwynie han trabajado duro para haceros nuevos animales de tela. ¿Dyna? ¡Anda, repártelos!

Dyna, Eli y Sela repartieron los distintos conejitos, ardillas y cachorros hechos a mano, dejando que cada niño eligiera su favorito. Los pequeños se rieron y abrazaron sus regalos, con el rostro resplandeciente.

Entonces Logan dijo:

—Pero este año, todos tienen un segundo regalo, y es especial. Hice que mi amigo especial trajera sus regalos cruzando el agua.

Se giró y abrió la puerta: entraron dos hombres altos, uno claramente mayor que el otro, cargando entre ambos una gran caja.

—Este es mi sobrino y el jefe Torrian Ramsay, para quienes no lo conozcan. Viene con su hijo Lucas, el nuevo jefe, y os trajeron regalos especiales.

Torrian levantó la tapa de la gran caja, demasiado alta para que los niños pudieran asomarse dentro.

—Sé lo que es pasarlo mal, y oigo que vosotros, niños, sufristeis demasiado este año. Así que os ofrezco algo que me ayudó a olvidar las partes malas del mundo. El mío se llamaba Growley, y no solo me ayudó a crecer, sino que también me protegió muchas veces cuando era joven.

Magni preguntó:

—¿Qué podría protegerte si es pequeño y está en una caja?

—Ya verás, muchacho. Ten paciencia.

Los niños esperaron; de la caja salían chilliditos raros. Torrian jugueteó con lo que hubiera dentro y luego dijo:

—Magni, Lia me dice que necesitas algo cálido y grande. Aún no es grande, pero crecerá. Magni, ¿quieres venir y ser el primero?

Magni se acercó con cautela a Torrian y dijo:

—Sí, milord, si así lo quiere.

Torrian sacó una canasta con un cachorro gris y se la entregó a Magni.

Logan dijo:

—Se llama Liam, Magni. Así, cuando Lia tenga que irse un tiempo, tienes otro protector: Liam.

—¿Mío de verdad? —gritó él, mirando de Torrian a Logan—. ¿Puedo quedármelo?

Ambos hombres asintieron, y Lucas sacó al cachorro de la canasta y se lo dio. La bestiecita peluda le lamió la mejilla de inmediato. Magni se rio y se giró hacia Thane.

—¿Podemos quedárnoslo?

—Sí, porque Alana también va a tener uno —dijo Thane, apretando la mano de Tamsin mientras ella se acariciaba el vientre creciente.

Torrian dijo:

—Cada casa necesita dos perros. Les gusta dormir juntos.

Torrian y Lucas repartieron los cachorros; los pequeños estaban extasiados con sus regalos. Cuando terminaron y se reunieron con el grupo, Logan dijo:

—¡Esperad! Hay una sorpresa más. Y esta es para Gwynie.

Alguien tocó la puerta y Logan la abrió. Entraron dos de sus hijos: Sorcha con su esposo Cailean, y Gavin con Merewen. Algunos de sus nietos entraron detrás, chillando de emoción, y todos rodearon a Gwyneth: Ysenda y Lewis, Ceit y Brin Cameron, Cadyn y Tryana.

Justo cuando pensaron que ya estaban todos, la puerta se abrió y entró un muchacho alto, de cabello claro, cerrando de un portazo detrás de él: Errol, el hijo menor de Gavin y Merewen. Eli corrió a abrazar a su hermano menor.

Connor miró al muchacho.

—Es tu viva imagen, Logan.

Logan asintió y sonrió con orgullo.

—Sí, lo es. Feliz Yule a todos.

***

Hagen y Brynja miraban desde atrás mientras los niños recibían sus regalos.

—¿Puedes creer que estamos casados, muchacha?

—No, pero estoy feliz. Tan feliz. Entiendo lo que tú y tu padre intentabais decirme.

—¿Sobre?

—La venganza. Aún estoy triste y enojada por perder a mi madre y a mi tía, y nunca olvidaré a Sholto ni a Dugan, pero no voy a dejar que se apoderen de mi mente. Ellos hicieron exactamente eso.

—¿Qué?

—La venganza me consumió. Pero ese odio, esa ira, fueron reemplazados por otra cosa.

Él inclinó la cabeza hacia ella y le rozó el cuello con la nariz.

—Amor. Por ti, por Hildi, por tu clan, por la gente de Mull, incluso por las monjas. Solo intentaban ayudarnos.

—Yo también te amo.

Ella frunció el ceño, recorriendo el salón con la mirada.

—Hablando de Hildi, ¿dónde está? ¿La has visto desde la ceremonia?

Él negó con la cabeza, frunciendo el ceño junto con ella.

—Ahora que lo dices… ¿has visto a Jowell? Paden está allá coqueteando con Mora, pero a él no lo he visto.

Brynja sonrió de oreja a oreja y le cogió la mano.

—Shh… creo que sé dónde están.

—¿Ellos? ¿Quieres decir… juntos?

Ella asintió y se llevó un dedo a los labios para hacerlo callar; luego lo condujo hasta la alcoba de la sanadora. Dentro parpadeaba una velita, pero no lo bastante como para iluminar todo el cuarto. Brynja entreabrió la puerta y oyó un jadeo.

—¿Hildi?

Hagen se asomó por encima de su hombro.

—Jowell, bribón. ¿Qué demonios hacéis vosotros dos aquí?

Los dos estaban besándose y se separaron de golpe, casi sin aliento.

—Nada —dijo Jowell—. Hildi se sintió mareada, así que la traje aquí.

—Claro —arrastró Hagen, con tono lento—. Estoy seguro de que tenerla así de cerca evitó que se desplomara. La próxima vez prueba con sentarla, Jowell.

Su primo se encogió de hombros, sonrió con descaro y luego se sentó y alzó a Hildi para acomodarla en su regazo.

—Solo estaba convenciendo a Hildi de quedarse en el Clan Grantham ahora que tú ya estás casado.

—¿Y? —El susurro de Brynja terminó en un chillidito.

—Y acepté. —El rostro de Hildi resplandeció.

—Hildi, estoy tan feliz. Seguiremos juntas.

—Lo sé. Nunca te dejaré, Brynja.

Hagen jaló a su esposa hacia él, tomó asiento frente a Jowell y acomodó a Brynja en su regazo.

—El sacerdote está aquí por la noche —dijo, inclinando la cabeza hacia su primo.

Jowell negó con la cabeza.

—No, lo hemos hablado. Aún no estamos listos. Queremos esperar un poco. Tal vez el próximo Yule.

—Eso suena perfecto —dijo Brynja—. Y te prometo enseñarte dónde escondí el tesoro que dejaron nuestras madres, para que las dos podamos disfrutarlo.

Epílogo

Lia

Al día siguiente de que terminaran las festividades, Lia llamó a un grupo específico al solar.

—Necesitaba tener una reunión con todos vosotros. Tengo algunas palabras importantes que deciros.

Miró al grupo frente a ella: Connor, Sela, Hagen, Brynja, Maitland, Maeve, Grant, Alasdair, John y Dyna.

Connor dijo:

—Lia, necesito entender algo. Y como solo está este grupo pequeño, quisiera una explicación de lo que pasó cuando me hirieron en Tiree. ¿Cómo sané tan rápido? Creí que me estaba muriendo.

—Estuviste muy cerca. Eso me dio la oportunidad de poder explicar a Hagen y a Brynja qué poderes tienen. Como puedes imaginar, son una pareja muy poderosa. Todos pueden verlo, pero yo necesitaba que supieran que les pediré que me ayuden en el futuro. Es mi trabajo proteger a los niños, pero no puedo hacerlo sola. Necesito ayudantes en el universo. Y ellos, junto con otros miembros de tu clan, habéis sido escogidos. Conforme pase el tiempo, tendremos más niños que proteger, pero os necesitaré a vosotros dos juntos. Hagen y Brynja —se volvió hacia ellos—, os estoy atando a ambos hasta el fin del tiempo. Juntos viajareis y me ayudareis a luchar contra el mal del mundo.

Hagen susurró:

—¿Por qué nosotros?

—No sois solo vosotros, pero empiezo con vosotros. Para ser los más poderosos, tendréis que permanecer juntos como pareja. ¿Estáis dispuestos a comprometeros el uno con el otro? Me alegra que estéis casados, pero debéis comprometeros a apoyaros cuando se os necesite.

Los dos se miraron y ambos asintieron.

—Por supuesto —dijo Brynja.

Hagen asintió junto a ella y le besó la mejilla.

—En cuanto al resto de vosotros, por eso estáis todos aquí. No son solo Hagen y Brynja. El grupo estará compuesto por John, Grant, Tora, Sylvi, Sandor y Magni. Dyna, tú y Alasdair sois los únicos otros adultos que tendréis un papel relevante. Estáis entre los escogidos cuyo trabajo será ayudarme a combatir el mal. Connor, quizá también llame a tu asistencia.

Maitland le dio un beso en la cabeza a su querido hijo.

—Grant es un poco joven, Lia.

—Maitland y Maeve, tenía que pediros que estuvierais aquí porque Grant será llamado a una edad más joven que los demás, así que vosotros estaréis involucrados. Él y John tienen un poder especial con la espada de zafiro. Los dos tendrán el poder de usarla, pero no hasta que John sea adulto.

—¿Por qué nos dices esto ahora si no ocurrirá en varios años? —preguntó Alasdair.

—Porque pasaron suficientes cosas extrañas aquí en el último año, Alasdair. Hubo muchas preguntas sobre las habilidades de Tora y Sylvi, la habilidad de Sandor para hablar con el tío Jake, la espada de zafiro de John, la atracción de Grant hacia mí…

—¿Y su capacidad de tocar una espada afilada y no sangrar? —preguntó Maeve.

—Grant aún tiene muchas habilidades que construir. En efecto, es uno de los escogidos especiales; él y John serán llamados a menudo. Es difícil decir exactamente cómo se desarrollará esto, pero vuestros hijos irán construyendo todas sus habilidades, y sentí que era importante que supierais que no debéis desanimar las rarezas que veréis, sino alentarlas. Alentad la capacidad de Tora y Sylvi para ver, y las habilidades de John con su espada.

—De acuerdo. —Maitland se rascó la cabeza, mirando al pequeño en brazos de Maeve—. Eso tiene sentido para mí, y Maeve y yo haremos todo lo que podamos para ayudar a nuestro hijo a alcanzar su mayor potencial.

—Esa es la razón por la que no traje aquí a los otros niños. Os pediré que no habléis de esto fuera de este grupo. Y esto no va a suceder sino hasta dentro de unos diez años. Pero en algún momento del futuro os reuniré a todos. No puedo daros una fecha

exacta, pero vuestro tiempo se acerca. Os pido que todos permanezcáis cerca y en el mismo clan.

Dyna dijo:

—Por fin entiendo por qué nuestros hijos son especiales. Muchas gracias, Lia.

—Puedes decírselo a Derric, Dyna.

El grupo se tomó un momento para mirarse unos a otros, asimilando la información que acababan de recibir.

Luego Lia dijo:

—Como dije, todo estará tranquilo por un tiempo. Si alguna vez me necesitáis, estaré aquí. Magni seguramente me lo hará saber. Y por favor no se lo digáis a Magni. Aún no podría entenderlo. Pero esperad tiempos tranquilos durante unos diez años. Entonces regresaré.

Alasdair preguntó:

—¿Te verás igual para nosotros, Lia? ¿O vendrás viéndote diferente?

—Buena pregunta, Alasdair. No puedo responder a eso, pero puedo prometerte que cuando necesitéis saber que soy yo, lo sabréis. Hasta entonces, os deseo muchos tiempos felices para todos vosotros.

Lia desapareció.

***

Connor y Sela estaban de pie en la orilla dos días después, cogidos de la mano, mirando el agua.

—Odio dejar este lugar, Sela. Es tan hermoso.

—Volveremos. Sé que no puedes irte para siempre. Además, solo vamos de visita. Y traeremos con nosotros a Astra y a Morgan. Astra está lista, y Morgan ha estado rogando venir. Ya es tiempo.

Lia apareció junto a ellos.

—Saludos, Grants.

Connor dijo:

—Saludos, Lia. ¿No acabas de irte?

—Sí. Pero quise veros a vosotros dos a solas.

Sela miró a su esposo, curiosa, y luego volvió a mirar al hada.

—¿Pasa algo malo?

—No, solo me preguntaba si alguno de vosotros me reconocía.

Connor y Sela se miraron; Connor se encogió de hombros.

Sela dijo:

—Siempre te reconocemos, Lia. Siempre vas vestida con ese hermoso vestido verde. El vestido del hada del prado. Te queda perfecto.

Lia dio un paso más cerca.

—¿Y si me pusiera algo diferente?

Connor dijo:

—Siempre te reconoceré, Lia. Me salvaste la vida. Nunca te olvidaré. Lo prometo.

—¿Estás seguro de eso? —Tenía esa expresión que les decía que algo raro estaba por ocurrir.

Entonces alzó los brazos y su imagen cambió: su vestido perdió color, pasó del verde bosque a un vestido blanco, una falda blanca vaporosa cayéndole hasta el suelo con una banda azul en la cintura.

Los dos la miraron, desconcertados. Sela dijo:

—Sigues pareciendo Lia.

Entonces ella alzó los brazos y creció frente a ellos, de una niña de seis a una mujer de unas veinte primaveras.

—¿Ahora me reconocéis?

Su cabello cambió de dorado a un tono extraño de rojo.

Sela jadeó y se sujetó a Connor, señalándola con el dedo.

—¡Oh, mi Dios, Connor! La abadía. La Abadía Lochluin la noche antes de que me fuera.

Lia alzó una mano.

—¡Espera! Me falta algo.

Luego pasó la mano por su cuello y apareció un hilo de perlas. Repitió el gesto y las perlas se convirtieron en una cadena con un corazón rojo al final.

—¿Esto ayuda?

Sela susurró:

—La protectora de las niñas inocentes.

Connor apenas podía hablar. La conocía. La había visto varias veces antes. Una o dos con Roddy, diciéndoles que tenían que

ayudar a Rose. Y luego cuando Sela por fin llegó con él. Y una vez con Daniel cuando los envió a ayudar a Constance.

—¡Oh, por Dios! La Abadía Sona. Y luego en las tierras Grant. Y aquella vez que flotaste fuera de nuestra ventana con Roddy en medio de esa tormenta salvaje.

Lia sonrió.

—Por fin lo recordáis. Y Sela, gran memoria. Yo era la protectora de las muchachas inocentes. Ahora me han movido a protectora de los niños. —Luego rio y saludó con la mano—. Me asignaron a los Grants desde hace mucho tiempo. Puedes decirle a Maitland y Maeve que una vez me llamé Callie. No os preocupéis. Volveré, pero no por un tiempo.

Luego saludó con la mano y desapareció.

FIN

http://www.keiramontclair.com

Querido Lector,

¿Lo adivinaste? ¡No puedo esperar a saber cuántos de vosotros establecieron la relación entre las dos Lias!

Este es el último libro de la serie.

Así que veamos cómo será el 2026. Tengo un par de sorpresas para la primera mitad del año. Luego espero lanzar el primer libro de la 4.ª generación de Grants y Ramsays durante el verano. Como podéis ver, el libro (¿la serie, quizá?) se enfocará en John, Grant, Hagen, Brynja, Tora, Sylvi, Sandor, Magni, Dyna y Connor. ¡Lia estará ahí, por supuesto! No sé exactamente cómo voy a hilar esto todavía, pero tengo tiempo para hacerlo grandioso.

Las más felices fiestas para todos mis encantadores lectores. ¡No puedo esperar para compartir con vosotros lo que viene! Creo que os encantará.

Keira Montclair

http://www.keiramontclair.com

Novelas de Keira Montclair

Clanes de Mull

El sufrimiento de una Escocesa
El deber de un Lider Escocés
El tormento de los Lairds Escoceces
El suplicio de un guerrero escocés
La rebeldía de un corazón escocés
La ira de una espada escocesa

Clan Grant

#1- RESCATADA POR UN HIGHLANDER - Alex y Maddie
#2 - CURANDO EL CORAZÓN DE UN HIGHLANDER - Brenna y Quade
#3 - CARTAS DE AMOR DESDE LARGS - Brodie y Celestina
#4 - VIAJE A LAS HIGHLANDS - Robbie y Caralyn
#5 - CHISPAS EN LAS HIGHLANDS - Logan y Gwyneth
#6 - MI HIGHLANDER DESESPERADO- Micheil y Diana
#7 - LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE DE LAS HIGHLANDS -Jennie y Aedan
#8 – ARMONÍA EN LAS HIGHLANDS - Avelina y Drew

El Clan de las Highlands

Loki
Torrian
Lily
Jake
Ashlyn
Molly
Jamie & Gracie
Sorcha
Kyla
Bethia
Historia de Navidad de Loki

LA BANDA DE PRIMOS

Venganza en las Highlands
Secuestro en las Highlands
Castigo en las Highlands
Mentiras en las Highlands
Fortaleza en las Highlands
Resiliencia en las Highlands
Devoción en las Highlands
Fuerza en las Highlands
Magia Navideña en las Highlands

ESPADAS DE LAS HIGHLANDS

La Traición del Escocés
La Espía del Escocés
La Persecución del Escocés
La Búsqueda del Escocés
La Decepción del Escocés
El ángel del Escocés
Huida de las Highlands

SANADORAS DE LAS HIGHLANDS

La Maldición de Black Isle
La Bruja de Black Isle
El Azote de Black Isle
El Fantasma de Black Isle
El Regalo de Black Isle

CASADORES DE LAS HIGHLANDS

El Conflicto del Escocés
El Traidor del Escocés
El Protector del Escocés
La Promesa del Escocés
El Destino del Escocés
La Advertencia del Escocés
El Vengador del Escocés

Sobre la autora

Keira Montclair es el seudónimo de una autora que reside en Carolina del Sur con su marido. Escribe vertiginosos romances históricos, a menudo con niños como personajes secundarios.

Cuando no está escribiendo, prefiere pasar tiempo con sus nietos. Ha trabajado como profesora de matemáticas en un instituto, como enfermera titulada y como gerente de oficina. Le encanta el ballet, las matemáticas, los rompecabezas, aprender cualquier cosa nueva y crear nuevos personajes para que sus lectores se enamoren de ellos.

Considera que su trabajo está bien hecho desde el momento en que sus lectores derraman lágrimas con sus historias, ¡pero siempre hay un final feliz!

Su serie más vendida es una saga familiar que narra la historia de dos clanes de la Escocia medieval a lo largo de tres generaciones y que ya cuenta con más de treinta libros.

Ponte en contacto con ella a través de su sitio web, http://www.keiramontclair.com

Créditos
Copyright © 2026 por Keira Montclair
Traductora: L. M. Gutez
Correctora: Cinta PLUMA

Todos los derechos reservados según las Convenciones Internacionales y
Panamericanas de Derechos de Autor
Mediante el pago de los honorarios requeridos, se le ha concedido el derecho no
exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro. Ninguna parte de este
texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, procesada, sometida a ingeniería
inversa, o almacenada o introducida en cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico
o mecánico, conocido o posteriormente inventado, sin el permiso expreso por escrito del
propietario del derecho de autor.

Nota
La ingeniería inversa, la carga y/o la distribución de este libro a través de Internet o
de cualquier otro medio sin el permiso del propietario de los derechos de autor es ilegal y
está penada por la ley. Por favor, compre sólo ediciones electrónicas autorizadas y no
participe ni fomente la piratería electrónica de materiales con derechos de autor.
Agradecemos el apoyo a los derechos del autor

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o

por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo la fotocopia, la grabación o por
cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito
del editor, excepto cuando lo permita la ley.

Gracias.

Diseño de portada por The Killion Group
http://thekilliongroupinc.com